



MIKEL SANTIAGO

LA ÚLTIMA
NOCHE EN
TREMORE
BEACH



Un compositor que ha perdido la inspiración.

Una casa aislada en una playa irlandesa.

Una noche de tormenta que puede cambiarlo todo.

Peter Harper es un prestigioso compositor de bandas sonoras que, tras un traumático divorcio, se refugia en un rincón perdido de la costa de

Irlanda para recuperar la inspiración. La casa de Tremore Beach, aislada en una enorme y solitaria playa, parece el lugar indicado para lograrlo. Todo parece perfecto... hasta que llega la noche de la gran tormenta.



Mikel Santiago

**La última
noche en
Tremore**

Beach

ePub r1.2

17ramsor 27.11.14

Título original: *La última noche
en Tremore Beach*

Mikel Santiago, 2014

Diseño de cubierta: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor

Corrección de erratas: (r1.1)

sorprement, (r1.2) Sial

ePub base r1.1



A mi padre, que se
fue antes de ver
publicado este
libro.
Para él.

LA ÚLTIMA NOCHE EN TREMORE BEACH

He oído que algunos escritores lo llaman *el túnel*. Algo que se abre, mágicamente, en sus cabezas y les permite viajar hasta un lugar donde las historias, los hechos y sus

personajes se describen con claridad. Entonces el escritor solo actúa como cronista de lo que ve. Escribe o teclea tan rápido como es capaz para no perder detalle, antes de que la puerta vuelva a cerrarse. Mira a sus personajes, observa sus expresiones, siente lo que ellos sienten y los ve marcharse en busca de algo. Y él les sigue, como un espía, y nos lo cuenta después.

La ciencia de la

inspiración no es muy diferente para un músico. En mi caso, yo hablaría de algo que «viene del cielo», no me pregunten por qué, pero siempre he pensado que «eso» viene del cielo, como una revelación. Una melodía es algo que todo el mundo ve, pero que muy pocos atrapan. Como si fuera una mariposa huidiza, los compositores tenemos una red en la cabeza. Hay redes más grandes, más certeras y otras no tan bien dotadas,

pero en cualquier caso, todos nos desvivimos por lo mismo: capturar esa melodía, ese suspiro de magia que «presentimos» que existe a nuestro alrededor, dominarlo y, como si se tratara de una vieja reliquia, restaurar todos y cada uno de sus pequeños y maravillosos detalles que solo un ser supremo ha sido capaz de diseñar. Somos, de alguna manera, médiums capaces de hablar con otro mundo.

Un mundo de fantasmas
bellos y escurridizos.
Fantasmas que están ahí
para recordarnos que somos
algo más que un animal
nacido entre dolores y
destinado a morir.
Fantasmas que podrían
explicarnos el origen del
mundo, el tiempo y las
estrellas.

PETER HARPER,

Contemporary Music Writer

Magazine,

8 de febrero de 2003

**PRIMERA
PARTE**

1

El temporal, que algún agente del servicio de meteorología amante de lo bíblico había bautizado como *el Luzbel*, llevaba días anunciándose. Iba a ser un tanto excepcional incluso para Donegal, así que ojo: quizá volasen algunas tejas, o alguna farola del tendido eléctrico. El tipo de Radio

Costa nos avisaba cada sesenta minutos: «Llenen el depósito de sus generadores. ¿Cómo van de congelados? ¿Latas de judías en tomate? ¿Suficientes? Y tampoco se olviden de comprar velas y cerillas. Y para los que viven muy cerca de la costa, amarren bien sus botes. Y si pueden, saquen los veleros a dique seco por una noche».

Esa misma mañana habían avisado de vientos de cincuenta y cinco nudos y recomendaron evitar la

conducción en carretera a partir de la media tarde. También recomendaron prepararse para fuertes lluvias e inundaciones en el interior. En cuanto a las casas de la costa, todo el mundo se preparaba para una noche de mil demonios.

Yo había ido a Clenburrán bien temprano para hacer unos recados y compras de última hora. Clenburrán era el único pueblito en varias millas a la redonda, lo cual significa

mucho cuando todo lo que te une al mundo exterior es una tortuosa y estrecha carretera entre rocas y acantilados.

La primera tarea de mi lista aquella mañana era llevar a reparar mi segadora en el almacén de John Durran.

—¿Ya ha protegido sus ventanas, señor Harper? — me preguntó el propio Durran según me vio entrar en la tienda—. Usted vive en Tremore Beach, ¿no es cierto? Allí pegará con

bastante fuerza esta noche.

Durran era otro de los que se estaban haciendo de oro con el *momentum* creado por el ciclón. En uno de los laterales de la tienda, junto a la puerta, había una pila de tableros de conglomerado de dos o tres metros de altura. Colgado del techo, encima de los tableros, un cartel fosforescente alertaba a los clientes de la tienda: «¡Protejan sus ventanas!»

También había una oferta especial en

generadores de gasolina, velas, estufas de propano y otros elementos de supervivencia. Los pocos turistas o residentes de fin de semana que había por allí llenaban sus carros y Durran se frotaba las manos. Una pena —para él— que aún faltase un mes para el inicio oficial de la temporada alta.

Le respondí que estaba preparado para la noche aunque en realidad no había puesto ningún tablero en mis ventanas. Leo Kogan, mi

único vecino en la playa, tampoco lo había hecho, y además me había desaconsejado hacerlo: «No será para tanto». Hasta ese día había confiado en su experiencia, como veterano residente en la playa, pero reconozco que el ambiente «preguerra nuclear» que se respiraba en la tienda de Durran, más algunas casas completamente forradas en madera que había visto desde la carretera mientras conducía esa mañana,

habían comenzado a ponerme un poco nervioso.

Empujé la segadora hasta el taller y le expliqué a Brendan, el mecánico, que el día anterior la había vuelto a estrellar —por segunda vez en dos meses— contra la misma alcantarilla de hormigón semiescondida en mi césped.

—Una Outils Wolf nueva y ya tiene unas cuantas marcas de guerra, señor. Si quiere le podemos instalar una plancha de

metal o algo en esa alcantarilla.

Le expliqué que la agencia de alquiler se iba a hacer cargo de eso —si es que realmente lo hacían en este milenio— y le pregunté para cuándo la tendría lista.

—Hay que cambiarle la hoja y mirar ese motor —explicó Brendan—, quizá dos o tres días.

Acordé regresar al almacén en ese tiempo y salí dando un paseo hacia el puerto. Al bajar por Main

Street, vi a los pescadores protegiendo sus barcos, e incluso Chester, el viejito de la tienda de periódicos y tabaco, avisó de que algo «grande» se avecinaba esa noche.

—¿Se ha fijado en que no hay gaviotas? —dijo mientras colocaba mi pedido en la bolsa: un *Irish Times*, un cartón de Marlboro y el último *best seller* de misterio—. Con un día tan claro y ni una sola buscando comida. Eso es porque lo

huelen, ¿sabe? Se han ido todas al interior y ahora mismo estarán cagando en los tejados de Barranoe o Port Laurel, quién sabe. Si me pregunta, yo creo que viene algo gordo. Nunca he visto semejante día antes de una tormenta desde 1951. Esa noche volaron ovejas y tractores por encima de los campos. El letrero de la tienda, ese que ve ahí fuera, salió volando y mi primo Barry lo encontró en la carretera de Dungloe, a

varias millas de aquí.

Pero de nuevo recordé a mi vecino, Leo, que me había insistido en que no me preocupara; que excepto por la molesta arena que se pegaba en los cristales y alguna que otra teja suelta, no ocurriría nada espectacular. Y él llevaba tres años viviendo en la playa. De hecho, ni siquiera la llegada del ciclón esa noche le había hecho cambiar sus planes de cena. La fecha llevaba en el

calendario desde hacía dos semanas y el día anterior había llamado para confirmar. «¿Crees que será prudente cruzar la playa esa noche, con semejante Apocalipsis a punto de descargar sobre la costa?»

«¡Solo son dos millas, Peter! —había respondido él con su habitual optimismo—, ¿qué te puede pasar en dos millas?»

Sobre las seis de la tarde, cuando me desperté de la siesta, el frente tormentoso

era ya como una larga alfombra sobre el cielo del atardecer. Me recosté en el sofá y observé a través de los grandes ventanales del salón: en el horizonte, una titánica formación de nubes, alta como un abismo y tan amplia como permitía la vista, avanzaba como un implacable ejército. Sus negras entrañas relampagueaban prometiendo una batalla encarnizada contra la tierra.

Me puse en pie y el *best*

seller de misterio —cuyas primeras cincuenta páginas habían conseguido hacerme dormir— se cayó sobre la cálida alfombra de motivos aztecas que decoraba el centro del amplio salón. Recogí una guitarra que también descansaba en el suelo y la coloqué entre las almohadas. Después me acerqué a los ventanales, abrí la gran puerta corrediza y salí al exterior. Me recibió un viento furioso, que agitaba el césped y las

plantas de mi jardín como sonajeros. La valla, una hilera de blancas estacas que rodeaban el terreno, también resistía el poderoso embate. Abajo, en la playa, la arena se levantaba formando nubes y acribillando la costa. Recibí decenas de punzantes granos en mi rostro.

Viendo aquella monstruosa tormenta acercarse a la costa, me sentí como un pequeño insecto a punto de ser engullido por un gigante. Recordé las

tablas de John Durran y me arrepentí de no haberme llevado unas cuantas. Maldita sea, aquello era como un monstruo a punto de comerse la costa, Pete, ¿en qué estabas pensando?

Volví adentro y cerré el mirador. El cierre nunca se ajustaba bien del todo, pero le di un buen golpe hasta que quedó herméticamente cerrado. «Tranquilo, señor Harper, no es el fin del mundo». Subí a la primera planta y revisé y comprobé,

una a una, todas las ventanas que daban al norte.

Arriba, la casa consistía en un gran dormitorio principal y otra habitación con dos camas (que en unas semanas tendría sus primeros huéspedes: mis hijos), además de un cuarto de baño. Bajo el tejado había un pequeño desván lleno de cajas polvorientas y viejas maletas. Por primera vez en meses subí allí para asegurarme de que el tragaluz estuviera bien

cerrado. De paso me aprovisioné de unas cuantas velas que repartí por la casa, por si la luz se iba en plena noche.

Desconecté todos los enchufes y volví a la planta baja. La cocina solo tenía una ventana de cara al mar, que era de doble cristal, y parecía tan firme como la dentadura de un caballo. Salí por la puerta de la cocina al jardín trasero. Recogí un par de sillas de madera y las dejé plegadas dentro del

cobertizo. Allí había herramientas y maderas que algún habitante anterior de la casa habría comprado por alguna razón. Incluso una pequeña hacha con la que alguna vez había partido leña. Especulé con la idea de ponerme manos a la obra y montar algún tipo de protección por mi cuenta, pero lo descarté de inmediato. Probablemente solo conseguiría cortarme un dedo con esa hacha, o algo peor. Y en aquel lugar, sin

nadie que pudiera oírme, moriría desangrado y solo.

Cerré el cobertizo y regresé a la casa.

En el salón, los cristales temblaban sacudidos por aquellas furiosas ráfagas de viento. ¿Llegarían a romperse? Lo mejor era no arriesgarse. Encontré un plástico bastante grande en el pequeño trastero del recibidor. Lo habíamos utilizado durante la mudanza para envolver mi Steinway & Sons y pensé que al

menos aquello protegería el piano en caso de que los cristales se rompieran y la lluvia se colara en el salón. Una vez cubierto el piano (un colín de dos metros de largo y casi trescientos cincuenta kilos de peso), desbloqueé las ruedas y lo empujé hasta alejarlo del ventanal. Dejó tras de sí un espacio limpio rodeado de cuadernos, libros de partituras, botes de lapiceros y muchas bolas de papel. Apagué y cerré mi MacBook

Pro y lo coloqué en lo más alto de una estantería alejada de la ventana. Lo mismo hice con un teclado digital que usaba para mis grabaciones. Hecho esto el salón quedó listo para recibir a la madre de todas las tormentas. Los cristales habían comenzado a recibir gotas de lluvia y a lo lejos se oían ocasionales truenos, pero todavía ni un rayo.

Entonces sonó el teléfono.

Corrí hasta él y respondí.

Oí la voz de Leo al otro lado.

—Buenas noches, Harper, estamos a punto de empezar. ¿Vienes o qué?

Con todo ese trajín casi había olvidado mi cita con los Kogan.

—Perdona, Leo, se me ha ido el santo al cielo — dije, acercándome con el teléfono al mirador—. Oye, ¿sigues pensando que no necesitaremos las tablas en las ventanas?

Le oí reírse, lo cual me

tranquilizó solo un poco.

—Durrán te ha metido el miedo en el cuerpo, ¿eh? Bien por él. Escucha, Pete, a menos que empiecen a caer meteoritos, dudo mucho de que nada te rompa las ventanas esta noche. Pero ven antes de que esa nube gigante alcance la costa. Dicen que habrá muchos rayos.

Le prometí que estaría allí en diez minutos. Después colgué y me reí un poco de mi propio miedo.

«¿No querías vivir en la playa? ¡Alma de urbanita!»

Subí escaleras arriba y me metí bajo la ducha caliente para terminar de desperezarme. Me había echado una larga siesta esa tarde, después de regresar del pueblo. La noche anterior no había pegado ojo, todo por culpa de una llamada, a última hora, de Pat Dunbar, mi agente, que me había revuelto las tripas.

Pat, de cincuenta y seis años, sobrepeso, un amago

de ataque cardiaco, divorciado y vuelto a casar con una esbelta joven rusa de veintiún años, vivía en ese momento en Londres, aunque solía pasar meses en una espléndida villa en el Mediterráneo. Fumaba menos que antes, pero seguía bebiendo igual que siempre. Teníamos una relación casi de padre e hijo, solo que yo era (o solía ser, al menos) un hijo que producía una comisión del veinte por ciento.

—Me encontré con Alexander Wells en la gala de los BAFTA —dijo, tras haber iniciado la conversación con un educado ¿qué tal en tu isla desierta?—, hablamos de ti. Quería saber qué estabas haciendo, si tenías un hueco. Están grabando una nueva serie sobre el pirata Drake. Bueno, era un pirata solo para los españoles. En Inglaterra era un héroe o algo parecido. Es una serie de barcos y guerras.

—Conozco a Francis Drake —dije, mientras me tensionaba un poco. Ya sabía en qué dirección venía Pat.

—Vale. Perfecto. Me saltaré el contexto histórico. Entonces, ¿cuándo empezamos? Están buscando un compositor y lo necesitan en un mes. Le dije que hablaría contigo. ¿Podrías reunirte con él en Londres... digamos la semana que viene?

Supongo que era

inevitable. Pat era mi agente, no mi madre.

—¿Pensabas que te iba a preguntar por tu salud?

—Pat, ya sabes lo que hay —respondí—. Estoy comprometido con otra cosa. Al menos hasta septiembre. No voy a dejarlo a medias.

Se hizo una breve pausa. Conocía a Pat Dunbar desde hacía años y me apostaría algo a que estaba repitiendo mis palabras al aire, imitando la cara de un imbécil.

—No te estoy pidiendo que dejes nada a medias, Pete —volvió a decir, tratando de suavizar su tono —. Respeto tus decisiones. Las he respetado siempre, ¿verdad? ¿No es cierto? Solo te pido que tengas un detalle con la realidad. Que salgas de ese retiro budista por un fin de semana, te pongas un traje y te tomes un café con Wells y su productor. Que te cuenten sus ideas. Te conozco, les vas a escribir el tema

principal en una servilleta después del minuto cinco de la conversación. ¿Qué me dices?

Aquí tienen a Pat Dunbar, pensé, el genio de la psicología barata, intentando una técnica de ultramotivación.

—Tengo que ser fiel a mis proyectos, Pat. Reunirme con Alex Wells no es más que comprometerme.

Quedaremos mal, tú y yo, si no voy completamente

convencido. Lo sabes. Hay que llevar los dientes largos a esas reuniones, y además ya tengo un proyecto entre manos.

—¿Lo tienes? —
respondió él—. ¿Estás tan seguro de eso?

—¿A qué te refieres? —
dije un poco molesto.

—Sí, lo sé: tu proyecto personal —dijo Pat—, un disco experimental. Eso es lo que le llevo diciendo a todo el mundo en los últimos once meses. «Pete está

tomándose un tiempo para sí mismo». Once meses, chaval, ¿sabes la de cosas que pasan en ese tiempo? He rechazado...

—Lo sé, Pat. Me has hecho la lista varias veces: dos proyectos de seis cifras en videojuegos, una película, y con esta serán tres series.

—¿Me permites que te diga algo que no quieres oír? La gente comienza a olvidarse de ti. Te estás creando fama de raro, de impredecible, y eso es como

la peste: la peor reputación que uno puede labrarse. Por mucho que reluzcan tus premios BAFTA, tus Globos de Oro y esa nominación al Oscar, todavía no eres un Elfman, ni un Williams, ni un Zimmer, acuérdate, ¿vale? Siento ser cabrón, pero creo que necesitas que alguien te lo diga. No te puedes permitir ciertas extravagancias todavía.

Bueno, esa era la bronca que me estaba esperando desde hacía tiempo. Había

llegado por fin. Había cruzado el límite de la paciencia del mismísimo Pat Dunbar.

Cuando terminó se quedó callado unos segundos. Nos dejó respirar, a los dos.

—Mira, Pete... sabemos que lo has pasado mal, ¿vale? Yo también me he divorciado. Sé la mierda en la que estás metido. Clem te metió un buen hachazo y ahora estás enfadado con todo. Pero tienes que

ayudarte a ti mismo.

—Eso es lo que pretendo hacer —dije.

—¿Escondiéndote del mundo?

—No me escondo. Necesitaba paz. Alejarme de todo —«De ti también», pensé—. Además, solo estaba haciendo mierda. Lo sabes.

—No era mierda. Estabas tocado por el divorcio. Llámalo accidente. Estos tipos tienen mucha prisa y no pueden esperar a

nadie. Luché hasta el límite por mantenerte dentro. No pudo ser.

Hablábamos del desastre que —entre otras cosas— había dado pie a mi exilio. La película que no había podido terminar. La FOX. Sus abogados. Un golpecito más en la cabeza del señor Harper y en sus finanzas, tras mi divorcio con Clem.

—Mira, Pat —dije tomando la iniciativa—. Sé que eres mi amigo. Sé que todo lo dices con buena

intención, además de tu
preciado veinte por ciento,
pero ahora no quiero
regresar. Noto que estoy a
punto de dar un paso
adelante, de mudar la piel.
Lo de Clem, toda esta
maldita pesadilla, creo que
me va a ayudar de cierta
manera. Pero necesito
tiempo.

Ahora Pat estaría
recostado en su sofá, con la
cabeza apoyada y mirando al
techo. «Lo he intentado, he
hecho todo lo que he

podido».

—De acuerdo, Harper. No voy a insistir. Le diré a Wells que no. Siempre he confiado en tu instinto. Tienes un buen instinto. Sigue con tu álbum, sigue curándote y avísame cuando quieras trabajar, ¿vale?

Colgué el teléfono. El «sigue curándote» resonó en mi cabeza.

Pero era cierto. ¿A quién iba a engañar? No me atrevía a ver a Alexander Wells porque no me sentía

seguro. Pat lo sabía, la FOX lo sabía, la BBC lo sabía. Todo el mundillo estaba enterado. Un directo a la mandíbula, mal encajado, y Peter Harper había perdido su mirada de tigre. Componía algo, lo escuchaba y lo mandaba a la basura. En el fondo debería agradecerle a Pat que siguiera jugándose su reputación conmigo.

Un blog dedicado al mundo del espectáculo me dedicó la siguiente entrada

unos meses atrás: «Se tiró medio año prometiéndole algo a la FOX, con un adelanto más que suculento, y dicen que solo fue capaz de entregar una maqueta de sonidos de la jungla mezclados con violines. Dicen que su divorcio le ha sentado mal. Yo diría que lo ha tirado de la silla».

Durante los últimos tres meses, mi vida creativa había sido una frustrante agonía de intentos y errores. Una espiral

maniacodepresiva en la que una noche creía tener algo maravilloso, la melodía que marcaría el punto de inflexión de mi vacío creativo, y a la mañana siguiente lo escuchaba y me hacía vomitar (figurativamente, menos un par de veces que pasó de verdad). Me levantaba del piano, desesperado, y tenía que salir de casa para no explotar y, como consecuencia directa de explotar, beber, y me

marchaba a dar un paseo por las rocas de Tremore Beach, buscando cangrejos, deseando sutil e infantilmente que una ola imprevista acabase con aquel sufrimiento, o un paseo por los acantilados hasta las ruinas del monasterio de Monaghan, donde solía hablar con Dios y pedirle, con gran vergüenza, que me echase un cable. Aunque la mayoría de las veces salía al jardín y me dedicaba a segar la

hierba, que se había convertido en el mayor entretenimiento de mi vida monacal. Y tenía un césped precioso, digno del palacio de Buckingham.

Después de la ducha y el afeitado, me puse una camisa limpia y una americana. Sentaba bien salir del uniforme de vaqueros y camiseta de vez en cuando. Cogí la botella de vino chileno que había comprado en el Andy's esa mañana, apagué todas las

luces y me dirigí a la entrada. Las llaves colgaban junto a la puerta. Las tomé y las dejé caer en el bolsillo de mi pantalón. Después alcancé la manilla de la puerta y sentí el frío de la noche transmitido a través del metal, un leve temblor entre mis dedos, porque la puerta se agitaba con el viento del exterior.

Y entonces ocurrió. Lo que tantas veces iba a recordar a partir de entonces. Una voz me habló y dijo:

«No salgas de casa».

Fue como una voz sin rostro. Como un fantasma escondido en mis oídos. Un susurro que podría haber sido el viento. Lo oí dentro de mí, en alguna parte: «No abras esa puerta. Esta noche no...» Mi mano se quedó posada sobre la manilla. Mis pies congelados, fundidos en el suelo de baldosas.

Miré hacia atrás, a la oscuridad del salón. A lo lejos, en el océano, relumbró un rayo y el salón se iluminó

por un instante. Allí no había nadie, por supuesto. Esa voz no pertenecía a ningún fantasma. Era mía. Había surgido de mi propia cabeza.

«¿Es lo que estás pensando...? ¿Es esa voz? ¿Otra vez?»

En toda mi vida, hasta ese momento, solo la había oído en otra ocasión. Tan nítida, tan clara en su mensaje...

«Maldita sea, pero aquella vez fue solo miedo

—me dije a mí mismo—. Lo mismo que esta noche. No seas crío, Peter Harper. Esas cosas no existen».

(«Pero ¿no tuviste razón *aquella* otra vez?»))

—Vamos, no seas crío —dije en voz alta, en la soledad de mi recibidor.

Apagué la luz, salí de casa y cerré la puerta con fuerza, como si quisiera espantar un fantasma.

2

Conduje por las dunas, en una confusión de agua, viento y arena, hasta lo alto de una colina que separaba mi casa de la de Leo y Marie. Los locales la llamaban «el Diente de Bill», en honor a un legendario contrabandista de la zona. Decían que también fue una de las playas donde

los nazis desembarcaron armas para el Ejército Republicano Irlandés en el transcurso del famoso Plan Kathleen, durante la guerra mundial. Aunque, como todas las historias que se contaban en Clenhburrán, ningún libro la confirmaba ni tampoco la desmentía. Sencillamente, era cosa tuya creértelo o no.

Un viejo y retorcido olmo cuyas ramas mostraban el castigo infligido por siglos de viento era la única

señal antes del pequeño barranco de diez metros que caía suavemente sobre la playa. También era el punto donde el camino se bifurcaba: hacia Clenburrán, a través del humedal, o en dirección a las únicas dos casas de aquella playa. A la izquierda, Peter Harper. A la derecha, Leo y Marie Kogan.

Paré un segundo. En la oscuridad de la noche, distinguí el blanco crespón

de las olas batiéndose en la playa. A lo lejos, algunos rayos habían comenzado a caer sobre el océano. Era una vista espectacular en aquella costa negra, sin luces, donde solo el brazo dorado de un faro aparecía a veces, rastreando la noche desde algún cabo lejano.

En cinco minutos vi aparecer las luces de la casa de los Kogan, construida en el mismo final de la playa, donde un grueso brazo de pizarra negra marcaba el

límite entre la suave arena y los afilados y peligrosos arrecifes. Era también una construcción bastante compacta, a la que habían sumado una extensión (de manera un tanto ilegal según me había confesado Leo) para ganar espacio para un garaje que ahora estaba conectado a la cocina.

Aparqué el coche frente a la valla, junto a un monovolumen Ford que jamás antes había visto, y caminé hacia la casa

calándome con aquella lluvia que caía como una ráfaga de proyectiles, aderezada con las molestas partículas de arena, que pinchaban como miles de agujas en la piel. Leo debía haber visto mis luces y salió a buscarme con un paraguas.

Era un hombre de mi misma altura y una complexión atlética, envidiable para rondar los sesenta años. Mandíbula prominente, cabello blanco rapado al uno y una larga

sonrisa que no le costaba mostrar a la mínima ocasión. Vino corriendo, sorteando algunos charcos que se habían formado en el camino de planchas de piedra que surcaba su jardín frontal. Nos encontramos a medio camino y nos palmeamos el hombro a forma de saludo. Hablar con aquel viento hubiera sido del género idiota. Después corrimos hacia la casa.

—Ya pensaba que te ibas a rajar —me dijo nada

más saltamos bajo el protector tejado de su recibidor y rebufamos quejándonos del mal tiempo —, son cuatro gotas de nada.

—Pues claro —dije hilando su sentido del humor —, un chaparroncito veraniego.

Miramos al horizonte, con los ojos entornados para esquivar la arena. El gigantesco frente estaba ya a cinco o seis millas de la costa, aunque era difícil precisarlo. Había comenzado

a descargar un rayo tras otro sobre el océano.

Leo me cogió del brazo.

—Démonos prisa antes de que nos convirtamos en pollo frito.

El hogar de Leo y Marie era un lugar cómodo, no muy ostentoso, decorado a propósito para darle un aire rústico, pero que contaba con delicadezas como un gran televisor Bang Olufsen, un piano de pared que Marie llevaba aprendiendo a tocar durante los últimos años y

una buena biblioteca, en la que abundaban varios libros de viajes y buenísimas recopilaciones de fotografía. Por las paredes, sobre las cómodas y en las estanterías se desplegaba una colección de preciosos paisajes de Irlanda, pintados a pastel y acuarela y firmados por Marie («M. Kogan»). Yo mismo tenía uno que me había regalado un par de meses atrás, y que ahora reposaba sobre mi chimenea.

Marie vino a recibirme

nada más entrar. Era una mujer alta y esbelta, que destilaba elegancia. Siempre había creído que procedería de alguna familia rica o aristocrática, hasta que una vez me contó que sus padres habían tenido un negocio de venta al por mayor en Nevada. Al igual que Leo, también parecía haber hecho un pacto con el diablo en lo que a su físico se trataba. En cierta ocasión, mi amiga Judie Gallagher había bromeado diciendo que

quizá fuesen vampiros, porque Marie tenía el cutis casi mejor que ella a sus veintinueve años. Pero lo cierto es que era una mujer que hacía girar los cuellos (y algunos casi romperse) entre los hombres maduros del pueblo.

Esa noche también estaban invitados los O'Rourke, Frank y Laura, los dueños de la tienda de flores y artesanías de Main Street, con quien Marie se había amigado

recientemente y a los que yo conocía de vista. Leo me había confesado que le parecían un poco arrogantes —«aman su propia voz y despotrican de los aldeanos de la zona como si no tuvieran nada que ver con ellos»—, pero admitía que a veces había que hacer esfuerzos por socializarse, sobre todo en una comunidad tan pequeña como Clenhburran, donde en invierno apenas alcanzábamos los ciento

cincuenta habitantes.

Tras besarme en las mejillas, Marie me presentó a los O'Rourke, que en ese momento estaban sentados en un sofá junto al fuego de la chimenea, alabando un *brandy* que Leo acababa de servirles y que pronto terminó en mi copa también. Laura, la mujer, se levantó nada más verme entrar e hizo un extraño aspaviento. Entrelazó los dedos de sus manos y dijo que «era un verdadero honor»

conocerme: «Tengo varios discos suyos y me encantan todas las canciones, son, son... —dijo haciendo un sitio en el sofá y batiendo con la mano el espacio que acababa de crear para mí—. ¡Tengo tantas preguntas para usted! Leo nos dijo que a veces toca usted para ellos —dijo, señalando el piano—. Quizá pueda honrarnos a nosotros también...»

Entrecrucé una mirada asesina con Leo, quien me devolvió una sonrisa de

pedra, y después decidí sacar lo mejor de mí para atender a las infinitas preguntas de Laura O'Rourke, mientras esperaba que su marido Frank —un hombre de cara delgada y ojos vidriosos, como de un batracio— jugase su papel como moderador social y le aconsejara, en algún momento, no abrumarme con tanta pregunta. Pero esto no llegó a suceder. Sentado a su lado, con *brandy* hasta

casi el borde del vaso, recibí el ataque de la señora O'Rourke sin interrupciones. «Le vi por televisión en la gala de los BAFTA de hace dos años. Usted salió a recoger el premio de manos de Darren Flynn y Kate Winslet. Oh, Dios mío, no me puedo creer que ahora mismo esté aquí sentado conmigo. —Y al decir esto puso su mano sobre mi rodilla y echó una carcajada cuyo sonido me hizo reírme a mí también. Leo se rio y el

señor O'Rourke apuró su *brandy* dispuesto a rellenarse la copa enseguida —. Cuénteme, señor Harper, ¿cómo es Kate en persona...?»

Aguanté como pude, soltando alguna que otra anécdota gastadísima, y percatándome de que todo lo que contaba pertenecía a mi vida de dos años atrás, hasta que Marie nos llamó a la mesa, cosa que agradecí infinitamente.

Los O'Rourke tomaron

asiento primero y Laura se encargó de reservarme un sitio entre ella y su marido, pero esquivé la emboscada haciéndome el despistado y terminé sentado en una esquina, junto a Leo y frente a Marie, que en esos momentos había hecho aterrizar una fuente de ensalada templada de pasta y gambas en vinagreta. Y antes de que la señora O'Rourke pudiera contraatacar con alguna de sus preguntas hice un

comentario sobre la tormenta con la esperanza de desviar el tema por el resto de la cena.

—Se está poniendo feo —dije—. Me ha parecido oír que llegaríamos a vientos de cien millas por hora.

—Es normal llegar a los cincuenta y cinco nudos, incluso un poco más —comentó Leo—. Pero no con tanta electricidad ni fuegos artificiales. Hablé por radio con el servicio de meteorología de Donegal

esta tarde y dicen que durará hasta la madrugada.

—¿Radioaficionado? — le preguntó entonces Frank O'Rourke a Leo.

—No... apenas uso la radio más que para hablar con protección civil, o con Donovan y otros pescadores de vez en cuando. La tengo más como una medida de emergencia. El teléfono por aquí viene y va.

—Sí —convino O'Rourke—, es malo en Clenburrán, así que no me

imagino cómo debe ser por aquí.

—¿Qué le parece a usted vivir en un lugar tan solitario, señor Harper? — intervino entonces Laura—. ¿No le da miedo, quizás? Aunque no debe preocuparse; aquí nunca pasa nada.

—Me alegro de oírlo — respondí—, en realidad...

—Aunque últimamente se han oído cosas, ¿sabe? — continuó ella aprovechando mi pequeño silencio—. A

los Kennedy, por ejemplo, les debieron entrar en su tienda el año pasado. Y también he oído que desvalijaron una casa cerca de Fortown mientras sus dueños dormían dentro. Son casos aislados, pero antes, según dicen, no había ocurrido jamás. Se habla de una banda de Europa del Este, aunque Frank opina que es todo un bulo que se han inventado los vendedores de alarmas.

—Y yo me adscribo a

esa opinión —dijo Leo—. No creo que ningún delincuente vaya a venir hasta esta esquina del mundo a robar un televisor. Yo, por mi parte, me niego a tener miedo.

—Bien dicho, Leo — dije.

—¿Y tú, Marie? — preguntó Frank. Se había quedado en silencio por un segundo, con la mirada perdida en el interior de su copa—. ¿Cómo llevas todo eso de estar solos en esta

playita perdida?

—No lo pensamos, realmente —respondió Marie—. Hemos vivido en sitios mucho más peligrosos y nunca nos pasó nada, bueno, exceptuando algún robo, algún pequeño susto. Pero estoy con Leo, ¿quién vendría hasta esta esquina perdida del mundo a robar nada, eh? Hay sitios mucho más fáciles para una banda de ladrones...

Un relámpago destelló afuera, seguido a muy pocos

segundos de un terrible trueno que frenó la conversación sobre ladrones y la devolvió al tema meteorológico.

—En fin, dicen que no será la última tormenta de este verano. Se espera mucha lluvia en agosto. Quizá volvamos a tener inundaciones como hace dos años.

Frank O'Rourke contó entonces como un amigo suyo perdió varios miles de euros en género en una

noche durante las inundaciones de Galway en 2008. Leo opinó que todo el planeta se estaba volviendo loco con el cambio climático.

—Yo jamás había visto un cumulonimbo como el de esta noche —intervino Marie entonces.

—¿Cumulonimbo? —pregunté yo.

—Esa forma en las nubes. Es rara. Inusual por aquí. Todo esto tiene que ver con el cambio climático, no

me cabe duda. Lo leí en una *National Geographic*. El clima de Irlanda está ligado a la corriente del golfo de México. No sería tan templado sin ese flujo de agua caliente, que ahora está comenzando a detenerse. Eso es lo que provoca estos vendavales. Y también algunas variaciones curiosas en las migraciones de aves.

Fuera de la casa, la tormenta iba cobrando virulencia y las descargas de rayos comenzaron a

repetirse cada minuto. En el salón, la luz de las lámparas iba y venía. En algunos momentos nos quedábamos completamente a oscuras, a solas con la luz de la chimenea, y en otras, un trueno estallaba sobre nuestras cabezas interrumpiendo la conversación, que se reanudaba entre chistes.

Pero ni toda esa acción era capaz de distraer a Laura O'Rourke, que nada más terminar el primer plato,

reanudó su interrogatorio sobre mí. «¿Por qué eligió Clenburrán para instalarse?» «¿Piensa quedarse mucho tiempo?»

El primer plato y el vino me habían alegrado y predispuesto a la charla. Le respondí que era la segunda vez que me recluía en Donegal para terminar de componer una obra. La primera fue casi quince años atrás, y entonces lo hice en la casa de unos amigos en las faldas del Lagirslan,

frente a una playa no muy diferente a la que ahora veía cada mañana.

—Crecí en Dublín —dije —, y de niño solía venir a Donegal en verano con mis padres. Es un lugar que todavía me hace sentir bien, protegido. Supongo que me recuerda a los días felices de mi niñez.

Tan pronto terminé de decir aquello, me di cuenta de que acababa de tocar un tema peligroso, del que no me apetecía hablar. Laura

O'Rourke lo vio claro como el agua.

—¿Tiene usted familia?
—preguntó.

—Sí —respondí con la voz de alguien que no quiere ser oído—, dos hijos.

—Que vendrán en un par de semanas, ¿no es cierto, Pete? —intervino Leo entonces.

—Sí —expliqué—. Vendrán a pasar las vacaciones de verano. Espero que les guste Donegal.

—Oh, claro. Les encantará —se apresuró a decir Marie.

Laura O'Rourke tenía el rostro de haber encontrado un filón, pero de que al mismo tiempo le daba un poco de vergüenza comenzar a picar en él. Puso otra vez esa estirada sonrisa y se dirigió a mí con la pregunta que todos estábamos ya esperando.

—Pero usted está... ¿casado o...?

—Divorciado —

respondí.

—Oh. Cuánto lo siento. Es algo terrible cuando hay niños por medio, ¿verdad? Mi prima Beth acaba de...

Entonces Leo se apresuró a servir más vino y a tratar de cambiar de tema. Marie se puso en pie y recogió los platos y comenzó a preguntar cómo queríamos nuestros bistecs. Yo me levanté a ayudarla, y una vez en la cocina, le guiñé un ojo y le susurré:

—Gracias.

Llegó la hora del segundo plato, unos exquisitos bistecs con puré de patata y verduras, y eso me dio un pequeño respiro. Laura O'Rourke pareció perder interés en mí —quizá porque percibió que sería un hueso demasiado duro de roer— y puso su foco en los Kogan. Había oído que procedían de Portland y ella tenía una prima viviendo allí, ¿cuándo habían decidido mudarse a Irlanda? ¿Era cierto que habían

vivido en Asia muchos años?

Supongo que en el pueblo circulaban muchas historias sobre nosotros, los «nuevos» vecinos. Quizás era una lógica de pura supervivencia. Una comunidad tan pequeña debe protegerse, y para ello debe estar informada, conocer a sus integrantes y contar con una detallada biografía de cada uno de ellos. Y Laura O'Rourke no hacía otra cosa que obedecer a sus instintos

cuando lanzaba todas estas preguntas esa noche. En su caso, Leo era mucho más generoso y espléndido en sus respuestas. Y con una buena dosis de vino encima, no le costó ponerse a hablar de su vida y andanzas por el mundo.

A los veinticinco, contó, había decidido colgar los guantes de boxeo en un tugurio de Nevada y aceptar una oferta de trabajo en San Antonio, Tejas, para comenzar una carrera como

profesional de la seguridad. Marie ya era su novia por aquel entonces. Ella bailaba en un gran hotel de Las Vegas los viernes por la noche y había hecho de corista para artistas de renombre como Tom Jones. Salieron de Nevada y se embarcaron en un largo viaje sin retorno. Nunca volvieron a vivir en Estados Unidos excepto por una breve estancia de tres meses, cuando la madre de Marie falleció y ambos quedaron

oficialmente huérfanos y desamparados en el mundo. Después, al acercarse a la edad «en la que una persona se ha ganado el derecho a no hacer nada», comenzaron a pensar en lugares donde retirarse. «Por alguna razón siempre había habido dos sitios en nuestra imaginación: Irlanda (o Escocia) y Tailandia. Yo conocía a muchos viejos que se retiraban en Tailandia. A partir de los cincuenta puedes hacerte el visado

permanente en ese país, y con una pensión occidental vives sobradamente. Pero Marie siempre hablaba de Europa, de las viejas costas de Irlanda..., y...»

Leo prosiguió hablando de su llegada a Clenhburrán, una historia que ya había oído un par de veces. Comencé a distraerme un poco. Mi cabeza viajó lejos de allí. Había otros pensamientos que pugnaban por ser atendidos en mi mente... Esa voz, sobre

todo. La voz que había hablado dentro de mí antes de salir de casa...

—A veces la oirás.

... al minuto siguiente ya no estaba allí, en el salón de los Kogan, sino que había vuelto a mi casa de la infancia en el norte de Dublín, cerca del Coombe, a aquel salón pequeño donde la chimenea siempre ardía bien cargada de turba.

—El instinto es fuerte en nuestra familia. Pete, nunca lo olvides.

Mi madre siempre me hablaba de ello con naturalidad. Pero siempre en secreto, solo cuando estábamos a solas. Sobre el sexto sentido. El ángel de la guarda. La voz que nos protegía.

—Escúchala, está ahí para ayudarnos.

Ella y, antes que ella, su madre (mi abuela) lo tenían. A veces les hablaba, les decía cosas para protegerlas, a ellas y a sus familias.

—Y ahora nos contará la

historia de tu tío Vincent y el autobús —decía papá cuando nos atrapaba—. Mejor que nunca cuentes esas cosas fuera de casa o algún día te van a encerrar en un manicomio.

—Eres un incrédulo, papá —le regañaba mi madre dulcemente, y después me miraba con sus ojos llenos de estrellas y sonreía—, ¿conoces esa historia, Peter? Mi hermano Vincent, que en gloria esté, pudo haberse muerto mucho

más joven. El autobús de su colegio se estrelló contra un camión. Murieron dieciocho niños, el conductor y una profesora. Pero Vincent no estaba allí, fue el único día de su vida que perdió el autobús. ¿Sabes por qué? Estaba a punto de salir de casa y mi madre vio que uno de los botones de su uniforme estaba a punto de caerse. Le dijo que esperara, que traería su costurero y se lo arreglaría en un santiamén. Y mientras lo

hacía, y Vinnie protestaba porque llegaría tarde, esa vocecita le habló a mi madre. Y le dijo: «No dejes salir a Vinnie. No hoy». Y mi madre le arregló el botón lo más despacio que fue capaz. Y se lo cosió a la camisa a propósito, para después hacerse la sorprendida y tener que descosérselo. Y Vinnie protestaba que iba a perder el autobús. «¡Pues lo perderás!», le gritó mi madre. Y así ocurrió. Y ese

día murieron todos sus amigos. No quedó ni uno con vida.

Esas historias eran corrientes en mi casa y mi padre a veces llegaba a enfadarse. Le decía a mi madre que aquellas cosas no eran educación para mí, que crecería creyendo en fantasmas y premoniciones, y que bastante religión teníamos ya como para añadir más milagros a la lista de las falsas esperanzas. Además, él pensaba que

creer en premoniciones iba en contra del buen cristiano, aparte de ser una idiotez.

—Todas las madres del mundo se preocupan por sus hijos cuando los ven salir de casa. Ese día Dios quiso que aquel autobús se estrellara y tu madre pensó...

Pero esa no era la única vez, insistía mi madre. Y, además, también le había pasado a ella.

—¿Qué pasó aquella mañana del 24 de marzo de 1968? Tú estabas allí,

Patrick, a mi lado, en la cama. ¿Lo recuerdas?

—Oh... pues no.

Pero sí lo recordaba, me decía mamá después, en una de esas largas tardes cuando papá se había marchado al *pub* y yo me quedaba en casa estudiando piano, y ella cosiendo una bufanda en el sofá, al calor del fuego. «Yo me levanté llorando porque había tenido un terrible sueño. Había visto un cementerio, lleno de gente. Irlandeses. Y supe que algo

terrible estaba a punto de ocurrir. Se lo conté a tu padre y él me dijo que no me preocupara, que sería una pesadilla, sin más. Pero yo tenía un cuerpo horrible, como si se hubiera muerto mi propio hijo.

»Al mediodía, recuerdo que estaba en la cocina escuchando la radio y alguien anunció que un vuelo entre Cork y Londres había desaparecido en el mar. Tenía una sartén en la mano y se me cayó al suelo,

y poco faltó para que yo me fuera detrás. Después, esa misma tarde, se supo que un avión de Aer Lingus se había estrellado a varias millas de Wexford, matando a sesenta y una personas y la tripulación... Tu padre llegó a casa con la cara pálida, se metió en la cama y no quiso hablar del tema en un año por lo menos, pero ocurrió como te lo digo».

Esa era la historia más peculiar, pero había otras, tantas... a veces era solo una

terrible sensación que terminaba siendo cierta («Katty Kennedy tenía la cara de un muerto esta mañana»... y al cabo de tres meses íbamos a su funeral: cáncer de huesos), otras veces era una voz («¿Dónde está el disolvente que dejé en la cocina? —preguntaba papá... y mamá decía que lo había tirado por la ventana y que nunca volviera a dejar nada semejante en su cocina —. Una voz me ha hablado de una garganta abrasada, y

una persona volviéndose muda para el resto de su vida»). Y papá, claro, siempre cerraba los ojos, suspiraba, y le decía que no contase esas cosas cuando estuviera fuera de casa. Ah, mamá, mamá...

«Somos especiales, Pete. Tú eres especial. Mira qué cosas tan bellas escribes al piano. Eso sale de alguna parte, de una parte celestial de ti mismo. Eres un pequeño ángel, ¿lo sabías? Quizás algún día también tú

oigas esa voz».

—Pero yo no quiero oír voces, mamá... Papá dice que es de locos, que me encerrarán si lo digo a la gente.

Entonces mi madre me cubría los ojos con su mano, me cerraba los párpados y me acariciaba la nariz como si fuera a robármela.

—Locura es vivir la vida como si nunca fuera a acabarse, Peter Harper. Aprovéchala. Admítela. No le tengas miedo y ella te

dará cuanto le pidas.

Cuanto pidas.

¿Una copa de vino?

Cuanto pidas.

—... ¿Sigue entre nosotros, señor Harper?

Abrí los ojos, o mejor dicho, los activé, porque en realidad ya estaban abiertos, pero cerrados al mismo tiempo, y vi a la señora O'Rourke sosteniendo la botella de vino sobre mi vaso.

—Le preguntaba si quiere más vino...

—No... —respondí,
todavía regresando desde
mis recuerdos—. No,
gracias. Creo que ya he
tenido suficiente.

Tras el postre estaba un
poco cansado y aburrido de
Laura O'Rourke, cuya
presencia bloqueaba
cualquier intento de
conversación con mis
amigos Leo y Marie, pero
accedí a tomar un té en los
sofás enfrentados junto a la
chimenea. Laura, de pie con
una taza de té, alabó la

colección de pinturas de Marie. Le preguntó cuándo pensaba comenzar un taller de pintura para las mujeres del pueblo.

—En realidad aprendí por mi cuenta —respondió ella—, y por lo tanto no creo que fuese una buena maestra.

Laura O'Rourke mostró su descontento con la respuesta. Añadió que le gustaría tener un cuadro de Marie y comentó que «tenía un hueco perfecto en su

salón».

—Si quiere, Marie le puede hacer un retrato — añadió Leo entonces—. Además de pintar buenos paisajes es una retratista excelente.

—¿Es cierto eso, Marie? —pregunté yo—. Si lo hubiera sabido antes ya te hubiera pedido uno.

—Oh, bueno. Antes solía ganarme la vida con ello — respondió ella—. En los hoteles donde trabajaba Leo, yo hacía retratos a algunos

clientes y...

—Le hizo uno a la mujer de François Mitterrand, y no es broma —interpuso Leo, quien se mostraba como la mejor arma promocional de su tímida esposa—. Y también a Billy Cristal. Con eso nos pagamos media casa —terminó diciendo como una broma.

—Pero todos los que tiene aquí son de Irlanda —observó la señora O'Rourke, mirando a las paredes—. ¿No guarda ninguno de otros

países?

Marie negó sonriendo.

—La mayoría los he ido regalando o vendiendo por el camino. Cuando llegué a Irlanda no traía ninguno conmigo y ahora ya me falta sitio en casa para colgarlos. Ya ve. Estoy pensando en donar algunos para la parroquia.

Después del té empecé a bostezar. La tormenta había dejado de retumbar ahí fuera y las luces de la casa llevaban un buen rato sin

atenuarse por la violencia de los rayos. Además, Laura O'Rourke había mencionado el piano por segunda vez y, aunque me había hecho el loco, sabía que lo volvería a intentar. Pensé que era un gran momento para volverme a casa. Me levanté del sofá disculpándome por ser un muermo en pleno viernes por la noche.

Los O'Rourke anunciaron que harían una cena muy pronto en su casa y que les encantaría tenerme

de invitado. «Quizá cuando lleguen sus hijos podemos ir a navegar en el velero de Frank».

Acepté

diplomáticamente y después le di las gracias a Marie por la estupenda cena. Me puse la chaqueta y Leo me acompañó afuera.

Había dejado de llover, pero el viento seguía soplando con fuerza. Leo, que iba un poco tocado, hizo un comentario sobre los O'Rourke: dijo que se sentía

como la víctima de un interrogatorio siempre que estaba con ellos. Yo me eché a reír y le dije que conocía la sensación. Entonces, según llegábamos hacia el coche, vi que Leo miraba a algo fijamente en el cielo. Alcé mi vista y lo vi yo también.

Una nube monstruosa esperaba posada sobre la playa. La luz de la luna que lograba colarse entre las nubes perfilaba su gigante silueta. Era un gordo y enorme pastelillo de

merengue negro, de una milla y media de diámetro, doblado sobre sí mismo en una extraña espiral que rezumaba pequeños tornados que morían nada más nacer.

—Vaya... qué mal aspecto tiene —dije sin dejar de mirarlo.

—Sí. Mejor que te des prisa antes de que eso reviente —respondió Leo—. ¿Seguro que no quieres quedarte un rato más?

Miré hacia la gran nube, preñada de negrura, como un

gran Dios de la furia a punto de reventar. Estaba quieta, justo encima del Diente de Bill, por donde yo tendría que pasar en dos minutos.

«No salgas, Pete».

Pero por otro lado, ¿cómo quedaría delante de los O'Rourke si volvía a entrar con el rabo entre las piernas? «Me quedaré un rato más. Hay una nube horrible posada sobre la playa, y además tengo un mal presagio sobre esta noche. ¿Les he hablado de

las premoniciones en mi familia?»

«Esta noche, no».

Recordé a mi tío Vincent y su botón. Me hubiese encantado tener una disculpa para no poder irme. Quizá, con mucha suerte, el motor no arrancaría. O quizá Leo me obligara a quedarme. O quizá...

—No... creo que si me doy prisa, estaré en casa antes de que eso empiece a sacudirnos —le dije a Leo, palmeándole el brazo—.

Cuídate, amigo. Y vuelve a casa. Seguro que tu nueva amiga tiene alguna pregunta más que hacerte.

Leo se echó a reír mientras yo saltaba las escaleras del porche y aterrizaba en el jardín. Corrí hasta mi coche y me monté en él. Leo todavía estaba allí, esperando a verme arrancar. Metí la llave y giré el contacto. El Volvo solía calarse a menudo, y en los días de tormenta, algunas baterías de coche se

descargan. Te obligan a quedarte en casa de unos amigos, a pasar la noche...

El motor arrancó a la primera.

3

Conduje despacio por la estrecha carretera de grava que ascendía sobre las dunas, mientras notaba el viento agitando las dos toneladas de acero de mi Volvo V40 como si estuviera hecho de papel. Los focos atravesaban la noche como dos espadas de luz y trataba de no perder de

vista el borde derecho de la carretera, pues a medida que me alejaba de la casa de Leo y ascendía hacia el Diente de Bill, la carretera se iba elevando y en cierto punto aquello se convertía en un pequeño barranco sin otra protección que los matorrales de la duna.

Sobre mí, la gran y poderosa Diosa de la Tormenta había comenzado a retumbar, a emitir ruidos de parto.

Pisé un poco el

acelerador. Pensé que no quería estar en la carretera cuando esa gran Madre del Fuego comenzase a chillar histérica y a lanzar a sus hijos sobre la tierra. Pero en cuanto superé la cuesta y llegué a la cima de la colina, vi algo que me obligó a pisar el pedal de freno.

Una rama, cruzada en medio de la carretera.

Era una gran rama, una de las cuatro o cinco principales que aún lucía el hermoso y viejo roble del

Diente de Bill. Pude distinguir como uno de los extremos estaba ennegrecido, aún humeante, y supuse que un rayo debía haberla arrancado del árbol. Y después el viento huracanado de las últimas dos horas la habría empujado hasta colocarla en el centro del camino.

Adelanté la cabeza y eché un vistazo a través del parabrisas, hacia arriba. El gran merengue negro había comenzado a rotar justo

encima del coche. Se veían resplandores en sus tripas y se oían amagos de trueno, como ronquidos a medio apagar de un gigante al que hemos perturbado en su sueño.

Si en vez de conducir un Volvo V40 hubiera sido un Land Rover Discovery como el de Leo, ni siquiera me lo hubiese planteado: marcha corta y pasar por encima, ya me encargaría de volver a la mañana siguiente y quitarla de en medio a hachazos.

Pero los bajos de mi viejo coche no iban a soportar semejante acrobacia y temía reventar una o dos ruedas en el intento. Además, los O'Rourke vendrían por el mismo camino más tarde, en algún momento, y quizá no tuvieran la suerte de verla a tiempo.

Así que decidí que lo haría tan rápido como pudiese.

Salté del coche y, en cuanto lo hice, me di cuenta de que aquello era peligroso.

Todo lo que sabía de tormentas eléctricas me decía que no debía estar allí. En lo alto de una colina, junto a un árbol, bajo una nube a punto de reventar.

«Esta noche, no».

Había oído en alguna parte que los coches cerrados (así como los aviones) no tienen peligro en las tormentas eléctricas, debido a un efecto por el cual la electricidad recorre la superficie sin afectar a su contenido. Estuve a punto de

volver adentro. Quizá fuese mejor tratar de rodearla... pero qué demonios. «Vamos allá. Saca pecho y sé un hombre; nunca pierdas tu amor propio y tu gusto masculino por las gilipolleces temerarias, aunque sea a costa de diñarla».

El viento soplabá bien fuerte en esos instantes. Miré aquel viejo roble, mutilado y humeante, y percibí el olor que desprendía; a quemado, pero

no como una chimenea o una barbacoa, sino al quemado de una bombilla, o de un cable viejo. Me recordó a la vez que mi hija Beatrice metió los dedos en un enchufe del salón cuando tenía tan solo cuatro años. La luz de toda la casa saltó de pronto y cuando la encontramos en el salón, tenía los pelos de las cejas de punta. Y olía así.

Encima de mi cabeza la gran espiral de merengue negro eructó un poderoso

rugido que hizo temblar la tierra. Alcé la vista una última vez y pude distinguir una especie de luz en el interior de aquella gran madre preñada. Un remolino de luz azul.

«Los rayos nunca caen dos veces en el mismo sitio», me dije a mí mismo.

«Vamos, cuanto antes acabes, mejor».

Me acerqué a la rama y la tomé por un extremo. La condenada pesaba más de lo que habría podido anticipar.

Comencé a arrastrarla como si se tratase de la manecilla de un gigantesco reloj que habría que poner en hora, dirigiéndome hacia el borde de la carretera. Al fondo, la playa estaba completamente a oscuras. Solo se distinguían los crespones blancos de las olas rompiendo en la arena.

Cuando llegué al borde, la rama hacía una perfecta paralela con la carretera. Eso era más que suficiente. La dejé caer pesadamente y me

limpié las manos en los vaqueros. Después di un paso en dirección a mi coche, y entonces noté algo a mi alrededor.

Había luz. Mucha luz.

Primero pensé que eran los faros del Volvo. Quizás hubiese puesto las antiniebla por error, antes de salir, pero el caso es que todo estaba muy iluminado, quizá demasiado iluminado.

Aturdido, comencé a caminar hacia el coche y entonces noté algo que me

recorría el cuerpo. Un cosquilleo fluía por mis vértebras, mi cuello y que iba a morir en mis manos. Las miré y observé que el vello estaba completamente erizado. Cada uno de los pelos de mi brazo estaba erecto, como las púas de un erizo. Era como si alguien hubiera colocado un gigantesco imán encima de mi cabeza.

Encima de mi cabeza.

Levanté la vista hacia arriba. Ese remolino de luz

azul, dando vueltas aceleradamente, como un disco a mil revoluciones por minuto. «Los rayos no caen dos veces en el mismo sitio».

Sentí algo en las sienes. Y la luz del coche doliéndome en los ojos, convirtiéndose en una gran blancura. Tuve tiempo de darme cuenta de lo que pasaba. Fueron unos pocos segundos y creo que traté de alcanzar el Volvo, pero no llegué. Entonces lo sentí:

algo me mordió el cuerpo; el rostro, el hombro, las piernas. Me agitó como un muñeco y me hizo volar.

Aquella caja fuerte de mil toneladas cayó en el centro de mi cabeza. Me aplastó, me hizo caer sobre mis rodillas al suelo, y después reventó como si llevase dentro mil kilos de explosivo. Mis oídos no pudieron con aquel sonido. Se apagaron. Se quedaron en blanco.

Después oí mi propio

grito y sentí que caía al suelo, y esperé a que mi cuerpo chocase contra la tierra, pero eso no llegó a pasar. Seguí cayendo en una negrura sin final.

4

Abrí los ojos y sentí unas terribles náuseas. ¿Dónde estaba? Fuese donde fuese, se movía.

—¡Mirad! Ha abierto los ojos —dijo alguien. Reconocí su voz: Marie.

Estábamos en un coche e íbamos a toda velocidad.

—Marie... parad, tengo que vomitar.

Sentí que el coche paraba en seco. Busqué la manilla con la mano, aguantándome la vomitona, y finalmente abrí la puerta y lo eché todo.

Otras puertas se abrieron. Oí pasos. Se acercaban a mí.

—Hay una botella de agua en el maletero. Y servilletas. Trae unas cuantas.

Noté una mano palmeándome en la espalda.

—Eso es, muchacho,

échalo todo.

Había otro coche detrás del nuestro y sus luces iluminaban la obra de arte que acababa de realizar en el asfalto. Supuse que por ahí andaría la pasta de la cena, el magnífico bistec, y el burdeos de Leo.

Alguien me alcanzó una botella de agua abierta. Tomé un poco de ella. Me sentó bien. Después alguien me alcanzó una servilleta. Me soné las narices y terminé de limpiarme la

boca. Tenía un sabor asqueroso en el paladar. Aun así, di las gracias en voz alta.

Traté de abrir los ojos pero los sentía pesados. Como los ojos de una vieja tortuga. De hecho sentía todo mi cuerpo como el de una vieja tortuga de las Galápagos. Una tortuga de cien años como mínimo. Debía tener la piel igual de acartonada y dura.

—¿Ya ha vuelto en sí?

—dijo otra voz, la de Frank

O'Rourke.

—Parece que sí —
respondió Leo.

Alcé la vista y traté de verlos, pero solo alcancé a distinguir sus siluetas.

—¿Qué ha pasado? —
pregunté a voz en cuello.

—Te has desvanecido,
Peter, pero estás bien.
Vamos de camino al
hospital.

—¿Al hospital? —dije
—. ¿Estás de broma?

—No muchacho. Nada
de bromas. Creemos que te

ha impactado un rayo. Ahora vuelve a sentarte. Llegaremos en un par de minutos.

No sé cuánto tiempo más estuvimos en el coche, pero volví a desvanecerme y la siguiente cosa que recuerdo fue la recepción de un hospital (el Dungloe Community Hospital, según supe más tarde) e ir de los hombros de Leo y Frank O'Rourke. Después, un par de enfermeros saliendo de una garita y tumbándome en

una camilla. Y Marie cogiéndome de una mano y diciéndome que todo saldría bien, mientras la camilla avanzaba por un pasillo.

«No será nada, Pete», dijo una voz.

Cerré los ojos y volví a desmayarme.

La doctora que me atendió se llamaba Anita Ryan, una bonita irlandesa de pelo rojo y faz pecosa, un poco regordeta y de hablar rápido y certero. Me tomó el pulso, auscultó, me exploró

los ojos con una linterna.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Creo que me cayó un rayo.

Después me hizo una serie de preguntas muy sencillas para empezar. Cómo me llamaba, mi edad. «¿Cómo ocurrió todo, señor Harper? ¿Dónde sintió el impacto? ¿Le duele algo?» Traté de explicar lo que recordaba. El coche, la rama en el camino, y después aquella luz. El remolino

azul. Sentí que algo me golpeaba la cabeza... y ahora tenía un dolor de cabeza mezclado con un intenso mareo. Y también sentía mi piel tirante.

La doctora anunció que me practicarían una neuroimagen. Después me inyectó algo en el brazo y volví a la camilla. Recorrí otro pasillo hasta una sala de rayos X. Allí me introdujeron en el estómago de una gran máquina y pasé allí un buen rato oyendo

ruidos y pitidos a mi alrededor. El dolor de cabeza cesó por un rato y la piel dejó de tirarme. Supuse que me habrían administrado algún tipo de calmante.

Al cabo de una hora volví a reunirme con la doctora. Tenía todas mis fotografías ordenadas sobre un negatoscopio. Me invitó a sentarme y se apresuró a darme los resultados de todo aquello. Eran buenos. No habían encontrado nada por lo que debiera preocuparme.

La neuroimagen estaba perfectamente. Al parecer había sido uno de esos «casos afortunados» que ocurren de vez en cuando, aunque el hecho de que hubiera sentido el golpe en mi cabeza seguía inquietando a la doctora.

—Ahora observe. Quiero mostrarle algo.

Me senté sobre una camilla y me desnudé de cintura para arriba. Al hacerlo, bajo la luz de la consulta, descubrí algo

increíble. La mitad superior de mi pecho, comenzando por mi cuello, y el muslo izquierdo estaban enrojecidos y cubiertos por una serie de extrañas marcas. Tenían el aspecto de helechos o plumas, y eran tan perfectas que se diría que alguien se hubiera dedicado a tatuármelas con tinta roja durante días, o semanas.

Atendían, tal y como me explicó, al nombre de «Figuras de Lichtenberg», en honor a su descubridor, el

físico germano Georg Christoph Lichtenberg, al que no le había caído ningún rayo, pero que se dedicó al estudio de las corrientes eléctricas en su tiempo. Esos tatuajes cutáneos eran el efecto de la ruptura de los capilares con el paso de la corriente eléctrica por mi cuerpo, y la buena noticia es que remitirían al cabo de unos cuantos días. La doctora me explicó que había visto uno incluso más espectacular, con forma de

estrella de mar, dibujada en la espalda de un pescador que fue alcanzado dos años atrás por un rayo.

—Y que también sobrevivió, a Dios gracias — continuó diciendo—. En realidad, aunque la cultura popular dice lo contrario, no es tan raro que se sobreviva al impacto de un rayo. Todo depende de la energía del mismo, de la zona de impacto y sobre todo del recorrido que haga por el interior del cuerpo. Siempre

hay una zona de entrada, un recorrido interno y una zona de salida del rayo, y durante ese recorrido, el rayo va quemándolo todo a su paso. Dependiendo qué zonas u órganos recorra, las lesiones pueden ser mortales o no. En su caso, todo indica que tuvo suerte, pero no obstante tendrá que pasar la noche en observación.

Leo y Marie me estaban esperando cuando llegué a la habitación que me habían asignado. La doctora les

había informado de todo. Me ofrecieron sus teléfonos por si quería llamar a alguien.

—No... —respondí—. Estaré bien. La doctora ha dicho que será solo una noche. No quiero alarmar a nadie.

—¿Ni a Judie? —insistió Leo—. Creo que le gustaría venir a visitarte.

—Seguro, amigo —le respondí—. Me vendrá bien una noche solo, con mis calmantes y el olor a hospital. Además, Judie

estará ocupada en la pensión. Ayer me dijo que había llegado un grupo de mochileras alemanas. Pero antes de irte, cuéntame cómo pasó todo.

Al parecer, los O'Rourke se habían marchado media hora después de que yo lo hiciera y fueron ellos los que me encontraron. Mi coche todavía tenía el motor en marcha y las luces dadas. Cuando me vieron en el suelo, empapado en la lluvia y el barro, pensaron que

habría muerto. Laura O'Rourke estaba tan afectada que le habían dado un calmante al llegar al hospital y Frank se la había llevado a casa.

—Dadles las gracias de mi parte cuando les veáis.

—Lo haremos, pero vete preparándote para ser el nuevo chascarrillo del pueblo —respondió Leo, sonriendo—. Buena es Laura O'Rourke para extender historias.

—Oh, eso ya me lo

imagino...

—¡No seáis así! —
exclamó Marie.

Insistieron en quedarse aquella noche, pero les convencí de que se fueran. «No pienso morirme esta noche, tranquilos. Además, nunca le obligaría a un amigo mío a dormir en semejante potro de torturas», dije por las butacas que había en la habitación.

—Te dejo aquí mi teléfono —dijo Leo, posando su teléfono móvil

en la mesilla—, que pases una buena noche y cuidado con las enfermeras.

Marie, después de darle una colleja a su marido, me besó en la frente y se despidió. «Que tengas dulces sueños, Pete».

Esa noche la electricidad debía estar recorriéndome las venas todavía porque no pude pegar ojo. Además, la cabeza había empezado a dolerme.

Estuve despierto en la cama, escuchando esa

especie de tictac que sonaba como un reloj en el fondo más remoto de mi cabeza. Estaba solo en la habitación, pero más allá de la puerta podía oír algún quejido, pasos de una enfermera, el sonido de un televisor en la habitación de algún otro insomne. Hacía mucho tiempo que no pasaba la noche en un hospital. ¿Podía recordar la última vez? Claro que sí.

«Tan solo (de verdad, no será nada) me he mareado

un poco».

Deirdre Harper, mi madre, se había desvanecido en una zapatería del centro comercial y varias personas la habían ayudado a sentarse. Mi padre la había llevado a urgencias, y cuando llegué, a bordo de un avión Ámsterdam-Londres-Dublín, ella seguía en observación. «Ella dice que está bien, que solo ha sido un pequeño mareo», dijo papá. Creíamos que estaríamos en casa para el

almuerzo.

«No será nada, verás».

Una preciosa mujer de cincuenta y dos años, cabello castaño y una sonrisa que lograba convertir un día negro en un día feliz; y con aquella sonrisa la recuerdo, cuando le dijeron que debían ingresarla para realizarle una analítica completa, despidiéndose «por un rato»...

Y entonces la oí, la misma voz que me había hablado esa noche antes de

salir de casa: «Despídete de tu madre, Peter. Recuérda la siempre como ahora la ves: con ese vestido, ese cabello rojizo, su bolso y sus zapatos marrones».

Y ella debió verlo en mi mirada. Recuerdo ver sus ojos llenarse de lágrimas, pero ella se resistió a dejar escapar ni una sola. Lo hizo por papá, claro. Y volvió a decir que regresaría a casa esa misma tarde..., quizá mañana. Y se marchó caminando hacia dos puertas

de plástico que se la tragaron para siempre, y la convirtieron en la esclava de una cama y unos tubos, despojada de su pelo, pero nunca de su sonrisa, hasta que Dios se la llevó un duro día de noviembre dos meses después, destrozando un hogar feliz y convirtiendo a mi padre en una sombra perpetua, y a mí abriéndome un agujero en el pecho que nunca había conseguido cerrar del todo.

Recordando a mamá dejé

escapar un par de agrias lágrimas en la soledad de la habitación. La madrugada seguía su curso y mi cuerpo descansó por fin.

Después tuve un sueño y creo que ella apareció en él. Estaba asustada y quería decirme algo que yo no entendía.

Al día siguiente me desperté con el mismo dolor de cabeza. La doctora se pasó por allí después del desayuno y me hizo algunas preguntas respecto al tipo de

dolor que sentía. ¿Era continuo o pulsátil? ¿Como si el corazón me latiese dentro de la cabeza?

—Exactamente eso — respondí—. Como un pulso.

—Bien, ¿en qué zona duele: delante, detrás, a un lado o en toda la cabeza?

Le dije que me dolía «dentro», pero que sentía el dolor más hacia el lado izquierdo. «¿Visión doble?, ¿chispas voladoras en la visión?, ¿dolor abdominal?, ¿sudoración?, ¿lagrimeo?»

La doctora me prescribió algunas pastillas, «dos por la mañana, dos al mediodía, dos antes de acostarse, después de cada comida. Si el dolor persiste más allá de la segunda semana, vuelva por aquí. No debería conducir salvo lo estrictamente necesario en la primera semana. Nada de drogas o alcohol». «¿Sexo, doctora?» «Lo estrictamente necesario». «Eso es bastante más de lo que tengo ahora».

En el teléfono tenía una

llamada perdida de Judie. Supuse que Marie y Leo la habrían puesto al corriente de todo.

Devolví la llamada. Tras un par de tonos, alguien descolgó y se oyó la inconfundible voz de Judie, amable, vivaracha, un poco ronca al final de cada frase.

—Tienda de la señora Houllihan, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola —dije—. Acabo de mudarme al pueblo y me gustaría saber dónde alquilar

una buena peli porno.

Judie echó una risotada al otro lado del teléfono. Me la podía imaginar aburrida tras el mostrador, leyendo algún grueso libro, con una taza de té yogui (de zarzamora, ginseng u otra de esas extrañas variedades que le iban a ella) humeando a su lado.

La tienda de la señora Houllihan era, desde hace meses, el edificio más llamativo de Clenhburrán. Fachada rosa, ventanas

pintadas de amarillo y un reguero de flores, banderolas, campanillas y pequeños Budas sentados en las ventanas. En la planta baja se ubicaba la antigua tienda de la señora Houllihan, un negocio pensado para veraneantes, que tradicionalmente durante el invierno servía como farmacia, tienda de libros y juguetes; y alquiler de películas. Pero con la jubilación de la señora Houllihan hace dos años y la

llegada de su nueva propietaria, la joven y vivaracha Judie Gallagher, la tienda —y por extensión, el pueblo entero— había sufrido una pequeña revolución. Ahora la vieja tienda era también un centro de enseñanza de yoga (con dos clases semanales impartidas por ella), salón de masajes y acupuntura. Además, de una manera informal, el lugar se había terminado convirtiendo en la base de operaciones de las

mujeres del pueblo, que hasta entonces debían conformarse con una trastienda en la pequeña iglesia de Saint Michael, desde donde se planeaban y ejecutaban cursillos de todo tipo así como viajes de compras a Belfast o Derry (incluso uno a Londres, algo que mantuvo a los hombres bastante preocupados durante días) y otros eventos culturales como la noche de cine al aire libre de Clenburrán, que tendría

lugar en julio. Ni que decir tiene lo encantadas que estaban las mujeres del pueblo con su nuevo centro de operaciones.

Además de la tienda y el centro «cultural», Judie también había reformado la vivienda situada en el primer piso para albergar un par de habitaciones con literas, principalmente destinadas a mochileros (había conseguido aparecer en la guía Lonely Planet de Irlanda el año pasado), pero

también a los músicos que venían a tocar *trad sessions* en el Fagan's, o a turistas de paso por la zona que no habían logrado encontrar habitación en ninguno de los dos hoteles de Dungloe y terminaban desesperados, en medio de la noche, rogando una cama donde echarse a dormir.

Y además de todo eso, Judie tenía la mejor colección de DVD clásicos de todo Donegal.

—Bueno, aquí tenemos

una gran colección de cine adulto. ¿Le gustan los animales? ¿Los enanos de circo? ¿Un poco de *bondage* tal vez?

—Oh, todo eso está muy bien, pero ¿tienen algo con vegetales? ¿Tipo *Locas calabazas III*? ¿Sabe?..., yo crecí en un pueblo muy pequeño, con una gran huerta.

—Basta, Pete —se rio Judie de nuevo—, ¿cómo demonios estás? Me ha llamado Marie y me lo ha

contado todo. ¿Por qué no me llamaste anoche?

—No quería preocuparte. Sabía que estabas liada en la pensión. Además, no es tan grave como parece.

—Joder, Pete, eso es como estrellarse en un avión y vivir para contarlo. Me hubiera gustado ir a visitarte anoche, aunque tuviera que dejar a las alemanas encerradas un rato. Bueno, ¿estás mejor? ¿Cómo pasó todo?

—Lo cierto es que no acabo de creérmelo —dije, pensando de pronto en aquel momento. La luz. El remolino de luz azul—. Pasó todo bastante rápido, pero creo que ya estoy bien. Solo me duele un poco la cabeza, pero la doctora me dio unas pastillas. Dice que en un par de semanas estaré bien.

—Marie dice que no te hiciste ni un rasguño, solo unas quemaduras en la piel.

—Sí, son como un tatuaje. Me he dado cuenta

de que me gusta llevar un tatuaje. Quizá me haga uno después de esto. Por cierto, te perdiste una cena estupenda anoche. Y a los O'Rourke.

Soltó una risilla sarcástica.

—Sí, Marie me dijo que ellos te encontraron. Menos mal que no fui a la cena, o Laura O'Rourke hubiera hecho sus deberes aprisa, y a estas horas tú y yo quizás hasta tuviéramos un par de hijos sin declarar. Supongo

que a ti te hizo la ficha completa, ¿verdad?

—Casi —respondí—, me resistí un poco.

—Eso es lo que tú te crees... —dijo riéndose—. Bueno, ¿necesitas que te rescate de ese hospital?

—Sí, por favor. La doctora ya me ha dado unas pastillas y me quieren echar de aquí esta tarde.

—Dame un par de horas. Las alemanas están duchándose y se irán después del desayuno. En

cuanto deje la pensión libre, salgo para allí. ¿Sobrevivirás hasta entonces?

—Eso creo.

—OK. Oye, ahora te tengo que dejar. Tengo una clienta en la tienda y lo más alucinante es que creo que quiere comprar algo. Hasta ahora, Peter *Chispas*.

Judie me recogió en la puerta del hospital dos horas más tarde. Saltó de su pequeño Vauxhall Corsa color verde botella y se me lanzó en los brazos. Tenía

los mejores veintinueve años que uno se puede imaginar. Vigor, curiosidad, inteligencia. Y, además, unos vaqueros que le sentaban estupendamente.

La primera vez que la vi, sentada en una mesa del Fagan's y rodeada de parroquianos que la devoraban con la mirada, pensé que estaría de paso. Hasta ese día, mi *ranking* de bellezas locales estaba coronado por Teresa Malone, la cartera del

pueblo, una mujerona pelirroja, de largas piernas y generosa delantera, con la que alguna vez había coqueteado junto a la valla de mi jardín a la hora de recoger el correo. Pero por alguna razón mi instinto de supervivencia me aconsejaba en contra de la señorita Malone (quizá temiéndose una muerte prematura por aplastamiento en mi colchón) y nunca, desde que llegara a Clenburrán, había pasado

una noche con ninguna mujer. Ese día, al entrar al Fagan's, hice lo que acostumbraba como buen recién llegado: sentarme en una esquina del oscuro y fresco *pub* y prepararme para sufrir la estudiada indiferencia de los locales. Pedí una pinta que tardó en llegar y miré disimuladamente a mi alrededor. Y en cada una de esas miradas, tarde o temprano, acababa topándome con Judie, que

charlaba con una mujer, quien después supe que era la señora Douglas.

Entablé conversación con otro cliente, un pescador llamado Donovan con dos manos como cabezas, y lentamente, entre historia e historia, crucé el límite de las tres pintas. Esa noche tendría que conducir con mucho cuidado si no quería terminar con mi coche en el fondo de uno de esos pozos de lodo que se abrían a los lados del camino. Entre

trago y trago, mis ojos surcaban el *pub*, ya con un único y descarado objetivo. El pescador se dio cuenta, y terminó haciendo un pequeño chiste sobre mi «distracción» mientras se rascaba la nariz y se echaba a reír. Admití un poco avergonzado que no podía quitarle los ojos de encima y aproveché para preguntar por ella. ¿Cómo se llamaba? ¿Vivía en el pueblo? «Judie Gallagher —respondió el pescador—. Apareció por

aquí un buen día, a pie con su mochila. No era una turista, pero tampoco estaba de paso. De alguna manera se había enterado que la señora Houllihan buscaba a alguien para reemplazarla en la tienda y en cuanto llegó se hizo con el trabajo. Desde entonces vive entre nosotros y la queremos. Las mujeres del pueblo están encantadas con sus talleres de cosas raras. Los muchachos casaderos se romperían el cuello con tal de llamar su

atención. Y los que estamos llegando a viejos como yo disfrutamos solo con tenerla cerca».

No tardé mucho en pasarme, una tarde, por la tienda de cacharros de la señora Houllihan. De todas las disculpas que se me ocurrieron, escogí la película de vídeo. Era una buena cobertura y además había oído (por Leo y Marie) que allí había una buena colección de clásicos del cine que merecía la pena

visitar, y el alquiler era relativamente barato. Cuando entré, Judie estaba ocupada con una clienta. Me miró, sonrió y me dio la bienvenida. Ese día —aún lo recuerdo— vestía un top negro y una falda de rayas anchas de colores. El top se le ceñía al cuerpo y descubrí que era mucho más delgada de lo que me había parecido en el Fagan's, y que tenía un pecho, un cuello y unos hombros preciosos.

Distraído, como quien

no quiere la cosa, le pregunté por las películas y me señaló una estantería al fondo. Di las gracias y me colé hasta el fondo de la tienda, y cuando estuve frente a la estantería de películas cerré los ojos y pensé: «¡Qué guapa es!», y sentí la sangre burbujeándome como a un adolescente. Después traté de distraerme con las películas. Era cierto que había una buena colección. Por la presencia de títulos

como *El chico de oro*, *Rambo* o *Memorias de África* (esas dos últimas en formato VHS) deduje que la señora Houllihan había sido la proveedora de sueños y entretenimiento de aquella comunidad durante muchos años. En los estantes más bajos (alejados de los superventas) descubrí la famosa Arca de Noé de clásicos de la que me habían hablado Leo y Marie. Dos o tres docenas de buenas pelis de Billy Wilder, Elia Kazan,

Hitchcock o John Ford, además de otras más modernas de Almodóvar o Woody Allen.

Mientras leía la contraportada de *Todo sobre mi madre* (y la banda sonora de Alberto Iglesias, de quien soy admirador), apareció a mi lado y dijo que le encantaba esa película. Yo le respondí que, en general, todo Almodóvar me parecía bueno, quizás a excepción de un par de títulos, y así empezamos a hablar de cine,

repasando las cintas que tenía por allí. Mientras charlábamos yo me iba fijando en ella. Detecté su acento *cockney*, por lo que deduje que era británica y de Londres. Tendría más de veinticinco, seguro, pero no creía que llegara a los treinta. Dueña de una de esas bellezas que no ciegan, en las que puedes investigar y darte cuenta de que esas pecas quedan preciosas sobre esa nariz y que esos ojos parecen no tener fondo.

Movía sus manos nerviosamente y tenía un pequeño y delicioso tic en el ojo derecho.

—De Woody me quedo con *Misterioso asesinato en Manhattan* o *Balas sobre Broadway*, son más actuales, menos experimentales, pero...

Y no dejaba de preguntarme qué hacía una chica como ella en un pueblo como este.

—Esta caja de Billy Wilder tiene *Berlín*

Occidente, Primera plana y Cinco tumbas al Cairo, pero te la cobro como una sola película, ¿qué te parece?

Yo trataba de no resultar muy evidente con mis miradas, pero ella tampoco me quitaba los ojos de encima. Siempre que desviaba los ojos hacia la estantería, y hablaba un rato mirando a otro lado, cuando regresaba tenía sus dos preciosos zafiros clavados en mí, con un gesto a media sonrisa, como si estuviera

planeando alguna travesura.

—Creo que me llevo la caja de Wilder y una de Almodóvar: *Volver*. Siempre he querido volver a verla... Creo que el título quiere decir eso: volver. —«Dios, qué chiste más malo. La pobre se ha reído por cumplir». Estaba comenzando a sentirme idiota. «Solo está siendo simpática, cabeza hueca. Te llevas las pelis que no se lleva nadie».

Después de ocho años

casado se me había olvidado cómo ligar... Pero qué digo: nunca supe cómo ligar. Las pocas veces que lo había hecho era porque ellas se me habían lanzado encima.

—¿Tú vives por aquí?

—terminó preguntando.

—Sí, bueno, llevo un par de meses en la zona. Vivo en Tremore Beach.

—¡Ah! Entonces

conocerás a Leo y a Marie. Suelen venir mucho por la tienda.

Un par de clientas

interrumpieron la conversación y de manera bastante idiota decidí que era un buen momento para marcharse. Pagué, me despedí de ella y salí de la tienda respirando hondo.

Desde lo de Clem solo había tenido un par de aventuras estúpidas y fugaces, de las cuales casi me arrepentía. La primera, un mes después de enterarme de lo de Clem y Niels, con una estudiante de violín del conservatorio de

Ámsterdam que conocí en una fiesta en casa de Max Schiffer (mi gran colega y protector de mi vida sexual antes y después de mi divorcio). La segunda, con una exazafata de KLM que conocí, no en un avión sino en el supermercado. Pero aparte de estos desahogos, no había encontrado una mujer que picara mi curiosidad como Judie Gallagher lo había hecho.

Volví a verla una semana más tarde y, según

entré en la tienda, nuestras miradas se encontraron y se encendieron dos sonrisas.

—¡Eh!

—¡Eh!

Ella estaba ocupada y yo esperé pacientemente junto a la estantería de películas, haciendo como que miraba. Entonces su voz sonó a mis espaldas.

—Tú eres Harper el músico, ¿verdad?

Marie era una asidua a la tienda y yo había mencionado Tremore Beach

en mi anterior visita, de modo que la ecuación había funcionado y Judie sabía algo sobre mí —en realidad sabía bastante más que «algo»— ya que Marie y ella, según supe después, se habían tomado un largo té hablando de ese «misterioso e interesante barbitas» que había alquilado una película en la tienda días atrás.

Esta vez no tuve ninguna prisa. Los clientes entraron y salieron y yo esperé pacientemente mirando la

estantería de películas, o los libros de meditación, yoga y medicinas alternativas, o la colección de figuritas de Buda que se alineaban frente al mostrador. Tenía claro que la invitaría a salir esa misma noche y así lo hice. Terminé ofreciéndole una cerveza y algo de charla en el Fagan's y allí nos fuimos al cierre de la tienda. Era un martes y llovía a cántaros. El Fagan's estaba medio vacío y la preciada mesa junto a la chimenea, libre. Allí nos

sentamos a secarnos las ropas y a beber.

Empezamos hablando del pueblo y de cómo habíamos llegado allí. Yo hablé de Ámsterdam, Dublín, un divorcio y de una crisis creativa. Le conté mi vida y obra y ella escuchó en silencio, sorbiendo de su Guinness y clavándome sus dos ojos azules, vivos e inteligentes. Pero cuando le llegó el turno a ella, bueno, se limitó a decir vaguedades. Que era escocesa, de un

pueblito pesquero al norte de Inverness donde «el mar rompía haciendo un ruido ensordecedor que enloquecía las personas». Habló un poco de su familia, que ella misma definió como «disfuncional y deprimente». Y no hizo muchos más comentarios. Creo que nunca los había vuelto a ver desde que se largó de allí con dieciocho recién cumplidos.

Estudió psicología en Londres y se empleó en un

hospital. Ahí había un gran agujero de cinco o seis años que Judie resumía con una línea: «Terminé quemada de Londres», y después vino un largo viaje por la India, en el que entró en contacto con el mundo espiritual, de las energías, las medicinas alternativas y el yoga. «Viajé sola y por primera vez en mi vida me sentí libre, fuerte e independiente». Allí decidió que deseaba vivir en un lugar que la hiciera sentir

humana, y no una máquina de producir cosas para otros.

—Pero ¿por qué Irlanda?
—la avivé yo—. ¿Por qué Clenburrán?

—De vuelta a Europa viví con una amiga en Berlín durante un verano. Una noche nos pintamos las líneas de la mano con tinta y las imprimimos sobre un mapa. Mi línea de la vida cruzaba Escocia y terminaba en un lugar al norte, entre dos penínsulas. Pensé: ¿por qué no?

—¿De veras? —
pregunté—. ¿Me estás
diciendo que viniste aquí
poniendo el dedo en un
mapa?

—El dedo no; una mano
entera.

Empecé a impacientarme
con la chica. Era guapa e
inteligente, pero jugaba a un
juego extraño. Como el
Principito de Saint-Exupéry
que amaba preguntar, pero
odiaba responder. ¿Y a qué
venía ese cuento de las
líneas de las manos que no

se tragaba ni ella misma?

De todas formas había algo en ella que me atraía terriblemente, como un remolino gigante en el interior de sus ojos. Fuego, rebeldía, no lo sé. Como si ese mar loco de Escocia todavía rompiera con fuerza ahí dentro. Y bajo toda esa teatral historia de la India y las líneas de su mano bullía una personalidad dulce, elegante y cálida que me inspiraba una curiosidad atroz. Era, en suma, como la

vieja chimenea del Fagan's: un lugar en el que podrías pasarte la eternidad.

Cuando el señor Douglas finalmente nos echó y salimos a la calle, seguía lloviendo. Corrimos hasta la tienda, donde yo tenía el coche aparcado, y ella me dijo que iba muy borracho para conducir hasta la playa, que no podía dejarme ir así. «Está bien —le dije—, pagaré por una litera en tu pensión». Y ella sonrió y me llamó tonto. Y allí, debajo

de la lluvia, apoyados en el lateral de mi Volvo, nos besamos por primera vez. Después subimos a la pensión y, durante todo el día siguiente, ella tuvo puesto el cartel de «completo».

Logramos mantener el secreto durante un mes más o menos, hasta que un día Leo hizo una de sus visitas sorpresa después de correr por la playa y encontró a Judie vestida tan solo con una camiseta, preparando

café en mi cocina. No paró de reírse durante una semana de la cara que habíamos puesto, y suponíamos que en el pueblo irían atando cabos también. «Alquila usted muchas películas, señor Harper». «¿Adónde van juntos por las noches, es que tiene usted un cine en casa?» Leo y Marie reconocieron que aquella noticia era todo un balón de oxígeno en la herrumbrosa y rutinaria vida social de Clenhburrán.

—Pero ¿vais en serio

o...?

—No... solo es una aventura. Amigos con derecho a roce. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Ya sabes...

La carretera nacional entre Dungloe y Clenburrán era como un circuito de *rally*, pero no para Judie. Recorrimos un sinuoso trecho de cuarenta millas en menos de cincuenta minutos, en los que iba pensando que sería irónico sobrevivir a un rayo

para ir a morir en la carretera al día siguiente. Repostamos en el Andy's de Clenburrán y compramos algo para hacer la cena y una botella de vino («Si no está en el Andy's no lo necesitas realmente», decía su eslogan). Después cruzamos el pueblo y seguimos camino de la playa.

Entre Clenburrán y Tremore Beach había una larga extensión de prados, turberas y suaves colinas surcadas por una estrecha

carretera de antiguo uso militar. Al cabo de diez millas, la carretera se desviaba hacia los acantilados y solo era posible continuar adelante por un camino aún más estrecho, de gravilla, que surcaba una vieja ruta de pastoreo orillada por muretes de piedra, a cuyos pies brotaban preciosas flores silvestres todos los días del año.

Después de la última colina se avistaba la azul

inmensidad del océano. En ese punto se mezclaban el olor del salitre con el del campo y el ganado, y a veces con el aroma de la turba quemada en alguna lejana chimenea. Y justo entonces, en ese preciso instante, la pequeña y blanca Tremore Beach, incrustada entre dos brazos de negra pizarra, aparecía a tus pies.

—Aquí fue donde pasó —le dije a Judie al llegar al Diente de Bill.

Paramos y bajamos del

coche, y allí escenifiqué lo que recordaba de la noche anterior. La rama que había apartado yacía a un lado, con su extremo ennegrecido, y en el punto donde yo recordaba haber sido alcanzado se veían huellas de neumáticos y arena removida.

—El bueno de Frank O'Rourke debió encontrarme aquí tirado en medio de la noche, vaya susto debió de llevarse.

—Me imagino a su

mujer diciéndole que te pasara por encima —bromeó Judie.

Me abrazó y nos quedamos en silencio sintiendo el viento, que soplaba hechizado pero que esa noche no traería tormenta.

—Dios, Pete, ¿es que no has leído nunca que no hay que acercarse a un árbol en una noche de rayos? —dijo antes de darme un dulce beso en los labios.

Esa noche Judie cocinó

berenjenas rellenas y cenamos frente a la chimenea con una botella de vino chileno del que yo solo probé un vaso. Después ella me desnudó y observó mis quemaduras con forma de árbol. Hicimos el amor en la alfombra y nos quedamos dormidos entre las mantas.

A medianoche me despertó aquel dolor de cabeza. Era como un pulso que se originase en el centro de mi cráneo. Fui a por las pastillas de la doctora, que

había dejado en mi chaqueta.
Me las tomé y volví al salón.

Judie estaba teniendo otro de sus sueños movidos. Pesadillas. La desperté con un abrazo, para evitar asustarla, y la besé dulcemente. Subimos al dormitorio. Las sábanas estaban frías y nos abrazamos para entrar en calor. Después nos dormimos y soñé con Leo y Marie.

En el sueño estábamos de nuevo en el hospital de

Dungloe, pero yo no era el enfermo en esta ocasión, sino Leo. Estaba tumbado sobre una camilla y no se movía. En algún momento del sueño me di cuenta de que estaba muerto. La sábana que le cubría estaba horriblemente empapada en sangre. Tenía los ojos abiertos y su boca parecía un pozo negro e infinito.

5

La resaca de la tormenta duró un par de días, y después comenzó a hacer un tiempo tan estupendo que muchos pensaron que se había adelantado el verano.

Pasé un par de días enfermo en casa, el cuerpo me dolía y sentía todos los músculos cansados, como si alguien me hubiera dado una

tremenda paliza. Y además estaba ese dolor de cabeza. Tomaba las pastillas ordenadamente, mantenía la habitación a oscuras (la luz todavía me molestaba un poco en los ojos) y escuchaba durante horas música clásica que jamás había llegado a explorar en mi iPod.

Por la noche bajaba al piano y lo tocaba, y digo tocaba en el sentido más literal de la palabra: lo rozaba, lo palpaba, lo

acariciaba, como si se tratase de una lámpara mágica a la que había que frotar para que surgiese de ella un genio amigable: «Buenas tardes, Peter, te concedo tres deseos. ¿Cuáles?»

«Solamente necesito uno: volver a escuchar las melodías en mi cabeza».

Mientras me duchaba, mientras daba un paseo o leía un libro. Tararearlas un buen rato, por miedo a perderlas, y llegar a casa con el tiempo justo de escribirlas

sobre un pentagrama.
Cuántas veces fue así.
Cuántas buenas cosas
salieron de la nada, de esa
fuente mágica que parecía
inagotable. Y ahora mírame:
leyendo tratados de
composición, intentando
componer por plagio. Estoy
fuera del círculo mágico.
Ahora soy otro más de los
mediocres, de los miles y
miles de mediocres que
pasan media vida para llegar
solo a componer algo
pasable. Se acabó el polvo

de estrellas. Se acabó y nunca volverá. Una vez, durante una fiesta en la casa de verano de un magnate de la televisión británica conocí en persona a uno de esos compositores de «un solo *hit*», un tipo que había hecho una pequeña fortuna con un solo disco a mediados de los noventa, y prácticamente se la había bebido y esnifado en tres años. Ahora trabajaba para aquel magnate poniendo copas. No es ninguna broma. Poniendo

copas y hablando con un loro. El bufón personal de un millonario. Por lo menos tenía un trabajo. Hay gente que termina mucho peor. ¿Yo?

La mañana del cuarto día después del accidente me desperté sin apenas dolor, tan solo un remoto pulso en el fondo de mi cabeza. Me encontraba bien por lo demás, con energía, y decidí que podría aprovechar el buen tiempo para hacer un poco de bricolaje. Me puse

unos vaqueros gastados, una
camisa de leñador y unas
botas Timberland. El pelo
recogido en una coleta, unas
Ray-Ban. Cualquiera
hubiera dicho que Neil
Young vivía en una playa de
Irlanda. Bebí una taza de
Barry's Tea escuchando a
los Kinks en Radio Costa
cantar sobre lo jodido que
era ser un «Héroe del
Celuloide» y después cogí el
coche y me fui al pueblo.
Pensaba en comprar lija,
brochas y pintura para

restaurar la valla del jardín, bastante estropeada después de un invierno largo e inclemente. Esa maldita valla; si hubiera sabido todo lo que iba a pasar a partir de entonces, la hubiera arrancado de cuajo esa misma tarde.

Tal y como Leo había predicho, la historia de mi accidente con el rayo se había extendido como la pólvora en Clenhburrán. En el almacén de John Durran me topé con medio pueblo y

todo el mundo preguntó por mi salud. «¡Ha vuelto usted a nacer, señor Harper!», «¡Ha comprado su billete de lotería?», «¡Ha probado a meterse una bombilla en la boca?». Durran ni siquiera me dejó intentar meter la segadora en la parte trasera de mi Volvo. Llamó a su hijo Eoin, un muchacho pelirrojo y pecoso que siempre parecía estar en otra galaxia, y entre los dos la cargaron en el coche. «Debería usted tapar esa

alcantarilla con algo, o volverá a tropezar con ella —me aconsejó—. Si quiere, Eoin puede pasarse un día y echarle un vistazo. Y recuerde lo que le dije del barniz. Dele hasta tres capas, o ese maldito salitre se lo comerá antes del final del verano».

Después me di un paseo por el pueblo. Lentamente comenzaban a verse caras nuevas. Clenhburrán era una pequeña comunidad que no pasaba de las ciento

cincuenta almas en invierno, pero llegaba a rondar las ochocientas en verano. El pueblo no era mucho más que un par de calles: High y Main Street, que descendía hasta desembocar en un pequeño puerto, donde un par de pesqueros todavía honraban la vieja profesión y desembarcaban algunas langostas frescas todas las mañanas. En invierno la mayoría se empaquetaba en corcho y se mandaba al mercado de Derry el mismo

día, pero en verano, con la llegada de los turistas, solía haber cierto ambiente en la lonja del puerto, y desde allí se surtía a los restaurantes y hoteles de los alrededores. El resto de la economía en la zona se limitaba a la ganadería (producción de leche, queso y lana), el turismo y algún que otro negocio artesanal, como fábricas de abrigos y boinas de *tweed*.

Main Street comenzaba casi en las afueras del

pueblo, en el cruce con la carretera regional, y allí se situaba uno de los puntos sociales (además de la ermita de Saint Michael) más importantes de aquella pequeña sociedad: el Andy's, una mezcla de gasolinera, venta de pan recién hecho, restaurante de comida rápida, puesto de revistas y tabacos y café de autoservicio. Allí podías encontrar casi de todo. Combustible para estufas, abono para tierra, turba,

baterías de coche, piezas para motores de lanchas, semillas de flores, bolsas de hielo, cerveza...

El resto de los pocos servicios de Clenburrán se distribuían por Main Street, sin ningún orden aparente. El almacén de Durran en lo alto, el Fagan's, un restaurante chino y, finalmente, la tienda-pensión-centro social y cultural de la señora Houllihan.

Encontré a Judie reunida

en su tienda con Marie y un grupo de mujeres de la organización de la noche de cine al aire libre de Clenburrán, que tendría lugar en julio. Discutían sobre cuál sería la mejor ubicación para la pantalla y el proyector.

El factor determinante era el tiempo. Había que tener un plan B por si se ponía a llover, cosa que era probable incluso en un verano tan bueno como el que todo el mundo

anticipaba para ese año. El viejo almacén junto al puerto podría servir de refugio llegado el caso, pero eso obligaría a cambiar muchas cosas.

Laura O'Rourke también estaba por allí. Era la primera vez que la veía desde la noche del accidente. Hizo un relato bastante exagerado sobre cómo me habían encontrado, tirado en medio de la carretera «medio muerto», y cómo ella no había sido capaz de

bajarse del coche. «Frank se arrodilló, le tomó el pulso y yo solo alcancé a rezar una oración por su alma, señor Harper», dijo, mientras me cogía la mano y sus ojos alumbraban unas lágrimas que no llegaron a derramarse. Después anunció que iba a pedirme un favor, en nombre de toda la organización del evento de cine al aire libre:

—Creo que usted es la persona idónea para dar el discurso de apertura, señor

Harper. ¿Lo hará? Quizás incluso podría interpretar una pequeña pieza. ¡Oh, sí! Eso sería maravilloso.

Creí que Judie o Marie saldrían en mi ayuda, pero muy al contrario opinaron que era una idea fabulosa.

—Tal vez podrías acompañar un pequeño corto mudo con el piano —dijo Judie—, aunque no sé cómo podríamos llevar un piano hasta el puerto.

Yo asentí, como diciendo: «Hubiera sido

bonito pero es muy complicado llevar mi Steinway hasta el puerto de Clenburrán».

—No hace falta que sea un piano «real», ¿verdad, Pete? —dijo Marie entonces—. Podría ser uno eléctrico. Con teclado contrapesado. Eso podríamos alquilarlo. Me parece una idea brillante, Judie.

Las mujeres aplaudieron al momento y yo no pude más que sonreír y asentir levemente con la cabeza,

con la esperanza de que algo fuera mal y el plan terminara estropeándose (que no encontraran un piano, que fuese demasiado caro traerlo), aunque supe que, desde ese instante, ya no tendría escapatoria y que algo, discurso, tocata, alguna cosa, me iba a tocar hacer para la noche de cine al aire libre.

Le ofrecí a Marie llevarla de vuelta a Tremore Beach, pero me dijo que esperaría a Leo, que venía

de hacer unos recados en Dungloe. Así que aproveché para pellizcarle a Judie en su bonito trasero y dejarle claro que Harper ya estaba recuperado y listo para un repaso cuando ella quisiera. Después me despedí de las damas del pueblo, cogí el coche y regresé a la playa con mi Volvo cargado hasta los topes. Abrí las ventanas y me llené las narices de ese rico olor a salitre y turba único en el mundo.

 Mi casa se elevaba sobre

un pequeño promontorio a los pies de la playa. Era una construcción bastante moderna (de los años setenta), a dos plantas, con un tejado de pizarra y una gran terraza de madera, construida en la misma duna, que conectaba con la playa a través de unas escaleras. Ese detalle, las escaleras, era algo que había imaginado desde niño (quizá porque lo vi en algún sitio), y cuando hablé con Imogen Fitzgerald, la agente de

multipropiedad que me buscó aquel lugar, y me dijo: «... la casa tiene unas escaleras de madera que se hunden en la arena...» fue como si pulsaran un botón en mi cabeza. «¡Sí! Eso suena como lo que estoy buscando. ¿Cuándo podemos ir a verla?»

Fuimos por allí en octubre de 2009, un atardecer metálico, con grandes y extrañas nubes en el cielo. La casa resplandecía como un tesoro

hallado en la arena. Su fachada blanca, rodeada de césped, y una coqueta valla de madera rodeando la propiedad. Frente a ella, el océano, una playa de dos millas, encorsetada en dos brazos de negros acantilados. Casi dije «Sí» sin haber entrado.

Decían que Tremore Beach estaba situada en la zona más ventosa de la península, y que por eso nadie construía allí. También había oído decir

que la tierra era demasiado arenosa en esa área, y que todos los años cedía unos cuantos centímetros, lo cual explicaba las grietas en las paredes de mi casa, y que el pequeño cuarto de baño de la planta baja estuviera ligeramente inclinado.

Leo opinaba que sencillamente teníamos suerte. En los últimos años habían surgido *cottages* de veraneo como champiñones después de una tormenta, y aquel lugar era lo que uno se

esperaba al imaginar Donegal: una larga playa vacía, dunas repletas de hierba, prados extensos y solo el viento con quien conversar.

—¿Crees que podría meter un piano ahí dentro?

Imogen, que en el fondo era una buena amiga, me alertó de todos los inconvenientes.

—Esto no es Ámsterdam o Dublín, Peter: hay poca o ninguna cobertura de teléfono, problemas con el

suministro de agua y electricidad. La casa necesita toneladas de atención. El césped crece, la fosa séptica hay que mantenerla... además de la soledad. Estás a diez millas de un pueblo que a su vez está perdido en medio de la nada. Dependerás del coche para todo (te recomiendo que te compres una bicicleta por si las moscas), aunque creo que la siguiente casa está habitada todo el año; eso es una ventaja...

A todo eso había que añadirle que el alquiler era un buen pico (y estaba a punto de subir con la temporada alta), pero nada de eso me convenció en contra de la decisión. Aquella casa había aparecido en mi vida como un talismán, en el momento preciso, cuando más lo necesitaba. Todas las cargas e inconvenientes los acepté como un simpático reto. Dije que sí mientras estaba en aquel salón, mirando por

aquel largo mirador y pensando que colocaría un Steinway & Sons allí mismo, frente a la ventana, y que en primavera y verano podría tocar con las ventanas abiertas, solo para un oyente: el mar.

—¿Estás seguro, Peter? Estarás allí solo, con tu piano, y habrá noches que no haya más que viento a tu alrededor.

Viento ensordecedor que no dejaría que se oyese la música, ni el teléfono, ni

gritos de auxilio si algo llegara a ocurrir.

—Sí —dije al fin—, es justo lo que buscaba.

Almorcé una ensalada en la terraza, mientras leía el periódico y miraba el lento discurrir de un carguero muy a lo lejos. El mar estaba en calma aquella tarde. Un grupo de gaviotas habían tomado la playa, cerca de las rocas, y se dedicaban a explorar un reguero de algas negras que habían desembarcado esa mañana,

quizás en busca de cangrejos u otras cosas de comer. Había un par de pequeñas cavidades en las rocas, plagadas de bichos, que sabía que le encantarían a Jip. Había una tan grande que incluso él mismo cabría de pie, sin tocar el techo. Una vez la había explorado superficialmente y parecía continuar durante unos metros, hasta convertirse en un estrecho pasadizo. Un escondite perfecto. «Para esconderse... ¿de qué?», me

pregunté acto seguido.

Noté entonces mi dolor de cabeza, instalado como un peso en algún punto remoto en el centro de mi cerebro. Recordé las pastillas. Me levanté, recogí el plato y el periódico y fui a la cocina a por ellas.

Un par de horas más tarde estaba en el jardín, rodeado de todos los nuevos cachivaches que había comprado en el almacén de Durran, intentando empezar con aquella tarea cuando vi a

Leo venir corriendo por la orilla de la playa. Él también me vio en la distancia, alzó su brazo y desvió su rumbo hacia mi casa.

Tremore Beach tenía cerca de dos millas de longitud, delimitadas por sendos brazos de roca negra, de modo que Leo hacía tres o cuatro vueltas por la playa. Y a eso le llamaba ejercicio básico. Una mañana, recuerdo que estaba sentado en el piano y le vi quitarse la ropa frente al mar. Era

febrero, y aunque hacía una buena mañana, el mar era como un témpano de hielo en estado semilíquido. Leo Kogan se lanzó en bañador a las olas plateadas del Atlántico y yo estuve a punto de llamar a la policía pensando que trataba de quitarse la vida.

—Qué va. ¡Es buenísimo para la circulación! Debería usted probarlo —me dijo unos días más tarde, cuando nos topamos en el camino del humedal, él yendo al

pueblo y yo volviendo con algunas compras.

Este tipo de cosas contribuyeron a que, al principio, Leo y Marie me parecieran una pareja un tanto extraña, o extravagante, no sabría elegir la palabra. No parecían tener hijos, ni trabajo actual, y gozaban de una estupenda calidad de vida. Además, a pesar de su visible edad, ambos se conservaban en un estado de salud envidiable. Pensé que

eran algún tipo de millonarios o gente exótica, pero aquella vida de retiro, y su casa, que no dejaba de ser un lugar sencillo, contradecían un poco esta teoría.

Un día, dos semanas después de mudarme, aparecieron en mi puerta de improviso, con una cesta de dulces y una botella de vino. «¡Bienvenido, vecino!», dijeron, colándose casi hasta el fondo de mi salón, y tengo que admitir que en un

principio mostré una fría amabilidad con ellos. Me había recluido en aquel lugar para concentrarme en mi trabajo y temía que aquellos dicharacheros vecinos fueran a aparecer en mi puerta cada mañana en busca de conversación. Sin embargo, ocurrió al revés. El primer mes en la casa estuvo plagado de problemas. La caldera no acababa de funcionar y la casa estaba helada, tanto que algunas noches bajé a dormir frente a

la chimenea, cubierto de edredones y mantas. Mientras la agencia de alquiler enviaba alguien a reparar aquello, Leo se ofreció a echar un vistazo a la instalación. Le dio un buen repaso al cuadro eléctrico de la casa y me prestó un generador de gasolina.

Lentamente comencé a acostumbrarme a verlos casi diariamente. No era difícil en aquel lugar. O bien veía a Leo correr por la playa por

las mañanas, o nuestros coches se cruzaban en el camino de la turbera, o nos encontrábamos en el pueblo haciendo compras. Además, un mes de vida en aquel lugar me bastó para darme cuenta de lo importante de tener a alguien cerca. Durante el invierno, toda la zona de las playas estaba semidesierta, y siendo Tremore Beach uno de los puntos más aislados de la península, Leo y Marie eran los únicos dos seres

humanos en varias millas a la redonda. Y no es que fuese yo una persona aprensiva o miedosa, pero en la soledad de aquel lugar no me parecía mala idea llevarme bien con mis vecinos.

Cierto día, pasado un mes y medio desde mi llegada, me los encontré en el Fagan's y rápidamente nos unimos en la misma mesa. Fue una de esas charlas interminables y agradables y Leo y yo

bebimos más de la cuenta, así que Marie nos condujo a casa. Terminamos los tres apurando una botella de Jameson y cantando y riéndonos, hasta que finalmente me derrumbé en su sofá y pasé allí la noche. Supongo que desde ese día nos considerábamos buenos amigos, y nos dimos permiso oficial para visitarnos cuando nos diera la gana.

—¿Necesitas un cable con esos pinceles, vecino?

—dijo entrecortadamente, mientras trataba de mantener el aliento.

—No me vendría mal — admití. Aunque John Durran me había dado un par de consejos sobre cómo empezar con la tarea de restaurar mi valla, sabía que Leo era bastante más hábil que yo con el bricolaje—. Te pagaré con unas cervezas.

—De acuerdo, y préstame una camiseta seca, muchacho. Vengo

derritiéndome con este calor.

Lo primero de todo era lijarla, dijo, y había que hacerlo a conciencia o la pintura no penetraría correctamente más tarde. Me dio un trozo de papel de lija y me indicó que lo mejor es que yo me encargase de la sección de valla que quedaba a la izquierda de la cancela mientras él hacía la otra parte. Calculé que eran un total de cuarenta astas de valla y pensé que quizá, dándonos un poco de prisa,

podríamos terminar el trabajo antes de que anocheciera. Pero, claramente, ese cálculo estaba basado en mis ilusiones.

Cuando el sol comenzó a tornarse naranja y acercarse al mar, yo solo había terminado con tres astas. Leo en cambio había conseguido lijar ocho. ¡Once de cuarenta en cuatro horas! Aquello no era tan divertido como segar hierba, francamente. Le dije a Leo

que ya estaba bien por un día y le invité a tomarse una buena cerveza conmigo.

El mar estaba en calma y soplabla una brisa cálida. El horizonte era un lienzo pintado a grandes brochazos de naranja, rojo, azul y negro. Saqué un par de sillas al jardín y cuatro botellas de Trappistes Rochefort 6 que había comprado tres semanas atrás en una tienda especializada en cervezas belgas de Derry. Nos sentamos con los pies en la

hierba y brindamos mirando al sol. La doctora había dicho que nada de alcohol, pero ¿qué demonios? Supongo que podía hacer una excepción por un día. Además, esas malditas pastillas no parecían funcionar demasiado bien. Quizás un buen trago ayudase.

Con la primera Rochefort (casi un ocho por ciento) ya nos habíamos calentado y hablábamos de todo. La crisis. El euro. El

dólar. Obama... Leo no era excesivamente patriota, no como otros americanos-irlandeses de la zona que hacían ondear su bandera fuera de casa y jugaban al béisbol en verano. Criticaba abiertamente la actuación de los Estados Unidos en Irak y Afganistán, y se dolía de que el país estuviera pasando una «era negra» de terror desde el 11-S. Me contó que había trabajado en el Regency de Kuwait hasta dos meses antes de la

invasión. «Nos libramos de pura casualidad. Durante la invasión lo convirtieron en una cárcel. Entonces me alegré de que Bush mandase las tropas».

Leo solía contar muchas historias de hoteles. Había pasado la mayor parte de su vida en ellos, en muchos y muy diferentes, desperdigados a lo ancho y largo del mundo. Las Vegas, Acapulco, Bangkok, Tokio... La lista se extendía más allá de la decena:

aunque nunca terminé de contarlos todos. Cuando creías que ya habías oído todas las anécdotas de su repertorio, empezaba con una nueva historia que venía a abrir un poco más el abanico. «Este pudín me recuerda a un veneno que servían en Shanghái», «Solo he llorado una vez por un coche, y fue al dejar Buenos Aires».

Había desempeñado una profesión tan clásica como romántica: «detective del

hotel», un puesto que ya solo quedaba reservado a los grandes hoteles. En la mayoría, según me había explicado alguna vez, se subcontrataban empresas de seguridad que ni siquiera tenían una base fija. Pero en los hoteles de «gran clase» seguía existiendo un equipo de seguridad interno.

Te podías hartar a preguntarle por sus historias, siempre tenía una nueva que contar y que se le había pasado hasta entonces. El

gran ejecutivo atrapado por su mujer con tres prostitutas en la cama, que se vio obligado a saltar a la piscina del hotel para escapar. La dama decadente que se robaba a sí misma para cobrar el seguro. La preciosa hija de un magnate que resultaba ser una cleptómana. La pareja que alquilaba *suites* y trataba de irse sin pagar. Muchas, muchísimas sobre ladrones de todo pelaje y condición. Estafadores que aseguraban

representar grandes fortunas perdidas en la Pampa. Grandes inversiones firmadas en la mesilla de un hotel, víctimas desesperadas buscando justicia. «Había un tipo al que llamábamos el “Flaco” porque creíamos que era argentino. Timó a más de cien personas en cinco años. A veces llevaba mostacho, otras veces gafas, melena o calva. Era un maestro del disfraz. Se recorrió los hoteles de lujo de medio mundo seduciendo

a todos los nuevos ricos que caían en su embrujo. Propiedades en Sudamérica. Minas en Costa Rica. Cualquier cosa. Era muy bueno con la tinta y el papel; creaba unas verdaderas obras de arte, escrituras, bonos, acciones... Siempre tenía mucha prisa por abandonar el país y necesitaba dinero rápido. Actuó diez veces en mis hoteles y en cinco ocasiones logramos grabarle con las cámaras de seguridad. Aún

le recuerdo saliendo a paso tranquilo por el *hall* de mi último hotel, después de agenciarse casi 10.000 dólares en metálico».

Volaron las otras dos Rochefort y el sol terminó de hundirse en el océano. Leo dijo que debía marcharse antes de que Marie viniese a buscarle con una escoba, pero antes me miró con ojitos de diablo. «Oye, ¿puedo preguntarte una cosa muy personal con la disculpa de que estoy

borracho, algo que además es tu culpa?»

—Dispara, Leo —
respondí riéndome—, pero solo porque es mi culpa.

—¿Cómo va eso entre tú y Judie? ¿Seguís con eso de «amigos con derecho a roce»?

—Sí, bueno —dije, llevándome la mano a los ojos y dándome un masaje—. Sí. Seguimos con eso.

—Pero ¿cuándo la vas a invitar a salir? Ya sabes, en plan formal.

Terminé con mi masaje de ojos y le miré sonriente. No era la primera vez que me soltaba ese rollo de Judie y de cómo en sus tiempos las cosas se hacían de otra manera, cuando una mujer te interesa de verdad no tienes que ser perezoso y tal y tal.

—Ya te lo dije, Leo, estamos en otro momento...

—¡Ah, sí! —dijo él dándose un par de golpecitos en la sien, en plan comedia—. Lo recuerdo. Me lo contaste. Pero es que

siempre que os veo juntos digo... ¡qué buena pareja hacen! Pero son solo cosas mías, de viejito chismoso. Ya me callo.

—No, está bien —dije —, me gusta saber tu opinión. Pero ahora mismo ninguno de los dos quiere ir muy en serio.

—Claro como el agua, Pete. Olvídalo.

—Y tienes razón, es una tía estupenda.

—Lo es.

—Lo es.

Se hizo un silencio. En el mar, una ola rompió lentamente bajo el cielo anaranjado. La superficie del agua parecía estar en llamas.

—Bueno, ahora sí o sí tengo que marcharme. O Marie me dará con la escoba. ¿Quedamos mañana para seguir con la valla?

—Cuando quieras, gracias. Tampoco quiero abusar.

—Qué va, socio. Para mí es todo un placer. Además, igual te echo mano cuando

necesite alguien para ayudarme con mi valla. Le va llegando el turno también.

—Cuenta con ello.

Leo se marchó caminando por la playa, bajo un cielo cada vez más azul oscuro, y yo volví a casa sintiendo que el dolor había comenzado de nuevo en mi cabeza. Recordé las pastillas, pero primero necesitaba llenarme el estómago con algo.

Nunca he sido un gran

cocinero, pero a veces, en contadas ocasiones, me gusta hacerme unas Bangers & Mash y todo el que las ha probado te dirá que las hago para chuparse los dedos. Me puse a pelar patatas mientras oía Radio Costa en un pequeño transistor que, como muchas otras cosas, había encontrado en el trastero de la entrada cuando me mudé a la casa. «Se espera un julio cálido, con alguna tormenta pero mucho sol». Me alegré de oírlo.

Quería que Jip y Beatrice tuvieran unas vacaciones excepcionales.

Cené mis Bangers, me chupé los dedos y después engullí las pastillas. Una hora después, mientras avanzaba por las páginas del *best seller* de terror tumbado en mi sofá, el dolor se había amortiguado, pero seguía ahí dentro, como un reloj. Si aquello seguía así la semana siguiente, debería llamar a la doctora.

6

No sé cuándo me dormí, ni tampoco cuándo volví a despertarme. Por alguna razón no miré mi reloj, aunque mucho más tarde hubiera querido saber a qué hora ocurrió todo aquello.

Algo me despertó. Un ruido. ¿O fue el dolor de cabeza en primer lugar? Abrí los ojos y oí aquellos

golpes. ¿En la puerta? Las cosas a mi alrededor aparecían borrosas ante mis ojos. Pensé que quizá no había oído aquello. «Debe de ser un sueño —pensé—. O algo que se ha caído».

Estaba tumbado en mi sofá. Me había dormido allí, como muchas otras veces, pero en esta ocasión me rodeaba una especie de confusión. En la cabeza, el latido había vuelto a subir de volumen y aquello fue lo primero que pensé: «Este

dolor no es normal, Peter, tendrás que visitar a la doctora mañana mismo».

Fuera había comenzado a llover, podía oír las gotas percutiendo en los cristales y en el tejado de la casa. ¿Otra tormenta? Entonces lo volví a oír. Los golpes. Fuertes, acuciantes, en la puerta.

—¿Hola? —grité con esfuerzo, como si las palabras fueran losas que tenía que levantar una a una —. ¿Hay alguien ahí?

Me senté en el sofá, con

los pies descalzos rozando la alfombra, la novela de misterio revuelta a un lado, y me quedé en silencio, esperando una respuesta. «No puede ser —me decía—. No has oído eso. Es de noche, muy tarde, nadie va a venir hasta aquí para venderte nada». Recogí el libro, lo cerré y aparté la manta que todavía descansaba enredada entre mis rodillas. Esperé un rato. El salón estaba en penumbras. Los cristales

vibraban por el viento, pero el resto de la casa estaba en silencio. No se veía ninguna luz ahí fuera, ni el ruido de ningún motor.

Justo cuando empezaba a creer que todo habría sido el producto de mi imaginación, volví a oírlo alto y claro: golpes en la puerta. Uno, dos, tres. Con prisa, con fuerza. Me pregunté por qué demonios no utilizaban el timbre. Extendí la mano hasta el interruptor de la lámpara de mesa que yacía

junto al sofá. Lo apreté, pero la lámpara quedó a oscuras.

—Qué demonios... —
gruñí.

Me levanté y caminé hasta el recibidor, probando otros interruptores, pero parecía que la luz se había cortado en toda la casa. Quizá fuera eso, pensé, un problema con la luz. Posiblemente se trataría de Leo, o Marie, o algún empleado del condado, o un bombero, o un marciano. Joder, debían ser más de las

tres de la madrugada.

La puerta no tenía ninguna mirilla, pero había una alta y estrecha vidriera coloreada a un lado. Todo estaba muy oscuro ahí fuera, y no se veía nada.

—¿Oiga? —grité—.

¿Quién es?

Le di a quien quiera que fuese unos segundos para contestar, pero estos transcurrieron en absoluto silencio. Las llaves colgaban de una pequeña cabeza de duende bajo cuya sonrisa

había un cartel que decía «¡Los *leprechaun* me hechizaron anoche!», a un lado de la puerta. Casi nunca echaba el cierre, tan solo un pasador. Llevé mi mano lentamente hacia él y lo deslicé, pensando que quizás aquello no era una buena idea. Abrí la puerta.

Empapada, tiritando bajo la lluvia, abrazándose a sí misma y llorando, Marie apareció al otro lado. Marie, mi elegante y sobria vecina a quien había visto esa misma

tarde en la tienda de Judie. Entonces me había dicho que esperaba a Leo para volver juntos a casa. Leo, que venía de Dungloe de hacer unos recados. Todo eso me pasó por la mente en menos de un segundo. Eso y el sabor ácido de las malas noticias. El aroma que emite la capa de la muerte cuando se asoma a nuestras vidas.

—¡Marie! —grité—.

¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Ella no respondió. Se quedó quieta, frente a la

entrada, iluminada por la tenue e intermitente luz de la luna. Su mirada apuntaba a alguna parte entre mi barbilla y mi pecho. Estaba fuera de sí.

La ayudé a entrar y la senté en un sofá de falso terciopelo que había en el recibidor. Eché un vistazo a través de la puerta. Ahí fuera no había rastro de ningún coche excepto mi Volvo. Estaba claro que Marie había venido corriendo desde su casa, posiblemente

a través de la playa, en medio de la noche. Corrí al salón y tomé una manta que descansaba sobre el respaldo del sofá. También cogí una botella de Jameson del mueble bar.

—Vamos, bebe un poco. Entrarás en calor.

—Peeete... Peeete.

Estaba en estado de *shock*. Ida. Sus ojos bailaban perdidos, su rostro se había transformado en una calavera ojerosa. Tenía el pelo completamente pegado

al cráneo. Se lo acaricié, tratando de infundirle algo de paz o calor humano. Ella alzó los ojos hacia mí. Dos ojos asustados, que danzaban en sus cuencas medio enloquecidos.

—Marie. Tranquila. Sea lo que sea, te ayudaré.

Vestía un pijama de color púrpura y un albornoz, que estaban completamente empapados por la lluvia y embadurnados de arena. Los pies descalzos, manchados también de arena. Le

coloqué la manta sobre los hombros y froté sus brazos con mis manos, rápidamente. Sentí su respiración jadeante. Su cuerpo ardía como si acabara de correr una maratón. Y respiraba de forma asmática, como si acabase de llevar a cabo un gran exceso. Por un momento temí que fuera a sufrir un infarto allí mismo.

—A... yu... da.

—¿Qué ha ocurrido, Marie? ¿Dónde está Leo?

Aquella pregunta hizo que algo despertara en su mente, y no cabía duda de que era algo malo. Al oír el nombre de su marido, el rostro de Marie adoptó una expresión de terrible dolor.

—¡Leo!

Cerró los ojos y noté que se inclinaba hacia mí. Se había desmayado.

—¡Marie! Oh, Dios, Dios...

La apoyé contra la pared, le di un par de suaves bofetadas tratando de

reanimarla, pero fue como golpear en carne muerta. Entonces pensé en Leo. Me di cuenta de que estaba perdiendo un tiempo valioso. Si algo le estaba pasando a Leo era mejor actuar cuanto antes. Corrí al salón y busqué mi teléfono móvil. Lo encontré bajo un libro de partituras, pero cuando traté de activarlo vi que estaba completamente apagado. Sin batería.

Calculé que la policía tardaría lo menos media

hora en llegar hasta allí, eso si Barry, el *garda* de Clenburrán no había ido a pernoctar a Dungloe, tal y como hacía varios días por semana. Lo mismo pasaba con la ambulancia. Media hora como mínimo entre despertar a gente y que llegaran desde Clenburrán. Y quizá no tuviéramos tanto tiempo.

Volví al recibidor. Las llaves de mi Volvo colgaban también del sonriente *leprechaun*. Las cogí y salí

de la casa. «Voy a echar un vistazo», dije en voz alta, pese a que Marie ni nadie podía oírme. Y en ese instante recordé aquella otra voz, varias noches más atrás.

«No salgas de casa. Esta noche, no».

En el exterior jarreaba con fuerza. Corrí hacia el Volvo, pero antes de llegar a él me quedé quieto bajo la lluvia, observando algo que me llamó poderosamente la atención. La valla del jardín, que Leo y yo habíamos

pasado dos buenas horas
lijando esa mañana, estaba
rota. Un tramo de unos dos
metros, cerca de la entrada
de la casa, estaba
derrumbado en el suelo.
Corrí hacia el coche
mientras las gotas, cada vez
más gordas, me empapaban
por completo. ¿Qué
demonios había pasado allí?
Pensé que Marie podría
haberla roto por alguna
razón. O el viento. Pero el
viento la arrancaría del
suelo, no rompería algunas

de sus astas. ¡Qué demonios!
Ni siquiera la movió del
suelo la noche del huracán.
La última opción que se me
pasó por la cabeza, antes de
arrancar el coche y salir de
allí, fue que quizás un rayo
podía haber caído sobre ella.

«Ya la mirarás más
tarde, ahora céntrate —
pensé—. Céntrate en
conducir y no romperte la
crisma».

No sé lo que pensaba en
esos instantes. Estaba
nervioso, pero me mantenía

frío. No sabía lo que debía esperarme de toda aquella situación. Algo había ocurrido en casa de Leo y Marie, eso estaba claro, pero ¿por qué no me habrían telefoneado?: «Demonios, porque tenías el teléfono apagado». Vale, de acuerdo, pero ¿por qué había recorrido esa distancia bajo la lluvia disponiendo de dos coches en su garaje? ¿Había respuesta para eso?

Recordé a Claire Madden, una vecina de mi

barrio de la infancia, en Dublín. A la señora Madden su marido la zurraba cuando llegaba a casa borracho hasta las cejas. Ella, o su hija, solían aparecer en nuestra puerta, llorando, diciendo que las habían echado de casa. A veces tenían la nariz sangrando, otras veces un labio partido. Cuando aparecían por allí, a veces en mitad de la noche, en noches lluviosas como aquella, mi madre solía ir a despertar al pastor Callahan,

que vivía en la iglesia a pocos metros y él venía y se sentaba con ellas en una habitación y conversaban durante una hora. Recuerdo que la oía llorar, gritar que «no podía vivir sin él» y me preguntaba por qué demonios diría aquello. Yo soñaba cómo matar a aquel hombre, lo soñé muchas veces de crío. ¿Era posible que Leo fuese uno de esos? El viejo y sonriente Leo ¿podía haberse vuelto loco? No..., eso no podía ser.

En un instante había surcado el Diente de Bill y bajaba por la carretera en dirección a la casa de Leo y Marie. Noté que mis limpiaparabrisas, que iban de un lado para otro a toda velocidad, habían comenzado a chirriar contra el cristal. Repentinamente, aquello estaba seco. La lluvia había cesado. Incluso podía ver algunas estrellas. ¿Dónde demonios se había ido la tormenta?

La casa de Leo y Marie

me esperaba completamente a oscuras. No había ningún coche aparcado delante del jardín y el garaje estaba cerrado. Avancé despacio, observando con detenimiento los alrededores de la vivienda. Estaba construida junto a uno de los brazos de roca que delimitaban Tremore Beach, pero sobre las rocas no se veía nada tampoco. Todo parecía en orden. El mar estaba tranquilo. Las olas rompían mansamente en la

arena, a cincuenta metros de la casa.

Terminé aparcando junto a la valla, salí del coche y entré en el jardín.

Unas campanas de viento, suavemente empujadas por la brisa de la noche («De nuevo, esta vez sin bromas: ¿dónde se ha metido esa tormenta?»), ejecutaban una lánguida melodía nocturna en el recibidor de la casa.

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada, y por

las ventanas adyacentes solo podía verse el salón a oscuras.

Llamé al timbre y golpeé en la madera.

—¡Leo! ¡Leo! ¿Estás ahí? ¡Grita si puedes oírme!

Esperé unos segundos. Si Leo no respondía lo intentaría por la puerta del garaje que conectaba a la casa por la cocina. Y si eso estaba cerrado también rompería una ventana del salón.

Estaba a punto de pasar a

la acción cuando vi una luz proyectarse en el césped del jardín. Alcé la vista y vi que se trataba de la ventana de una de las habitaciones de la primera planta. Unas sombras se movieron tras las cortinas y poco después oí unos pasos bajando aceleradamente las escaleras. El salón se iluminó al cabo de unos pocos segundos y entonces se abrió la puerta. Me encontré con los puños cerrados y los dientes

prietos.

—¡Peter, muchacho!

¿Qué ocurre?

Era Leo. Vestía un albornoz negro por encima de su pijama. Tenía el rostro de alguien al que acabas de levantar de la cama. Solo eso. El rostro sorprendido, quizás un poco enfadado, pero sano, completamente sano, de alguien al que acabas de despertar en plena noche.

—¿Cómo que qué ocurre? —respondí—. Eso

debería preguntarlo yo.

Se hizo un corto silencio entre ambos. Leo me miró de arriba abajo. Después miró más allá, oteando el jardín.

—Peter, son las... — miró su reloj— tres y pico de la mañana y acabas de llamar a mi puerta. Creo que las preguntas las haré yo.

Le miré fijamente. No lo sabía, eso estaba claro. No sabía que Marie estaba en mi casa y dudé si debía decírselo: que su esposa

estaba en el *hall* de mi casa, empapada, tiritando de frío y de terror. Que por alguna razón había cruzado la playa en plena noche para pedirme ayuda.

Inspiré. Solté aire y le tomé del hombro. Me preparé para hilar lo más fino que podía en esas circunstancias.

—Escucha, Leo —
empecé a decir—, no quiero asustarte, pero...

Y según empezaba a contarle mi historia vi una

sombra moviéndose a su espalda, procedente de la oscuridad de la casa. «¡Cuidado!», le alerté tratando de atraerlo hacia mí. Leo, peso medio y estrella local de boxeo en su juventud, no era una pieza fácil de mover, y antes de que pudiera protegerle de aquel peligro que se le venía encima, pude reconocer a la persona que había aparecido tras él.

Y en ese instante enloquecí (enloquecí,

enloquecí) un poco.

Vestida con un precioso albornoz de seda, con su brillante pelo rojizo recogido en una coleta y la cara limpia, algo dormida, pero sin una sola mancha, Marie se asomó a la puerta.

—¿Qué narices pasa, Pete? —preguntó, como si todo aquello fuera una travesura, mientras se apoyaba en el fuerte hombro de su marido.

—Dios mío —dije, dejando escapar una

carcajada que incluso a mí
me sonó extraña—. Dios
mío.

7

—¿Y qué pasó después?

—Judie escuchaba la historia entusiasmada, sentada en el sofá de cuero de su pequeño despacho, en la oficina de la tienda—. ¿Volviste a la casa?

Era el día siguiente, a la una y media del mediodía. Tras aparecer con unas tremendas ojeras y un

desesperado «necesito contarte una cosa», Judie había echado el cierre tras lograr despachar a una turista británica que parecía decidida a conocer todos y cada uno de los detalles de la construcción de casas-faro en miniatura (Judie tenía tres de ellas y no había conseguido venderlas en cinco años; esta vez tampoco lo consiguió).

Nos habíamos recluido en la pequeña trastienda, un sitio oscuro cercado por

armarios atiborrados de cosas que Judie había decorado con lamparitas de papel, budas y otros abalorios orientales hasta darle el aspecto de un «templo del buen karma». Tenía un buen par de sofás de piel, viejos pero muy cómodos, y una mesita de té que la señora Houllihan había dejado como legado. Una jarra llena de té verde humeaba en el centro, y a su lado, sobre un cenicero grabado con el símbolo del

yin y el yang, ardía un pequeño canuto de marihuana —Judie guardaba el nombre de su camello como un secreto nacional, aunque yo creía saber quién era: uno de esos músicos que de vez en cuando recalaban por allí.

—Volvimos juntos —respondí sorbiendo el té—. Al principio me insistieron en que me quedase allí con ellos, pero yo estaba seguro de que había dejado la puerta abierta, y aquella

mujer, fuera quien fuese, en el recibidor de mi casa. Leo insistió en que no condujese el coche. Marie y él se vistieron a toda prisa y me acompañaron a casa.

—¿Y? —Judie me observaba con sus inmensos ojos azules aún más abiertos que de costumbre.

Yo iba dictando las escenas casi como si todavía estuviera allí.

—Nada. La casa estaba a oscuras, en silencio. La puerta estaba cerrada y no

había nadie en el recibidor, ni siquiera unas míseras huellas. Y la valla del jardín, que había visto partida y derribada en el suelo, estaba en su sitio, de una pieza. La tierra estaba seca, no había ni rastro de la lluvia que me había empapado al salir de casa.

—Joder —dijo Judie. Tomó el canuto y le dio un tiro. Puff, Puff, el dragón volador. Después me lo pasó.

—Da escalofríos.

—Dímelo a mí —dije expulsando el humo, muy despacio—. Estaba tan seguro de que esa mujer seguía allí que les dije que llamáramos a la policía antes de entrar.

»Leo se tomó el consejo muy en serio, pero dijo que no podíamos esperar. Salió del coche, rodeó la casa y al cabo de unos minutos regresó al coche. Me preguntó si tenía las llaves y le respondí que sí, que estaban en el mismo llavero

que las del coche. “¿Has visto algo?”, le pregunté. Me dijo que no, pero que debíamos asegurarnos. Iría por la puerta de atrás y me pidió que yo tratase de entrar por la puerta principal. Marie se quedaría en el coche vigilando el camino por si salía alguien.

—Madre mía, parece sacado de Starsky & Hutch. Pero claro, Leo fue poli o algo parecido, ¿verdad?

—Detective —corregí—. Pero aun así era

sorprendente verle, a sus sesenta años, desenvolverse con tanta sangre fría.

—Sigue —dijo Judie—.

Entonces...

—Leo y yo nos encontramos en el salón. El recibidor estaba impoluto, ni una sola huella. El sofá, donde había dormido, estaba revuelto, y en las partituras del piano estaban los últimos apuntes que recordaba haber hecho antes de irme a dormir. Registramos el resto de la casa. Nada. Nadie. La

mujer no había estado allí.

—No al menos en el mundo real.

Una vez en la casa hicimos té, seguí contando, y Leo y Marie me pidieron que tratase de reconstruir la «pesadilla». Marie lo escuchó todo con un gesto muy incómodo en el rostro: «No es agradable saberse la protagonista de una pesadilla en alta definición —dijo. Al final terminó bromeando sobre el tema—: Que tu vecino sueñe contigo, en

camisón, debajo de la lluvia no es algo que oigas todos los días».

—¿Y Leo? —preguntó Judie—. ¿Qué dijo él?

—Bueno, ya le conoces. Intentó tomárselo con sentido del humor; me contó la historia de un tipo que se rompió las piernas tras caerse del tercer piso de su hotel mientras caminaba sonámbulo por su habitación. Para él, todo se resumía a eso: sonambulismo.

—¿Es posible que seas sonámbulo? Duermes como un maldito tronco, Peter. Ni siquiera hablas en sueños.

—Tampoco Clem me dijo nada en diez años de casados. Además, yo tuve un tío sonámbulo, mi tío Edwin. Algunas noches meaba en la nevera, otras salía en pijama a darse una vuelta en medio de la noche, pero jamás recordaba nada de lo que hacía. Su mujer salía a perseguirle en bata y se lo llevaba de vuelta a

casa. A veces hasta dos veces por noche, pero jamás recordaba lo que le había hecho levantarse, ni lo que buscaba. Yo en cambio soy capaz de recordar todo lo que hice, y no solo eso, soy capaz de recordar la razón de mis actos. Conduje mi Volvo y eso era REAL.

—Yo tampoco creo que se trate de un caso de sonambulismo —repuso Judie—, no al menos de uno corriente. Lo que me acabas de describir se parece más a

un caso de delirio onírico, o un sueño lúcido.

Me miró y supongo que vio un gran símbolo de interrogación en mi mirada.

—Es algo raro —
continuó mientras servía más té en dos pequeñas tacitas con dibujos de dragones chinos—, pero ocurre. Algunas personas se despiertan en medio de un sueño y «se dan cuenta» de que están soñando. Ocurre más a menudo durante la infancia y la adolescencia,

pero se conocen casos entre adultos, y de hecho hay personas que conservan esta capacidad de forma permanente en sus vidas. — Entonces se calló un instante —. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Nada —dije sonriendo —, es que acabo de recordar que la chica de la tienda de inciensos y yoga es, además, licenciada universitaria en psicología.

—Idiota...

—¿Crees que eso pudo

pasarme a mí? —continué
—. ¿Un sueño? Pero si era
un sueño, ¿cuándo desperté?

—Esa es la parte de tu
historia que resulta
inexplicable. Quizá te
despertaste en cuanto saliste
de tu casa y montaste en el
coche. Quizá más tarde. Has
mencionado que la tormenta
«desapareció» súbitamente.
Ese pudo ser el momento.
He oído hablar de
sonámbulos que son capaces
de conducir millas en su
coche, comprar una

hamburguesa y volver a casa, pero en tu caso parece algo diferente. Puede que sea una secuela del accidente con el rayo.

Había pensado eso durante la mañana, cuando me desperté. El dolor de cabeza seguía allí, a pesar de que ya me había fulminado medio *blister* de pastillas. Mientras desayunaba pasé un rato investigando en internet y había encontrado casos parecidos al mío. Pesadillas muy reales,

despertares bruscos o incluso ataques epilépticos parciales parecían habituales después de un *shock* eléctrico. Todas las disfunciones del sueño que ese rayo podría haberme provocado no cabían en un solo libro.

Pero ¿por qué había tenido esa visión y no otra? ¿Por qué no, por ejemplo, una gran orgía de focas en la playa? ¿O un autobús de chicas Playboy extraviado en medio de la noche? ¿O un

mundo de colores y gatos parlantes como el de *Alicia en el país de las maravillas*?

—¿Crees que debería volver al hospital? ¿Hablar de todo esto con la doctora?

—Es mejor que esperes —respondió Judie—. En el hospital solo te darán más pastillas, quizás ansiolíticos o algo más fuerte. Veneno para amortiguar tu mente. Deja pasar unos días. Quizá solo sea cuestión de tiempo. Mientras tanto, si te vuelve a ocurrir... —se levantó y fue

a su escritorio; regresó con una pequeña libreta de anillas, en las que estaba adherido un pequeño lapicero— intenta escribirlo. Dicen que ayuda.

El CD de The Frames que sonaba en la vieja cadena musical se había acabado hacía rato. Judie posó el canuto en el cenicero y me dijo que iba a salir a hacer un recado y que me quedase allí hasta que ella volviera. «Esta noche te quedarás aquí, Pete. No

tengo a nadie en la pensión y no creo que te apetezca volver a esa casa, solo, después de lo que ha pasado».

Me quedé dormido, y cuando desperté otra vez eran cerca de las ocho. Una serie de timbrazos me devolvieron al mundo. Oí a Judie hablando con alguien en la puerta. Después regresó y me encontró con los ojos abiertos, en su sofá.

—Lo siento —dijo, cogiendo las llaves de la

pensión—. Había esperado tener la pensión para nosotros esta noche, pero acababan de llegar unos clientes inesperados.

Eran, me explicó, unos músicos de Belfast que llegaban para tocar ese fin de semana en el Fagan's y que buscaban alojamiento en la pensión. Los músicos (cinco en total, con sus novias) ocuparían toda la pensión. Le dije a Judie que no se preocupara.

—No importa. Volveré a

Tremore. Está bien.

—De eso nada. Les diré que vayan a Dungloe y se busquen un hotel.

Me negué. Sabía que necesitaba el dinero, aunque jamás aceptaría decirlo. Aun con el negocio de la tienda, los talleres de yoga y la pensión, algunos meses iba al límite. A veces abrías su nevera y solo había leche, mantequilla y una manzana. Pero era demasiado orgullosa para aceptar un préstamo.

—Aún nos queda el sofá
cama, ¿no?

—Pero es muy estrecho,
y siempre dices que se te
clava en el trasero.

—Bueno. Tengo una
idea entonces.
Emborrachémonos y cuando
vuelva a casa no me dolerá
el culo.

Y así lo hicimos.

Nada más entrar en el
Fagan's aquella noche,
Chester me dio un apretón
de manos y comenzó a
agitarse como si se estuviera

electrocutando. Adrian Cahill, el chico de la tienda de zapatos (donde a veces se improvisaba un *pub* de última hora), trató de meterme dos bombillas por las orejas para comprobar si se encendían. Todavía pasarían meses hasta que los chistes sobre Peter *Chispas* se amortiguaran. Era lo que tenía vivir en un pueblito donde nunca ocurre nada.

Un poco más en serio, Donovan el pescadero y sus amigos observaron las

quemaduras de mi brazo con curiosidad —eran cada vez menos visibles, pero todavía estaban ahí— y me preguntaron si aún sentía algo. Les hablé del dolor de cabeza que iba y venía. Su diagnóstico fue casi inmediato: «Necesita usted una pinta, señor Harper, ya lo dice el doctor: una Guinness al día».

De acuerdo. La doctora había dicho nada de alcohol y era la segunda vez que me saltaba la regla, pero

realmente necesitaba un trago. Sentir la suavidad de la cerveza en mis labios, fumarme un Gauloise en la puerta del *pub* y charlar con todos y cada uno de los que pasaban por allí. Los músicos llegaron al cabo de un rato y tomaron su mesa junto al fuego. Pronto comenzó a sonar la música.

Leo y Marie también aparecieron por allí sobre las diez. El *pub*, a esa hora, ya estaba atiborrado. En Clenburrán no había

horarios los viernes por la noche; la única regla era beber hasta que la chimenea acabase con la turba o los barriles expidiesen su último litro de oro negro.

Leo sacó una ronda y la trajo a la pequeña mesa esquinera donde Judie y yo nos apretujábamos. Marie brindó por mi salud.

—Mental —añadí. Y todos reímos. Supongo que necesitábamos hacerlo.

Unidos en aquella masa de carne y calor, con los

músicos trabajando
enfervorizadamente en sus
flautas y violines, fui
cayendo en una dulce
borrachera. No había cenado
demasiado y el alcohol trepó
rápidamente a mi cabeza,
donde la punzada seguía,
muy lejana, pero seguía
como un reloj, haciendo
tictac en el recóndito centro
de mi universo cerebral. La
gente bailaba en corro en el
centro del *pub* y yo estaba
sentado con Leo y otros
parroquianos, tratando de

aguantarles el ritmo con la bebida. Leo se enzarzó en una gran discusión acerca de la Unión Europea con Donovan y Kelly, las dos mejores mentes políticas del pueblo, y yo me fui distrayendo lentamente hasta perder el hilo del todo.

Alguien vino a despertarme. Marie. Me tomó de la mano y me sacó a bailar con los demás.

—Vamos, señor Harper. Veamos lo que puede hacer con esas dos piernas que

Dios le ha dado.

Cometí el error de aceptar la oferta. En el mismo momento en que me puse en pie, el guitarrista empezó a rasgar los acordes de *Cotton Eyed Joe* y me vi rodeado de una multitud que gritaba «¡*Circle Mix!*» y empezaba a girar en torno a mí. Sobreviví como pude al caos inicial, y terminé agarrado a las piadosas manos de Marie, que, como una experta bailarina, me hizo girar como una peonza,

pero la inercia era demasiado fuerte, y mi borrachera demasiado profunda, y en determinado momento solté a Marie antes de llevármela conmigo y caí sobre una mesa derribando una bonita colección de pintas y regando de cerveza a tres muchachos. Después di con mi culo en el suelo y en ese momento el *pub* entero explotó en una multitudinaria carcajada.

—Creo que estás un poco borracho, Harper —

dijo Judie, echándome una mano para levantarme.

—Sí —asentí, todavía con el susto en el cuerpo—, debo estarlo.

Cuando las aguas hubieron vuelto a su cauce, el suelo estuvo seco y los muchachos tuvieron nuevas pintas en su mesa, Teresa Malone, la cartera, apareció a mi lado en la barra, un tanto borracha también, y comenzó a hablarme. Me explicó que se había preocupado mucho al oír lo

de mi accidente. ¿Estaba bien? ¿Me dolía algo? ¿Había algo que ella pudiera hacer por mí? Acompañó sus extradulces palabras con algunas caricias en mi cabello, y antes de que me diera cuenta, había aparcado sus dos grandes tetas en mi pecho. Judie estaba en la otra esquina del *pub*, hablando con dos de las mujeres de la organización del ciclo de cine y me lanzaba algunas miraditas pícaras mientras la Malone

me iba trabajando a fuego lento. ¿Era la única en todo el pueblo que no se había enterado de mi *affaire* con la señorita Gallagher?

Eran las tres o cuatro de la mañana cuando Judie y yo salimos tambaleándonos del Fagan's. Se pasó todo el camino bromeando sobre los intentos seductores de Teresa Malone.

—He oído que suele hacer alguna que otra parada «larga» en su ruta diaria...
—dijo Judie—. ¿Alguna vez

has...?

—¡Oh, vamos, Judie! Si apenas tengo correo.

—Seguro que te lleva algún panfleto. Y si no al tiempo.

Llegamos al incómodo sofá y los muelles se clavaron en nuestros traseros tal y como habíamos pensado que sucedería. Nos besamos y nos acariciamos apasionadamente, pero yo estaba demasiado cansado y me quedé dormido antes de poder llegar más lejos.

A mitad de la noche me despertó un rápido movimiento a mi lado. Era Judie. Otra vez.

«No, por favor — gimoteaba suavemente—. No... no... no...», y movía sus manos bajo las mantas. Trataba de defenderse de algo. De alguien.

Moví mi cabeza en la oscuridad, asustado, pero después me di cuenta de que no pasaba nada. Era Judie, eran sus pesadillas nocturnas, nada más. La

abracé y esperé a ver si se le pasaba. A veces tardaba un minuto en volver a tranquilizarse, otras veces — las primeras— había terminado despertándola, asustado por el cariz que iba tomando.

«Por favor, por favor, POR FAVOR».

Me costaba un esfuerzo verla así, sufriendo aquellas horribles pesadillas sin hacer nada, pero ella misma me lo había dicho: «Deja que se pase. Son ataques de pánico.

Ansiedad. Estaré bien en un rato».

Noté su delgado cuerpo temblando entre mis dedos. ¿Quién tiembla así por la ansiedad? «¿Y esa cicatriz en tu costado, Judie, eso también es ansiedad?» Una larga carretera que partía de su cadera y subía por detrás, hasta casi su columna. Me la había encontrado acariciándola una de nuestras primeras noches. «Uau... tienes una bonita autopista aquí atrás», le dije.

Ella se giró bruscamente en la cama, ocultándola a mi vista. «Fue un accidente de moto —explicó rápidamente—. No me gusta hablar de ello». Después se levantó a hacer el desayuno y yo aprendí algo sobre Judie: que tenía un secreto, que había una parte de su vida sobre la que «no se hablaba».

—Tranquila, cariño. Soy Peter. Estoy aquí —le dije a su preciosa cara asustada.

—No —respondió ella

poniendo su mano sobre mi pecho, empujándome un poco, alejándome de ella—. No... por... pooooor... favvvvoooooor.

«¿Quién fue, Judie? ¿Y qué?», pensé mientras la miraba.

Una vez le había preguntado por los hombres de su vida. No solía meterme en esas cosas, pero una noche ardí de celos cuando me dijo que estaba cenando con un chico argentino que se había

alojado en su pensión. No logré pegar ojo. Por supuesto, nunca se lo confesé. A fin de cuentas, éramos un «rollo» adulto sin compromisos. Pero al día siguiente saqué el tema, y de nuevo —estilo Judie— tuve que conformarme con frases telegráficas. «Hubo un hombre. Una relación larga. Salió muy mal». Fin de la historia.

Se fue calmando y yo la acaricié y la besé dulcemente hasta que dejó

de temblar del todo. Relajó sus manos y terminó posándolas otra vez sobre el colchón. Todo su cuerpo volvió a quedar suelto. Dijo algo, una frase ininteligible y finalmente pareció caer en un profundo sueño.

Yo aún tardé más en dormirme. La imagen de Marie, como un espectro ante mi puerta, no me dejaba en paz. Recordé el sueño en el que Leo aparecía envuelto en sangre. Recordé la voz que me decía «no salgas de

casa» aquella noche de tormenta. Y ahora Judie, sus terribles pesadillas... Por un momento se me ocurrió que quizá todo estaba conectado pero después olvidé esa idea.

Ese fin de semana Leo y yo terminamos de lijar la valla y comenzamos con la pintura. Los días eran idóneos, sin lluvia y con poco viento, así que nos esforzamos para dejar dada una primera capa antes de que el clima cambiara. Al mediodía del domingo,

Marie apareció con una quiche que había cocinado el día anterior, y almorzamos sentados en el jardín charlando tranquilamente. Debieron notarme raro, llevándome la mano a la cabeza y los ojos, molesto.

Terminé confesándoles que el dolor de cabeza había comenzado a preocuparme. Tomaba las pastillas con disciplina, tras el desayuno, el almuerzo y la cena, pero solo lograba amortiguar el dolor por unas horas.

Durante la noche me despertaba con sensación de vértigo y dolores, y tardaba en volver a dormirme. La doctora me había dado cita para dos semanas más tarde, pero Leo y Marie me aconsejaron efusivamente que llamara para adelantar esa cita. Decidí seguir su consejo y el martes por la mañana me presenté en el Dungloe Community Hospital.

Anita Ryan me recibió con una espléndida sonrisa,

perfilada con un pintalabios de color rojo fuego, y me invitó a sentarme.

—¿Y bien, señor Harper, como le va todo?

—El dolor sigue ahí dentro —le dije—, en el interior de mi cabeza.

Y parecía que esas drogas no lograban alcanzarlo, como si no encontrasen el camino a su remoto escondite. Iba y venía. A veces pasaba un día entero sin acordarme de él y de pronto aparecía. Era

como un retortijón de tripas, pero en la cabeza. Si esperabas un poco se iba, pero sabías que volvería hasta que te sentases en el trono y echases todo lo que tenías ahí dentro.

La doctora se dedicó a leer mis informes mientras yo hablaba del tema. Después, cuando hube terminado, entrelazó sus dedos, de uñas perfectamente esmaltadas y coronados con una alianza dorada.

—¿Tuvo usted migrañas en el pasado, antes del accidente?

—No —respondí—, exceptuando algún dolor de cabeza después de trabajar mucho, pero siempre se había ido al día siguiente. También he tenido problemas en las cervicales, por mi profesión.

—Ah, su profesión —dijo buscando en sus papeles—, no me consta por aquí...

—Músico. Compositor.

Sus dos ojos verdes se

clavaron en mí de una manera distinta. Era una sensación a la que ya estaba acostumbrado.

—Oh, qué interesante. ¿Qué tipo de música compone?

—Contemporánea, bandas sonoras, musicales de vez en cuando.

La doctora Ryan se olvidó por un momento de sus papeles. Sus ojos se habían dilatado, sus labios brillaron en una sonrisa.

—¿Algo que pueda

conocer? Soy algo aficionada a la música.

Elegí mi respuesta estándar para ser reconocido en el acto. Le pregunté si había visto *La cura*, con Helen Beaumont y Mark Hammond. Había sido el estreno más sonado de la BBC hacía un par de años, una serie de enfermeras y soldados ambientada en la Primera Guerra Mundial. Iban ya por su tercera temporada.

—No me diga que la

música es suya. Me encanta la melodía del principio. La que empieza con ese piano. No sabía que vivía usted por aquí.

—Solo estoy pasando unos meses en la zona. Terminando una obra.

—Oh, claro, por supuesto. Eso es muy típico de los artistas, ¿no es cierto? En fin. Vaya casualidad. — Las palabras de la doctora se quedaron en el aire unos segundos y después volvió sobre los papeles—. Bueno,

veamos, su caso es un poco raro. La cefalea pulsátil que usted describe es un signo habitual de migraña. Y la migraña no es muy habitual tras una lesión por necrosis cerebral, como la caída de un rayo. En su caso sería más normal un dolor continuo, que hubiera ido creciendo hasta impedirle dormir, o algo parecido. Pero una cefalea que viene y va, que desaparece durante un día... es algo raro. Creo que vamos a tener que

echarle otro vistazo ahí dentro.

Primero fue una nueva exploración con la luz en los ojos, acompañada de más preguntas sobre el dolor (y las mismas respuestas de hacía tres semanas). Y después, tras una corta espera regresé a mi lugar preferido del hospital: el donut gigante. La gran máquina del ruido y la claustrofobia. En esta ocasión me hicieron una resonancia magnética

nuclear. Ya me estaba acostumbrando a sentirme como una pizza cociéndose en el interior de un microondas.

Ryan me dijo que estudiarían los resultados y que me llamaría por teléfono en uno o dos días. Mientras tanto, volvíamos al maravilloso mundo de las pastillas. Un betabloqueante sería mi nuevo compañero diario (tres al día) para prevenir la aparición de los dolores. Y también unos

antimigrañosos para cortar el dolor.

Aproveché un momento en el que ella estaba escribiendo todas estas recetas para hablarle acerca de las visiones y del episodio de sonambulismo que había tenido días atrás. No fui demasiado explícito, básicamente resumí la experiencia en que «creía» haber vivido algo que no viví.

El rostro de Anita Ryan se tornó un poco oscuro al

oírme contar todo aquello.

—Las pesadillas y las alucinaciones son algo bastante común entre las secuelas de un impacto de rayo, aunque nunca he oído hablar de un episodio de sonambulismo semejante. Pero bien podría estar provocado por el *shock*.

—Veo que no lo tiene del todo claro... —dije, y ya fue demasiado tarde cuando me di cuenta de que aquella frase podía haber sonado un tanto arrogante.

Ryan encajó la crítica con una sonrisa.

—Nada es demasiado matemático cuando se trata del cerebro, señor Harper, aunque comprendo su preocupación. Si lo desea, puede consultar a otro especialista.

—Lo siento, no quería decir eso...

—Lo sé, no se preocupe. Ningún médico que se considere profesional pretendería tener la razón absoluta en un asunto como

este. Espere un segundo.

Se levantó y se dirigió a una estantería, de la que sacó una pequeña agenda que empezó a revisar de inmediato.

—Hay un hombre en Belfast, un doctor de prestigio en asuntos de sueño. Se llama Kauffman. Ha escrito mucho sobre los tratamientos del sonambulismo y desórdenes del sueño a través de la hipnosis. Es toda una autoridad en la materia,

quizá le interese hacerle una visita.

Anita escribió su nombre y teléfono en un papel y me lo entregó junto con el resto de las recetas.

—Aunque si le soy sincera, creo que es cuestión de tiempo que su cefalea desaparezca.

Me mostré de acuerdo, decidido a caerle todo lo simpático que pudiera a la doctora tras mi desliz. Después me despedí y caminé fuera de la consulta

recordando lo que Judie me había dicho: «Te darán más drogas», y casi decidiendo que esperaría antes de tomar una sola de aquellas pastillas. Y también antes de llamar a ese doctor de la cabeza de Belfast. Quizá Ryan tuviera razón y todo acabase por solucionarse por sí solo.

Esa tarde no me apetecía estar solo, pero Judie estaba ocupada en la pensión, y cuando pasé por el cruce del Diente de Bill, aunque

estuve tentado de bajar donde Leo y Marie a hacer una visita, mis manos terminaron girando el volante en la otra dirección.

Cuando llegué a casa el mar entregaba un suave oleaje sobre la playa y un par de nubes flotaban en el horizonte. Me quité los zapatos y caminé descalzo sobre la hierba. Había segado el césped dos días atrás, pero quizá volviera a darle un repaso. No me apetecía volver a la casa y

enfrentarme al piano. Sencillamente sabía que no iba a funcionar y prefería evitarme un atracón de ansiedad.

Terminé parado frente a la valla de madera. Entre Leo y yo habíamos dado la primera capa de blanco a casi la mitad de las astas, cuyo blanco resplandecía en contraste con la hierba.

Me arrodillé y observé la tierra alrededor de las astas, era sólida y plana. La hierba crecía profusamente allí. Ni

una sola señal de haber sido removida o cavada. La tomé con mis manos, traté de sacudirla, pero la valla respondió con la firmeza de un árbol.

La recordé tal y como la había visto unas noches atrás. En el suelo, partida en dos. La tierra alrededor de las astas estaba removida. Como si algo, un gran golpe, la hubiera arrancado de cuajo. Me senté en la hierba y estuve allí un buen rato, pensando. ¿Qué podía

significar aquello? Algo dentro de mí me decía que aquello era un símbolo, un mensaje.

Al cabo de un rato, se me ocurrió una idea. Volví a casa y rastreeé entre carpetas y revistas hasta dar con mi agenda de teléfonos.

La llamada fue para mi amiga Imogen Fitzgerald, de la agencia de multipropiedad. Tuve suerte y la encontré trabajando. Su voz sonó rápida y brillante. Imaginé su cara pecosa y sus

bonitos ojos irlandeses
distrayéndose un rato de la
pantalla de su iMac.

—¿Cómo va todo, Pete?

Había querido llamarla desde hacía dos semanas a cuenta de la alcantarilla de la fosa séptica; pues bien: esa fue la disculpa que rompió el hielo. Le expliqué el problema y ella me prometió que enviarían a alguien a arreglarlo ipso facto (lo que venía a significar un mes más tarde). Mientras tanto, me aconsejó que colocara

alguna tapa o rejilla de metal sobre ella, para evitar que mi segadora volviera a caerse por allí. Después me quedé sin más excusas para seguir hablando con ella: «¿Cómo va todo por allí? ¿Te vas habituando a tu nueva vida?»

No sabía cómo plantearle la cuestión, así que decidí ir directamente al grano. Le pregunté desde cuándo trabajaban con aquella propiedad, y si había pasado algo «raro» o

reseñable que ella pudiera recordar.

—Tenemos la casa en cartera desde hace cinco años. Pertenece a una familia norteamericana, de Chicago. Ya sabes, descendientes de irlandeses. Vienen un verano, se enamoran de la leyenda y se compran una casa, pero nunca vuelven por aquí. Ha estado alquilada solo tres veces desde entonces. Hace tres años, un verano, por una familia también

norteamericana. Hace dos años, primavera y verano, por un estudiante alemán que estaba investigando las aves migratorias. También me consta una ocupación en febrero de 2007; cosa extraña, no dan demasiados datos sobre esta. ¿Algún problema, Pete? ¿Has encontrado un cadáver? ¿O un tesoro tal vez?

—¿Se trataba de una mujer, la que alquiló la casa en febrero? —pregunté.

—No dice nada, Pete, lo

siento. Posiblemente fue alguien de dentro de la empresa. A veces lo hacen. Se pagó por transferencia y por adelantado. Podría investigártelo. Pero solo a cambio de que me digas qué demonios está pasando.

—Es una tontería, Imogen, te vas a reír. El otro día vino una amiga y me dijo que notaba... cierta «presencia» en la casa. Estábamos cenando y habíamos bebido un poco. Me dijo que siempre había

tenido un sexto sentido, y que notaba la presencia de una mujer.

—¿Un fantasma? Joder, Pete, no me...

—No me lo tomé muy en serio —la interrumpí—, pero me gustaría saber si puede haber algo de verdad en todo esto.

—OK. Lo miraré, Pete. Pero no lo vayas diciendo por ahí. La casa ya es bastante difícil de colocar.

—Vale, Imogen, gracias. Me despedí de Imogen

sintiéndome un poco idiota. Había notado algo de sarcasmo en su tono de voz y, al mismo tiempo, ¿no era un poco ridículo hacer este tipo de preguntas? Tratando de olvidarlo fui al cobertizo, saqué mi segadora y me puse a segar. El ruido del motor irrumpió en la tranquila tarde como un trueno.

**SEGUNDA
PARTE**

1

Jip y Beatrice habrían podido aterrizar en Belfast, el aeropuerto internacional más cercano a Donegal, pero pensé que podríamos aprovechar para hacerle una visita al viejo Harper, que llevaba quizás un año sin ver a sus nietos («los holandeses», como él los llamaba). Yo conduciría

desde Donegal para recogerles, pasaríamos una noche en Dublín y después volveríamos a Clenburrán para comenzar las vacaciones.

Hablé con Clem, mi exmujer, por Skype una semana antes de la fecha prevista para el viaje, y ella estuvo de acuerdo con la idea. Me dijo que compraríamos los billetes a medias, pero insistí en que yo correría con todos los gastos de sus vacaciones en

Irlanda. Era un poco de orgullo idiota, y además mis cuentas no estaban tan saneadas como me gustaría, pero me negaba a que el dinero del gran Niels —la nueva pareja de Clem— emborronase un solo centímetro de nuestras idílicas vacaciones.

Como se trataba de una videollamada, pude verla. Ahora llevaba el pelo corto y ondulado —le quedaba bien — y estaba un poco bronceada; me imaginé que

Niels y ella habrían viajado recientemente, a alguno de los exóticos destinos que acostumbraban. En suma, seguía siendo la misma mujer atractiva e inteligente de siempre, solo que ahora nuestras conversaciones eran un poco diferentes. Yo trataba de hacer los viejos chistes, de arrancarle una sonrisa e incluso de cortejarla. Pero todo esto chocaba con una nueva y dolorosa frialdad: la de una mujer que ya no te

corresponde. Una mujer que se ha desenamorado de ti.

Me contó que Niels viajaría por negocios a Turquía coincidiendo con las vacaciones de los niños, y que ella estaba pensando en acompañarle. Un viaje por la Capadocia, en el interior del país. Le dije que sonaba impresionante, pero fue con cierto sarcasmo o envidia mal curada.

—Pareces un poco enfermo —respondió ella—. ¿Cómo va todo?

—No es nada...

«Me dio un rayo en toda la cocorota y desde entonces tengo algunas visiones macabras, por lo demás estoy en plena forma».

—He pasado la noche tocando. Ya sabes. Aquí no hay mucho más que hacer.

—Rematé aquel proyecto de chiste con una risa más falsa que un billete de Monopoly.

—Genial. ¿Cómo te va, estás siendo productivo?

Sabía que Clem lo preguntaba con el corazón,

que no había ninguna maldad tras sus palabras, pero en su boca todo sonaba como un ataque directo. «¿Qué quieres saber? ¡Pero qué digo! ¡Si ya lo sabes! No me he pasado la noche tocando, sino dando vueltas en la cama, rememorando la gran mierda que es mi vida. A eso de las cuatro de la mañana he bajado a la cocina y me he servido un vaso de leche caliente al *whisky*. He dormido una hora y he vuelto a

despertarme. Mi vida seguía ahí».

—Voy lento, pero seguro —terminé diciendo—. Creo que estoy a punto de entrar en una nueva fase, en un nuevo...

Oí otra voz sonando desde alguna parte de aquel superapartamento del Oost que se dibujaba tras ella: Niels. Clem desvió su atención por unos instantes y se perdió mi gran frase acerca de la nueva etapa creativa y espiritual en la

que estaba entrando (siego la hierba, pinto mi valla, soy Karate Kid). Después volvió a mirarme con una sonrisa de lástima. Me dijo que debía marcharse. Niels la esperaba, probablemente para hacer algo estupendo. Una gran reunión social, un almuerzo de alto copete en los alrededores del Concertgebouw, cualquier cosa maravillosa completamente fuera de mi alcance.

—Ahora tengo que

dejarte, Pete. No te olvides de preparar los papeles del aeropuerto para recoger a los niños, ¿vale? Te volveré a llamar la semana que viene.

Jip y Beatrice llegaron el 10 de julio en un vuelo Ámsterdam-Dublín de la compañía Aer Lingus.

Esa mañana me levanté muy temprano. Fui uno de los primeros clientes del Andy's aquel día. Llené el depósito del Volvo, compré un gran café con leche y dos chocolatinas, y añadí un par

de CD para el camino: *Harvest*, de Neil Young, y una recopilación de lo mejor de Fleetwood Mac.

Conduje todo el día haciendo una única parada en Ballygawley para comer unos *fish & chips* y mear. Después, cerca de la media tarde, llegaba a la circunvalación de Dublín, que a esas horas estaba atestada de tráfico. Desde allí, al nuevo y flamante aeropuerto internacional, cuya nueva y futurista

terminal poco tenía que ver con la antigua caja de zapatos de la que yo partí muchos años atrás rumbo a una nueva vida. Llegué con el tiempo suficiente de arreglar el papeleo de recepción de los niños, tomarme otro café y echarme un cigarrillo en los dos metros cuadrados reservados para fumadores en una acera del exterior del aeropuerto.

A las cinco y media, con solo veinte minutos de

retraso y a pesar de los fuertes vientos que se registraban a pie de pista, el Aer Lingus EI611 tocó tierra sin problemas. Veinte minutos más tarde, Jip y Beatrice aparecieron entre una multitud de pasajeros siguiendo a una asistente de tierra que se encargaba de guiarlos fuera del avión hasta el área de llegadas. Iban de la mano con el rostro serio y alerta de un niño que viaja solo por primera vez. Beatrice, la

mayor, de trece años, tirando de una maleta de ruedas de color rosa, y Jip, de ocho, portando su mochila-tortuga. Después de tres meses sin verlos me dio un vuelco el corazón. Me pareció que habían crecido al menos veinte centímetros cada uno.

Ellos tardaron en reconocermé. Estaban esperando, junto con la azafata de tierra, con los ceños fruncidos y una expresión de «¿dónde está papá?» en la cara. Jip fue el

primero en divisarme entre la multitud. Soltó su maleta y corrió hacia mí, lanzándose entre mis brazos. Después Beatrice voló acrobáticamente sobre mi otro flanco y casi acabamos en el suelo. Se quejaron de que mi nueva barba pinchaba, y Beatrice hizo un comentario sarcástico sobre mi coleta. Le respondí que eso era mucho mejor que ir con las melenas al aire. No había pasado por el peluquero en un par de

meses y podría conseguir que me arrestaran.

—A ti no te arrestarán, papá —dijo Jip, y después miró a la azafata de tierra, una sonriente rubia de ojos azules—. Es que mi padre es famoso.

Entregué el formulario de recepción de «Menores No Acompañados» a la azafata y ella echó una última firma. Después llamó por radio al *check-in* para verificar los detalles una vez más, y con eso dio por

finalizada la responsabilidad del aeropuerto sobre los niños.

—Se han portado muy bien durante todo el vuelo —dijo acariciando el precioso pelo dorado de Jip, que siempre despertaba esos arrebatos de ternura en los adultos—. Son dos chicos muy valientes.

Llegamos al centro de Dublín sobre las seis y media de la tarde. La vieja ciudad seguía igual que siempre. Dame Street y una

lengua de taxis atascados. El Olimpia. Los grupos de turistas manando como burbujas en el gran caldero de Temple Bar. La música de una *trad session* elevándose en el cielo y mezclándose con el humo de la fábrica de cerveza. La vieja, sucia, canalla y divertida Dublín.

El gran Patrick Harper —cuerpo de armario, mandíbula fuerte, rostro perfectamente rasurado, pelo corto y perfumado con Old

Spice— nos esperaba en la casa familiar de Liberty Street con lo mejor que un viudo irlandés puede hacer en cuestión de cenas caseras: estofado de beicon, patatas al horno y una gran tarta helada recién salida del Tesco de la esquina.

Cenamos mientras los niños hablaban y llenaban el silencio. Estaban entusiasmados con sus vacaciones, por supuesto, y no dejaban de hacer preguntas sobre Donegal y

la casa en la playa, planeando todas las aventuras que íbamos a correr juntos durante esas vacaciones. «¿Podremos bañarnos? ¿Nos comprarás una barca hinchable?» «Oh, sí, claro, esto es el mar del norte, pero quizá las focas os hagan un hueco». «En la guía de Lonely Planet sale un sitio genial que se llama la Calzada de los Gigantes, ¿nos llevarás allí?» «Por supuesto, hijos, lo haremos todo. Todo lo que queráis».

—¿Vendrás tú también, abuelo? —preguntó Beatrice.

Mi padre esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza.

—No, hijita, ya nada me arranca de este barrio. Ni siquiera una bonita casa en la playa.

Papá les preguntó por el colegio y ellos respondieron que «todo iba bien»; como siempre, mentían bastante mal. Sabía que Jip había sacado buenas notas, pero

seguía sin hacer demasiados amigos, básicamente cero. Beatrice, en cambio, iba de mal en peor, en todos los aspectos. Decía que nada le importaba «un pijo» porque sería músico como yo de mayor, y yo tampoco había sido bueno en el colegio: «¿Verdad, papá?» Maldije el día en que se me ocurrió alardear de eso delante de mis hijos.

Beatrice había conseguido una puntuación de Gymnasium en su test del

año pasado. En el sistema educativo de los Países Bajos eso equivale a «mente brillante que irá a la universidad y tendrá muchas posibilidades de convertirse en un líder de nuestra sociedad». Sus profesores del pequeño colegio de barrio de Oud West habían estado de acuerdo en promocionarla (el consejo del profesor es la «otra» única cosa que pesa en la decisión final) y, por lo tanto, podría elegir un nuevo

colegio y una serie de asignaturas, aparte de algunas obligatorias en el Gymnasium como el griego o el latín.

Clem, con el respaldo de Niels, había presionado para que Beatrice solicitara su admisión en el instituto Arbelaus, uno de los más célebres de Ámsterdam, donde Niels había sido alumno de honor. Muy lejos (a millas de distancia) de esta idea, Beatrice había anunciado que renunciaría a

su nivel de Gymnasium para ir a otro instituto, al este de la ciudad, con sus dos mejores amigas. Había estrenado su adolescencia con una orgía de dolor, un divorcio y un padre desterrado; supongo que su brillante futuro le importaba un carajo. Clem me pidió ayuda, yo fui a visitarles a Ámsterdam y pasé un día entero con Beatrice hablando de la vida, las decisiones y de lo difícil que es dar marcha atrás cuando

se elige mal. «Siempre se encuentran amigos, allí adonde vayas». Bueno, supongo que fui el culpable de haberla convencido en ese momento, y Beatrice terminó entrando en Arbelaus y, vaya, ese año se había estrenado por todo lo grande: con una pelea, dos meses después de empezar el curso. Llamada a las familias. Reunión en el despacho del director. Niels, antiguo alumno, utilizando sus influencias. Clem

desahogándose conmigo y yo a punto de volver a Ámsterdam a sacar a mi hija de aquella gigantesca broma pesada que le estábamos gastando. En Navidad viajé a Ámsterdam y pasé una semana entera con ellos. Parecía que el temporal había aflojado un poco (al menos con Jip) y acordamos mantener la calma. Incluso el infalible Niels se estaba empezando a plantear si había tomado la decisión correcta. Clem contrató una

psicóloga infantil que nos cobró mil euros para decirnos lo que ya sabíamos: que el divorcio estaba detrás de toda esa inestabilidad. Así que decidimos que en verano, al menos la primera parte, los niños pasarían tres o cuatro semanas conmigo, lejos de todo. Donegal sería nuestro refugio.

Instalé a los niños escaleras arriba, en mi antigua habitación, que no había pisado desde hacía años. Allí, el viejo adhesivo

seguía sujetando mis pósters de Thin Lizzy, Led Zeppelin, Queen... incluso un anuncio fotocopiado del concierto de una de mis primeras bandas adolescentes: «Punzi & The Walking Zombies en la sala BomBom de Parnell Street. 26 de mayo de 1990».

—¿Esta era tu habitación, papá? ¿Tú dormías aquí?

—Cada noche —respondí—, hasta que cumplí los dieciocho.

—Y después conociste a mamá y te fuiste a vivir a Ámsterdam, ¿no?

—Sí. Así fue.

Madre mía, cómo vuelan los años, pensé mirando el cartel de Punzi. De aquellos cuatro egos insoportables, solo Paul Madden, el batería, seguía en activo, tocando el *Sweet Caroline* en bodas y bautizos, y con una noche regular en el Mother Reilly's de Rathmines, haciendo versiones de Thin Lizzy,

Led Zeppelin, los Stones y la Creedence. Los demás se habían casado, tenido hijos y dedicado a sus profesiones, y olvidado de la música para siempre. Solamente yo había conseguido vivir de ello, y no había sido precisamente fácil. Las generaciones son como un gran orgasmo, y supongo que yo era el espermatozoide afortunado que consiguió llegar al óvulo de los músicos que viven por su trabajo. Hurra por mí. Pero, pensándolo bien, ya

podía ir poniéndome las pilas y salir de aquel hoyo, o pronto tendría que echar el currículum vitae a la banda de bodas y bautizos de mi amigo Paul.

El polvo se acumulaba sobre mis diplomas del Royal Conservatory y un par de insólitos trofeos deportivos (de mi equipo de *hurling* escolar y una carrera de mi club de atletismo, donde nunca pasé de ser una mediocridad). Después de meter a los niños en sus

camas (Jip dormiría en un pequeño colchón que papá había preparado en el suelo) repasé mi vieja estantería de libros y les pregunté si querían que les leyese un cuento. Beatrice me dijo que no hacía falta, que verían una película de dibujos en su iPad. «Es lo que siempre hacemos en casa».

—¿Hay wifi en la casa del abuelo? —preguntó después.

—¿Wifi...? No... no lo creo.

—Oh, vale. Intentaré robarle a algún vecino.

Antes de que pudiera abrir la boca para expresar mi paternal oposición a aquella idea, Beatrice ya había encontrado una red abierta y se había colado en ella para chequear su correo electrónico, su WhatsApp y su Facebook (donde una tal Anikke había colgado la foto de una camada de gatitos).

Les acompañé un rato mientras comenzaban su película y me pregunté si

Clem ya se había olvidado de nuestra vieja costumbre de contar cuentos a los niños, o es que a ellos ya no les interesaba. Después, cuando Jip ya se había quedado frito del todo, y a Beatrice le quedaba muy poco, salí con cuidado de la habitación y volví escaleras abajo.

Papá estaba sentado frente al televisor, en su cómodo sofá junto a las ventanas que daban a Liberty Street. Me figuré

que aquella era la imagen que resumía su vida en los últimos años, solo, en la penumbra, valiéndose lo justo para sobrevivir. No había engordado ni adelgazado mucho, pero su pelo era ya totalmente blanco y vestía pulcramente, pero con ropa vieja que seguramente se compró cuando mamá todavía vivía. Lloré por dentro; por fuera, traté de sonreír.

Me senté en una silla junto a la mesa del comedor

y le ofrecí un cigarrillo, pero respondió que había dejado de fumar y de beber en casa. «A Ma' nunca le gustó». Así que respeté su nueva regla y dejé el tabaco en mi abrigo. En cambio, le pregunté si quería té y respondió que sí. Fui a la cocina y puse a calentar el agua. Mientras tanto, eché un vistazo a la nevera y a los armarios y no vi nada demasiado alarmante. Comida básica, latas y algo de fruta. Nada de alcohol, y las cosas

parecían limpias y en orden. Dios mantenía en su sitio la cabeza de mi padre, y di gracias por ello. Como su hijo único que era, yo había luchado contra la culpabilidad desde que mamá murió, pensando que quizá debería estar más cerca de él, cuidándole a cada minuto. Pero cuando las cosas se fueron al traste con Clem y regresé a Dublín, me di cuenta de que vivir en aquella ciudad, con papá, terminaría por destruir

la poca autoestima que se resistía a morir dentro de mí.

Regresé al salón con la vieja tetera rosa y un par de tazas con motivos turísticos de Ámsterdam. Era un *souvenir* que mamá y papá debieron comprar en el bautizo de Beatrice, la única nieta que mi madre conoció. Después, cuando nació Jip, papá se conformó con ver una fotografía y oírle a través del teléfono hasta que hicimos la primera visita para presentárselo. Era

cierto que no había nada que pudiera arrancarle de Dublín —qué demonios, de esa casa — desde que mamá se fue.

Bebimos un té y hablamos durante un rato de cosas sin importancia. Luego papá me preguntó por Clem, y por el divorcio y cómo lo estaba llevando. Le hablé un poco de Clenburrán, de algunos amigos que había hecho y de la casa. Omití cualquier referencia a Judie. Le dije que iba poco a poco y

empecé a hablar de mis problemas creativos, pero a papá eso nunca le interesó demasiado (o quizás era un tema realmente aburrido para un empleado de los ferrocarriles irlandeses). «¿Y los niños? —preguntó después—. Ellos son los grandes perdedores de todo esto, recuérdalo, Peter. No los utilicéis para vuestra guerra. Cristo, eso no te lo perdonaría».

La última vez que estuve por allí, tras llegar rodando

desde Ámsterdam, le conté la historia con el nuevo colegio de Beatrice, y cómo yo me había opuesto a cambiarla de colegio justo ese año en el que ya había habido suficientes problemas (aunque las razones de Clem no eran tan malas. El colegio del barrio se había convertido en un nido de problemas, drogas y peleas). Aquella vez también le pregunté a papá cómo le iba y él respondió si realmente hacía falta decirlo.

«Mira a tu alrededor, chico —dijeron sus ojos—, ni siquiera he movido las fotos de sitio. Todo está donde tu madre lo dejó. Y yo también. Paso las tardes sentado en este sofá. A veces voy al *pub*, me atonto la cabeza con unas pintas, logro incluso reírme de alguna buena ocurrencia. Luego vuelvo a casa y abro la puerta... a veces sueño que hay luz adentro y por un momento pienso que Ma' está aquí. La imagino

oyéndome llegar y
llamándome con esa voz que
parecía música. Sueño que
me abraza con una sonrisa,
porque ella siempre estaba
de buen humor, y que
espanta los demonios de mi
cabeza. Me la imagino
sentada a mi lado, en
silencio, tejiendo una
bufanda mientras yo veo la
televisión, en una de las mil
tardes aburridas y felices
que tuvimos juntos.
¿Quieres saber cómo me va?
Me arrancaría el maldito

corazón si tuviese agallas. Saltaría a las vías del tren. Metería la cabeza en el horno. Pero no puedo. Ella me dijo que siguiera adelante, pero tampoco puedo. Así que vivo en mi agujero, esperando mi fecha de caducidad. ¿Te queda un poco más claro?»

Se hizo un pequeño silencio y la televisión seguía sonando de fondo. Un programa sobre los Chieftains en RTE 1.

—Hace dos semanas

tuve un accidente —
comencé a decir—, nada
grave. Pero me alcanzó un
rayo cerca de la casa de la
playa.

Logré que papá apartara
la cabeza del televisor por
un segundo.

—Joder... ¿Estás...?

—Estoy bien. Solo tengo
un pequeño dolor de cabeza,
pero la doctora ha dicho que
es normal. Tuve suerte.
Debió entrar y salir, como
las balas.

—Vaya, Pete, me alegro

de que no fuera nada más — dijo mi padre dándome dos collejas, gesto que agradecí tremendamente—. Puedes ir a comprarte un billete de lotería.

—Sí, eso dicen —sonreí mientras apuraba mi té—, pero ¿sabes algo curioso? Esa noche, justo antes de salir de casa, tuve una especie de mal augurio. Una especie de premonición. Como si algo dentro de mí me dijera «No salgas esta noche»... y todo eso.

Mis palabras se apagaron en el aire y la flauta de Paddy Moloney, en la tele, se encargó de llenar el silencio. Mi padre se quedó mirando el televisor, rígido, pero con los ojos mirando a ninguna parte.

—Papá... ¿me has oído?

—Sí —terminó diciendo sin apartar su mirada del televisor—. Una

premonición. Quieres decir como las que tenía tu madre, ¿verdad?

—Pues... sí —respondí

—. Creo que sí. Aunque claro, ya sé que tú no lo creías.

—Era cierto —dijo entonces, interrumpiéndome —. Ma' lo tenía. Supongo que tú también. El sexto sentido, o como se llame.

Parpadeé incrédulo, todavía, ante lo que acababa de escuchar. Miré a mi padre y detecté una capa de brillantes lágrimas en sus ojos. Yo también sentí que mis mejillas y mi garganta empezaban a arder. Era el

precio por recordar a mamá.

—Yo siempre hacía un chiste sobre esas cosas, ¿sabes? Cuando ella me contaba lo de tu tío Vincent y el botón. Me hacía el arisco. Alguien tenía que ser el realista de la familia, el contrapeso a toda esa locura... Y reconozco que al principio no la creía, pero cuando pasó aquello del vuelo de Cork, el accidente... ¿sabes de lo que hablo?

—Sí —respondí.

—Ocurrió tal y como mamá lo contaba. Esa mañana se despertó llorando y me abrazó. Me dijo lo que había visto. Esos funerales. Y al mediodía dieron la noticia por la radio. Yo estaba en la estación, trabajando, y tuve que salir a la calle a tomar aire. Me daba miedo, ¿lo entiendes? Miedo de que tu madre tuviera alguna... enfermedad o algo. Por eso evitaba ese tema. Pero era cierto. Y ahora que me

cuentas eso, supongo que tú también lo tienes. Ese «don». Al fin y al cabo su madre lo tuvo, y ella también. Es algo que viene de esa familia. Que pasa de padres a hijos.

Sus palabras resonaron en mis oídos. Noté un escalofrío recorriéndome el cuerpo. De padres a hijos. ¿Y si Jip, o Beatrice...?

Papá siguió viendo la televisión en silencio, como si quisiera dar el capítulo por terminado. En realidad, no

creo que estuviera prestando mucha atención, pero posiblemente no había mucho más que decir. Escuchamos a los Chieftains, y después una aburrida entrevista a un lutier de Galway hablando de sus violines. Media hora más tarde, Pat Harper se levantó, apagó la tele y anunció que se iba a la cama.

—Te he dejado dos mantas —dijo, señalando el largo sofá que había frente a

la chimenea—. Si tienes frío aquí abajo enciende la chimenea, o ven a pedirme otra manta. Ya sabes la afición que tenía tu madre por ellas. Todavía tengo veinte kilos cogiendo polilla en la habitación.

—Buenas noches, papá. Que descanses.

Mi padre pasó junto a mí y me revolvió el pelo.

—Tú también, hijo, y... da de comer a los peluqueros de vez en cuando, ¿eh?

«¿Eso... ha sido un

chiste?»»

Me eché en el sofá del salón, al abrigo de una manta de lana y cerré los ojos. Pensé que después de un largo día de viaje en carretera me dormiría ipso facto, pero mi cuerpo se resistía a la rendición. Además, pese a que había tomado mis nuevas pastillas tras la cena, el dolor de cabeza seguía allí. Era uno de esos días frustrantes en los que estaba a punto de perder los nervios y empezar

a darme golpes contra una pared. La doctora Ryan era incapaz de hacer nada más por mí. Ni siquiera recetándome el veneno más fuerte de la farmacia era capaz de sacarme aquel clavo del cerebro. ¿Qué era lo siguiente que debía hacer? El nombre de aquel doctor de Belfast, Kauffman, volvió a mí por cuarta o quinta vez en los últimos días. Pero no quería joder las vacaciones de los niños con aquello. Dios. Aguantaría.

Saqué el paquete de cigarrillos de mi abrigo y, con la manta sobre los hombros, salí a nuestro pequeño jardín trasero a fumar. Era una noche clara de luna llena y fumé mirando las viejas casas dublinesas, con sus tejados y chimeneas torcidas recortándose bajo las estrellas. Después, de vuelta al salón, pasé junto a mi viejo piano de pared. Me senté en el taburete y abrí la tapa del teclado. Un viejo

aroma a marfil y madera me llegó a la nariz trayéndome viejos recuerdos.

«¿Músico? ¡Quítate esos pájaros de la cabeza, Peter Harper! Eres el hijo de una costurera y un ferroviario, ¿entiendes? No hay nada principesco en esta familia. Llevas sangre de un obrero en las venas... ¡no intentes escapar a tu destino! Aprende una profesión y déjate de sueños imposibles. Es todo culpa tuya, Ma', por meterle esas locas ideas en

la cabeza».

Encontré un viejo cuaderno de partituras en el hueco del taburete. Viejas melodías garabateadas con prisa. Ideas al vuelo.

«Sí, mamá —respondí acariciando una de aquellas primeras composiciones y sintiendo que mis ojos producían una fugaz lágrima —, la culpa fue tuya. Toda tuya».

El cigarrillo o quizá la distracción me aliviaron de aquel dolor. Me eché en el

sofá y después de un par de vueltas sobre los viejos muelles conseguí que mis ojos se cerraran finalmente.

Algo volvió a despertarme un rato después. La luna llena iluminaba tenuemente el salón, y sentí un fuerte olor a tabaco flotando en el aire. Aquel olor, fuerte, penetrando en mi nariz me alertó.

Alcé la vista y vi un cenicero lleno de colillas, todavía humeante sobre la mesa del comedor. Yo había

apagado mi colilla en uno de los yermos maceteros del jardín trasero, así que solo podía ser papá. «Pero, papá, ¿no habías dicho que...?»

Me recosté en el sofá y divisé algo más junto al cenicero. Aquello hizo que me levantara y caminara hacia allí. Había una botella de *whisky* y un vaso medio vacío a su lado. Y cuando llegué a la mesa, en el centro, vi un periódico abierto.

Eso, definitivamente, me

preocupó. ¿Se habría levantado papá en medio de la noche para echarse un lingotazo y no se había acordado de que yo dormía en el salón?

Pero, lentamente, mis ojos se fueron centrando en aquel periódico. Era el *Irish Times*, el que compraba papá, y estaba abierto por la mitad. Allí había un gran titular. La tenue luz de la luna me permitió distinguir las palabras más grandes:

TRAGEDIA EN DONEGAL

Un violento crimen acaba con la vida de cuatro personas en el pacífico pueblo de Clenhburran.

Un cigarro seguía humeando en el cenicero, lanzando una sinuosa y fina columna de humo hacia el oscuro vacío de la habitación. Entonces me fijé en que aquella botella estaba completamente vacía.

«Dime que esto es un sueño», pensé.

La fotografía que ocupaba dos tercios de la portada estaba muy oscura, pero aun así pude distinguir la figura de un policía montando guardia. Era un lugar en la costa. Un lugar que podría ser cualquiera y aún más con aquella oscuridad. Lo que sí se distinguía claramente a los pies del *garda* eran cuatro cuerpos tapados con una sábana blanca, como si

fueran cuatro gigantescas larvas, y en un primerísimo plano, una de esas bandas de plástico que la policía utiliza para cercar la zona de un crimen.

Acerqué mi vista todo lo que pude, pero no acerté a distinguir lo que decía el pie de foto. Lo mismo con el resto del artículo. Las letras eran demasiado pequeñas y borrosas a la luz del fuego agonizante. Volví a mirar aquella foto y algo me resultó tremendamente

familiar en ella. ¿Era el
tejado de la casa de Leo?
Sentía que mi garganta
estaba a punto de gritar, de
soltar un tremendo alarido
que atravesaría paredes y
ventanas y despertaría a toda
la ciudad. Corrí hasta la
puerta en busca del
interruptor de la luz. Quería
leer aquello. Sabía (temía) lo
que iba a encontrarme allí.
Leo, Marie y... ¿Judie tal
vez?

Pero ¿por qué papá no
me había dicho ni una

palabra? ¿Es que no sabía que yo vivía allí? ¿Habría ocurrido esa misma tarde? ¿Cuándo?

Di con el interruptor y la luz inundó el salón. Por un momento aquella luminosidad me desconcertó, y sentí que mi cabeza se quejaba con un agudo pinchazo procedente del Centro Peter Harper de las cefaleas crónicas. Me quedé junto a la pared hasta que pude abrir los ojos de nuevo.

Entonces, según vi la habitación iluminada, noté que algo era diferente.

Me acerqué de nuevo a la mesa, en busca del periódico. Pero la mesa estaba vacía. No había periódico, ni *whisky*, ni cigarrillos. Tan solo el viejo mantelito de punto y el servilletero de porcelana decorado con una falsa flor que siempre habían estado allí.

2

—Dile a Beatrice que me toca jugar.

—El iPad es mío.

—¡Pero mamá dijo que lo compartiríamos!

—Beatrice, por favor...

En ruta hacia el norte.

En el interior del Volvo sonaba Fleetwood Mac. Ahí atrás, mis dos cachorros discutían por la posesión del

nuevo milagro tecnológico. Delante, sin apartar la vista de la carretera, yo conducía en silencio, pensativo.

«No lo viste. No estaba allí. Es el maldito rayo, lo dijo la doctora: “Las visiones son normales, irán desapareciendo con el tiempo.” Pórtate como un adulto y haz lo que tienes que hacer. ¿Vas a arruinar las vacaciones de Jip y Beatrice por unas pesadillas?»

—Está bien, déjame

terminar la partida y te lo dejo. Un minuto.

—¡Pero si llevas casi media hora!

—Anda, no seas bruto. Además, no tienes reloj. ¿Cómo lo puedes saber?

«Pero papá lo admitió. Dijo que mamá realmente podía ver cosas. Presentir. Y yo recuerdo aquella voz diciéndome que no saliera de casa aquella noche. Y quizá todas estas visiones son... son...»

Cuando por fin dejamos

atrás el condado de Louth ya casi había racionalizado la pesadilla del periódico en casa de papá. Y llegando a Fermanagh, casi una hora después, era ya un caso archivado en mi mente. «Pesadillas hiperrealistas causadas por *shocks* eléctricos. Necesito empezar con esas pastillas. Quizá también visite a ese psicólogo del que me habló la doctora: Kauffman. Llamaré en cuanto pasen estos días y los niños

vuelvan a casa. Pero ahora concéntrate en conducir, en llevar a tus hijos a la casa de la playa y darles las mejores vacaciones que puedas. Se las merecen. Llevan un año terrible encima. Míralos. ¿Recuerdas sus caras el día en que les intentasteis explicar las cosas? “A veces dos personas adultas dejan de querer estar juntas...” “Pero vosotros no sois dos personas adultas —parecían decir con los ojos—, vosotros sois PAPÁ Y

MAMÁ, el mapa de nuestro mundo; no hay nada más después de vosotros, ¿entendéis lo que eso quiere decir?” Y después, la nueva casa, el nuevo colegio. Se han comido un buen marrón gracias a sus queridos papás, a sus adultos sentimientos y soberanas decisiones. Así que déjate de bobadas. Aparca esos miedos y haz lo que esperan de ti. No la jodas de nuevo, Peter Harper».

A Jip le dolían las tripas.

Era algo típico en él; era un tanto estreñado y los viajes no le ayudaban nada. Nos detuvimos en una gasolinera de Texaco nada más circunvalar Letterkenny para comprar agua y algunas vituallas poco saludables: Mr. Tayto sabor vinagre, barritas de chocolate Cadbury y una gran botella de Orangina, y Jip lo intentó durante cinco minutos en el baño de la gasolinera, pero todo lo que pudo evacuar fue una pequeña y frustrante

pedrita. «Tranquilo, espera a llegar a casa. Daremos un largo paseo por la playa y verás cómo te vienen las ganas».

Llegamos a la casa sobre las seis de la tarde, y a esas horas el paisaje del mar era espectacular. Unas raras nubes elípticas estaban posadas sobre el océano, coloreadas por los últimos rayos de la tarde, dando la impresión de ser unas titánicas naves extraterrestres. El mar

aparecía verdoso, encendido, y la arena de la playa tenía un aspecto rosado. Y en un primer plano sobre este precioso fondo, aparecía la casa, elevada en la colina, rodeada de césped brillante (y bien recortado).

—Oh, papá —dijo Beatrice al verla—. ¡Es un sueño!

—Sí, hija —dije alcanzando su carita con mis manos y acariciándola—. Lo es.

Los niños quisieron bajar

a la playa nada más llegar. Hacía mucho viento, pero después de tantas horas enlatados en el coche era normal que quisieran estirar las piernas. Aparqué y descendimos las escaleras de madera que conectaban con la playa, que esa tarde aparecía cubierta de una nube de salitre y polvo. Jip empezó a saltar contra el viento, abriendo su chaqueta y tratando de que el viento le moviera como una cometa. Beatrice comenzó a

intentarlo también. «¡Mira, papá! ¡Vuelo!»

Impelido por aquel ataque de imaginación infantil, yo también quise ser una cometa. Cogí carrerilla, salté lo más alto que pude y abrí mi impermeable en lo alto. El viento me movió lo suficiente para desequilibrarme y hacerme caer de bruces contra el suelo. Un fuerte dolor en mi hombro fue el castigo por haberme olvidado de mis cuarenta y dos años y mis

noventa y dos kilos de peso. Pero Jip y Beatrice vinieron a socorrerme. Me ayudaron a levantarme entre risas y juntos volvimos a la casa.

Marie se había esmerado con la cena de aquella noche. Nada más entrar por la puerta en su salón detecté una mezcla de aromas deliciosos: pan recién hecho, tarta... Jip y Beatrice, algo tímidos, entraron detrás mío, queriendo ser invisibles. Pero Leo, que era quien nos había abierto la puerta, les

estrechó las manos. «Encantado de conocer a los famosos Jip y Beatrice», dijo, y Beatrice respondió: «Un placer para mí también», y Jip le copió la respuesta. «¡Qué bien educados, sí señor!», exclamó Leo, guiñándome un ojo.

Marie apareció un minuto después, como siempre perfectamente vestida para la ocasión. Había preparado dos bolsas de regalos de «bienvenida».

Cada una contenía un cuaderno de dibujo, un estuche de lapiceros de colores, una goma de borrar y una bolsa de chucherías variadas. Jip y Beatrice dieron las gracias tímidamente y, tras pedir permiso (algo que solo hacían porque estaban en una casa ajena), se apresuraron a desenvolver sus regalos y a ponerse a pintar sobre la mesilla.

—Tened cuidado y no manchéis nada, ¿eh? —les

advertí, mientras Marie retiraba algunas fotos viejas y ceniceros para dejarles más espacio.

Judie llegó al cabo de unos minutos. Oí su viejo Vauxhall aparcando fuera de la casa y comencé a ponerme un poco nervioso. Los niños habían oído hablar de Judie, pero lo mismo que de Leo y de Marie. Pensaban que era otra persona más que habría conocido en mi nuevo hogar en la costa, pero nada más. Yo había planeado

hablarles de ella durante nuestro viaje en coche. Explicarles sutilmente que era una amiga «muy especial» de papá, algo así como una novia, pero no había encontrado un buen momento para hacerlo.

Leo debió calar la tensión del momento y desapareció para «ayudar a Marie» en la cocina.

—¿Te encargas de abrir?
—preguntó.

«¡No huyas, cobarde!», pensé mientras asentía.

Judie también estaba un poco nerviosa cuando le abrí la puerta. Ninguno de los dos hicimos ademán de besarnos y casi nos echamos a reír por la estupidez del momento. «¿Quiere usted estrechar mi mano, estimada amiga?» Noté que se había vestido y maquillado de manera un tanto especial, con una falda negra y un top de color lila que le conferían un aire de maestra «buena». Solo le faltaban unas gafitas.

Se acercó a la mesilla de

la chimenea, donde Jip y Beatrice estaban afanados con sus dibujos, y se agachó hasta ponerse a su altura.

—Hola —dijo, extendiendo la mano—. Me llamo Judie.

—Hola, Judie —respondió Jip, dándole un espontáneo beso en la mejilla (al fin y al cabo tenía sangre Harper en las venas y gusto por las mujeres bonitas)—, yo me llamo Jip.

—Y yo soy Beatrice —añadió mi hija—. Me

encantan tus trenzas. —
Señaló las trenzas en el
cabello de Judie. Eran como
dos lianas que caían desde la
frente hacia la parte trasera
de su cabeza, formando un
pequeño moño con forma de
flor.

—Si quieres te puedo
hacer unas iguales —
respondió Judie—. Tienes
un pelo muy bonito.

—Tú también —dijo
Beatrice, cumplidora—.
¿Vives aquí?

¿Era una pregunta

inocente? Me dije que quizás entraba dentro de lo posible que Judie fuese la hija de Leo y Marie. («Te sorprenderías de lo sutil que puede resultar el instinto de un niño».)

—No —respondió Judie —, pero Leo, Marie y vuestro padre son amigos míos y me han invitado a cenar. Yo vivo en el pueblo. Habéis pasado por ahí al venir, ¿verdad? Trabajo en una tienda.

—¿De ropa? —repuso

Beatrice.

—Bueno, hay una sección de ropa de segunda mano, pero en realidad vendemos de todo. Libros, películas de vídeo, *souvenirs*...

—Yo de mayor quisiera diseñar ropa, o ser músico como papá.

—¡Chica lista! — exclamó Leo, que en ese momento acababa de regresar con una pila de platos.

—¿Y tú, Jip? —le

preguntó Judie—. ¿Ya sabes lo que quieres ser de mayor?

—Presentador de la tele—respondió Jip, tan convencido que nos hizo reír a todos.

Marie llamó a la mesa y tomamos asiento. Jip y Beatrice me flanquearon, y Beatrice le pidió a Judie que se sentará junto a ella.

«Bueno —pensé—, no ha empezado nada mal». Judie me lanzó una sonrisa cómplice, y observé que Leo y Marie también sonreían

para sí mismos.

El primer plato consistió en calamares rebozados acompañados de una ensalada de tomate y *mozzarella*. Los niños, en cuyos estómagos solo habían dejado caer un pobre sándwich de gasolinera y un par de bolsas de patatas fritas, tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no ponerse a comer a dos manos.

Marie les preguntó por el vuelo. Era toda una aventura

haber viajado solos por primera vez, ¿no?

—Las azafatas nos regalaron juguetes —añadió Jip—, y después hubo «truculencias».

Las «truculencias» de Jip desataron una buena carcajada entre todos los presentes y una subsiguiente ronda de chistes sobre lo «truculento» de los viajes en avión.

Judie recordó haber visitado Ámsterdam varios años atrás. Tenía una buena

amiga en la ciudad y recordó cómo había pasado unos días visitando la ciudad y los mercados.

—¿Habéis hecho tiendas en el Día de la Reina?

En el último Día de la Reina (el día nacional de Holanda, que se celebra el 30 de abril), Beatrice había preparado sus propios *falafels* en el mercadillo de Vondelpark y había vendido absolutamente todo. Quizá porque era la única que, además del *falafel*, ofrecía

un vaso de sangría recién hecha. Jip (esto no lo contó él, pero yo lo sabía por Clem) había salido a tocar con su guitarra, pero tan solo había conseguido juntar dos euros y dieciocho céntimos después de dos horas repitiendo la *Malagueña* debajo de un árbol. Al cabo de este tiempo dejó de lado su instrumento y anunció que quería dejar de asistir a las aburridas clases de guitarra, porque con eso «no podría ganarse la vida». Su

padre apoyó la moción completamente.

Leo se había reclinado sobre la silla de Jip y le hablaba de camarada a camarada.

—Te encantará este sitio, chaval, está lleno de lugares fantásticos. ¿Te ha hablado tu padre ya del monasterio de Monaghan? Es un sitio al otro lado de los acantilados. Los vikingos lo atacaban dos o tres veces al año, y jamás consiguieron tomarlo del todo. Los

monjes de aquella época eran duros de pelar. Dicen que enterraron un gran tesoro en los alrededores, solo por si los vikingos lograban su objetivo, y que todavía está enterrado por allí.

—¿De verdad, papá? — preguntó Jip, mirándome con los ojos abiertos de par en par.

El monasterio de Monaghan eran tres paredes semiderruidas donde apenas quedaba algo de su pasado

esplendor.

—Bueno, hijo... si alguien enterró algo dudo mucho de que nadie lo pueda encontrar. Debe estar a mil metros bajo tierra.

Dejé a Jip y a Beatrice entretenidos con Leo y Judie respectivamente y ayudé a Marie a recoger la mesa. Llegué a la cocina cargado con una pila de platos y Marie me dijo que los apoyara junto al fregadero. La cocina de Leo y Marie era un espacio cuadrado con

una ventana orientada a las dunas y una puerta que conectaba con el garaje (la extensión un poco ilegal que Leo había adherido a la casa un par de años antes). Todos los muebles, menos una nevera congelador de color negro, estaban laminados en madera clara. Sobre la puerta de la nevera había al menos una docena de imanes *souvenir* de algunas ciudades europeas: Viena, Ámsterdam, Londres...

—Deja eso, los

meteremos en el lavaplatos
—dijo al verme coger un
trapo—. ¿Qué tal por
Dublín? ¿Cómo está tu
padre?

—Sobrevive —respondí
fríamente—. Sigue
muriendo en vida, pero creo
que le hizo mucha ilusión
ver a los niños. Le vi reír por
primera vez en algún
tiempo.

Marie era una mujer de
pocas palabras que
normalmente mantenía una
distancia con las personas,

por eso me cogió desprevenido cuando me acarició el hombro y sonrió cálidamente.

—Siento que tu padre esté así, pero quizá la vida le depare algo bueno... en cuanto se libere de ese luto.

—Sí... quizá... —dejé morir las palabras en mis labios—, gracias, Marie.

Terminó de meter todos los platos en el lavavajillas y lo cerró ágilmente con su trasero. Entrechocó las manos y sonrió: «¿No ves

qué rápido?» Después me pidió que la ayudara a llevar los platos limpios para el bistec.

—¿Cómo va ese dolor de cabeza? ¿Consigues dormir?

—Más o menos.

—¿Algo nuevo de la doctora?

—Me recomendó más pastillas, pero he decidido no tomarlas. Creo que es veneno, que matará más cosas de las que logre arreglar. Estoy

sobreviviendo con aspirinas. No me va mal. También me dio el teléfono de un especialista en desórdenes del sueño, un tipo en Belfast que hace hipnosis. Puede que vaya.

—¿Sigues con los sueños raros? —Lo dijo con una pretendida tranquilidad, pero noté un silencio muy pesado después de su pregunta.

Me vino a la mente el periódico en la mesa del comedor de papá, el titular

sobre la masacre en Donegal, las larvas alargadas a los pies de un policía. Cuatro muertos. ¿Quiénes?

Sonreí.

—He tenido alguna pesadilla —me limité a responder—, pero nada tan «grave» como la otra vez. Nada que me haga conducir hasta aquí para despertaros en plena noche. Siento de veras haberos asustado.

Marie sonrió mientras echaba un bistec a la sartén.

—Me alegro de oírlo. La verdad es que estuve preocupada, Pete. Yo no soy como Leo. Creo en esas cosas, los sueños. Creo que todo sale de alguna parte...

—Levantó un poco el bistec de la sartén con un tenedor —. Esto está listo, acércame uno de esos platos.

Había seis platos ya preparados con ensalada y patatas al horno sobre la mesa. Cogí uno y lo coloqué cerca de la sartén. Marie pescó el bistec de la sartén y

lo posó con cuidado en el hueco preparado para él.

—¿Quieres decir que quizás ese sueño tenga algún significado? —pregunté yo.

Otro bistec cayó en la sartén. Marie lo atendía con la mirada fija en él.

—Si fuese algo repetitivo, puede que sí. Pero bueno, si solo fue una vez, quizá no sea nada.

Pensé en el periódico. En aquel sueño en el que Leo aparecía envuelto en sangre.

—Ah, te entiendo —

respondí entrecortadamente. Después me quedé callado. Cogí otro de los platos y lo coloqué junto a los quemadores.

—Si fuese algo que se repitiera podría ser un mensaje. ¿Entiendes lo que digo? Algo que quizá debas descifrar.

Permanecí callado, mirando a Marie, tratando de leer aquella frase entre líneas. ¿Qué estaba intentando decirme?

—Listo —dijo poniendo

el segundo bistec sobre el plato. Al hacerlo me miró a los ojos y yo miré los suyos. Nuestras miradas se encontraron en el aire durante un largo segundo—. Puedes hablar conmigo si lo necesitas, Pete. Siempre que quieras.

—Gracias, Marie —
respondí.

—Y ahora sirve esos dos platos antes de que se enfríen. Y diles que no esperen para empezar a comer.

En la mesa la conversación proseguía animadamente. Beatrice estaba contando algunas anécdotas de un viaje que habían hecho al sur de España hacía bastante poco. Jip había llevado su equipo de dibujo encima del mantel y le había pedido a Leo que le dibujase algunos dinosaurios. Jip estaba en su época de los dinosaurios.

—No... —dijo corrigiendo el trazo de Leo —, el *Protoceratops* tiene

que tener un escudo en el cuello.

—Ahhhh, claro, claro —
respondía Leo.

—Vamos —dije—,
ahora hay que comer.
Después le podrás pedir a
Leo que te dibuje toda la
colección.

Terminamos con el
segundo plato y todos
coincidimos en que Marie se
había superado con la cena
de aquella noche. Mientras
esperábamos al postre noté
que Jip llevaba callado un

buen rato. Comencé a sospechar la razón, y al cabo de unos minutos mis sospechas se confirmaron cuando se levantó y se acercó hacia mí para susurrarme al oído:

—Papá... —dijo con las mejillas encendidas—, tengo que ir...

—¿Al baño, campeón? —susurré.

Jip asintió con su carita avergonzada. Era muy duro tener unas tripas caprichosas, y aún más duro

que estas decidieran
explayarse en la casa de
unos desconocidos.

El baño estaba escaleras
arriba, al fondo del pasillo.
Me levanté y nos disculpé a
los dos anunciando que
íbamos a «atender un asunto
urgente». Afortunadamente
para las vergüenzas
infantiles de Jip, en este
momento Beatrice entretenía
al público con una anécdota
sobre las casas bote de
Ámsterdam, y Jip y yo nos
escurrimos escaleras arriba

sin llamar mucho la atención.

Al entrar al baño me ocurrió algo que supongo que les pasa a los padres que se pierden algunos meses en la vida de sus hijos. Me agaché para ayudar a Jip a quitarse el cinturón y él me respondió algo así como «Ya puedo yo solo, papá», mientras se bajaba sus pantalones hasta los tobillos y se sentaba en el trono.

—Te espero fuera, hijo mío. Suerte.

Salí y cerré la puerta tras de mí mientras me reía en voz baja.

El pasillo daba acceso a tres habitaciones: el dormitorio de Leo y Marie—una gran habitación con una cama doble y un amplio vestidor—; una habitación de invitados y otra que utilizaban como habitación comodín, que llamaban «el despacho», donde Leo almacenaba sus pesas y aparatos de gimnasia y Marie jugaba durante horas

al solitario de Windows en su ordenador. Caminé silenciosamente por el pasillo, con las manos a la espalda, mientras oía los ecos de las conversaciones y las risas que se sucedían en el salón. Pensaba en que el primer contacto de Judie y los niños no había estado nada mal, y que Leo y Marie eran unos vecinos encantadores. ¡Menuda cena! ¡E incluso habían tenido el detalle de prepararles aquellas bolsas

con regalos! Y lo mejor de todo es que llevaba un día entero sin acordarme del dolor de cabeza. No es que se hubiera ido del todo, todavía era capaz de notar aquel pulso en el centro de mi cabeza, pero hoy no había asomado los colmillos en todo el día. Era como si todo mi organismo me estuviera diciendo: «Ponte bueno: han llegado Jip y Beatrice».

Caminé hasta las escaleras, pasando junto a

una estantería que ocupaba la mitad del pasillo, y volví sobre mis pasos. Di un par de suaves golpecitos a la puerta del baño.

—¿Todo bien ahí dentro, campeón?

La voz de Jip tardó un par de segundos en responder «Sí, papá», y sonó como un tipo que estuviera intentando sacarse una buena astilla. Clem era estreñida y el pobre Jip lo había heredado claramente. En cambio, Bea y yo éramos

la alegría de la huerta cuando se trataba de dar rienda suelta a nuestras tripas.

Volví a dar una segunda vuelta y esta vez me paré frente a la estantería. Era un mueble estrecho, que cabía perfectamente entre la habitación de invitados y el «despacho», y sus estanterías centrales almacenaban libros, películas y discos compactos. Había algunas viejas fotos de Leo y Marie

pegadas en uno de los lados de la repisa. Fotos de cuando eran mucho más jóvenes. En una de ellas aparecían abrazados en un campo de trigo, bajo un cielo anaranjado. En otra, en una playa bordeada de palmeras, Leo llevaba a Marie en brazos hacia el agua, mientras ella parecía no estar muy de acuerdo con la idea. No pude resistirme a un pequeño sentimiento de envidia. En el fondo, siempre había pensado que

Clem y yo terminaríamos siendo dos felices sexagenarios como Leo y Marie, con una casa llena de fotografías, y con nuestros hijos, y quizá nuestros nietos, visitándonos los fines de semana o en Navidad.

No sé cómo, terminé con uno de aquellos libros en las manos. Era un volumen de cuentos de Mark Twain, una edición bastante vieja. Lo tomé, lo doblé un poco e hice correr sus páginas bajo mi pulgar. Frené en una

página al azar y leí:

¿Cómo iba a pensar de otra manera? Pero, dígame algo más... ¿a quién pertenece ese retrato que está en la pared? ¿No será de un hermano suyo?

R. ¡Ah, sí, sí, sí! Ahora me acuerdo, era hermano mío... William... le decíamos Bill. ¡Pobre Bill, caray!

P. ¿Y eso? ¿Murió, acaso?

R. Bueno, pienso que sí.

Aunque nunca podremos afirmarlo categóricamente. En torno a él existe un gran misterio.

P. Eso es lamentable, muy lamentable. ¿Desapareció entonces?

Leí un poco más y lo devolví aburridamente a la estantería. Miré hacia la puerta del lavabo. Jip no daba señales de estar terminando. No se oía ni un ruido. Seguí investigando la colección de libros. En uno

de los lados de la estantería, soportando la pila de libros, había un gran tomo de fotografías de parques naturales de Norteamérica. Lo tomé con cuidado de no derribar la perfecta hilera de libros y lo abrí. Me entretuve un rato mirando las fotografías del Gran Cañón, Yosemite y el lago Powell, recordando un viaje en caravana que Clem y yo habíamos hecho nada más casarnos, desde Chicago hasta Los Ángeles,

recorriendo tramos de la mítica Ruta 66. Después fui a devolver el gran tomo a su sitio, y mis ojos se toparon con algo que reposaba en el fondo de la estantería. Era una especie de rollo de papel, pero uno de sus extremos estaba ligeramente estirado y se atisbaba un toque de color. Enseguida me di cuenta de que debía tratarse de un lienzo enrollado. Alguna pintura que Marie no habría enmarcado, me dije a mí

mismo.

«Y que por alguna razón está ahí escondida», pensé después. Y me sorprendí sintiéndome tentado a sacar aquello de allí para echarle un vistazo. Fue como un susurro dentro de mi cabeza: «Sí, ¡hazlo, Pete!»

«Ni lo sueñes. ¿A qué demonios viene ese ataque de fisgoneo?»

Traté de hacer algo de hueco entre los otros libros para poder devolver el gran volumen de fotografías a su

sitio. Pero la pila de libros se sostenía en un equilibrio tan inestable que terminé provocando un pequeño derrumbamiento y todos los libros cayeron a un lado, como fichas de dominó. Los más cercanos al borde se fueron contra el suelo.

«¡Bravo, señor Patoso!»

Desde abajo se oían risas y ruido de conversaciones. Me alegré de que nadie hubiera oído aquello. Alguien podría pensar que estaba hurgando donde no

debía, y no era cierto.

¿O lo era?

Recogí los libros que se habían caído y establecí la fila. Mientras lo hacía me di cuenta de que estaba perfectamente alineada para dejar un hueco de algunos centímetros detrás de ella. Un hueco solo utilizado por ese lienzo enrollado.

«Échale un vistazo, vamos», insistía esa vocecita de mi cabeza.

Iba a olvidarme de todo aquello, iba a darme la

vuelta y seguir caminando por el pasillo, quizá llamar a la puerta para ver cómo iba Jip y, por encima de todo, no iba a fisgonear en ese lienzo, porque algo me decía que estaba allí, escondido, por una razón. Marie tenía otros cuadros expuestos por toda la casa, pero ese, precisamente ese, no lo había colgado. Y habría una buena razón para ello. Y algo en mi cabeza, algo incontrolable para mí, me decía que debía echarle un

vistazo:

«Vamos, ¿a qué esperas? Sabes que quieres hacerlo».

Miré hacia las escaleras. Las conversaciones y las risas proseguían en el comedor. Además, las escaleras de Leo y Marie crujían como si estuvieran a punto de partirse en dos. Si alguien comenzara a subirlas, tendría tiempo de sobra para deshacerme de la prueba de mi delito. Y en cuanto al pobre Jip, seguía sin oírse ni siquiera el ruido

de la cisterna.

Si alguna vez hice una travesura de niño, debía tener el mismo aspecto que en aquel instante.

Un suave aroma a pintura llegó a mi nariz cuando desplegué aquel pequeño lienzo. No era demasiado grande, unos cincuenta centímetros de alto por cuarenta de largo. Era el retrato de un niño, un bebé de meses. La pintura sugería que estaba tumbado entre algodones, aunque

también podían ser nubes. El niño tenía una expresión feliz y pacífica. Todo en él era sosiego. Su rostro era la parte más detallada del dibujo, con unos ojos muy brillantes, que miraban fijamente y perseguían la mirada de los espectadores. Me quedé como hipnotizado ante aquello. No podía dejar de observarlo, pero al mismo tiempo me di cuenta de que quizás acababa de poner un pie más allá de donde estaba permitido. Quería devolver

aquello a su sitio, cuanto antes.

Abajo a la derecha, junto a la base del lienzo, había una firma. Hubiera esperado ver el anagrama de M. Kogan, con la «K» partiendo de la pata izquierda de la «M», que era como Marie firmaba todas sus obras (incluida la que yo tenía encima de mi chimenea). Pero en vez de eso, la firma rezaba otro nombre claramente: «Jean Blanchard».

«Jean Blanchard —

repetí entre dientes—.

¿Quién será? Otra pintora,

eso está claro. ¿Alguna

mujer del pueblo?» Pero

¿por qué guardaban Leo y

Marie el retrato de un bebé

firmado por otra persona?

—¿Todo bien ahí arriba?

La voz de Leo, desde el

pie de las escaleras, casi me

hizo brincar. Me apresuré a

enrollar el lienzo y estuve a

punto de lanzarlo a través de

una puerta. Pero parecía

haberse quedado ahí abajo.

—Sí... hay un pequeño
atasco —dije mientras
dejaba el lienzo en su sitio.
Después me asomé a las
escaleras y le saludé—. Pero
nada grave.

—De acuerdo. Sin prisa
—bromeó Leo—. Dile a Jip
que el postre está listo.

—Se lo diré. Un poco de
motivación extra nunca
viene mal.

Me giré y caminé hacia
el fondo del pasillo, con la
intención de pegarle a Jip un
par de toques en la puerta y

preguntarle si había conseguido sacarse ese «problema» de encima, cuando vi algo que yacía caído en el suelo, frente a la estantería. Un recorte de periódico.

Me acerqué y lo recogí. Supuse que se habría caído de forma inadvertida desde alguno de los libros que había mirado... o quizás incluso del interior del lienzo. Era la mitad de una hoja, recortada con cuidado. En uno de sus lados se veía

un fragmento de publicidad con caracteres orientales. En el otro, el lado que claramente se había querido recortar, se leía la siguiente noticia:

THE STANDARD. Hong Kong, 14 de diciembre de 2004

LOCALIZADO UN
VELERO A LA DERIVA Y
SIN TRIPULACIÓN
CERCA DE MAGONG.

Se cree que la tripulación, un matrimonio norteamericano residente en Hong Kong, puede haber sido víctima de un secuestro.

Jim Rainsford, Hong Kong.

Una brigada de Salvamento Marítimo localizó ayer martes al mediodía un velero a la deriva a unas 50 millas al norte de Table Island, en el archipiélago de Magong. Se trata del *Fury*, del que

constaba su desaparición a las autoridades desde el domingo pasado. Uno de los efectivos del helicóptero de salvamento comprobó que efectivamente el velero estaba vacío, por lo que durante toda la tarde se procedió a la búsqueda de sus tripulantes, un matrimonio norteamericano residente en Hong Kong.

La embarcación, de 12 metros de eslora, se dio por desaparecida el domingo por la tarde, alrededor de las 14

horas, después de que los encargados del puerto deportivo de Kowloon alertaran de que el velero había partido el día anterior «sin provisiones para más de un día de navegación».

Un pesquero avisó a Salvamento Marítimo de Table Island de la existencia de un barco deportivo que navegaba aparentemente a la deriva a varias millas de la isla. Esa misma tarde se confirmó que se trataba del *Fury* y, gracias al registro de

su matrícula, se hicieron las conexiones oportunas hasta dar con el puerto de origen de la embarcación.

Aunque todavía es pronto para saber las circunstancias que rodean la desaparición de sus tripulantes, fuentes policiales de Magong, a la vista de la buena climatología habida en la zona en los últimos dos días y un análisis superficial del barco, descartan un accidente en alta mar. Se

han esbozado la teoría de un abordaje pirata y un consiguiente secuestro del matrimonio, cuyos datos no han trascendido. No obstante, «todavía hay que analizar el barco y examinarlo para conocer más detalles, y en caso de un acto de piratería, esperar a una posible exigencia de rescate...».

Me despertó el ruido de la cisterna en el cuarto de baño. Doblé la página y la

lancé tras los libros, en el hueco donde reposaba el lienzo, deseando que fuera aquel el lugar de donde se había caído. Después me eché las manos a la espalda y esperé a que Jip apareciera tras la puerta del baño.

—Ya está, papá —dijo Jip al salir del baño, blandiendo un semblante de pura satisfacción.

Le di una enhorabuena más fría de lo normal. Todavía atónito por aquel descubrimiento que no

significaba nada, y que al mismo tiempo podía significar tantas cosas.

Traté de disimular mi desconcierto durante el resto de la velada, aunque supongo que no lo conseguí. En cierto momento, Judie me pellizcó en el muslo bajo la mesa y me susurró: «¿Te pasa algo?» Sonreí, negando con la cabeza. Después, al cabo de una hora, comenzamos a bostezar los tres y decidimos dar la cena por terminada.

De regreso a casa, Jip y Beatrice se quejaron de que las camas estaban frías. Era cierto. Las mantas y las sábanas que había preparado una semana atrás habían cogido humedad, así que bajé a prepararles unas bolsas de agua caliente a la cocina. De tan agotados que estaban, se durmieron antes de que regresara con ellas. Se las coloqué a los pies y me quedé un rato sentado al borde de la cama de Jip, mirándolos.

Miré el reloj y era más de medianoche. En teoría yo debía estar cansado. Había conducido desde Dublín ese día, después de una noche en la que no había dormido demasiado bien, y después de una cena deliciosa mi cuerpo debería estar pidiéndome descanso a gritos. Pero curiosamente no tenía ni pizca de sueño.

Bajé al salón, encendí mi MacBook y me senté en el sofá con él. Navegué a la página principal de Google y

escribí unas palabras al azar:

«Blanchard» + «Kogan»
+ «Hong Kong».

¿Qué estaba buscando?
¿Una conexión? ¿La
confirmación de una extraña
teoría?

«... un matrimonio
norteamericano residente en
Hong Kong...»

«¿Y si todo fuese más
fácil? Quizás ese
matrimonio norteamericano
sea “otro”; amigos,
conocidos. Por cierto,
¿recuerdas que Leo

mencionara Hong Kong en alguna de sus historias?»

Durante cerca de dos horas me dediqué a rastrear la red con todas las combinaciones de palabras que era capaz de imaginar: «Blanchard» + «Kogan»; «Hong Kong» + «Fury» + «Kogan»; «Velero» + «Kogan»; «Velero desaparecido» + «Hong Kong» + «Leo Kogan» + «Marie Kogan»... Pero los buscadores de internet me devolvían resultados

insubstanciales. Cosas que no acababan de conectar. Había un tal Richard Kogan en Newport Beach, California, que mantenía una página web de navegación a vela. También encontré a una pareja de Blanchard (Celine y Dario) viviendo en Martinica. El matrimonio, un cuarentón con sobrepeso y una chica más joven, aparecían en varias fotos surcando los cristalinos mares caribeños a bordo de su velero. Ninguno se

parecía, ni de lejos, a Leo o a Marie. El buscador me devolvió varias entradas sobre personas llamadas Leo Kogan, pero ninguna de ellas era mi vecino. Había un Leo Kogan pintor en Lyon. Otro Leo Kogan abogado en Nueva York. Busqué sus fotos de perfil en Facebook y LinkedIn. Exploré el catálogo de imágenes referidas a cualquier Leo Kogan del mundo. En ninguna de ellas (al menos no en las primeras

100 o 200 que revisé) aparecía nadie parecido ni de lejos a mi vecino. Y lo mismo contaba para Marie. Esto, en principio, no era nada extraño. Hay muchas personas que han logrado esquivar ese gran agujero negro de la información personal llamado internet.

Terminé aquella aburrida e improductiva investigación «googleándome» (término que había aprendido de Beatrice) a mí mismo: «Peter Harper recogiendo el

BAFTA por la mejor banda sonora»... dos años atrás, «Peter Harper en la portada de *MOJO*»... dos años atrás, «Peter Harper en un documental sobre compositores contemporáneos»... dos malditos y largos años atrás, y, finalmente, a Clem, quien, para mi sorpresa, se había abierto una cuenta en Facebook y mostraba las fotos de su nueva y radiante vida y viajes junto a Niels, cosa que jamás hizo

conmigo... ¿Le daba vergüenza o qué?

Observé una fotografía de ellos dos besándose, junto a unos cócteles decorados con motivos tropicales, en alguna idílica playa tropical. Dejé que mi rencor, mi odio, mi envidia y mi vanidad herida danzasen un rato en mi estómago. Después apagué el ordenador y subí al piso de arriba. Eché un vistazo al dormitorio de los niños. Jip se había destapado un poco y Beatrice seguía en

la misma posición, como siempre. Dormía como un leño. Podías construir un castillo de naipes en su preciosa barriguita y seguiría en pie al día siguiente. Después me lavé los dientes y me eché sobre la cama, con los ojos abiertos y puestos en el techo. Pensé en hablar con Leo acerca de todo eso. El lienzo, el extraño recorte de periódico. Podría decir que lo encontré por casualidad (¿no había sido así de todas formas?),

pero después me di cuenta de que todo aquello era una gran estupidez. Aquello estaba escondido y tenía la señal de NO TOCAR puesta encima. Y yo le había metido mano. Reconocerlo sería como reconocer que había andado mirando el cajón de las bragas de su mujer. Una forma rápida de romper una buena amistad. Así que decidí callármelo. Quizá podría sacar el tema de otra manera. Quizás en realidad no había nada

importante en todo eso.

Me dormí y esa noche tuve un sueño.

En mi sueño hacía una noche clara, de estrellas, y yo estaba tocando el piano en el salón, con el ventanal abierto y el ruido del mar interfiriendo amistosamente con la música.

Era una melodía genial. No sé de dónde la habría sacado, pero era mi mejor idea en mucho tiempo. Mis manos recorrían el piano, de arriba abajo, pulsando

certeramente las teclas, como si llevase años practicando aquella pieza desconocida. Aquella música salía de mi corazón, como todas las cosas buenas que había escrito en mi vida, y pensaba: «¡He vuelto a conseguirlo!» Debía anotarlo en alguna parte, que no se me olvidara..., pero estaba tan seguro de lo que tocaba, sonaba tan dentro de mí, que no tuve miedo a olvidarlo.

Llamaría a Pat esa

misma noche, le despertaría; me daba igual, él estaría feliz de oírlo. Le diría que por fin lo tenía. Que Peter Harper había vuelto. Mis manos volvían a ser amigas de mi cabeza. Mi fábrica de éxitos volvía a funcionar. Sentía que nunca más pasaría una de esas deprimentes tardes jugueteando con acordes inútilmente. Sentía que volvía a ser una fuente de ideas.

Pero entonces, según

avanzaba en mi melodía, una de las teclas dejó de responder. Emitió un sonido mudo, como la de un martillo golpeando un dedo. El fa sostenido de la cuarta octava.

Después fue el do de la sexta. Y el mi, una octava más arriba.

TOMTOMTOM.

Bajé mi vista hacia el teclado y descubrí, con horror, que estaba cubierto de sangre.

Las teclas estaban

sucias, había huellas de mis dedos por todas partes. Huellas sangrientas. Giré las manos y vi que las palmas estaban cubiertas de sangre. Pero no había ninguna herida... ¿de dónde provenía esa sangre? Apreté una de las teclas y observé una pequeña burbuja roja entre ellas. El líquido terminó por desbordarse y se deslizó sobre el blanco marfil hasta caer, como una densa gota de sangre, en el suelo.

Me aparté de aquello

asustado. El taburete se cayó al suelo, golpeando como un gran martillo.

La tapa del piano estaba cerrada. Jamás la dejaba cerrada, pero esa noche lo estaba. Me acerqué y la tomé por los extremos. La levanté con cuidado, como un mecánico abriendo un motor. Enseguida me percaté de que algo no iba bien. ¿Dónde estaba el dorado cuerpo del bastidor? Ahí dentro solo se veía una cavidad oscura. Liberé una

de mis manos de la tapa y la dirigí a esa cavidad oscura en busca de las cuerdas, pero entonces sentí que se hundía en un líquido caliente. La caja del piano estaba llena de...

—Dios mío.

Sangre.

Alcé la tapa aún más, para poder ver. Descubrí aquella bañera, y en su centro un cuerpo desnudo emergiendo entre aquel gran charco rojo.

Judie. Atada de pies y

manos.

—Ayúdame, Pete —
comenzó a gemir—, él está a
punto de volver. Hoy me
matará. O quizá mañana.
Ayúdame.

Todo mi cuerpo se había
puesto a temblar. «Te sacaré
de aquí, Judie. Te sacaré».
Traté de buscar el soporte de
la tapa, pero era incapaz de
dar con él, y no podía soltar
la tapa...

—Por favor, por
favooooooooor, es un monstruo.
Me usará un poco más y

después me matará, Peter.
Me cortará en pedazos.

Entonces noté una presencia tras de mí, en el salón. Cerré el piano. Ahogué la voz de Judie que seguía diciendo aquellas cosas terribles pero sin sentido. Me di la vuelta. Plantada en medio del recibidor, había una sombra.

—Se acaba el tiempo, Peter.

Calva. Con aquellas terribles manchas negras en la piel que la hacían parecer

un monstruo. Delgada como un esqueleto. Como en los últimos días de su enfermedad, cuando la quimioterapia la había quemado entera por dentro.

—¡Mamá!

Vestía su bata verde, la que siempre llevaba cuando estaba en casa. Y pese a su terrible apariencia, sus ojos desvelaron una compasión y una dulzura que convirtió aquella pesadilla en un buen sueño. Después, antes de que pudiera llegar a ella,

antes de desvanecerse en el
aire, abrió la boca y dijo:

—Vete de esta casa,
Peter.

3

Con la llegada del verano, el pueblo comenzó a llenarse de turistas. El *stop* de la carretera de Clenhburrán dejó de ser una señal simbólica en la que ya te habías acostumbrado a no parar. Ahora la carretera comenzaba a estar viva; había comenzado un continuo goteo de caravanas,

coches y hordas de motociclistas que iban y venían por distintos puntos de la costa. El pequeño supermercado-gasolinera de Andy's aumentó su *stock* de comida e instaló una zona especial de barbacoas donde vendía todo lo necesario para organizar un feliz día en familia. Además, ahora siempre había una pequeña cola de tres o cuatro personas haciendo la compra. Por el pueblo comenzaron a verse nuevas

caras y a oírse nuevos acentos. Británico, escocés, norteamericano, además del inconfundible acento de la gente de Cork, o de algún dublinés del norte. El Fagan's, que durante todo el invierno había sido un refugio más o menos solitario, estaba animado todos los días de la semana. Keith Douglas inauguró el Beer Garden en la parte trasera, donde podías salir a fumar con tu pinta mientras te sentabas en unas cómodas

sillas, rodeado de barriles y otros trastos.

Los primeros días en la casa de la playa estaban siendo felices y tranquilos. Todas las mañanas me levantaba antes que los niños y les preparaba un desayuno de tostadas, huevos fritos y beicon. Nos lo comíamos sentados en las sillas del jardín, frente a la idílica vista del océano, y después bajábamos a la playa. Algunos días, si soplaban viento, nos

limitábamos a dar un largo paseo por la orilla. Jip había encontrado una red de pescador y le encantaba recolectar conchas, piedras extrañas y cadáveres de cangrejo entre las rocas del fondo de la playa. Y tal y como había pensado semanas atrás, le encantó explorar el interior de la pequeña cueva y fantaseó con que quizás habría un tesoro escondido allí en el fondo. («Leo dijo que había tesoros vikingos, ¿no?»)

Otros días, si había buena temperatura incluso nos bañábamos. Jip tenía una atracción fatal con el agua y siempre terminaba entrando hasta el cuello y saliendo rápidamente, con la piel de pollo. Al cabo de tres días fui a Dungloe y compré unos tops de neopreno. Por nada del mundo quería arriesgarme a que cogiera un resfriado de verano, y el agua, pese al buen tiempo, seguía manteniéndose a dieciséis grados. Beatrice, en

cambio, prefería quedarse leyendo en su toalla. En nuestra primera visita oficial a la tienda de Judie, esta le había regalado el primer libro de la saga *Crepúsculo* y ahora estaba completamente enganchada a ella. Había devorado la primera parte en dos días con sus largas noches, en las que tuve que obligarla a apagar la luz de madrugada. Yo, por mi parte, estrené una tabla de surf que había encontrado en el cobertizo

del jardín, aunque no conseguí ponerme de pie ni una sola vez, pero al menos conseguí mantenerme de rodillas sobre una ola y saludar a mis hijos antes de caerme en el interior de la espuma.

Judie solía dejarse caer por la casa algunas tardes y salíamos a dar un paseo todos juntos. Las largas dunas, repletas de senderos entre la hierba y la arena, eran un lugar perfecto para perderse en aquellas

templadas tardes de verano. Judie y Beatrice solían adelantarse unos cuantos metros por delante de Jip y de mí y se dedicaban a charlar de sus cosas, se reían, bromeaban... parecía que habían congeniado perfectamente. Jip y yo íbamos a lo nuestro: descubrir bichos, encontrar palos, o piedras de forma y tamaño singulares. Y guardarlo todo en una bolsa, por supuesto. Además, desde que Leo le contó la historia

de los vikingos y Monaghan, Jip estaba seguro de que terminaríamos encontrando un tesoro, y se lanzaba sobre cualquier objeto brillante que sobresaliera en la arena (y un par de veces eran vidrios de alguna botella y me tuve que apresurar a quitárselos de la mano).

La tienda de la señora Houllihan competía con Andy's en la venta de productos para la playa, y Judie tenía bastante trabajo esa semana. El martes me

pidió el Volvo para ir a recoger un gran pedido de material a Dungloe. Palitas, cubos y rastrillos de plástico; hamacas y sombrillas; bañadores, gafas de buceo, ropa de verano...

—¿De verdad vendes todo esto? —le pregunté.

—La gente se vuelve loca con el verano —respondió—. Y además, este parece que va a ser muy bueno.

Era cierto, los informes meteorológicos llevaban

semanas prometiendo buen tiempo para todo julio y primera mitad de agosto. Quizá con riesgo de alguna tormenta eléctrica, pero bueno por lo general.

«Alguna tormenta eléctrica (con nubes negras con forma de pastelillo, rayos, truenos, quizás alguna visita a medianoche), pero bueno por lo general».

Después de su día de carga y descarga, Judie regresó con el Volvo a media tarde y la invité a

quedarse a cenar.

Mientras los niños se divertían con un *frisbee* en el jardín trasero, bajo un atardecer liliáceo y con las primeras estrellas titilando en lo alto, Judie y yo cocinábamos juntos, charlando de todo un poco. Era un momento dulce, tenerla a ella y a los niños en aquella casa frente al mar, preparando algo rico para la cena y con una buena película para después, y yo era consciente de que mi

cerebro estaba reemplazando a Judie por Clem en aquel escenario, de que mi psicología estaba poniendo un parche en esa imagen rota de la familia que tanto echaba de menos. Pero en fin, trampa o no, mentira o verdad, yo me sentía bien, mejor que bien: feliz. Y era una sensación bastante nueva.

Por otro lado, desde que los niños estaban en la casa, habíamos dejado de tener intimidad, por no hablar de

pasar la noche juntos.

—¡Eh! ¿El abrazo del oso? —dijo sorprendida cuando la atrapé por detrás, en un momento en que las voces de Jip y Beatrice sonaban distantes—. Ten cuidado o nos verán.

—Estoy un poco descontrolado —respondí—. Muy salido, como se suele decir. ¿Por qué no te quedas esta noche?

Ella negó con la cabeza.

—Ya lo hemos hablado, Pete.

Sí, lo habíamos hablado. Había sonado muy razonable entonces: ella no se iba a sentir cómoda con los niños en casa. Para mí tampoco era un paso fácil, pero quizás estaba más preparado. Al fin y al cabo, Clem vivía con Niels. Mis hijos tenían que verle en pijama por las mañanas, lavándose los dientes, con el pelo revuelto y la cara sin afeitar. Judie era una imagen mucho más bonita.

—Pero en algún

momento tendremos que...
—dije, dándole un pequeño mordisco en el cuello.

—¿Te han preguntado algo?

—No. Todavía no. Pero lo harán. Les conozco. Lo están pergeñando en sus malévolas cabecitas.

—¿Y qué les dirás?

—Qué sé yo. Que somos amigos con derecho a roce...

No lo sé —continué

— ¿Qué somos exactamente, Judie?

¿Novios?

Ella bajó la cabeza y siguió cortando el tomate en láminas.

—Vale —continué diciendo—. Es una palabra un poco «fuerte» tal vez...

—No —dijo ella—, está bien. Puedes decirles que somos novios.

Me invadió un hormigueo adolescente al oír aquello.

—... a menos que a ti te suponga un problema.

—No —me apresuré a responder—. Nada de eso.

Bueno, en el diccionario del siglo XXI «novios» tampoco significa que nos vayamos a casar.

—En el diccionario del siglo XXI tú me gustas, yo te gusto, nos llevamos bien y no nos acostamos con nadie más. No vamos a firmar ningún papel ni a colgarnos ningún anillo, y vamos a intentar ser sinceros el uno con el otro. Llámalo como quieras.

—Judie, eso es lo más romántico que me han dicho

en los últimos dos años.

Ella se dio la vuelta, puso sus palmas sobre mis hombros y me besó dulcemente en la boca.

—Y eso que no he intentado ser romántica. Espera y verás.

Entonces oímos la voz de Jip, que había comenzado a llorar en el exterior de la casa. Beatrice vino corriendo por el jardín con el *frisbee* en la mano.

—Jip se ha tropezado, papá.

Salimos al jardín. Jip estaba sentado en el césped, junto a la fosa séptica, doliéndose de la rodilla, y me imaginé lo que había pasado. La maldita alcantarilla de la fosa séptica, que dos veces me había doblado la hoja de la segadora.

—Llevo meses pensando en comprar una plancha metálica para taparla —le expliqué a Judie mientras nos acercábamos al lugar del siniestro—, pero por alguna

razón siempre se me olvida. Está demasiado oculta entre la hierba y es fácil tropezarse con ella.

Cogí a Jip en brazos y lo llevé al salón. Judie me preguntó dónde tenía un botiquín y le indiqué que buscara en el armario trastero del recibidor. Regresó con una gran caja metálica donde había algodón, tiritas, yodo, todo sin abrir (lo había comprado en la farmacia de Dungloe nada más mudarme a la

casa, pero curiosamente jamás había necesitado nada), además de los medicamentos para el dolor de cabeza que la doctora Ryan me había recetado y que había comprado pero decidido no tomar.

Empapé un algodón en yodo y comencé a desinfectarle la herida a Jip. Había perseguido el *frisbee* por el aire y metido el pie en el hueco de la alcantarilla, dándose con toda la rodilla. Una bonita herida de guerra,

aunque gracias a Dios no demasiado profunda.

—¿Crees que necesitará la vacuna del tétanos?

Judie dijo que no era necesario, pues el rasguño había sido contra roca.

—Bastará con un poco de yodo.

Mientras limpiaba la herida, Judie indagó en los betabloqueantes y demás pastillas que estaban allí.

—¿Esto es lo que te recetaron en el hospital? — preguntó. Respondí que sí

—. Madre mía, me alegro que hayas decidido no tomarlo.

Beatrice se sentó a nuestro lado y se encargó de acariciar el cabello de su hermano y darle ánimos, mientras que echaba un chorrito de agua oxigenada y terminaba de limpiar la rodilla de Jip.

Judie seguía de pie a nuestro lado, pero noté que se había quedado callada mirando un papel que había encontrado en el botiquín.

Tenía una expresión de sorpresa en el rostro.

—¿De dónde has sacado esto?

Extendió el papel hasta colocarlo frente a mis ojos.

—Sí, Kauffman —dije al leerlo. Era el trozo de papel en el que la doctora Ryan había escrito el nombre y el teléfono de ese psicólogo de Belfast. Debí lanzarlo, junto con el resto de las medicinas, al botiquín el día que regresé de la última visita, y prácticamente lo

había olvidado—. La doctora Ryan me lo recomendó —dije—. Debe ser un especialista en desórdenes del sueño... ¿le conoces?

—Fue... profesor mío en la universidad, pero me sorprende que Ryan te lo recomendará.

Me intrigaba la expresión de Judie. Había algo parecido al temor en sus ojos.

—Le hablé de... —miré a Beatrice y a Jip pensando

que quizá no debería tocar ese tema— de los sueños que tuve después del accidente. Me dijo que quizá fuera una buena idea visitarle. ¿Crees que merecería la pena concertar una cita?

—Quizá —respondió—, aunque puede que sea pronto para llegar tan lejos. Además, han pasado un par de semanas y no has vuelto a tener ninguna de esas p... — miró a Jip y a Beatrice— sueños movidos, ¿verdad?

Recordé la más reciente, de la que no le había hablado, en la que ella estaba atada al bastidor de mi piano, en un charco de sangre, diciendo cosas horribles acerca de un hombre que venía a por ella y...

—¡Ay! —se quejó Jip cuando le apreté con un algodón empapado en yodo, quizá con demasiado ímpetu.

—Perdona, campeón — dije suavizando la presión

—. Bueno, sigo teniendo sueños raros. Pero nada grave.

—¿Es por el rayo, papá?

—preguntó Beatrice entonces, que como siempre se enteraba de todo.

Dos días atrás, mientras regresábamos de un paseo por los acantilados, les había contado la historia a grandes rasgos, más que nada porque estaba seguro de que la terminarían oyendo por alguna parte. Mi versión era bastante sintética y se

obviaban las partes más morbosas (como, por ejemplo, que estuve más de quince minutos inconsciente, tendido en una cuneta). De cara a los niños, la aventura se resumía en que papá había ido a retirar una rama del camino y un rayo «cayó muy cerca» y le «quemó», del mismo modo que uno se quema si acerca mucho los dedos a una vela encendida.

—Sí, cariño, es por lo del rayo —respondí—, pero ya me estoy poniendo bien.

—¿Has visto las quemaduras con forma de árbol, Judie? Son alucinantes.

—Sí, Beatrice, son bastante impresionantes. Pero ya casi no se ven, ¿verdad, Pete?

En efecto, ya se habían diluido casi por completo.

—Supongo que al dolor de cabeza le terminará pasando lo mismo. Aun así, si quieres puedo telefonar a Kauffman y hacerle una consulta extraprofesional.

—No, olvídalo —dije—, dejemos que pase un poco más de tiempo.

Cogí la tirita que Judie había preparado y se la apliqué a Jip en la herida. Después, Beatrice y él volvieron afuera a jugar con el *frisbee* y les recomendé que se alejaran del fondo del jardín, donde estaba la alcantarilla, para evitar más accidentes. Y me grabé una nota mental: «Poner una tapa en la alcantarilla», que volvería a olvidárseme al día

siguiente.

Terminamos de cocinar y hacía tan buen tiempo que pusimos la mesa en la terraza y cenamos a la luz del atardecer. Judie aprovechó para ponerme al día sobre la noche de cine al aire libre, que comenzaría en apenas diez días.

—Todo el mundo está muy emocionado con la idea de que toques algo. ¿Qué te parece?

Yo le había dado un par de vueltas al asunto y pensé

que podría interpretar el tema principal de *Cinema Paradiso* de Ennio Morricone. Era una pieza corta que apenas tendría que prepararme ya que la había tocado cientos de veces. A Judie le pareció buena idea. Dijo que ya habían conseguido un teclado de ocho octavas para el día del evento. La mujer de Keith Douglas, del Fagan's, había asistido a una academia de piano para adultos en Letterkenny hacía unos años

y desde entonces tenía un piano eléctrico criando polvo en su salón.

—Supongo que valdrá —comenté.

—Prepárate algo para decir en el micro también —dijo ella.

—¿Un discurso? —pregunté yo.

—No, tan solo algunas palabras. Hola, queridos vecinos, es todo un honor estar aquí esta noche... y todo ese rollo. Eres la única persona de entre estas

doscientas almas que ha estado alguna vez en un estudio de cine, o que ha hablado con un director, todos están ansiosos porque les cuentes alguna anécdota. Pero no te enrolles.

Después de la cena, vimos una película todos juntos y Judie se marchó a eso de la medianoche. Seguí las luces rojas traseras de su Vauxhall Corsa hasta que desaparecieron en lo alto del Diente de Bill, mientras pensaba en esa extraña

reacción que había tenido al leer el nombre de Kauffman en el papel perdido de mi botiquín.

«Fue profesor mío en la universidad».

Un experto en problemas de sueño. Una chica que sufre pesadillas de las que no quiere hablar.

Bueno, ella no era la única...

A la mañana siguiente ocurrió algo que debería haberme puesto en guardia, hacerme abrir los ojos.

Habíamos salido a dar un largo paseo descalzos por la orilla, Jip recogiendo sus tesoros, Beatrice hablándome de alguna cosa. Cuando llegamos al final de la playa, justo donde se formaban aquellas pequeñas cuevas en la negra roca, en la red de Jip no había un solo tesoro más, de modo que empezó a pasármelos a mí y me llené los bolsillos de conchas y piedras. Beatrice había empezado a escribir su nombre en la arena: B-E-A-

T-R-C-E.

—¡Falta la i! —gritó Jip.

—Vamos, Jip, escribe el tuyo si eres tan listo.

Jip hundió su pequeño pie en la arena y comenzó a dibujar una larga J, que para cuando llegó a tener sombrero, las olas se habían encargado de borrar a medias. Jip se enfadó con los elementos y fue a darle una patada a la siguiente ola, lo cual hizo que se empapara por completo los pantalones, y que su hermana mayor

(cómo no) se echase una buena risotada a su costa. Pero Jip había mejorado en sus habilidades mafiosas. Primero vino hacia mí para quejarse, pero enseguida comprendió que aquello debía resolverse como una *vendetta*. Fue corriendo donde su hermana, mientras se estaba dando la vuelta, y le dio una buena regada por la espalda. La respuesta de Beatrice fue inmediata y Jip terminó de agua hasta el último pelo de la cabeza.

Vino corriendo a refugiarse en los brazos de su (seco) papá, pero para entonces Beatrice ya había comenzado un ataque a gran escala que terminó por empaparme a mí también. Desde entonces la guerra fue total.

Beatrice comenzó a perseguirle y Jip comenzó a correr hacia las rocas. Yo estaba riéndome todavía cuando vi cómo las piernas de Jip se aceleraban más y más, como si de pronto se

hubiera dado cuenta de que había un peligro real a sus espaldas, y le vi enfilar directamente una de aquellas pequeñas cuevas en la roca.

—¡Jip! —exclamé—.

¡Eh, Jip!

Pero estaba ya lejos, y el viento soplabá en nuestros oídos. Había acelerado tanto que le sacó una ventaja de dos metros a su hermana. Se lanzó sobre la arena y gateó a toda prisa en el interior de una pequeña cavidad, la más pequeña de todas, que tenía

el tamaño exacto para que Beatrice no pudiera perseguirle ahí dentro. Se conformó con dar una patada en la arena y tratar de rociar el trasero de su hermano con arena, pero este ya había desaparecido en el interior de la cavidad.

La boca de la gruta no tendría más de medio metro de altura y el oleaje golpeaba a pocos metros de allí. De pronto, sentí que no me gustaba una pizca que Jip hubiera desaparecido

dentro de esa angosta
negrura. Aceleré el paso
hasta llegar allí. Beatrice
estaba de rodillas, tratando
de ver algo, pero aquella
maldita cavidad se tragaba la
luz igual que un velo negro.

—¡Jip! —grité, ahora sin
miedo a sonar imperativo y
asustado—. Sal de ahí ahora
mismo. Ese sitio es
peligroso.

Mis palabras
reverberaron en la cavidad,
un eco corto y seco, y
después no se oyó nada y

sentí que mi corazón comenzaba a ir más deprisa. Beatrice me miró sin decir palabra, supongo que ambos nos habíamos dado cuenta de que allí pasaba algo.

—¡Jip, haz caso a papá!
—gritó Beatrice—. Sal de ahí.

Temí que hubiera encontrado otra salida más allá del brazo de piedra, donde no había nada más que afiladas rocas pulidas por un oleaje pesado, que a veces estallaba en chorros de

espuma. Trepé por encima de una de las rocas, hiriéndome en los pies descalzos, tratando de encontrar alguna otra salida de aquella madriguera.

—¡Jip! —Mi voz sonó aterrorizada—. ¿Puedes oírme, hijo mío?

Todas las cosas horribles que uno pueda imaginar desfilaron por delante de mis ojos en aquellos pocos segundos.

No había manera de llegar más allá y tampoco vi

nada moverse bajo mis pies,
así que regresé a la arena.
Beatrice se había
introducido en la gruta, todo
lo que su cuerpo le permitía.
Me agaché junto a ella.

—¿Puedes verle?

—Sí —respondió ella—,
creo que le veo.

—¡Jip! —grité—,
escucha hijo, sal de ahí, por
favor. Hay olas al otro lado
y... quizá te cortes con algo
ahí dentro.

Al cabo de unos
segundos le vimos aparecer

desde la oscuridad, gateando tal y como había entrado en la cueva.

Cuando estuvo fuera, lo levanté en brazos y, tras comprobar que no hubiera ninguna herida, lo recubrí de besos.

—¿Qué te ha pasado, hijo? ¿Qué...?

Pero Jip no respondió. Echó los brazos alrededor de mi cuello y hundió su rostro en mis hombros. Estaba temblando y sentí la humedad de unas pocas

lágrimas en sus mejillas. No alcanzaba a comprender la causa de todo aquello. Había sido testigo de su pequeña riña con Beatrice, el intercambio de agua, la carrera. Allí no había pasado nada fuera de lo común.

—Le ha dado uno de sus momentos «raros» —dijo Beatrice—. Se le pasará, solo hay que dejarle un rato.

—¿Momentos raros? —pregunté yo—. ¿De qué estás hablando?

—A veces le dan. Mamá

ya se lo explicó al psicólogo. Pero no es grave. Se queda callado, como si estuviera en otro mundo. A veces suda, se pone nervioso. Solo hay que esperar un rato.

Volvimos a casa y metí a Jip bajo una ducha caliente, pero tenía tanto frío que terminé sentándome en la bañera frente a él, mientras enjabonaba su cuerpo y cabeza y aprovechaba para llenarlo de caricias. Él estaba quieto, con los ojos cerrados para evitar el

champú.

—¿Cómo te encuentras?

¿Has entrado en calor?

—Sí...

El agua había comenzado a subir y ya nos tapaba el vientre. Era una sensación agradable, sentí que el cuerpo de Jip dejaba de temblar. Seguí enjabonándolo, sus pequeñas orejas resbalaban dentro de mis manos, como dos peces.

—¿Qué te ha pasado ahí abajo, hijo? ¿Por qué has llorado?

Jip no respondió en un primer instante. Tardó un poco más de medio minuto. Parecía como si se estuviera sacando una astilla muy dolorosa.

—He tenido miedo.

Lo dijo casi sin volumen, como un secreto que nadie más debiera escuchar. Yo también bajé mi voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De alguien que venía.

Un monstruo.

—¿Un...? —Frené mis

palabras. «No, no vamos a ir por ahí, señor Harper. Nada de cuestionar, o de sonar suspicaz».

—¿Quién era? — pregunté—. ¿Pudiste verle?

—No... —respondió Jip —, solo lo he «sentido». De pronto.

—¿Cuando tu hermana empezó a perseguirte? Pero tú sabías que era ella, ¿verdad?

—Sí, pero había otra cosa.

—¿Otra cosa?

Mientras terminaba de aclararle el cabello, y cogía aquella pequeña cabeza entre mis manos, y la besaba a la mínima oportunidad, pensé otra vez en mi madre, y en mi abuela, cosiendo y recosiendo aquel botón a mi tío abuelo Vincent y salvándole la vida aquella mañana de hace mil años. Y lo que papá me había dicho en Dublín: «Pasa de padres a hijos».

«¿Por qué no? —me dije a mí mismo—. ¿Por qué

creías que tú serías el último?»

—¿Te ha pasado otras veces? ¿Ese miedo?

—Alguna —respondió Jip.

—¿Y qué es lo que sientes cuando te pasa?

Jip había abierto los ojos. Miraba hacia el techo, como tratando de recordar.

—Miedo. Que algo va a pasar.

—¿A ti?

—A cualquiera —respondió él mientras

jugueteaba con la espuma—.

A veces es una persona.

—¿Quién, por ejemplo?

—El señor Elfferich, el guarda del colegio.

—¿Qué le pasa?

—Su hijo se murió en un accidente de coche.

—Y sentiste algo sobre él, ¿verdad?

—Sí.

—¿Antes de que ocurriera?

Jip me miró sorprendido. Después asintió con la cabeza.

—¿Le has contado a mamá algo de esto?

Negó.

—¿A alguien, a ese psicólogo al que te llevó mamá?

Me imaginaba al pobre Jip, sentado en una silla, callándose aquel secreto inconfesable, mientras algún experimentado psicólogo le hacía mil y una preguntas de libro, lejos, muy lejos de acertar en la diana.

Negó con la cabeza.

—¿A ti también te pasa,

papá? —preguntó entonces.

—Creo que sí —le dije —, a veces, tampoco puedo saber cuándo.

—¿Es malo?

Jip había abierto los ojos. Los ojos bien abiertos. Las orejas también. Esa era una de LAS PREGUNTAS en mayúsculas. Como la de ¿Dios existe? O la de ¿cómo se hacen los niños? O la de ¿por qué mamá y tú habéis dejado de quererlos? Se notaba en su rostro. La boca pequeña, los ojos grandes,

los oídos preparados para absorber aquella importante respuesta.

—No... creo que no es malo ni bueno, Jip. Es como tener orejas. A veces oyes música y es agradable; otras veces oyes ruido, cosas que no te gustan. Creo que eso es todo. Ni malo ni bueno. Solo percibimos cosas.

«Otro día te contaré algo sobre tu abuela, y sobre tu bisabuela. Otro día que seas un poco mayor te explicaré más cosas, hijo mío».

—Vale.

—Siempre que te pase puedes hablar conmigo. Puedes contármelo, ¿eh?

—Vale. ¿Podemos llenar la bañera un poco más?

—Sí, claro —dije abriendo el grifo del agua caliente—, pero no nos quedaremos mucho rato más, ¿eh? O se te arrugará la piel.

—Vale.

Me quedé callado, sintiendo la agradable corriente de agua caliente

rodeando nuestros cuerpos. Me apoyé en el fondo de la bañera y le miré, mientras esculpía barcos con la espuma del jabón. Sentí miedo por él, como si un médico acabara de diagnosticarle la más rara e incurable enfermedad del mundo. Era probablemente el mismo miedo que mi padre había sentido por mamá durante toda su vida.

El martes por la mañana se levantó un día espléndido y Leo y Marie nos llamaron

bien temprano para avisarnos de que los O'Rourke nos habían invitado a navegar con ellos y con sus hijos.

El embarcadero estaba situado a cinco millas del pueblo, en una pequeña laguna protegida del mar desde donde daba servicio a una docena de veleros. Allí nos encontramos con los O'Rourke y sus dos hijos gemelos Brian y Barry, de doce años, que enseguida pusieron su atención en

Beatrice. Ese día llevaba un sombrero de ala ancha que había comprado en la tienda de Judie, y unas gafas de sol que le conferían un aire de gran estrella. Los pelirrojos gemelos O'Rourke debieron caer bajo su influjo y se pelearon por ayudarla a cruzar la pasarela. Pero Beatrice, acostumbrada a los abruptos embarcos y desembarcos en los canales de Ámsterdam, los evitó como si de dos obstáculos se tratara y montó en el velero

de un ágil salto, ante la atónita mirada de los dos muchachos.

Me reí para mis adentros. Beatrice comenzaba a cambiar como cambian las chicas a esa edad. Ya no se vestía de cualquier manera, ni dejaba que Clem le cortase el pelo o le pusiera coletas. En nuestra última conversación telefónica, Clem mencionó a un chico que había merodeado por la puerta de casa un par de veces, y una

caja de bombones de San Valentín que había descubierto medio escondida en el armario de Beatrice. «¿Crees que es hora de hablarle de los preservativos?», le pregunté. Clem me respondió que eso ya lo había hecho a primeros de año.

Se podía adivinar que muy pronto se convertiría en una bella mujercita, y que todo su bagaje genético estaba comenzando a enviarle información sobre

cómo manejar ese nuevo poder. Aunque por el momento todo era un juego. La cosa se pondría más seria en un par de años. Corazones rotos, declaraciones románticas y algunas lágrimas. O algo peor... un embarazo precoz, el chico equivocado... pero en eso trataba de no pensar demasiado. Como padre solo quería imaginar un paso por el amorío adolescente con el menor número de daños posibles.

No había visto a Frank O'Rourke desde la noche del accidente y aproveché para darle las gracias por su ayuda: me constaba que había sido él quien se bajó del coche a ayudarme, y que también cargó conmigo hasta el coche de Leo. De nuevo, Laura, su estrepitosa mujer, robó el protagonismo de la escena, relatando el momento en el que ella le dijo a Frank lo que tenía que hacer. El bueno de Frank asentía, esperando con una

pesada caja de Budweiser en las manos.

Recorrimos la costa pasando frente a fabulosos acantilados, vastas marismas y preciosas y retorcidas penínsulas coronadas con viejas torres de vigilancia, o faros, o casas todavía más apartadas que las nuestras. Marie, que en sus años en Irlanda del Norte se había aficionado a observar pájaros y a leer guías al respecto, nos dio una clase magistral acerca de las

muchísimas aves migratorias y raras que se podían ver por allí esos días. Aseguró que en la primavera se podían ver ejemplares que habrían llegado volando desde África o Canadá.

Laura y Marie flanqueaban a Jip, que iba tranquilamente sentado en la parte trasera, con su chaleco salvavidas y unos prismáticos pequeños, tratando de avistar ballenas o delfines por la popa del barco. Los dos gemelos

hacían lo propio: flanquear a Beatrice en la proa y tratar de llamar su atención con chistes y conocimientos de navegación. No debían ser tan aburridos como su madre, pensé al ver que Beatrice se reía con las ocurrencias de sus dos nuevos amigos.

Mientras tanto, Leo y yo compartíamos una cerveza con Frank en el timón, hablando del velero y de la navegación.

—Estoy convenciendo a

Leo para que haga la inversión de su vida —dijo Frank—, sé que le encanta navegar y hay un velero a la venta en el mismo embarcadero de donde hemos partido. ¿A usted le interesa la vela, Harper?

Admití que era algo que siempre me habría gustado aprender, pero que siempre me había podido la pereza. Frank me animó a que lo hiciera, él podría darme las primeras indicaciones:

—La temporada

comienza en mayo y termina en octubre, es casi la mitad del año, y en Donegal hay viento seguro.

Después marchó a proa y llamó a uno de sus hijos para que le ayudara con las velas. Leo quedó al mando del timón. Inevitablemente, aquello me trajo a la memoria el artículo de periódico que había encontrado por accidente en su casa. Pensé que sería el momento adecuado para hacer unas preguntas.

—Quizá sea una buena idea, lo de comprarse el velero —comenté con toda la intención de sacar el tema—. ¿Sabes navegar desde hace mucho?

—Hace unos años. Aprendí en Tailandia, pero solo he manejado pequeñas embarcaciones, seis, siete metros de eslora, nunca tan grande como esto, aunque el maldito O'Rourke me está poniendo la miel en los labios. ¿Qué te parece, Pete? ¿Debería gastarme el resto

de mis ahorros en un velero?

—Creo que quizá debas contar con tu esposa antes de tomar esa decisión.

Eso no lo dije yo, sino Marie, que en ese instante había aparecido por allí en busca de un refresco.

—¿Y qué opina mi querida esposa? —bromeó Leo buscando un beso en el aire.

Marie se lo dio; después le acarició su pelada cabeza.

—Nuestra jubilación no da para ciertos caprichos. Si

querías un velero deberías haberte largado con aquella millonaria alemana que conociste. ¿Cómo se llamaba?

—Venga ya...

—¿Sabes que tuvo una enamorada rica, Pete? Era la huésped en uno de los hoteles de Dubái donde trabajó Leo. Todos los días le llamaba por teléfono con alguna excusa.

—Tenía muchas esperanzas puestas en mí — bromeó Leo—. Reconozco

que soy un tío guapo. Quizá debería haberme largado con ella. Ahora quizá tendría un velero.

—Y yo me podría buscar un profesor de aerobio fornido, en vez de un viejito caprichoso.

—¡Eh! ¿¡A quién llamas viejito!?

Mientras su pelea de matrimonio de largo recorrido seguía adelante, yo entorné los ojos y dejé que la brisa del mar me aclarase la mente.

En los días anteriores había tenido un par de ratos libres por la noche y había vuelto a jugar con el buscador de internet. En cierto modo me avergonzaba a mí mismo por ese fisgoneo (hasta el punto de borrar mi historial de búsquedas del MacBook por miedo a que alguien pudiera encontrarlas algún día), pero el recuerdo de aquel misterioso artículo de periódico, escondido en el fondo de un armario, todavía bailaba en mi cabeza

como un gran símbolo de interrogación. Esa segunda búsqueda produjo un resultado: la misma noticia de la desaparición del *Fury* en la hemeroteca electrónica de un diario australiano. Pero el texto era si cabe más somero y no incluía más fotos o descripciones de la pareja desaparecida. No había más menciones al incidente; los tripulantes desaparecidos del *Fury* nunca volvieron a aparecer, o al menos la noticia nunca

fue recogida por ningún periódico.

Otro asunto era el lienzo con el retrato de aquel bebé, firmado por J. Blanchard, y escondido con el mismo celo que aquel trozo de periódico. Las teorías en torno a eso florecían con profusión en mi cabeza, pero me obligué a mí mismo a dejar de pensar en ello. Siempre he despreciado los chismes y no me gustaba verme siendo el primero en elaborar teorías extrañas sobre mis

amigos. Fuese cual fuera la solución del enigma poco me importaba: Leo y Marie eran las dos personas más entrañables que había conocido en mucho tiempo; casi como dos tíos lejanos que hubiera encontrado de pronto, y me negaba a especular sobre sus vidas. También me prohibí, explícitamente, volver a buscar nada sobre ellos en Google. «El mal karma es como una termita —me había dicho Judie una vez—.

Deja que entre en tu mente y te comerá vivo».

Al cabo de un par de horas divisamos una bandada de delfines al norte y decidimos adentrarnos en el océano tras ellos. Fue un momento de esos que se quedan grabados. Recuerdo un instante en el que Jip y yo íbamos en la proa del velero recibiendo aquel fresco aire de mar en la cara, gritando cada vez que una ola nos empapaba y emocionándonos cada vez

que uno de aquellos preciosos animales asomaba a nuestro lado. «¡Papá! ¡Mira! ¡Ahí hay otro!», y yo le agarraba, bien fuerte, contra mi cuerpo, temiendo al océano y amándolo al mismo tiempo.

Esa noche, mientras preparaba la cena en la cocina, Beatrice se plantó a mi lado con su cara de «pregúntame qué estoy pensando».

—¿Judie es tu novia?

—¿Mi novia? —

respondí, intentando equilibrar la sartén sobre los fogones—. Es una amiga. Una muy buena amiga.

—Pero os besáis, ¿no?

—Bueno... sí. Supongo que somos novios. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos con aire de «misión cumplida».

—Oye —le dije, tratando de cambiar de tema —, ¿por qué no hablamos de otra cosa? Hablemos de tus

novios, por ejemplo.

—¿Novios? Solo tengo uno.

—Un segundo. ¿Qué?

—Mamá ya lo sabe. Y me deja.

Touché. Jaque mate.

Juego, set y partido.

—Anda..., ve poniendo la mesa.

Esa noche, tras la cena, salió el tema del colegio, y por ende, el de la pelea que había hecho temblar los cimientos de aquella sacrosanta institución. Todo

había comenzado por una gran humillación: «¡Yo seré una pedante, pero tú eres una teta-plana, Bea Harper!», escrita en la pizarra, después de un recreo. La mayor enemiga de Bea, una tal Maartje Van Ringen, se vengaba así de ella por haberla tachado de niña pija días atrás. ¿Qué pasó después? Una pelea, claro. Beatrice tenía la sangre caliente y Maartje tampoco se quedaba corta. Destrozaron una silla y uno

de los cristales del aula. Bonito estreno en su nuevo colegio. Llamada a las familias. Reunión en el despacho del director. Niels, el nuevo «papá» de Beatrice, tuvo que utilizar su influencia para rebajar las consecuencias.

—Lo odio, papá. Odio a todo el mundo en el colegio. Son unos creídos. Quiero cambiarme, quiero ir con Klaartje y Chris al instituto del Este. Ellas dicen que la gente es normal allí. ¿Por

qué tengo que quedarme en un sitio que no me gusta?

Traté de consolar a Beatrice todo lo que pude. Le prometí que volvería a hablar con su madre, y le sugerí que «mientras arreglábamos todo esto» (tendríamos que haber hecho el papeleo del cambio mucho antes, pero Clem seguía en sus trece) tratase de encontrarle la cara positiva a su escuela. «Seguro que no todos son idiotas, Bea».

—Todos, papá. Créeme; de verdad.

Eso sonaba como un sitio donde a mí tampoco me gustaría estar, pensé. Hablaría con Clem de esto, aunque sabía lo que iba a responderme: «No estoy dispuesta a jugarme el futuro de Beatrice por un mal año. Tiene posibilidades de destacar en la vida y mi trabajo es evitar que las arruine».

Ese era uno de los aspectos de nuestra relación

en el que Clem y yo nunca estuvimos muy de acuerdo. Para ella, mi forma de ver el mundo era «infantil». Hacer lo que a uno le gusta, seguir sus instintos y ver lo que pasa, sin amargarse la existencia. «¡No se puede dejar nada en manos del azar!» Ella decía que era el error que cometía el noventa por ciento de las familias: distraerse. Y consideraba que asegurar una buena educación a los hijos era el trabajo número uno de unos

padres. Quizá todo esto tuviera algo que ver con su familia: un padre borrachín, mecánico de puentes en Haarlem, y una madre que pasaba la mitad de la semana jugando a las cartas en un café. Y con una chica trabajadora, pero no excepcional, que tuvo que luchar cada centímetro de su carrera, pagarse su propia universidad para adultos y acceder, un poco tarde, al puesto de abogada que siempre había soñado.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué me llaman bruja o manducona? Es porque soy yo la que les está educando, la que les ve todos los días.

«Nada que reprocharte, Clem. Te dieron el papel de mala en esta historia».

—Primero aguanté tus fracasos, después tuve que aguantar tu éxito. Te has acostumbrado a ser un ególatra, a mirarte el ombligo las veinticuatro horas del día y eso será muy

bueno para un músico, pero como padre y marido no vales una mierda.

Esa frase me la dijo en una calle de Ámsterdam un año atrás aproximadamente, junto a un coche de policía donde a Niels le estaban practicando una cura de urgencia en el labio que acababa de partirle. Nunca la había visto tan crispada. Pensé que me soltaría un puñetazo, y de hecho lo deseaba. Me hubiera venido bien.

Niels Verdonk, el hombre al que acababa de golpear esa tarde, era un arquitecto de bastante renombre en la ciudad, autor de una nueva barriada cercana al Westerdock, de viviendas tipo *loft* que se habían convertido en la nueva fórmula del éxito inmobiliario en el centro de la ciudad. Su estudio estaba en el mismo edificio de Prinsengracht donde Clem tenía su oficina, y de esa forma, en una fiesta al aire

libre en los jardines de una mansión de los canales, era como se habían conocido.

—Creo que podemos hacerlo bien, Peter. Creo que podemos hacerlo de la forma menos dolorosa para nosotros y para los niños. Quiero un divorcio limpio, sin peleas ni rencores.

La noticia a los niños fue perfecta, casi de libro, un discurso que hubiera recibido la aprobación de cualquier psicólogo familiar; pese a todo, ver a Jip y a

Beatrice escuchando aquello fue quizás uno de los peores tragos de mi vida. Beatrice lo negó durante semanas. Se instaló en el pensamiento de que estábamos enfadados, y solo eso, que todo se arreglaría. Jip, por su parte, comenzó a mearse en la cama, y a comportarse como un bebé, requiriendo más y más atención. Comprendí por qué muchas parejas nunca se separan, incluso llegué a razonar que a veces la infidelidad no está del

todo mal: «Escucha, Clem: tírate a Niels, vive tu aventura con él, pero no rompas nuestra familia, ¿vale?»»

Hubiera preferido no tener hijos en ese momento. Hubiera preferido ser un tipo de veinticinco años y morir de dolor yo solo. Quizá me hubiera largado de viaje, quizá me hubiera emborrachado cada noche, acudido a cada fiesta que se organizara en la ciudad, en busca de ligues fáciles, y

lentamente recobrado mi autoestima. Pero en vez de eso, me dediqué a autodestruirme.

Me hice un adicto al dolor. Me empeñé en torturarme. Fue entonces cuando dejé de tocar completamente. No podía dar ni una sola nota, porque me pasaba el día pensando en dónde estaría Clem, qué estaría haciendo, si estaría con Niels... Así que comencé a perseguirla, primero al trabajo, después a

los bares y cafés donde solía estar. A veces, cuando tenía mucha suerte, Niels la iba a buscar a la hora del almuerzo. Se besaban y se cogían de la mano. Otras veces era incluso peor. Les perseguía hasta el apartamento de Niels y me quedaba allí, bajo la lluvia, esperando, imaginando como en esos instantes estarían haciendo el amor, Clem gimiendo de esa forma que solía hacerlo, entrecortadamente, mientras

Niels la poseía. Me daba cuenta de lo irracional de todo aquello, pero mis pies se negaban a dar un paso y largarse de allí.

Max Schiffer me convenció para que me fuera de casa. Me haría un hueco en su apartamento hasta que «las cosas volvieran a su cauce». Incluso organizó un par de fiestas y una cena e invitó a todas sus amigas solteras (ahí es donde conocí a uno de mis pocos *affaires* desde el divorcio) tratando

de subirme un poco la moral. El pobre Max comenzó a arrepentirse muy pronto. Sus vecinos preguntaban quién era ese tío que a veces dormía en las escaleras y apestaba a alcohol. En aquellos días solo estaba sobrio cuando tenía que ver a los niños. Los recogía en el colegio un día de cada dos. Íbamos a dar una vuelta y después los dejaba en la puerta de (mi antigua) casa. Y me preguntaba si Clem habría

aprovechado ese rato para tirarse a Niels. Pero lo duro de verdad era decir adiós en el umbral donde antes solías limpiarte los zapatos cada día. Y que tus hijos te miren y te pregunten por qué demonios no puedes pasar. Y que te des la vuelta y solo te quede una larga calle, en una ciudad que de pronto ya no conoces. En un mundo que de pronto te mira con hostilidad.

Y seguí jugando a aquel juego hasta que me

atraparon. Un vecino de Niels me había visto parado frente a la casa varias tardes y debió avisarle. Niels se lo calló y una de esas tardes, mientras Clem estaba en la ducha, bajó a hablar conmigo. Apareció por un lado y no me dio tiempo a escabullirme. Me dijo que podía imaginarse el trago por el que estaba pasando, pero que aquello podía ser un delito de acoso. Y que me largara. No quería volver a verme nunca más por allí.

Yo comencé a ponerme nervioso. Era demasiada mierda toda junta y además ese día iba cargado de cerveza. Le agarré por el cuello y le grité que el verdadero delito era seducir a una mujer casada. Él era una cabeza más grande que yo, me estampó contra la pared, pero yo tenía mil veces más ganas de atizarle y comencé a revolverme y a lanzarle ganchos por todas partes. Lo demás fue propio de una escena de película.

Los vecinos llamando a la policía. Clem histérica, gritándome que estaba loco. Niels con el labio partido, hablando con sus vecinos y moviendo la cabeza. Yo sentado en el suelo, fumándome un cigarro que uno de los polis había tenido a bien compartir.

Niels dijo que no pondría ninguna denuncia, pero que no quería volver a verme o sus abogados caerían sobre mí sin piedad. Pat, Max y otros amigos de

confianza trataron de ayudarme. El contrato con la FOX se fue a la mierda y de alguna manera me alegré: era incapaz de poner una nota después de la otra. Decidí que debía alejarme de todo aquello. Aunque me doliera por los niños. En aquellos momentos era una basura andante, una bolsa de nervios, un ego herido que solo iba a hacer daño a los que me rodeaban. Me escapé de allí. Encontré esta casa en Tremore Beach y entendí

que era exactamente lo que necesitaba. Curarme. Cerrar las heridas. Olvidarme de Clem, de Niels y de que alguna vez estuve felizmente casado. Tenía que mudar la piel. Empezar de nuevo. Y no podría hacerlo en Ámsterdam.

Los abogados se arreglaron, dividimos los bienes en dos, pusimos la casa a la venta, pero la crisis inmobiliaria iba a retrasar esa liquidación (y el dinero). Mientras tanto, Niels ofreció

su gran casa en el Oost a Clem y los niños, y ella la aceptó. No hubo ninguna pega desde los juzgados a que los niños comenzaran a vivir con Niels, un verdadero prohombre de la sociedad holandesa. Sobre todo cuando su padre biológico estaba en Irlanda, un músico en crisis con un pequeño antecedente de violencia y alcohol en Ámsterdam. Mis abogados me recomendaron no hacer ruido sobre el asunto de la

paternidad, y además Clem fue generosa en este aspecto; no puso la más mínima pega a compartir el tiempo con ellos. No era una mujer estúpida, ni egoísta, sino todo lo contrario. Me lo demostró cuando empezaron los problemas con Jip. Sabía que ella hubiese preferido llevárselos a uno de los exóticos viajes a los que estaba acostumbrada desde que vivía con Niels, pero supongo que se dio cuenta de que algo estaba fallando,

algo que ella no sabía manejar. Y quizá, dentro de su ceguera, era lo suficientemente lista para darse cuenta de que el niño necesitaba a su padre.

Y puede que sea verdad que fui un marido de mierda y un padre de mierda, que fui un egocéntrico, que solo viví para mi obra, y que después solo viví para curar mi maldita vanidad, que dejé atrás a mis dos hijos cuando más me necesitaban, y que me gustaría haber sido más

duro y soportar el dolor de una manera más digna, pero las cosas son como son, y estaba tratando de arreglarlas a mi manera, no a la manera de las películas de Hollywood, donde los héroes del celuloide tienen corazones de hierro y siempre conocen el camino de la bondad y la justicia.

La noche había refrescado un poco y decidí encender el fuego. No hacía falta, pero Jip había querido hacer fuego desde el primer

día. Mientras Beatrice practicaba acordes en un ukelele, Jip y yo dibujábamos dinosaurios en unas hojas de papel, tumbados en la alfombra. «Eso es un *Triceratops*, papá», «Ese es el *Estegosaurio*, papá», «Este es el brontosaurio; cuando rugía sonaba como un trueno».

En determinado momento, mientras observaba a Jip dibujar sobre el papel y me dejaba

acariciar por los suaves
acordes de Beatrice, me los
pude imaginar veinte años
más tarde, a Jip dibujando
sobre un gran tablero de
delineación. A Beatrice con
un violín en vez de aquel
ukelele, rodeada de músicos,
tocando en orquestas,
viajando.

—¿Te vas a quedar aquí
para siempre, papá? —me
preguntó mientras
desplegábamos su ejército
de dinosaurios de plástico
por el suelo.

—¿Aquí? ¿Te refieres a Irlanda?

Jip asintió sin dejar de mirar a sus reptiles.

—No, claro —respondí con naturalidad—, para siempre no. Solo hasta que termine unas cosas.

—¿Y después volverás a Ámsterdam?

—Supongo. O quizás a otro sitio...

Podía ser otro lugar, lejos de Niels, de Clem, lejos de todos esos amigos comunes en la ciudad.

Quizás un sitio al sur. Cerca de Maastricht o Breda. Una casa con terreno, quizás en la playa también. Podría segar, pintar mi valla y conocer a mis vecinos. Puede que incluso fueran un par de tipos simpáticos e interesantes como Leo y Marie, o quizá no.

—... cerca de vosotros, en cualquier caso.

—¿Y Judie irá contigo?
—preguntó Jip, como si hubiera leído mis pensamientos.

—¿Os gustaría que viniera?

Asintió con una sonrisa. Desde el otro lado del salón, Beatrice movió su cabeza en un gesto afirmativo.

—¡Por favor, papá, convéncela!

—Sí —añadió Jip, poniéndome un dinosaurio en la espalda—. Por favor.

—Bueno, no sé si ella querrá venir. Parece que está muy feliz aquí con su tienda y sus cosas. Igual no le gusta la idea.

—Le gustará. Solo tienes que pedirselo. Sois novios, ¿no? Hacéis muy buena pareja. Lo dice todo el mundo.

—¿Qué? ¿Quién es «todo el mundo»?

—Leo y Marie. Lo decían en el barco, pero tú no lo oíste.

Me reí mientras Jip seguía colocando una manada de bichos entre mis omoplatos.

—Además, no está bien que sigas aquí, solo, en esta

casa. No está bien — continuó diciendo como si se tratara de un monólogo bien ensayado—. Mamá se buscó a Niels, y tú tienes a Judie. Eso está bien. Pero estar aquí, como el abuelo, solo... no.

La referencia a mi padre me removió por dentro. Alcé la vista. Beatrice había bajado la mirada y la concentraba en el ukelele, pero tenía las mejillas encendidas, como si supiera que acababa de tocar una

tecla «sensible» y esperase una reacción, quizás una bronca, algo.

Pero no hice ni dije nada. Me quedé callado porque, entre otras cosas, aquella niña de trece años me había hecho pensar. En mí, en mi padre, en que quizá nuestras vidas en aquel momento no eran tan diferentes a fin de cuentas. Heridos, escondidos, esperando que algo cayera de los cielos, quizá.

En ese momento Jip hizo

trepar su dinosaurio por mi columna vertebral, hasta posarlo en lo alto de mi cabeza.

—¡Oohhh! La jungla — dijo moviendo aquel reptil en miniatura a través de las ondas de mi largo cabello. Rompí a reír.

—Ten cuidado —le dije —, ahí arriba puedes encontrar fieras de verdad.

Beatrice había empezado a rasgar unos acordes familiares en el ukelele.

—*Somewhere beyond*

the sea... —canturreaba—, somewhere, waiting for me.

—Eh. Yo tocaba esa canción cuando tenía tu edad.

—*My lover stands, on golden saaaands* —siguió cantando ella como si nada, alzando la voz con un aire de Diva.

Me levanté y me senté al piano. El piano, que últimamente se me antojaba como una vieja y ceñuda bibliotecaria que no deseaba ser molestada. «Pues hoy

nos vamos de fiesta, Miss Vieja Chocha, así que prepárate».

Nada de protocolos, nada de posturas ni rigideces. Jip se sentó en mis rodillas y le di un pequeño huevo *shaker* para que se entretuviera llevando el ritmo. Si todos mis profesores me vieran en aquel momento, hubieran vomitado, o peor, me hubieran cascado un puño en forma de nuez en toda la cabezota.

Y empezamos a tocar.

—*And watching the ship, that goes sai-i-iling.*

—¿Qué más hay en ese libro? —dije, señalando un libro de partituras de ukelele que habíamos comprado en la tienda de Judie—.

¿Alguna de los Beatles?

—¿*My Life?* —dijo Beatrice leyendo en el índice.

—*There are places I remember...* —tararéé.

—¿Quiénes son los Beatles? —preguntó Jip.

—¿Tu madre no os ha puesto ningún disco de los Beatles todavía? Cristo bendito, me parece que tendré que tomar el control de vuestra educación musical. Escucha, Jip. Esta es una de las mejores canciones de todos los tiempos.

—¿Cómo va el principio? —preguntó Beatrice.

—No te preocupes por el *riff*, lo tocaré yo al piano. Tú solo haz los acordes.

—Vale.

—¿Y qué hago yo, papá?

—preguntó Jip.

—A ver Jip, tienes que llevar el ritmo uno, dos, tres, cuatro... es fácil. Todo el rato así.

Movió el *shaker* arriba y abajo hasta que consiguió establecer un buen ritmo. La música no era el don de Jip, definitivamente, pero sabía llevar el ritmo.

Tras un par de entradas en falso, la orquesta Harper empezó a funcionar. Fue un

gran momento. La vieja y frígida bibliotecaria se puso un vestido de fiesta y empezó a sonar como tenía que sonar. Y Beatrice rasgaba el ukelele con personalidad, sin miedo. Y los dos juntos cantamos:

*There are places I
remember*

*All my life, though some
have changed*

*Some forever not for
better*

Some have gone and

some remain

*All these places have
their moments*

*With lovers and friends I
still can recall*

*Some are dead and some
are living*

*In my life I've loved
them all*

Y de pronto éramos un
gran equipo otra vez.

Alguien dijo una vez que
si quieres saber si odias o
amas a una persona, deberías
irte de viaje con él. A lo que

yo añadiría: si quieres ver el alma desnuda de una persona, ponte a tocar y cantar una canción con él. Y bueno, así fue como nos desnudamos aquella tarde. Peter, Jip y Beatrice. Casi sin darnos cuenta. Con una canción de los Beatles, quizá la mejor elección para un ritual de ese estilo. Así fue como se me pusieron los pelos de punta y como la música volvió a arrancarme una lágrima, que traté de ocultar como pude, viendo a

aquellas criaturas, mis hijos, allí conmigo después de todo. Aguantando el chaparrón que sus progenitores les habían montado, con la mejor de las sonrisas.

Terminó *In My Life* (en la que me sorprendí a mí mismo recordando nota por nota el solo de clavicémbalo que aparece en la mitad del tema) y nos pusimos con el *Sweet Chariot* y *When the Saints Go Marching In*, y Beatrice se pasó a la

guitarra, una Taylor que había estado en su funda durante semanas. La afinamos y ya con el poder de las seis cuerdas nos pusimos a tocar algo más animado. Ella me enseñó una canción de Queens of the Stone Age (*No One Knows*) que iba en do menor y mi. Beatrice la cantó entera, pese a que tuvimos que saltarnos la parte del solo porque era demasiado complicada para improvisar.

—Papá, no metas el

pedal de resonancia, ¡que esto es rock!

Después de toda esa acción tocaba descansar un poco. El fuego ya se había asentado en unas suaves llamas anaranjadas. Afuera, el mar rompía mansamente en la arena. Encendimos la tele y comenzamos a ver *El viaje de Chihiro* que habíamos alquilado de la tienda de Judie unas mañanas atrás. Antes de llegar a la mitad, Jip ya había caído rendido sobre mi

regazo, despatarrado y con un brazo estirado hacia arriba, con esa manera extraña que tenía de dormir. Beatrice y yo nos reímos de eso, pero poco más tarde fue Beatrice la que empezó a cabecear, y al final, antes de que Chihiro llegase a escapar del palacio de los baños y liberar a sus padres del hechizo porcino, cogí a Jip en brazos y lo subí a la habitación, y después bajé e hice lo mismo con Beatrice, que se despertó, me agarró

del cuello y me dio un dulce beso en mi barba de siete días.

—Pinchaaa.

Esa noche sopló un viento extraño. El dolor de cabeza, que me había dejado tranquilo durante el día, comenzó de nuevo. Tic. Tac. Tic. Tac... como un reloj. Había terminado con la mitad de las pastillas y había llegado a la conclusión de que aquello no servía absolutamente para nada.

Cerré los ojos y esperé a

que me dejara en paz.

4

Y lo hizo, me dejó dormir durante unas horas, pero después volvió. Fue creciendo hasta convertirse en una punzada terrible, que me hizo abrir los ojos gritando. «¡Dios!» Y entonces estaba en mi dormitorio. Había una tormenta ahí fuera. Una tormenta que sacudía la casa

igual que las otras veces. Y lo supe: supe que había vuelto a aquel lugar.

El dolor retrocedió, como una serpiente se retrae después de haber mordido a su presa. Se instaló en el fondo de mi cabeza, en un nivel moderado. El tictac que ya era como un viejo y molesto compañero de penas. Estaba empapado en sudor, pero me quedé donde estaba, en el centro de mi desordenada cama. No quería moverme, no quería

estar allí. Cerré los ojos y traté de volver a mis sueños, pero eso no podría ser. Todo, la tormenta, mi sudor, el dolor en mi cabeza, todo estaba allí para mantenerme despierto.

Incluso los golpes.

Abajo en la puerta.

«Esto no está pasando.

No otra vez. No pienso levantarme. Es otro maldito sueño».

Los oí. Se sucedieron dos o tres pequeños ruidos, lejanos, mezclados con el

viento, pero que claramente provenían de la planta de abajo. Con el corazón ya desbocado afiné el oído, como esas veces que oímos un crujido en la escalera e imaginamos, morbosamente, que pertenece a los pies de un asesino pero deseando que en realidad todo sea producto del viento, o de un ajuste en las viejas maderas. Y se produjo un nuevo golpe, esta vez nítido y fuerte, que atravesó la casa. Aquello fue como un gran

sopapo de realidad. E inmediatamente temí que los niños lo oyeran desde su habitación, y que si no me levantaba yo, quizá lo hicieran Jip o Beatrice. Y eso sería peor, definitivamente peor.

Abrí los ojos de par en par.

«¿Qué quieres, Marie?»

Recordé a Judie y recordé nuestra última conversación. ¿Estaba dentro de uno de esos sueños lúcidos de los que me habló?

Parecía imposible. Todo a mi alrededor tenía el sabor de la realidad. Sentía el tacto de las sábanas, mi pijama humedecido por el sudor. Me toqué la cabeza, en la oscuridad, y sentí mi cabello revuelto sobre la almohada. Afuera el viento sacudía la casa, pero ¿qué tendría eso de raro en Donegal?

«Vamos, duérmete otra vez».

Respiré profundamente, una, dos, tres veces, y me dije a mí mismo que la

pesadilla se iría tal y como había venido. Esperé un largo minuto, pero no oí nada. Solo la tormenta continuaba ahí fuera. Viento, agua, el rumor de algún trueno muy lejos de la costa. Ahora duérmete. Una ovejita, dos, tres...

Y entonces sonó de nuevo. Un ruido seco y fuerte. El ruido de una puerta real golpeando contra algo, como si se hubiera abierto.

Me levanté de un salto,

ya sin pensamientos ni remilgos. Si aquello era un sueño, pensé recordando a Judie, era la experiencia sensorial más alucinante que había tenido en mi vida. Y entonces recordé el cuaderno.

Puse los pies en la alfombra y mientras caminaba hacia el armario sentí de forma consciente que mis dedos pisaban aquella textura de hilillos de lana azul. Tomé la manilla del armario y aprecié su fría

temperatura y el detallado roce de aquel metal gastado entre mis dedos. Debería haberme fumado un buen porro de marihuana, o quizás haber jugueteado con alguna cosa como la mescalina, para percibir todo aquello en semejante detalle. Era real hasta donde uno podía definir la realidad.

Abrí el armario y oí que las viejas bisagras chirriaban, y percibí el aroma de las bolas de naftalina que alguien había

repartido por todos los cajones y armarios antes de que yo llegara a la casa. Rebusqué en la oscuridad hasta palpar mi abrigo negro. La pequeña libreta que Judie me había regalado días atrás se encontraba en el mismo bolsillo donde la había dejado caer, junto con un mechero y los restos de un Kleenex arrugado.

«Vamos, hombre, ningún sueño tiene Kleenex arrugados».

Regresé al borde de la

cama y encendí la luz de mi mesilla. Posé allí la libreta. Era una 3M, con la tapa roja y anillas de alambre. Me cercioré hasta del precio, que todavía venía impreso en una pegatina en la parte posterior: siete euros cincuenta. En las anillas había un pequeño lapicero ensartado. Un lapicero de color amarillo y negro, con una goma de borrar de color rosa pegada en su extremo. Saqué el lápiz de las anillas, abrí el cuaderno y escribí:

Otra vez una tormenta me ha despertado. Quizá también unos golpes. No estoy seguro. Voy a ir a echar un vistazo. Todo parece real. El tacto de este lapicero. El roce del papel bajo mis dedos... todo es...
NOTA: comprobar que el cuaderno costó 7,50 euros.

Justo cuando comenzaba a dudar de lo que había oído, cuando empezaba a pensar que habría sido producto de mi imaginación, volvió a

oírse algo escaleras abajo. Me pareció el sonido de algo que se arrastraba. Después oí un portazo, pero casi al mismo tiempo detonó un trueno y no estuve seguro de dónde había sonado. Escribí una cosa más antes de levantarme:

Tengo miedo y mi miedo es real. Voy a echar un vistazo abajo. He oído algo moviéndose.

Jip y Beatrice dormían

en su habitación. No encendí la luz, pero distinguí sus cuerpos respirando bajo las mantas, en silencio. Cerré su puerta con cuidado y comencé a bajar las escaleras, descalzo. Una corriente de aire frío subía desde el salón y sentí que la piel se me erizaba bajo el pijama.

Abajo todo estaba en penumbras. Las ventanas dibujaban un cuadro de negros y azules muy oscuros. Los cristales

tintineaban sacudidos por el viento y se oían las gotas de lluvia golpear los cristales. Un nuevo golpe atrajo mi atención hacia el recibidor: la puerta estaba abierta.

El viento la empujaba, la abría con una mano invisible y la cerraba, haciéndola golpear contra el marco. Esos eran los ruidos que había oído. Y ese era el origen de la corriente de aire frío.

«Ahora me acercaré y me encontraré a Marie. Viva

o muerta»).

Respiré hondo y me encaminé hacia allí.

«Bueno, pues si eso es lo que hay que hacer, hazlo ya y termina con todo esto».

Llegué al recibidor temblando, no podría decir si era de frío o de terror, y tomé la puerta con mis manos. El llavero tintineó en la cerradura. La puerta tenía las llaves puestas, aunque yo juraría que esa noche, antes de acostarnos, le había dado las dos vueltas que siempre

solía darle.

Estuve tentado de cerrarla y volverme a la cama, pero no lo hice. Si aquello era real, entonces tenía que encontrarle una explicación. Y si era un sueño, quería entender el mensaje de una maldita vez por todas.

Abrí la puerta repentinamente, como si quisiera atrapar a algún fantasma caprichoso que se escondiera tras ella. Pero allí no había nadie. Una ráfaga

de viento y lluvia se coló en la casa y me empapó la cara. Si hubiera tenido la libreta entre las manos hubiera escrito: «El agua está fría, el viento es real. Oigo el mar a través de la noche. El aire huele a salitre».

En el armario trastero había un par de viejas botas de plástico. Las saqué y me las calcé en mis pies desnudos. Y también me eché por encima el gordo impermeable amarillo de pescador. Cogí las llaves,

que colgaban de aquel sonriente y travieso *leprechaun*, y me las metí en el bolsillo del impermeable. Después busqué el interruptor que encendía las dos farolas del jardín y lo accioné. Los dos farolillos se despertaron como dos hongos fluorescentes en medio de la noche.

Había dejado de llover, pero el viento seguía soplando con fuerza. La hierba de mi jardín se peinaba hacia un lado y

hacia otro. El mar, negro en la lontananza, rugía rompiéndose sobre la playa. Un largo párpado de arena casi fosforescente que se extendía mucho más allá de lo que mi vista podía abarcar.

Y entonces, mientras observaba la lejanía, mis ojos fueron a posarse sobre la valla.

«Rota otra vez. El viento la agita como un sonajero. Rota. Rota. Rota... ¿Por qué?»

Caminé hasta allí y me agaché a su lado, observándola. Había terminado de pintarla días atrás y todavía conservaba un color radiante. Pero algo la había golpeado brutalmente, la había arrancado de la tierra igual que la otra vez. Dos de sus astas estaban partidas y un tramo de aproximadamente dos metros yacía derrumbado en el suelo.

Saber que aquello «no era real» quizás era lo más

enloquecedor de todo el asunto. Porque se podía tocar el muñón de madera astillada. Se podía hundir la mano en el hueco de tierra negra que había dejado tras de sí. Me quedé allí, agachado de cuclillas, repartiendo mis ojos entre la valla, la casa y tratando de entender qué pasaba cuando de pronto sentí que algo resplandecía a mis espaldas e iluminaba fugazmente la fachada de la casa. Por un segundo pensé que se

trataría de un relámpago, pero al girarme observé una espada de luz aparecer y desaparecer tras el Diente de Bill.

Cuando volvió a surgir, al otro lado de la colina, atravesó la negrura como el brazo plateado de un faro. Pero no era ningún faro. Se movía. Y el movimiento provenía de la casa de Leo y Marie.

Me quedé quieto, helado, notando que el viento azuzaba mi cabello y hacía

crujir el plástico de mi impermeable.

«¿Es ahí donde tengo que ir? —pensé—. ¿Es ahí donde encontraré la respuesta?»

El resplandor recorrió el cielo por encima de las nubes y la lluvia creció en intensidad. Creí entender lo que era, pero quería enfrentarme a ello. Comencé a andar hacia el camino, a lo alto de la colina.

El crujir de la gravilla bajo mis botas, el ruido del

viento revoloteando en la cavidad de mis orejas, la lluvia, fría, empapando mi cabello. De nuevo, todo era tan real como lo que un hombre puede llamar real. Pero no obstante dudaba. Por esa razón no había cogido mi coche. No me atrevía a meterme en una máquina y morir dentro de ella. Andar era más seguro. Si me despertaba en medio de ese sueño solo parecería un idiota en pijama, botas e impermeable paseando en

plena noche.

Había recorrido la mitad del camino entre mi casa y lo alto de la colina, cuando percibí que las luces se acercaban a mí. Como un faro descabezado, aquellos tubos de luz giraron hasta desaparecer tras la negra silueta de la colina. Y al mismo tiempo comencé a oír el lejano rumor de un motor aproximándose.

Gradualmente fui caminando más despacio. El resplandor de aquellos focos

volvió a elevarse en el cielo, pero esta vez claramente en mi dirección. El ruido del motor se fue elevando sobre el rumor del océano, y al cabo de un minuto, estando yo completamente parado en medio del camino, vi aparecer frente a mí el frontal iluminado de un gran coche. Un coche que venía muy rápido. Demasiado rápido.

Di por supuesto que se trataba de Leo. Mi mente asoció rápidamente aquellos

cuatro focos (dos con las luces de carretera y dos con las antiniebla) con su Land Rover Discovery. De modo que alcé mis brazos y me planté en medio de la carretera con el objetivo de que me viera y frenase, y me contase qué demonios hacía conduciendo como un verdadero loco en mitad de la noche.

Aquel gigante de dos o tres toneladas saltó como un toro embravecido sobre el Diente de Bill levantando

una estela de arena y polvo a su paso que parecía un reguero de sangre al ser iluminado por sus focos traseros. Pensé que giraría hacia su izquierda y se internaría en el camino a Clenburrán. Probablemente había ocurrido algo en la casa, una emergencia y... Pero para mi sorpresa, aquella bestia mecánica siguió de frente hacia mí, por el camino que bajaba hacia mi casa.

—¡Eh!

Yo estaba quieto en el centro de la estrecha carretera, con una pared de arena a un lado y un barranco al otro, y tardé unos pocos segundos en darme cuenta de que no le daría tiempo a frenar.

—¡Para! —grité.

El coche saltó sobre el estrecho camino a toda velocidad. Leo debía ir ciego o borracho, porque no hizo ni el más mínimo amago de parar aquella máquina. Miré primero a la pared de arena

y después al borde del barranco. «Uno o lo otro», pensé. Terminé arrojándome sobre el borde del barranco justo en el instante en que el coche se me venía encima.

Caí bastante mal, con el pecho, sobre la arena del borde y solté un ahogado quejido de dolor. Al mismo tiempo, aquella bestia pasó rugiendo a pocos centímetros de mi cabeza, lanzándome una nube de arena que tragué por la boca y la nariz, y que me cegó los

ojos al mismo tiempo. Y entonces fue cuando noté que mi espalda se giraba sobre el vacío y que comenzaba a caer rodando por la pared de arena y tierra de la colina. Arañándome con raíces y cardos, recibiendo bonitos golpes de alguna que otra piedra, hasta que terminé frenado por un grupo de arbustos, cuyas espinas se me clavaron por todo el cuerpo.

Creo que pensé: «Ya está, esto es todo. Ahora

abrirás los ojos y estarás bajo las sábanas. No te preocupes por las heridas, dejarán de dolerte en un momento...»

Pero cuando abrí los ojos los noté llenos de arena, igual que gran parte de mi boca. A la mierda los sueños lúcidos, pensé. Aquello era tan real como pillarse la polla con la cremallera del pantalón. Dolía. Y los sueños no duelen.

Me senté y noté el golpe en mi pecho. Me costaba

respirar un poco, pero no me había roto ninguna costilla. Escupí hasta que logré sacarme casi toda la arena de la boca. Después utilicé la manga de mi pijama para restregarme los ojos hasta que conseguí abrirlos y ver con cierta claridad. Estaba al pie del Diente de Bill, y por allí había un par de grandes rocas contra las que podía haberme abierto la cabeza. Aquello había dejado de tener gracia. No era ningún jueguito.

«Seas quien seas te vas a llevar lo tuyo», pensé, apretando los dientes y mirando hacia lo alto.

Mis oídos, una de las partes de mi cuerpo que todavía funcionaban perfectamente, captaron el sonido de aquel coche dando un frenazo. Y aquello solo podía venir de un sitio: aquel coche acababa de frenar frente a mi casa, donde yo acababa de dejar a mis niños solos, dormidos en su habitación. Una razón extra,

además de mi magnífico cabreo, para echar a correr y alcanzarlos.

Me apresuré hacia allí todo lo rápido que pude, pese a mi cojera, pese a lo malditamente difícil que es correr sobre la arena. Podía distinguir las luces iluminando la fachada principal. ¿Despertaría a los niños? Quizá no. Su habitación daba al oeste. Pero el ruido del motor...

Corrí en paralelo a la duna y cuando llegué al

último tramo del camino me fijé en el coche. Estaba parado fuera de la casa, a la par que el mío, pero no se trataba del coche de Leo.

No, no era el coche de Leo, sino otro.

Una furgoneta grande, tipo California de General Motors, de esas que tienen una puerta corredera. Cuando tenía diecisiete años soñaba con comprarme una de esas, meter la tabla de surf y recorrer el sur de Francia de playa en playa.

Color cereza o vino, adiviné por el resplandor de las luces en su chapa, con llantas cromadas y grandes faros traseros que imprimían su luz rojiza en el aire de la noche.

Me fijé en que había varias personas junto a la furgoneta. Conté hasta tres. Acababan de apearse y se acercaban a la casa. ¿Quiénes eran? Desde aquella distancia no reconocí a nadie.

Yo ya estaba muy cerca,

a unos veinte metros de ellos, y había dejado de correr. Me acercaba lentamente, tomando aire después de la carrera sobre la arena, y al ver a aquellos tipos que no conocía de nada y que habían estado a punto de atropellarme, la sangre comenzó a hervirme. Estaba a punto de pegarles un buen grito. «¿ESTÁIS LOCOS O QUÉ?» Subir ahí arriba y emprenderla a golpes. Por alguna razón pensé que quizás eran unos turistas que

se habrían perdido, o un grupo de surfistas de juerga por la costa de Donegal. Me iban a oír, joder que sí.

Pero entonces, a medida que me acercaba, distinguí mejor a uno de ellos. Un tipo gordo, ancho como un tanque, que carecía de cuello. No era un surfista, ni vestía como un turista. De negro, con una larga gabardina que le llegaba hasta la media pierna, tenía más el aspecto de un funerario, o el de un agente

de seguros. Caminó hasta colocarse frente a los focos de la furgoneta. Llevaba una mano a la espalda y vi que algo brillaba. Algo que hizo que inmediatamente frenase mi marcha. Que me tragase el grito. Que me quedase sin respiración.

En su mano portaba un largo cuchillo.

Fueron unos segundos sórdidos, en los que me ardieron los oídos, el corazón.

En cierta ocasión,

durante un vuelo
Ámsterdam-Roma, sufrimos
una pequeña avería y el
capitán anunció que
deberíamos hacer un
aterrizaje de emergencia.
Recuerdo aquel momento, al
oír sus palabras por el
altavoz, y todos los que
estábamos en el avión nos
mirábamos como diciendo:
«¿De verdad ha dicho lo que
ha dicho?», mientras
sentíamos nuestros
corazones bombeando
sangre a litros, preparando

nuestros cuerpos para el pánico. Esto no puede pasarme a mí. Esto pasa en las noticias. En el cine. En los libros... pero no en la vida. No en la mía.

Pero estaba pasando, en aquel preciso instante, en la playa. Eran criminales. La banda de delincuentes de Europa del Este que Marie (¿o había sido Laura O'Rourke?) había mencionado en aquella cena semanas atrás. Habían venido a mi casa, quizá

después de desvalijar la de Leo y Marie. ¿Qué habrían hecho con ellos? ¿Qué estaban a punto de hacer con nosotros?

Me pegué a la pared y traté de pensar, a pesar de que la garganta se me había cerrado, de que mi corazón bombeaba sangre en absurdas cantidades, a punto de estallar. Joder, esto es como toparte con un tiburón en medio de un baño veraniego, puedes nadar, pero nunca serás tan rápido.

Lo mejor es ir a por él y darle la primera entre los ojos.

Volví a asomarme, sintiendo que cada centímetro de mi cabeza era perfectamente visible, pero resultó no serlo. El gordo caminaba en esos momentos en dirección a la casa, pero otra de las personas que acababan de bajar de la furgoneta se acercó a él e interrumpió su paso. Comenzó a hablarle. Por lo que podía apreciar desde

allí, se trataba de una mujer delgada, vestida con ropa oscura, pero estaba de espaldas y no pude verle el rostro. Por unos instantes quise dudar —a pesar del brillante cuchillo— de mi teoría de los criminales. Quizás estuvieran perdidos, me dije. Quizá no vinieran a hacernos daño. ¿Qué criminal se dejaría ver y anticipar con tanta facilidad? Después pensé que eso era precisamente lo más terrorífico del asunto. Que

no les importaba ser vistos. Eran cazadores en una madriguera de conejos indefensos.

El gordo y la mujer hablaban de algo mientras un tercero esperaba junto a la GMC color cereza. Todavía no pude distinguirlo bien, pero pude advertir que fumaba. Las oes de humo que expulsaba por la boca se elevaban en el cielo iluminadas por los focos de la furgoneta.

Me fijé que la casa

seguía completamente a oscuras. Recé para que Beatrice mirase por la ventana y viera a aquellos tres extraños y fuera a mi dormitorio a buscarme. Y que al no verme por allí se oliese que algo iba mal y llamara a Judie, a la policía, a los bomberos.

«Es una chica lista —me repetía a mí mismo—. Es una chica lista, Pete. Vamos, Beatrice, coge ese precioso iPad que tanto te gusta y dale una utilidad real: ponte

a lanzar correos electrónicos, *tweets* y mensajes de Facebook a todo el mundo. ¡Pide ayuda!»

Caminé pegado a la pared de la duna, avanzando de lado sin dejar de mirar hacia arriba. Ahora estaba a tan solo una decena de metros de ellos. Podía incluso oír el siseo de sus voces, hablando tranquilamente.

«Dadme un minuto más, solo un minuto más», recé.

Si conseguía llegar a las escaleras de madera podría trepar por uno de los lados sin ser visto y llegar a la parte trasera de la casa. ¿Y después qué? Joder, no lo sabía. Coger un cuchillo de la cocina, o el hacha que creía haber visto una vez en el cobertizo. Encerrarme con los niños en su habitación y defender la torre como pudiera.

Seguí avanzando sin respirar, arrastrándome junto a la pared, hasta que me

alejé lo suficiente y salí a toda prisa hacia la escalera. Me sitúe al otro lado de la barandilla y comencé a trepar. La furgoneta estaba aparcada de forma que sus faros no podían iluminar el césped delantero de la casa y la zona del comedor, así que en cuanto estuve ahí arriba, en el césped, me eché al suelo y me arrastré hasta la pequeña terraza donde solíamos desayunar cada mañana. Me alegré de que no hubiéramos recogido la

mesa y las sillas de verano y me parapeté bajo ellas unos instantes para tomar aire y observar la situación.

El hombre gordo avanzó hacia la casa con la mano en la espalda, escondiendo su cuchillo. Gordo no era en realidad la palabra que mejor definía su físico. Era ancho, como un armario, y de poca estatura. Llevaba las mangas de su gabardina ligeramente recogidas y podían apreciarse dos antebrazos del tamaño de

mis bíceps sobresaliendo por ellos. Caminaba dando pequeñas patadas al aire, como si le costase transportar su propio cuerpo. Su rostro era oscuro, de facciones mediterráneas. Gruesas cejas y pelo negro. No podía ver más. Junto a él caminaba el tercer tipo, el fumador, que era más espigado y se movía como una culebra en comparación con su torpe acompañante. Lucía un distintivo en su rostro: unas gafas negras de

lente redonda, como una versión maléfica de las de John Lennon. Tenía el pelo recortado como un casco de la Segunda Guerra Mundial, y pegado al cráneo como si acabara de caerle un cubo de agua en la cabeza. Vestía una chaqueta de cuero y unos largos y finos pantalones negros. Y en una de sus manos portaba una larga pistola.

El gordo (llamémosle así) desapareció de mi vista. Seguramente se dirigía a la

entrada principal, pero el clon de Lennon (perdón por usar al buen Lennon para describir a un criminal) caminó en mi dirección. Me metí debajo de la mesa. Las sillas estaban alrededor. Me agarré las rodillas y me hice una bola. Una bola sin respiración.

Vi sus piernas pasar frente a mí. Unos zapatos brillantes de color negro, con una gruesa hebilla plateada a un lado, frenaron de pronto, junto a la mesa.

Oí otros pasos apresurarse por el césped. Era la mujer. Me fijé en sus piernas, elegantes, bonitas. Al llegar a nuestra altura, habló en voz baja, pero pude escuchar aquello perfectamente.

—Solo la zorra. Los demás se quedan aquí. ¿Entendido?

El fumador dejó escapar una risilla. Siguió caminando hacia la parte trasera de la casa. La mujer se quedó unos segundos quieta sobre el césped y

después regresó a la furgoneta.

«Los demás se quedan aquí —había dicho—. Solo la zorra».

En ese instante oí cómo alguien tocaba el timbre de la puerta principal. Era el gordo. El timbre sonó con un volumen atroz. Inundó la casa de ruido. Era imposible que los niños no lo hubieran oído.

Estaba debajo de la mesa, abrazado a mis rodillas, muerto de miedo.

El tipo largo estaría en la puerta de la cocina, quizá la hubiera abierto ya. O tan solo quería asegurarse de que nadie salía de allí sin recibir un balazo. ¿Qué podía hacer? Me atravesaría nada más doblar la esquina.

Entonces la idea se abrió paso en mi cabeza como un grito desesperado. La puerta del mirador. Todas las mañanas la abríamos de par en par y muchas noches quedaba mal cerrada por culpa de ese pestillo

defectuoso. Esa era mi única oportunidad. Que estuviera abierta y colarme por el salón. Pero incluso eso sería hacer un ruido que en aquellos instantes me parecía como condenarme a muerte.

El timbre volvió a sonar y pensé en mis hijos («que no se levanten, por favor, que vengan a buscarme, que se escondan en el lavabo»); después me giré sobre mi trasero y encaré la puerta. Puse mis dos manos sobre el

cristal y empecé a hacer fuerza hacia la derecha. Noté que el cristal se resistía un poco y creí que la suerte no me acompañaría esta vez, pero en mi siguiente intento el cristal se movió un poco hacia la derecha. ¡Se estaba abriendo! Era un cristal grande y la corredera estaba roñosa. La puerta hacía ruido al moverse, pero quizá con el ruido del viento ni el gordo, ni Lennon, ni la mujer lograrán oírlo desde donde estuvieran. Volvieron

a tocar el timbre y luego lo acompañaron de algunos golpes en la madera. Ya había logrado mover el cristal lo suficiente para colarme a través del hueco, pero una de las patas de la mesa se interponía en mi camino y no quería arriesgarme a hacer más ruido. Así que le di el último par de tirones y por fin me abrí camino.

Entré a gatas en el salón, mientras el timbre sonaba por tercera vez.

—¿Hola? —gritó una voz a través de la puerta—. ¿Hay alguien en la casa? Oiga... tenemos un problema con la furgoneta, ¿hay alguien?

Miré a todos lados con cuidado. No había nadie allí, pero no podía fiarme. El clon de Lennon podía haber entrado por la cocina y estar caminando por el pasillo o por las escaleras con su pistola. Me acerqué a la chimenea y cogí un atizador bastante pesado. El arma

perfecta para reventar un cráneo. Con él en las manos caminé hasta la entrada de la cocina y me asomé un poco. La puerta trasera seguía cerrada. Tenía una cerradura que se abría con la misma llave que la principal, además de un pasador que no estaba echado. Pensé que el pistolero seguiría fuera, aunque también podría haber entrado y cerrado la puerta tras de sí. Y no iba a comprobarlo.

Me dirigí al pasillo y

eché un vistazo en todas las direcciones. Vacío. Y no se oía ni una pisada. La vieja madera de aquella casa era mi mejor aliada.

Subí las escaleras despacio, una a una, con el atizador preparado, mirando arriba y abajo mientras sentía mi corazón golpeando en el pecho como un motor a punto de reventar. Ignoraba quiénes eran esas personas, por qué habían venido a mi casa a matarnos, pero eso era lo de menos. ¿Te

preguntas algo cuando un perro rabioso se lanza sobre ti y tus hijos? No. Sencillamente preparas tus puños para acabar con él tan rápido como seas capaz, sin llevarte demasiados mordiscos. Estaba en mi casa y aunque lo matase sería en legítima defensa (y aunque no lo fuera, la ley me importaba una gran mierda en esos instantes).

El pasillo de la primera planta estaba a oscuras y en silencio. La puerta de la

habitación de los niños estaba entreabierta. Podía ver a través de ella y no se percibía ninguna luz, ni siquiera el tenue resplandor de una lamparilla de noche. Aquello me extrañó y me puso en alerta. Los timbrazos y los gritos de aquel hombre deberían haberles despertado o quizá lo hubieran hecho ya y estuvieran escondidos en alguna parte.

Susurré sus nombres «Jip, Beatrice» con urgencia,

pero nadie respondió.

Hacía un rato que ya no se oían golpes, ni timbres, ni llamadas. Supuse que el gordo estaría buscando la forma de entrar en la casa sin hacer mucho ruido. O quizá la serpiente de gafas negras había roto la cerradura y pronto pondría sus pies en los peldaños, y la escalera empezaría a crujir. Debía darme prisa.

Empujé la puerta del dormitorio de Jip y Beatrice y sentí el chirrido de

aquellas viejas bisagras como si se tratara de una orquesta tocando. En ese momento, mi cerebro primitivo había activado los resortes del cazador. Había enviado un exceso de sangre a los músculos de mis brazos para preparar un golpe mortal. Mis oídos podían captar diez veces más sonido que de costumbre. Mis pupilas se habían dilatado hasta sus límites, listas para detectar la más mínima señal de alarma.

Pero la habitación estaba en paz.

Detecté dos bultos, uno en cada cama. Me acerqué al primero. Jip dormía con su postura de siempre. La manta hasta la barbilla y una manita asomando junto a su cara. Coloqué un dedo junto a su boca y sentí, con alivio, el calor de su aliento emanando de aquel pequeño cuerpo.

Le tomé del hombro y lo agité.

—Hijo mío —susurré—.

Despierta.

El pobrecillo abrió los ojos extrañado, estuvo a punto de decir algo, pero le hice un gesto para que callara. Después fui donde Beatrice y la desperté también.

—Hay gente en la casa —les dije—, no hagáis ruido. Beatrice, ¿tienes tu teléfono aquí?

—¿Gente? —respondió Beatrice asustada—. ¿Ladrones?

—Sí —respondí—, han

entrado a robar. ¿Tienes el teléfono?

—¿El móvil? Sí... pero está en el salón. En la mochila.

—Joder... vale... está bien. Meteos debajo de la cama y esperad un segundo. Iré a buscar mi teléfono.

—¡No te vayas, papá! — gimió Beatrice.

—Vuelvo ahora. Meteos bajo la cama.

Beatrice cogió a su hermano y se lo llevó debajo de la cama de Jip, que era la

que más alejada estaba de la entrada. Yo me dirigí a la puerta. Me pegué a un lado y al otro y traté de avistar algo en el pasillo, pero no vi nada. Ahí fuera no se movía ni una mosca.

Salí y crucé el pasillo hasta el cuarto de baño. Esperé unos segundos para ver si algo reaccionaba a mis movimientos, pero, de nuevo, la casa solo me devolvió un extraño silencio. Después salí de allí y en dos zancadas atravesé el pasillo

hasta mi dormitorio.

El dormitorio encaraba la fachada este de la casa, justo encima de la puerta principal. Lancé el atizador sobre el colchón, me eché al suelo y gateé para evitar que alguno de aquellos tipos me viera a través de la ventana. Después traté de recordar dónde demonios había puesto mi teléfono móvil. Pensé que quizás estaba en el otro bolsillo de mi abrigo. Alcancé el armario y lo abrí con cuidado; las bisagras

volvieron a chirriar («un momento, ¿he cerrado el armario antes?») al abrirse. Busqué en la oscuridad hasta dar con mi abrigo y tiré de él hasta que se descolgó de su percha y cayó al suelo. Entonces, según introduje mi primera mano en el bolsillo, noté el familiar tacto de unas anillas de alambre en el fondo. Era la libreta que Judie me había regalado.

Me giré y miré hacia la mesilla de noche, donde

juraría que la había dejado unos minutos antes, después de escribir en ella.

El lapicero seguía ensartado en las anillas. La abrí. La página sobre la que había escrito estaba en blanco.

Me arrastré hasta la ventana, sintiendo una extraña mezcla de emociones. Por un lado alivio, por el otro una saludable precaución. Observé el exterior a través de las cortinas. Vi las

estrellas cayendo en el cielo nocturno. Ni una nube, ni rastro de la tormenta. El mar batiéndose en la playa. El frontal de mi casa, sin coches aparcados, con la valla del jardín entera, firme, de una pieza.

Sentí que las piernas me fallaban.

«Ha pasado otra vez. Dios mío. Ha pasado otra vez».

Ya no temí que nadie fuera a verme. Me puse de pie y abrí las cortinas. No

había ninguna furgoneta
aparcada frente a mi casa.
Ningún asesino rondando mi
puerta.

5

Se lo dije a Judie aquella noche, cuando vino, después de que la llamara, despertándola en medio de la noche: «Esta vez no me habléis de ningún sueño lúcido. No ha sido ningún sueño».

Tardó veinte minutos en ponerse unos vaqueros y cruzar el humedal con su

viejo Vauxhall. Su llegada se pareció a la llegada de un médico, o de un ángel aparecido. Jip todavía estaba temblando y Beatrice estaba sentada sobre su cama, tragándose las lágrimas.

Pero insistí en ello: «No ha sido ningún sueño».

De acuerdo, todo lo demás había desaparecido. Para empezar, mi propia letra, escrita en la libreta que ella me había dado. «Siento miedo y mi miedo es real», recordaba aquella frase.

—Pero ¿estás seguro, Pete?

—Como que estoy aquí, Judie. Tu libreta costó siete euros cincuenta y ese precio aparecía en mi sueño. Todo. Igual.

Y por supuesto tampoco había nadie ahí fuera, ni siquiera huellas de otro coche que no fuera el mío o el de Judie. Saqué una linterna del garaje, encendí las luces del jardín (por supuesto, también estaban apagadas) e hicimos una

ronda nocturna alrededor de la casa, con Jip y Beatrice a nuestro lado, cubiertos con dos mantas. No se querían despegar de nosotros ni por asomo. Estaban aterrizados y no les culpaba por ello.

Para empezar, la valla estaba en perfecto estado. Blanca y erguida, ni un rasguño. Les expliqué que en mi «pesadilla» la valla estaba rota, sus astas partidas y arrancadas del suelo. Yo la tocaba, hundía

mis dedos en la tierra. Y ahora, en cambio, estaba firme como un árbol de cien años.

Después estaba el asunto de la tormenta. Judie me dijo que no había caído una gota de agua en toda la noche, pero solo hacía falta mirar la tierra para comprobarlo. El camino estaba seco.

—Pero yo —dije llevándome las manos al cabello, que también estaba seco—, yo caminé bajo la lluvia. De eso estoy seguro.

Me puse estas botas y anduve durante cinco minutos hasta que me encontré con el coche y...

Le mostré los rastros de arena en mi impermeable, en las botas, en el pijama. Le mostré los rasguños que me había hecho mientras caía por la colina. Le expliqué en qué parte del pecho me había golpeado. Le dije que, si cogíamos esa linterna y andábamos camino arriba, seguramente encontraríamos mis huellas en alguna parte.

—Todo eso es verdad, Pete —dijo mientras hacía un gesto hacia mis dos pequeños—. Pero ¿de qué serviría?

Era ya de madrugada cuando los niños lograron dormirse. Judie les contó tres cuentos seguidos, de principio a fin, sin que sus ojos hicieran el más mínimo amago de cerrarse. Después cantó una vieja balada irlandesa y su voz llenó la casa de calor y seguridad. Alejó los fantasmas. Limpió

el aire. El recuerdo de papá enloquecido, corriendo con un atizador en la mano se fue desvaneciendo y oí su respiración, cada vez más lenta, sus bocas medio abiertas, mirando a Judie desde sus mantas, hasta que sus párpados dejaban de resistir y caían completamente.

«Papá ha tenido una pesadilla. Siente mucho haberos asustado. Ahora dormid. Dormid. Mañana será un bello día».

Regresó a mi habitación cuando se hubieron dormido. A mí me dolían la cabeza y el corazón. Tomé pastillas para una cosa y *whisky* para la otra. Después me tumbé en la cama. Judie se sentó en el borde, a mi lado. Noté que evitaba echarse a mi lado, por muy cansada que estuviera. Afuera comenzaba a amanecer.

—Si Clem estuviera en Ámsterdam los mandaría de vuelta mañana —dije—. Allí

tienen un padre que es imbécil, pero por lo menos no está loco.

—Pete... tú no estás loco. —Judie me «robó» sutilmente el vaso de *whisky* y lo dejó en la mesilla. Después hundió sus dedos en mi cabello y comenzó a acariciarlo—. Te pasa algo, pero no estás loco.

—¿Y qué me pasa entonces? ¿Y si en la siguiente visión los confundo con uno de esos asesinos y les rompo el

cráneo con un atizador?

Aquella frase sonó terriblemente plausible. Vi reaccionar a Judie, pero se resistió a asustarme.

—No sabes si habrá una siguiente vez.

—Eso es lo que «queremos pensar», Judie. Eso son las «buenas noticias» por las que rezamos. Pero esta noche he asustado a mis hijos. Los he sacado de la cama y les he gritado que se escondieran. Y solo ha pasado eso. ¿Qué

ocurrirá la siguiente vez? No estoy dispuesto a poner a mis hijos en la apuesta, ni a ti tampoco. Ahora quiero que seas completamente sincera conmigo. ¿Es posible que sufra de esquizofrenia?

La pregunta le arrancó una pequeña carcajada.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—De internet. Del doctor Google. Leí que los esquizofrénicos también alucinan.

Judie me pidió un cigarrillo. El paquete estaba sobre la mesilla de noche, se lo alcancé y Judie se encendió uno. Lanzó dos flechas de humo por la nariz.

—Mira, hay enfermedades mentales, como la esquizofrenia, en las que un individuo «oye o ve» cosas que no están ahí. Pero hay una cantidad de otros síntomas y comportamientos asociados a esta enfermedad que tú no demuestras, ¿vale? Tus «visiones» son muy

organizadas, por ejemplo, y siempre eres capaz de darte cuenta de cuándo empiezan y cuándo han terminado.

—¿Y eso me diferencia de un esquizofrénico?

—Eso te diferencia de la gran mayoría de casos de esquizofrenia o trastorno delirante que se conocen, aunque no puedo asegurarte que existan otros casos como el tuyo. En mi opinión te está sucediendo algo único, algo que la medicina actual no es capaz de

«etiquetar» fácilmente. ¿De dónde salen esos tres personajes tan bien definidos, pero que no habías visto nunca? ¿Esa imagen repetitiva de la valla rota? Si tuviera que apostar dinero en esto, diría que Jung o Freud tienen más posibilidades de ayudarte que una lobotomía.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué todo esto es como un sueño y que hay un mensaje detrás?

—Es solo intuición —

respondió Judie—. Pero ¿por qué no? Todo indica que realmente «vives» dentro de esas visiones. Te mueves, caminas, incluso saltas colina abajo cuando crees que algo te va a atacar. Es como si estuvieras viviendo tu sueño despierto. Como si llevaras unas gafas de realidad virtual puestas. Pero eso no cambia la función de ese sueño, ni tampoco la pregunta principal que has de hacerte: ¿por qué lo estás soñando?

—Por qué lo estoy soñando —repetí con los ojos cerrados—. ¿Por qué? Es como una amenaza. Algo que estuviera a punto de caer sobre nosotros. Como si fuera una historia que se va uniendo a piezas. La primera vez era Marie. Estaba asustada. Algo le había sucedido. Después en Dublín, la imagen de los muertos...

—¿Dublín? —preguntó Judie.

Me di cuenta de que no

le había contado mi visión del periódico a nadie.

—Esa noche que dormí en casa de mi padre, tuve otra... pesadilla. Creí ver un periódico en la mesa del comedor. Hablaba de una masacre, en Clenhburrán. Una familia masacrada. Después encendí la luz y todo volvió a ser normal. Como esta noche. Como todas las noches. Después me olvidé.

—¿Hay algo más que creas importante?

—No lo sé. No recuerdo nada más. La valla siempre está rota. Eso tiene sentido porque el sueño siempre sucede en la misma noche. Y hoy, esta noche, me ha parecido que los asesinos buscaban a alguien en la casa. Iban a por una mujer.

Judie acabó su cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero. Después se quedó en silencio, pensando durante un largo minuto.

—¿Crees que estoy loco, Judie? Porque ahora mismo

eres una de las pocas personas en este mundo en las que confío. Últimamente todo... todo es tan extraño. Veo cosas donde no las hay. He llegado desconfiar de Leo, de Marie... incluso de ti.

—¿De mí?

—Pero soy un estúpido, no te preocupes.

—No —dijo Judie, muy seria de pronto—, quiero saberlo. ¿Por qué?

—Tú... también has aparecido en una de mis

pesadillas. Era algo horrible, horrible como todo lo demás. Y después, me pareció que reaccionabas de una forma extraña cuando encontraste el nombre de Kauffman escrito en aquel papel de mi botiquín..., dime que me equivoco, por favor. Dime que solo tengo una tremenda paranoia encima.

Noté sus ojos, negros en la oscuridad, mirándome fijamente.

—¿Qué era lo que

aparecía en tus pesadillas,
Pete?

Le di una larga calada al
cigarro.

—¿Quieres saberlo? Es
algo terrible.

—Quiero saberlo.

Apuré el *whisky* que
tenía en el vaso. Los hielos
juguetearon en mis labios
mientras finiquitaba el trago.

—Estabas atada. Atada y
asustada. Alguien venía a
por ti, quería hacerte daño y
me suplicabas ayuda. Decías
que «iba a matarte». Pero

esto quizás es solo un reflejo de la realidad. Hay muchas noches que tú... bueno, que tienes esas pesadillas. Supongo que lo he interiorizado, como todo lo demás.

—Atada —dijo Judie. Y noté que sus labios habían comenzado a temblar—. ¿Aparecía alguien más?

—Sí... —respondí, sin acabar de entender por qué Judie encontraba tan increíble mi sueño.

—¿Un hombre? —Y al

decir esto, definitivamente, la noté asustada.

—No. Mi madre —respondí—, diciéndome que me marchara de esta casa.

Judie se llevó una mano al rostro. No sé si estaba llorando, pero su respiración estaba alterada. Me recliné. Repentinamente se habían cambiado los papeles, ahora ella era la paciente y yo el doctor.

—¿Judie? ¿Estás bien?

—Sí, Pete, bueno... un poco impresionada.

—¿He dicho algo que...?

—No, es mejor que lo dejemos así. No es el momento.

La tomé por los hombros. La poca luz del amanecer que se colaba por la casa iluminó su rostro. Vi a una Judie diferente. Pálida. Aterrorizada.

Intenté atraerla hacia mí para abrazarla, pero ella se apartó.

—Mira, creo que es mejor que duerma abajo, en

el sofá. Y tú intenta dormir también. Mañana será otro día.

—Pero, Judie.

—Ahora no, Pete. Dame tiempo, ¿vale?

Salió de la habitación y la oí resollar por el pasillo. Definitivamente había tocado algo, una tecla, en su interior. Estuve a punto de levantarme y seguirla, pero la conocía y sabía que no arreglaría nada esa noche.

El sol había salido ya por el horizonte cuando logré

dormirme. Pero antes de eso tomé dos decisiones: la primera fue que iría ver a ese doctor Kauffman, a intentar curarme por todos los medios. Y lo haría inmediatamente. Quería acabar con aquello de una vez por todas. Recuperar mi vida.

La segunda decisión tenía que ver con Leo y Marie. Si algo tenía claro a esas alturas de la película, es que todo esto tenía una relación con ellos. Todavía

no sabía cuál, y eso era precisamente lo que tenía que desvelar.

6

Una sargento de la Garda llamada Ciara Douglas me recibió, al día siguiente, en un pequeño despacho de interrogatorios de la comisaría de Dungloe. Al agente del mostrador de admisiones, un policía regordete y rubicundo, le había costado darme paso:

—¿Qué es exactamente

lo que quiere? —me había preguntado—. ¿Poner una denuncia?

—No, solo quiero hablar con alguien que esté al cargo.

—¿Es usted periodista?

—Ya le he dicho que no. Soy un vecino de Clenburrán. Solo quiero hacer una consulta.

Pensándolo un poco más tarde, quizás hubiera podido presentarme como un escritor, o como un estudiante de criminología.

En realidad, quizá ni siquiera debería haber puesto un pie allí, ¿para qué? ¿Preguntar si era posible que unos personajes salidos de mis sueños fueran reales? Pero esa mañana había sentido la necesidad de hacer algo, de intentar tomar el control de la situación.

—Escuche, las consultas puede hacerlas en el ayuntamiento. Ellos nos las dirigirán a nosotros y...

—Mire, de verdad. No

les robaré más que diez minutos. ¿No hay nadie que tenga diez minutos para atenderme?

Ciara Douglas era una mujer alta, de pelo negro y ojos verdes, con porte militar. Tardó media hora en aparecer, con gesto de estar perdiendo el tiempo y de querer despacharme cuanto más rápido mejor.

—¿Tremore Beach? Es esa pequeña playita al norte de Clenburrán, ¿verdad? No sabía que hubiera tantas

casas por allí.

—En realidad solo dos. La mía y la de mis vecinos, los Kogan. Ellos viven allí permanentemente, yo solo estoy alquilando la propiedad unos meses.

—Muy bien, señor Harper, vayamos al asunto. ¿Qué desea saber?

Ante aquella pregunta, y ante el rostro serio de la sargento Douglas, sus galones y su porte imponente, me di cuenta de lo infantil que iba a sonar

aquello. Decidí echarle un poco de imaginación.

—Pues verá... el otro día, durante una cena, unos vecinos de la zona mencionaron algunos problemas de... seguridad. Vamos, que habían oído hablar de criminales actuando en la zona. Bandas de Europa del Este, algo así. Y bueno, en fin, como vivo solo y..., aunque precisamente ahora están de visita mis dos hijos... Bueno, pues me preguntaba

si usted cree que debería contratar algún tipo de alarma o de...

Ciara Douglas estiró sus largos labios hasta formar una sonrisa. Algo que, en aquel rostro, se adivinaba como un gran esfuerzo.

—Mire, señor Harper. Yo no puedo aconsejarle sobre si debe contratar alarmas o no. Lo que puedo decirle es que sí ha habido algunos hurtos, mayormente en casas de veraneo desocupadas, y casi todo

cosas sin importancia. También hubo un gran robo de material de construcción cerca de Letterkenny hace dos semanas, y se detuvo a dos delincuentes de nacionalidad irlandesa. Nada de europeos del Este.

Se quedó callada, con ambas manos unidas por las yemas de los dedos, mirándome con expresión de «¿suficiente?», pero yo aún no tenía ganas de despegar mi trasero de aquella silla de plástico.

—¿Y ha oído algo de ese estilo fuera del condado? No sé, algo así como una orden de búsqueda y captura internacional. Tipos que viajan en una furgoneta asaltando casas...

Aquello de la orden de búsqueda y captura lo había sacado de un capítulo de *COPS*, y al oírlo la sargento Douglas debió pensar que estaba tratando con un aprendiz de detective privado. O un turista aburrido. ¿Estará esperando

a que su mujer termine en la peluquería tal vez?

—No, señor —respondió—. Esto es Donegal. Aquí no tenemos esos problemas, afortunadamente. Si le interesa ese tipo de historias, debería irse usted al sur de Europa o algo así, donde vive la gente rica y hay criminales de verdad. Aquí la gente roba cobre, televisores de plasma y algún coche para vender al chatarrero. Poco más, señor Harper, puede usted dormir

tranquilo. ¿Alguna otra pregunta?

Sus dedos tamborilearon en la mesa. Me miró con impaciencia.

—Una última cosa, sí. ¿Han recibido alguna vez denuncias desde Tremore Beach? ¿Alguna cosa fuera del orden?

—¿Se refiere usted a una de las dos casas que hay allí?

—Sí.

—Lo puedo investigar, pero ¿sabe una cosa? Estoy

empezado a creer que tiene usted algún otro motivo para hacerme estas preguntas.

—¿Perdóneme?

—¿Hay algo que quiera contarme, señor Harper? Me resultan curiosas todas estas preguntas sobre el historial de su casa. ¿Quizás hay algún problema con sus vecinos?

Estuve tentado de contarle mi historia, pero refrené mis impulsos. ¿Contarle a un poli que tienes pesadillas y que por

eso has ido a la comisaría? Aquello sonaría digno de un buen caso psiquiátrico, y con mis hijos de visita (y mi reciente divorcio) no parecía una gran idea atraer ese tipo de atención sobre mí.

—Quizá tan solo es que la casa es muy solitaria — terminé diciendo—. La agente de la inmobiliaria ya me lo avisó, pero no le hice mucho caso. A veces, por las noches, oigo ruidos y no me dejan dormir, y con todos esos rumores sobre bandas

atracando casas. Supongo que tengo alma de urbanita.

Douglas se quedó mirándome como si no acabara de tragarse el giro que intentaba dar a la conversación.

—Pasa a menudo —dijo al fin—. Sobre todo si sus hijos están de visita. Quizá tenga el nivel de alerta más alto de lo normal, señor Harper. Relájese. Seguramente serán ovejas pastando, o el sonido del viento. Esto es Donegal:

aquí dormimos con las
puertas abiertas.

7

Me alegré de que Marie no estuviera en casa cuando llamé a la puerta de los Kogan, ese mediodía. Leo me explicó que Marie estaba en Clenhburran, concentrada en los preparativos de la noche de cine al aire libre, que tendría lugar el jueves siguiente.

—¿Dónde has dejado a

tus cachorros? —preguntó después.

—Están con Judie, en el pueblo. Se fueron a ver las focas en el puerto.

—¿Una cerveza? —preguntó, perdiéndose tras la puerta de la cocina—. Ya sé que es pronto, pero acabo de volver de un paseo de dos horas y estoy seco.

—¿Los acantilados? —pregunté en voz alta, mientras Leo rebuscaba en su nevera.

—Sí, señor —gritó él—.

Desde aquí hasta Monaghan. Una señora paliza. Además, hay bastante humedad en el aire. Espero que no le dé por llover justo la noche del cine.

Leo regresó de la cocina con un par de latas de Heineken. Tomé la cerveza y le di las gracias.

—He oído que serás el actor principal de la noche. ¿Ya tienes preparado el discurso?

—Oh, bueno, en realidad no. Diré algo sobre lo bueno

que es vivir en los pueblos pequeños, la inspiración de las cosas sencillas... no sé. O quizá lo saque de algún libro.

—Pueblo pequeño, infierno grande, eso es lo que yo opino. Ahora esa cotilla de Laura O'Rourke va contando que somos unos potentados porque llamé para preguntar por el velero. ¡De eso te enteras entre las estanterías del almacén de Durran! Pero en fin, Frank es un santo varón. Me está

aconsejando bien y quizá tire la casa por la ventana. ¿Sabes?, esa idea del velero me encanta.

Los niños no paraban de hablar de lo bien que se lo habían pasado en el barco. Y Leo me respondió que quizá podríamos repetirlo antes de que los niños regresaran a Ámsterdam. Eso ocurriría en una semana y media.

Nos sentamos en los sofás junto a la chimenea.

—Tiene que ser duro dejarlos ir de nuevo,

¿verdad?

—Bastante —respondí—. Acaban de llegar y ya se están marchando.

—No me extraña, Pete, son geniales. Además, se ve que te adoran. Pero de todas formas tú tienes pensado volverte pronto, ¿no?

—Supongo que sí —acabé respondiendo—. Creo que terminaré de grabar algunas cosas y tendré que tomar una decisión. Quizá vuelva a Holanda. A otro sitio que no sea Ámsterdam.

Tengo algunos amigos en Haarlem. Podría establecerme allí. Vería a los niños cada semana. Podría funcionar...

Leo dio un largo sorbo a su lata.

—Te echaremos de menos, amigo.

—Y yo también a vosotros, Leo. Pero todavía queda un buen rato de Peter Harper por aquí. ¿Y qué hay de ti y de Marie? ¿No habéis tenido suficiente viento y frío todavía? ¿Hasta cuándo

piensas posponer tu sueño de vivir en Tailandia?

—Uuuh... —sonrió y se le arrugaron los ojos—, no lo sé, Pete. Uno tiene muchos sueños, pero el tiempo pasa y te haces viejo, y los sueños se convierten en porcelanas a las que miras y quitas el polvo y nada más. No sé si alguna vez nos marcharemos de aquí. Ya te dije que Marie está enamorada de este lugar. Y al final todos vamos donde van nuestras mujeres, ¿no?

Asentí en silencio.

Después noté otra vez esa mirada de Leo sobre mí.

—¿Y qué hay de Judie, si no te importa que te lo pregunte? ¿Vas a incluirla en tus planes?

Sonreí y bebí un largo trago. «Vaya, vaya, y era yo el que había venido a hacer preguntas». Después miré a Leo y quise decir algo con mi sonrisa y mi mirada, pero él parecía estar esperando ver moverse mis labios.

—No lo sé. Ella parece

muy feliz aquí, con su tienda y su mundo cósmico. Quizá no sea tan fácil convencerla.

—Quizá solo sea cuestión de pedirlo. —Leo se rio al decirlo—. Si algo me ha enseñado la tonelada y media de arrugas que llevo en la cara es eso: a veces solo hay que decir lo que uno quiere en voz alta y todo empieza a ajustarse. Es una gran chica.

—Yo también lo pienso —respondí—, y cuando la veo con los niños... también

me imagino cosas. Pero me da miedo volver a hacerles pasar otra vez por lo mismo. ¿Entiendes?

—Sí...

Creo que iba a añadir algo más, pero entonces sonó el teléfono en la cocina y Leo se levantó a atenderlo. Después de un rato regresó al salón.

—El maldito servicio de gas. Creo que no podría funcionar peor si lo hicieran a propósito. Ahora dicen que tardarán una semana en

volver por aquí y estamos sin propano desde hace dos días. Menos mal que es verano. En todo caso, creo que iré al Andy's a por unas latas de gasolina para los generadores. ¿Tienes algo que hacer ahora?

Estrujé la lata de cerveza entre mis dedos.

—En realidad, Leo, había venido a hablar contigo de una cosa —dije.

Leo frunció el ceño durante unos pocos segundos, y después sonrió.

—¿Son imaginaciones mías o te has puesto muy serio? Vamos, sea lo que sea, puedes contármelo.

—¿Quieres? —dije, sacando la cajetilla de Marlboro de mi camisa y ofreciéndole un cigarro—. Creo que llevará un buen rato...

—¿Es para tanto?

—Bueno, acabo de estar en Dungloe, hablando con la policía.

A Leo se le congeló la mirada. Apuró su lata y

aceptó uno de mis Marlboros.

—Suéltalo.

Como una confesión que llevas tiempo queriendo hacer, aquella historia salió en tromba de entre mis labios. Todo volvió a desfilar ante mis ojos, con sumo detalle, sin una sola duda o laguna en mi memoria: las pesadillas que no había dejado de tener. El periódico en la casa de mi padre en Dublín. Y todo lo acontecido la noche anterior.

La puerta dando golpes en el marco. Las luces al otro lado de la colina. La furgoneta que casi me atropella en el Diente de Bill. La caída por el barranco. Y después aquellos dos hombres y la mujer. El largo y brillante cuchillo.

Mientras rememoraba todos estos detalles esperaba que Leo me interrumpiera con alguna de sus ocurrencias. Que soltara un chiste y le diese la vuelta a todo aquello. Pero nada de

eso ocurrió. Al contrario. Leo me escuchaba sumido en un silencio absoluto. En su rostro solo había seriedad. Ni preocupación, ni temor, ni incredulidad. Estaba escuchando todas y cada una de mis palabras como si quisiera memorizarlas.

Al terminar de explicarlo todo, solo el mar y las gaviotas que sobrevolaban la casa interrumpían el hondo silencio que se había hecho entre nosotros dos. Leo se había recostado en el sofá y

me observaba con los brazos cruzados sobre su pecho, congelado. En aquel preciso momento podría haberme soltado un puñetazo o roto a llorar y ninguna de las dos cosas me hubiera sorprendido en absoluto.

—Bueno, ¿qué opinas de todo esto? —dije encendiéndome otro cigarrillo. En el cenicero que tenía frente a mí se habían acumulado cuatro colillas en menos de media hora.

Leo reaccionó. Liberó el

nudo de sus dos brazos y se incorporó hacia delante, expirando largamente, apoyando los codos en sus muslos. Lanzó una mirada perdida a la mesilla donde se acumulaban fotos de él y Marie.

—Joder, ¿qué quieres que piense? Creíamos que todo eso había pasado... pero veo que estábamos equivocados. No sé qué decirte, Pete.

Robó un cigarrillo y se lo encendió. Yo permanecí

callado.

—Te conozco y creo que eres un tipo cabal. No te imagino exagerando ni inventándote cosas. Si me lo cuentas es porque te ha pasado, o al menos lo crees profundamente. Solo puedo decirte que esta noche no hubo nadie conduciendo por el Diente de Bill, ninguna furgoneta con tres personas aparcó en tu casa, no al menos en la dimensión en la que yo vivo. Y nada ni nadie atacó a Marie. Pero eso no

viene a solucionar nada.

—¿Y si fuera algo más?

—pregunté.

—¿Algo... como qué?

—Algo como... —miré al techo, consciente de lo estúpido y demente que iba a sonar lo que estaba a punto de decir.

—¿Una premonición? —terminó Leo por mí; después apuró su lata y clavó su mirada en el océano—. ¿Eso es lo que crees?

—Bueno... Puesto a sonar estúpido: sí, eso es lo

que quiero decir. Que algo malo está por venir. Algo que nos acecha a todos. A ti, a Marie, a Judie, a mí, a mis hijos... Hay algo que nunca os he contado sobre mi familia, Leo. Suena un tanto ridículo, pero mi madre creía que tenía un don, una sensibilidad especial... para ver cosas que iban a ocurrir. Tengo la extraña teoría de que a mí me está ocurriendo lo mismo, amplificado por ese rayo que me frío la cabeza.

Leo me miró fijamente pero no respondió.

«Realmente suena estúpido si lo dices en voz alta», pensé en aquel largo silencio.

Se puso en pie y caminó por la habitación adelante y atrás masajeándose el ceño y lanzándome una mirada de vez en cuando. Noté que se había puesto realmente nervioso. Bueno, eso era lo lógico. Al fin y al cabo le estaba diciendo que pensaba que una banda de asesinos

planeaba venir a probar sus cuchillos de caza con él y su mujer.

—Pongamos que estés en lo cierto —dijo entonces—. ¿Por qué crees que yo podría ayudarte?

—No lo tengo muy claro todavía. Pero puede que esto tenga relación con Marie. Todo empieza con ella... y esos hombres la persiguen a ella. O eso es lo que creo entender de todo esto. Yo... por nada del mundo quisiera meterme donde no me

llaman, pero tengo que preguntarte algo: ¿crees que esta teoría puede tener algún fundamento? ¿Hay alguna razón por la que alguien pudiera perseguir a tu mujer?

—Ninguna —respondió tajantemente. Y se dio la vuelta, como si quisiera ocultarme su rostro—. No... no hay ninguna razón.

No le creí. Entonces noté como si mi boca actuase sin mi permiso. Despegué los labios y dije aquello

(realmente lo dije) en voz alta:

—¿Quién es Jean Blanchard, Leo?

Aquello salió sin permiso. No lo pude retener, pese a que me había prohibido a mí mismo hablar de ello. Pero intuía que Leo estaba a punto de estallar, de decir algo. Pensé que aquello quizá fuese el detonante. La gota que se necesitaba para desbordar el vaso.

Leo frenó sus pasos y se

quedó en silencio, parado en medio del salón durante unos escasos segundos. Después se giró hacia mí y dijo:

—¿De dónde has sacado ese nombre? —Su voz sonó como un trueno. Pensé que era la primera vez en mi vida que veía enfadarse a aquel hombre.

En ese momento sentí una tremenda vergüenza. No pude ni siquiera mantener la mirada en la de Leo. Se lo expliqué. Le dije la verdad.

Le expliqué cómo había subido con Jip al baño durante aquella cena de bienvenida y que había encontrado aquel lienzo por casualidad.

Después de aquello me habría esperado cualquier cosa. Que Leo me echase a patadas de su casa acusándome de fisgón, que se enfadara conmigo y no volviera a dirigirme la palabra nunca más. Pero en vez de eso vi cómo lanzaba un largo suspiro al vacío de

la habitación, como si quisiera olvidarse de lo que acababa de oír, y se derrumbaba sobre el sofá, frente a mí.

—Jean Blanchard es un nombre muy viejo, un apodo que Marie utilizaba hace muchos años para firmar sus cuadros. El último que pintó con ese apodo, ese que tú encontraste por casualidad en la estantería, es un retrato de Daniel, nuestro único hijo.

La palabra resonó en el

aire. Entró por mis oídos y me robó la respiración por un segundo.

—¿Vuestro... hijo?

Leo alzó la vista. Vi una expresión de dolor en sus ojos y me arrepentí profundamente de lo que acababa de hacer. Permanecí en silencio, no quise abrir la boca ni para pedir disculpas. Me sentía terriblemente imbécil.

—Si hubiera vivido —comenzó a decir—, tendría tu edad, quizás un poco más

joven. Pero murió sin haber cumplido el año, y el dolor fue tan fuerte que nos hizo enloquecer. Lo llamamos Daniel. Nació en Brasil, en 1972, y vino con dos meses de adelanto. Dicen que aquello le provocó la insuficiencia cardiaca. Vivió tan solo tres meses, como una mariposa, como un pequeño ángel. Una sola vez le vi sonreír, desde el interior de aquella jaula de cristal que fue todo cuanto vio del mundo, y esa

pequeña sonrisa se nos quedó grabada a fuego.

»Marie pintó ese cuadro en medio de una terrible depresión, y nunca se ha separado de él, aunque jamás llegó a colgarlo en ninguna pared. A veces, por la noche, lo desplegab y se quedaba mirándolo. Le sonreía, susurraba cosas. Decía que era capaz de hablar con él. Yo estuve muy preocupado. Decidí buscar un trabajo en otro lugar del mundo, lo más

alejado de allí que fuera posible. Así fue como terminamos en Oriente Próximo primero, y después en el Sudeste Asiático, escapando de aquel terrible recuerdo. Nunca más volvimos a intentarlo, lo de los hijos. Creo que fue algo que nos sucedió a los dos. Dejamos correr el tiempo, nos acostumbramos a estar solos. Supongo que quizá nunca pudimos sacudirnos el miedo.

—Lo siento de veras,

Leo —dije—, siento haber removido ese asunto... yo.

—No te preocupes, muchacho. No me importa si es tu cerebro o Dios hablándote. Te agradezco mucho que hayas venido a avisarme si creías que era necesario hacerlo. Pero ahora me has dejado triste, esa es la verdad.

No me invitó a irme, pero entendí que lo deseaba.

«Así es como te pago una invitación a cenar, así es como te pago tu amabilidad,

querido Leo: rebuscando en tus estanterías y sacando viejos y dolorosos recuerdos».

Salí de la casa con el corazón por los suelos. Quise darme la vuelta, golpearme la cabeza contra su puerta y pedirle perdón mil veces.

8

—Creo que estoy perdiendo la cabeza, Judie. Quiero ir a ver a ese doctor.

Eran cerca de las ocho de la tarde y estábamos en la cocina de la pensión Houllihan. Los niños acababan de cenar y estaban ya en las literas, Beatrice leyendo *Crepúsculo* y Jip jugando al Angry Birds en el

iPad. Judie nos había invitado a pasar la noche allí, lejos de esa casa que todavía les daba escalofríos, y yo se lo había agradecido infinitamente. Y durante toda la tarde, dando vueltas por el pueblo y asistiendo a una reunión sobre el ciclo de cine en la que quedaron cerrados los detalles de mi actuación, había tratado de mantener la sonrisa ante los niños. Algo que más o menos había conseguido hasta que me vi a solas con

Judie, fregando los platos de la cena, y no pude aguantarlo más.

—Ha sido un día de mierda. He hecho el ridículo en la policía y lo que es peor: creo que le he hecho daño a un amigo.

Judie no tardó en adivinar de quién se trataba.

—Sí, Leo. Fui a su casa a hablar con él. En realidad fui a presionarle para que me dijera lo que yo quería oír: que no soy un loco, sino que hay una razón para todo lo

que me está pasando. Y lo único que conseguí fue remover viejas heridas. Le hice hablar de un recuerdo muy doloroso. Y reconocí que había hurgado en sus cosas la noche que llegaron los niños.

Judie me dedicó un semblante gélido.

—¿Lo hiciste?

—Casi por accidente, pero sí. Descubrí un par de cosas que me parecieron extrañas, escondidas en una estantería. Algo me dijo que

mirase allí. ¿Sabes?, ya es hora de que te cuente algo sobre mi familia. Sobre una habilidad un tanto extraña que los Harper llevamos en la sangre.

Casi susurrando, entre plato y plato, le hablé de mi madre. Del tío Vincent, del accidente de Aer Lingus y de la voz que me habló la noche de la tormenta, antes de salir de casa. Y de Jip, su extraña carrera en las rocas y las veces que «sentía» cosas que iban a ir mal. Y mientras

lo hacía me di cuenta de que había actuado igual que mi padre. Había intentado ocultar aquello, taparlo bajo una losa, pensando que quizás el secreto desaparecería si no hablaba sobre él.

—Y ahora tienes todo el derecho a pensar que soy un loco —dije al terminar el relato.

—Quizá no estés tan loco —respondió Judie.

Le pregunté a qué se refería, pero ella se llevó el

dedo a los labios y me pidió que la siguiera. Pasamos junto a la habitación de las literas y vimos que Jip estaba ya dormido, con el iPad caído en el suelo a un lado de la cama. Arriba, en la litera superior, Beatrice estaba recostada con su pequeña linterna, absorta en su libro.

Bajamos las escaleras en silencio. Abajo, junto a la puerta de la calle había otra que conectaba con la tienda. Judie la abrió y caminamos

por la penumbra de la tienda, entre casas faro, maquetas de barcos y expositores de libros de segunda mano, hasta la trastienda.

—Quiero estar segura de que no oirán esto.

—¿El qué?

—Algo que debo contarte desde la otra noche, cuando me dijiste que habías tenido ese sueño sobre mí. Pero primero, ¿puedes repetir lo que viste?

Ella se había sentado y

había abierto la pequeña caja donde guardaba la hierba.

—Mira, Judie no sé si quiero. Ya la he liado bastante por hoy. Y sé que eso te hizo daño. No quiero volver a dañar a nadie.

—Vamos, Pete, soy yo la que te lo está pidiendo.

Vale, dije y volví sobre la imagen: ella, atada de pies y manos en la caja de resonancia de mi piano, en una gran bañera de sangre, pidiéndome que la ayudase. Un hombre estaba a punto

de venir y hacerle daño.

Judie se había enrollado un pequeño canuto y lo encendió mientras contaba la visión. Cuando terminé, ella me miró con una mezcla de miedo y fascinación.

—Es increíble, Peter, increíble de veras.

—¿El qué?

—Pero todo encaja, sobre todo después de lo que me has contado sobre tu familia. Creo que ha llegado el momento de hablarte de algo —continuó—. Ese

hombre, Donald Kauffman. Es cierto que fue mi profesor, pero también me trató en el pasado. Yo fui paciente suya.

—¿Tú?

—Sí. Hubo un momento en mi vida en el que necesité ayuda. Antes de viajar a la India. Tuve un... —dio una calada más al canuto y habló dejando escapar el humo— un accidente.

Me senté. Estiré mi brazo hasta encontrar su mano. Se la apreté.

—Esas cicatrices en tu costado, ¿verdad? Las pesadillas.

Ella asintió con la cabeza.

—No fueron ningún accidente de moto, aunque supongo que eso ya lo habías adivinado. Y las pesadillas... hace muchos años que no dormía más de una noche con nadie. Tú has sido el primero. Sabía que terminarías haciéndote preguntas. Pensaba contártelo algún día... en

realidad deseaba hacerlo, pero me daba miedo. Es como abrir una puerta por la que vas a dejar entrar mucho dolor.

Fumó una calada quizá demasiado larga y me ofreció el canuto. Lo tomé y ella expulsó por la boca una gran nube de aromático sabor.

—Tú también eres una de las pocas personas en las que confío, Peter. Y hace mucho tiempo que no cuento esta historia, pero creo que

tienes derecho a saberla. —
Se tragó un suspiro—. Hubo
un hombre que me hizo
daño, Peter. Mucho daño.
Me hirió en el costado, pero
eso solo fue un rasguño
comparado con lo que me
hizo en la cabeza.

»Todavía aparece por las
noches. Aquel rostro...

Ella sujetaba firmemente
mi mano entre sus dedos,
seguramente sin darse
cuenta.

—Ocurrió hace cinco
años. Yo vivía en Londres,

trabajaba en el Princess Grace como psicóloga residente. Eso es lo que todo el mundo en Clenburrán sabe de mi vida en Londres. Pero hay algo más. La verdadera razón por la que me marché.

»Todos los días en verano me acercaba hasta Regents Park para almorzar. Allí entablé amistad con un hombre llamado... —se frenó un instante, como si la aparición de aquel nombre en su mente hubiera

provocado algo. Pero aguantó. Lo superó—: Se llamaba Pedro. Era portugués y trabajaba en uno de los *take aways* cercanos a la estación de metro. Servía *falafel*, mi comida favorita, así que cuatro días de cada cinco me pasaba por allí, hablábamos un poco y después me iba al parque a sentarme al sol, con el almuerzo y un libro.

»Cuando ya llevaba un mes yendo por allí, me di cuenta de que Pedro me

miraba mucho a los ojos, que era más educado de lo normal y que recordaba cada detalle que le contaba sobre mí. Él también me gustaba. Yo estaba sola, acababa de romper con una pareja con la que había convivido más de tres años y no buscaba nada serio. Conocer gente divertida, eso era todo, y Pedro me pareció divertido. Tenía una sonrisa hermosa y siempre hablaba de su pequeño pueblo en Portugal, de sus playas, su comida y

su vino. Me gustaba, pese a que quizá no era mi tipo, y una noche accedí a tomarme una copa con él. Fuimos a un bar, cerca del parque, después del trabajo y Pedro insistió en invitarme, y me dijo que no me moviera de la mesa. “En mi país los hombres se encargan de todo”, dijo sonriendo. Todo lo que sentí fue una especie de romántica ilusión. ¿Cuánto hacía que no me dejaba agasajar?

»Comenzamos a beber y

a charlar. Todo iba perfectamente hasta que empecé a sentirme mareada y somnolienta. Llegué incluso a hacer un chiste sobre ello, mientras bostezaba. Le dije a Pedro que no pensara que me estaba aburriendo con su compañía, pero que seguramente tenía mucho cansancio acumulado de la semana. Él sonrió y dijo que no se lo tomaba de manera personal. Era viernes al fin y al cabo, ¿no? Tenía derecho

a estar cansada. Me habló de otro sitio, un poco más animado, que quizá me espabilara. Una discoteca en la misma calle, y allí fuimos. Pero en la siguiente ronda de copas comencé a entornar los ojos mientras Pedro seguía hablándome de su vida, de sus planes para comprarse una pequeña propiedad en Madeira... y al final fue él quien me propuso acercarme hasta casa. “No puedes coger el metro así”, bromeó, “o te

despertarás en el final de la línea”.

»En aquel momento de cansancio, la discoteca y sus sonidos estaban emborronados y pensé que me había emborrachado quizá demasiado rápido, y por un instante se me pasó por la cabeza que estaba cometiendo un error, que no debería meterme en un coche con aquel desconocido. Pero actuó en mí el sentido del ridículo, y por otra parte estaba casi

dormida cuando Pedro me ayudó a salir del bar. Y después, antes de desvanecerme completamente, llegué a pensar que ni siquiera le había dado mi dirección. Qué tonta, ¿verdad?

Judie aspiró por su nariz. Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero ella sonrió. Le apreté la mano.

—Eh... —le dije—, no hace falta que...

Pero ella continuó como si no me hubiera oído.

—Me violó —dijo, con un hilo de voz, apretando los labios después—. Mientras dormía... y después, cuando abrí los ojos. Estábamos en un sitio horrible. Una habitación sin ventanas. Después supe que era un sótano en Brixton. Me había atado a la cama. De pies y manos, Peter, como en tu sueño.

—Joder.

Busqué el paquete de cigarrillos en mi camisa. Saqué el último y lo

encendí.

—Estuve allí dos días, Pete, y de alguna manera todavía sigo allí. Una parte de mí se quedó allí para siempre. Supe que había habido otras. Vi arañazos en las paredes, ropa de mujer, y unas manchas en el suelo que solo podían ser sangre. Enseguida me imaginé cuál sería mi destino. Yo lo sabía todo. Le había visto la cara. Nunca me dejaría ir con vida de aquel lugar.

»Antes de irse, por las

mañanas, me inyectaba algo en el brazo: heroína. Y pasaba la mayor parte del día dormida. Pero cuando me despertaba y me daba cuenta de todo, comenzaba a gritar, o al menos tratar de gritar a través de mi mordaza. Luché contra aquellas agarraderas de cuero, tiré de ellas dispuesta a amputarme la mano si hiciera falta y, finalmente, una de ellas comenzó a ceder levemente. Llevaba toda la vida quejándome de

lo delgadas que eran mis jodidas muñecas y ahora iban a salvarme la vida. Qué irónico, ¿no?

»Noté que mi pulgar conseguía deslizarse dentro de la agarradera, pero el hueso no permitía que siguiera avanzando. Bien, pues no me lo pensé dos veces. Comencé a dar golpes secos, terribles, con mi brazo, en la posición más adecuada para lograr dislocarme el hueso. Finalmente conseguí

liberarme una mano y con eso la mordaza. Y comencé a gritar pidiendo ayuda, tan fuerte que pronto enronquecí.

»Si Pedro hubiera elegido unas esposas para atarme ya estaría muerta, pero ese malnacido debió confiar en que dormiría todo el día. Gracias a Dios, se equivocó. El maldito degenerado había matado a su madre primero, y después usó aquel sótano para cometer tres asesinatos más.

Tres mujeres que seguramente tenían unas manos más anchas que las mías, o que no resistieron la droga como mi cuerpo lo hizo. Tres mujeres de treinta y ocho, cuarenta y uno y diecinueve años dadas por desaparecidas en Londres, como tantas otras personas. Nunca quise saber mucho sobre ellas. Cuánto tiempo estuvieron allí. Qué les pasó. Solo pedí a la policía una fotografía de cada una de ellas, y siempre que puedo

intento verlas en mis pensamientos y enviarles una sonrisa. Me ayuda mucho pensar que ellas me ayudaron a mí. De alguna manera, me dijeron: “¡Tú puedes, Judie! ¡La agarradera te dejará escapar! ¡Hazlo tú, yo no pude!”

»Cuando Pedro apareció esa tarde por la puerta, supe que mis gritos habían llegado a alguna parte. Estaba asustado, frenético. Yo empecé a gritar otra vez y él se puso de rodillas sobre

mí y me dio tres puñetazos en la cara que me dejaron inconsciente. Después anunció que iba a librarse de mí como lo había hecho con las otras, y me lo detalló como quien habla con un espejo: iba a cortarme en pedazos, en su bañera, y quemarlos, uno a uno, en la caldera de la casa. Pero como me había portado tan mal, volvería a ponerme la mordaza y lo haría mientras seguía viva.

»Gracias al cielo, un

vecino dio la alarma y la policía llegó a tiempo. Ya habían estado antes en ese vecindario, porque meses antes un taxista aseguró haber visto a un hombre portando a una mujer borracha que coincidía con la descripción de una desaparecida: la víctima anterior. Mis gritos y la llamada de ese vecino (un muchacho indio llamado Asif Sahid a quien llamo todos los años para felicitarle la Navidad)

activaron todas las alarmas. La policía golpeó en la puerta y Pedro decidió que pagaría por haberle descubierto. Me clavó su cuchillo de carnicero en el costado, dos veces, antes de que un agente de la policía metropolitana le metiera tres tiros en el pecho.

—La cicatriz...

—Sí —dijo ella—. Ese fue el final, pero la historia no acabó allí, por supuesto. Durante seis meses después de aquello no conseguí

dormir. Aquel terror me dominaba. Las pesadillas me asaltaban y tomaban el control en cualquier momento del día o de la noche. Me despertaba gritando... o mejor dicho, aullando de terror. Al final descubrí un pequeño truco: ir a dormir a los albergues de jóvenes viajeros. Rodeada de treinta personas, entre ronquidos y pedos, era la única manera en la que lograba conciliar el sueño.

»Pero aquello no iba a

ser tan fácil: una noche en el hospital, en la soledad del pasillo, vi a un hombre que se parecía a Pedro. Incluso habiendo visto su certificado de defunción y su cadáver, pensé que habría sobrevivido de alguna manera. Me encerré en un cuarto de limpieza y pasé la noche escondida allí. Llorando.

»Comencé a drogarme. Primero con drogas legales, que eran fáciles de conseguir en mi trabajo, después con

otras más fuertes. Así pasé cinco o seis meses de mi vida. No podía estar sola ni un minuto y comencé a frecuentar bares, a hacer amigos, los más grandes, fuertes y violentos que pudiera encontrar. Me volví arisca, me enganché a cosas... supongo que un día me levanté en una casa que no conocía, junto a un tipo que no conocía y me di cuenta de que aquello era una maldita carrera hacia el infierno. Además, en el

hospital me hicieron un gran favor: despedirme. Mi coordinador, un tipo que entonces odié, pero que ahora respeto profundamente, me dijo que habían intentado “mirar hacia otro lado” respecto a mis continuas ausencias y el estado en el que llegaba al hospital, pero que sinceramente pensaban que no estaba en condiciones de trabajar. Fue él quien me habló de Kauffman, porque sabía que yo lo conocía y

admiraba (solía hablar de él y su método de hipnosis a la hora del café, cuando todavía tomaba café) y me sugirió que concertara una cita con él en Belfast. Bueno, en realidad me obligó a marcar el número. Y allí fui.

»Kauffman escuchó mi historia y me dijo que me ayudaría, pero que necesitaba trasladarme a Belfast. “Mi método es intensivo, pero funciona. En un mes es posible que

hayamos arreglado la mayor parte de esa avería.”

»Fue la primera vez que visité Irlanda y amé este sitio desde el principio. Los fines de semana, cuando no estaba en alguna de las consultas de Kauffman, solía alquilar un coche y viajar por el norte. Entonces pensé que algún día me gustaría vivir en este sitio. Una de esas veces terminé perdida aquí, en Clenburrán, y así conocí a la señora Houllihan. Hacía una tarde

de perros y la suya era la única tienda que estaba abierta. Me sirvió té y me ofreció cobijo (en aquellos días no había pensiones en Clenburrán). Era una mujer encantadora. Una viajera que había recorrido medio mundo. Pasamos la noche hablando, y aunque nunca le conté la verdad sobre mí, creo que en cierta forma ella lo intuyó todo, o una buena parte al menos. Me confesó que pensaba jubilarse en unos años y que no conocía

a nadie que quisiera tomar las riendas de su negocio. Creo que sabía que yo aceptaría y no se sorprendió mucho cuando accedí a hacerlo... “pero antes me gustaría viajar a un sitio lejano, como usted ha hecho”.

»“De acuerdo querida”, me dijo, “pero no tardes mucho”. Esa noche, por primera vez en un año, dormí sin la ayuda de ninguna droga o truco en particular. Y cuando me

desperté al día siguiente y bajé al puerto, y vi a los viejos tirándole comida a las focas, decidí que amaba este lugar.

»Un mes y medio más tarde, Kauffman y yo habíamos hecho grandes progresos. Todavía sufría pesadillas, y Kauffman fue sincero sobre ellas: “Seguirán ahí, Judie, quizá para siempre. Son la cicatriz de una herida muy grande. Pero al menos esa herida ha dejado de sangrar.” Y eso

era cierto. A través de la hipnosis logré alejar aquel monstruo de mí, convertirlo en una voz opaca y borrosa de la que ahora podía defenderme. Y entonces estuve lista para coger mi mochila y largarme. Y eso fue lo que hice. Vietnam, Tailandia, la India, el Nepal. Retiros espirituales. Meditación. Aprendí a controlar mis emociones, a aceptarlas como algo inevitable pero a ponerlas en su sitio. En un sitio que me

permitiera seguir avanzando por la vida. Y cuando estuve lista para volver, la señora Houllihan seguía esperándome para poder jubilarse y marcharse a vivir a Tenerife.

—Me alegro de que volvieras —dije, atrapando su mano y besándola—. Me alegro de haberte encontrado aquí, que las líneas de tu mano te trajeran hasta Clenburrán.

—Yo también me alegro, Peter. Ahora ya

sabes la verdad. Quizá no estés tan loco.

—Cierto. Pero en cualquier caso, quiero ver a Kauffman. Ya no me fío de mí mismo. Tengo que intentar tomar el control de todo esto, y ahora mismo ese nombre parece ser la única opción razonable. ¿Puedes ayudarme a verle lo antes posible?

—Eso está hecho, Peter —respondió Judie—. Lo arreglaré.

9

Donald Kauffman me recibió en su domicilio de la calle Archer, en Belfast, cuatro días después. Judie le había llamado el martes, pero tenía una agenda tan apretada que solo, y como favor personal, pudo apuntarme para una sesión el domingo, su día de descanso.

Kauffman era un hombre de unos sesenta años, bajo, vivaracho, de voz fuerte y decidida y dotado de unos grandes ojos de búho. Le salía el pelo por las orejas y vestía un fino jersey de cuello vuelto. Tenía el aspecto de un genio, y según Judie lo era, una auténtica eminencia en el campo de la hipnosis clínica, autor de libros que se leían en las universidades de medio mundo y creador de métodos innovadores que habían

cambiado la forma de trabajar de muchos psiquiatras y psicólogos en su área. Toda esa energía creadora y ese conocimiento se concentraban en aquel hombre nervioso y enjuto que ahora tenía ante mí.

La consulta estaba instalada en el sótano de su domicilio, un lugar acogedor y luminoso por cuyas ventanas veías las piernas de los transeúntes caminar por la calle. Las estanterías con libros llegaban hasta el

mismo techo y en su escritorio, un pequeño buró de madera, los libros se apilaban de una manera casi imposible, flanqueando una pequeña máquina de escribir con un papel a medio terminar en su rodillo.

Me deshice en agradecimientos nada más llegar allí. Pero él movió su mano como espantando tanta diplomacia.

—No se preocupe —dijo —, Judie es una buena amiga.

Kauffman me ofreció té y me invitó a tomar asiento en un cómodo sofá de cuero marrón claro. Después fue directo al grano.

—Judie me contó algo por teléfono, pero quizás es mejor comenzar oyéndolo de sus propios labios.

Hundido en aquel sofá de cuero, volví a relatarlo todo desde el principio. El rayo, la aparición de Marie, la macabra noticia en el periódico en la casa de papá... Después, aquella

furgoneta y sus tres maléficos ocupantes, gánsteres, asesinos, lo que fueran. Los describí uno a uno, la mujer de bonitas piernas, el gordo que caminaba como si fuera pateando puertas y el silencioso reptil de gafas negras y pelo aplastado. No quise dejarme nada en el tintero.

Kauffman, con su mirada penetrante y su aura de hechicero, escuchaba concentrado, sin ni siquiera

tomar una nota. Apoyado sobre el reposabrazos de un sofá, con sus brazos cruzados en el pecho, se movió apenas un par de veces en la hora que tardé en relatar mis pesadillas. Era como estar en el médico, hablándole de esa tos que le tenía a uno tan preocupado. Solo de contarlo ya se te pasaban la mitad de los síntomas.

Me hizo algunas preguntas. ¿Alguna vez miré el reloj? No, respondí, por

alguna razón nunca...
¿Alguna vez llamé a alguien
por teléfono? Mi teléfono
siempre estaba
desconectado. ¿Por qué no
desperté a mis hijos cuando
oí los golpes en la puerta?
Contesté que no quería
preocuparles. «Hábleme de
esa última noche, señor
Harper, en qué momento
cree que desaparecieron los
maleantes». «No lo sé.
Supongo que en el momento
en que entré de nuevo en mi
casa».

Hizo un receso para fumar y yo me excusé para ir al servicio. Desde el vestíbulo hice una rápida llamada a Judie para preguntarle cómo iba todo. Jip y Beatrice se habían quedado un poco preocupados esa mañana, cuando les expliqué que no iría con ellos al zoo porque tenía que visitar a un médico.

—Están pasándolo en grande, no te preocupes —respondió ella—. ¿Cómo va

todo por ahí? ¿Cómo está Donald?

Le dije que ahora mismo se estaba fumando una pipa. Eso hizo que Judie se echara a reír.

—Es un truco que tiene para conseguir una pausa. Lo hace siempre.

Me contó que irían a comer a un Burger King y que después tenían pensado ver una película de animación en el cine. Kauffman había hablado de una sesión intensiva que

quizá se alargase hasta las cinco o seis de la tarde.

—Esta noche —le dije —, cuando salga, nos iremos todos a cenar.

Después regresé al sótano. Kauffman fumaba en su pipa y repasaba unas notas que había escrito en un cuaderno. Me senté en el sofá, acepté otra taza de té y le pregunté qué le parecía todo aquello.

—Un caso insólito, no voy a engañarle —respondió el doctor sin dejar de mirar

sus papeles—. He oído cosas parecidas, más fragmentarias, pero lo suyo es como una gran ópera. Tiene usted un cerebro auténticamente interesante.

Sonreí, aunque aquello no era precisamente un cumplido que me apeteciera recibir.

—Perdóneme la broma, señor Harper. Cuando uno se pasa la vida escuchando historias, no puede menos que alegrarse cuando una se sale de lo ordinario. Como la

suya. Indudablemente, el *shock* eléctrico causado por ese rayo está en la raíz de sus visiones. Actúa, a mi modo de ver, como un gran amplificador emocional. Quizá de una manera psicósomática. Por eso todas las tomografías parecen correctas. No creo, sinceramente, que usted tenga ninguna dolencia física.

—¿Quiere decir que me imagino lo de mi dolor de cabeza?

—No digo que se lo imagine, pero que probablemente la causa de ese dolor no esté donde creemos. Usted está tomando una medicación que no le hace el menor efecto, esto tiene grandes similitudes con un trastorno psicossomático común. Por otro lado, y antes de profundizar en nada más, le escribiré el teléfono de un buenísimo neurólogo en Dublín. Si quiere una segunda opinión, puede

dirigirse a él. Dígale que va de mi parte.

A continuación Kauffman se centró en las visiones y en los episodios que él no dudó en calificar de parasomnia.

—Estoy prácticamente seguro de ello.

Yo había leído esa palabra en mis investigaciones por internet y sabía que significaba algo muy parecido a sonambulismo.

—¿Y cómo se explica

que sea perfectamente capaz de recordarlo todo?

—De entrada, eso es lo que usted cree —dijo Kauffman—. No tiene ninguna garantía de que «haya experimentado» de verdad lo que recuerda. Nadie le ha grabado, ni ha sido testigo de sus movimientos. ¿Cómo está tan seguro de que se lanzó usted colina abajo? Quizá tan solo se tropezó en la puerta de su casa y su sueño lo interpretó de esa forma.

Las manchas de arena, por lo que usted ha descrito de su casa, podrían proceder de cualquier lugar. Puede que todo sean reconstrucciones, señor Harper.

Recopilaciones que usted realiza sobre hechos sensoriales reales provocados por su sonambulismo. A menudo se confunden con sueños lúcidos o viajes astrales.

—Pero ¿y la primera vez que ocurrió? Conduje mi coche, desperté a mis

vecinos en su propia casa. Eso no fue una reconstrucción. Yo estaba allí.

—No dudo de que así fuera, al menos en lo referido a los acontecimientos per se. Pero hay casos registrados de conductores sonámbulos, incluso de personas que tienen sexo mientras experimentan un episodio de sonambulismo. Yo mismo tuve una paciente que cocinaba dormida y a veces

soñaba que ganaba premios culinarios. No se torture, señor Harper, sus visiones son una explicación terrible que su cerebro, por alguna razón, está dando a sus paseos nocturnos.

—Pero ¿de dónde me he sacado yo esa historia? La furgoneta, esos tres personajes tan reales. Pude incluso oír sus voces.

—Créame, eso pudo salir de cualquier sitio. Quizá sean personas con las que usted se cruzó dos veces

en su vida, en otra ciudad, mientras iba en un tren. El cerebro puede almacenar un dato como un rostro durante décadas y presentárnoslo en un sueño, como si su mente lo hubiera producido de la nada.

¿Conoce *La interpretación de los sueños* de Freud? Hay una historia muy apropiada en ese libro, sobre un hombre que sueña curar animales con una planta medicinal cuyo nombre recuerda tras despertarse: *Asplenium ruta*

muralis. Este hombre, que se llamaba Delboeuf, se asombra a sí mismo al comprobar, al día siguiente, que ese nombre soñado no solo es real sino que corresponde con una planta medicinal. ¡Más aún cuando él no tiene conocimientos sobre plantas medicinales! Solo dieciséis años más tarde desvelará el misterio, al encontrar por casualidad, durante un viaje a la casa de un amigo en Suiza, un librito de plantas medicinales secas

¡con unas notas hechas de su puño y letra! Ese día, dieciséis años atrás, la mente de Delboeuf había registrado, almacenado y olvidado el nombre de esa planta, hasta que una noche, mientras su mente organizaba un nuevo sueño, decidió rescatar ese dato de su polvorienta esquina y presentarlo bajo las luces del escenario mental.

»Así ocurre en muchas ocasiones. Lo primero que le viene a la cabeza es una

respuesta paranormal: vidas pasadas, reencarnación, incluso visiones divinas como las que usted puede creer estar sufriendo. Pero la respuesta es científica al cien por cien. Oscura, pero científica. La memoria y el cerebro humano son vastos universos en los que la ciencia todavía no ha conseguido adentrar más que una pequeña sonda, señor Harper. ¡Hemos llegado a la Luna, pero somos incapaces de explicar lo que ocurre en

nuestras propias cabezas! En su caso, el de una mente artística y creativa, acostumbrada a expresar sentimientos profundos e inconscientes, las secuelas de un *shock* eléctrico como el que sufrió pueden muy bien ser la causa de estos episodios tan radicales. En cuanto a la forma que adquieren, su simbolismo, podríamos dedicar un año entero de psicoterapia para llegar a entenderlo. Por qué sueña con esas amenazas,

qué sentimientos ocultos, incluso prohibidos, está usted tratando de poner en marcha en sus sueños...

—¿Cree que hay algo que me quiero decir a mí mismo con esas visiones?

—Intente responderse a sí mismo —dijo Kauffman—. ¿Cree usted que tiene una vida perfectamente feliz y armoniosa?

—No —dije sin pensarlo—. Yo... bueno, me he divorciado recientemente. Fue un trago muy amargo.

Con dos hijos por medio... y creo que también afectó en mi profesión. Me dedico a componer música y estoy sufriendo un bloqueo.

—¿Y no se ha planteado que todas esas visiones puedan tener relación con su divorcio?

—¿Con mi divorcio? Pero ¿cómo...?

—De mil maneras imaginables. —Kauffman movió sus manos en el aire —. Su vida se rompió, su equilibrio se fue al traste.

Puede que esos «ataques» con los que sueña no sean más que revisitaciones de ese trauma. Formas que tiene su cerebro de recordar las cosas porque quizás usted esté «obligándole a olvidar» demasiado pronto.

El doctor se sacó la pipa de los labios, perdió la mirada en el aire de la habitación, como si estuviera persiguiendo un fantasma con los ojos.

—Quizás incluso podría deberse a un sentimiento

exacerbado de protección hacia sus hijos. Usted ha visto disminuida su función como padre después del divorcio, y ahora que sus hijos están de nuevo bajo su control quizá su mente quiera recrearse en una amenaza que le dé a usted los motivos para reafirmar su función protectora. Quién sabe... —devolvió la pipa a sus labios y me sonrió, como disculpándose por haberse perdido en los «cielos» por un instante—, son solo

teorías esbozadas al aire. Deberíamos comenzar una terapia para llegar a la realidad del asunto, pero eso nos llevaría tiempo. Ahora mismo la prioridad es su sonambulismo. Usted está preocupado, con razón, por sus hijos. Pero es más fácil que termine dañándose a sí mismo si continúa teniendo episodios de semejante intensidad. ¿Ha oído alguna vez hablar de la hipnosis clínica?

—¿Va a hipnotizarme?

—pregunté sin poder reprimir que una ligera sonrisa alumbrara en mis labios.

Kauffman sonrió también.

—Comprendo su sonrisa incrédula, señor Harper. La televisión y algunos charlatanes han ayudado a crear un mito erróneo alrededor de la hipnosis, pero créame cuando le digo que es una disciplina de efectividad reconocida y contrastada en el mundo

médico, concretamente en el área del sonambulismo. No perderá usted su conciencia, o al menos no necesariamente, ni tampoco quedará a merced mía —no le haré atracar bancos como en esa famosa película de Woody Allen—. En cualquier caso, sepa que todo el ejercicio quedará grabado en una cámara precintada y se le entregara una copia de la misma. ¿Estaría de acuerdo en participar en un tratamiento

de este tipo?

—Haría lo que fuera con tal de curarme.

Eran ya las dos de la tarde y las venecianas del despacho estaban completamente bajadas para reducir la luminosidad, aunque Kauffman había dejado medio abierta una ventana, haciendo que se colara algo de brisa y ruido de la calle. Después había subido a su domicilio y regresado con una cámara de vídeo, que ahora estaba

montada sobre un trípode y apuntando hacia mí.

—Yo no soy ningún mago, señor Harper, solo un guía, pero usted es quien debe abrirme todas las puertas. Quiero que se relaje tan profundamente que llegue a olvidarse de que está usted aquí conmigo, pero para ello necesito que comience a relajar su cuerpo, pieza a pieza, mientras respira rítmicamente. Usted es músico, seguro que puede

decirme a qué velocidad está respirando ahora. ¿Andante? ¡Ah!, ¿lo ve? Ahora necesitamos que reduzca un poco, primero hasta un adagio. Y mientras tanto piense en los dedos de sus pies, en sus tobillos... ¿lo nota? Les estamos dando vacaciones, libérelos, déjelos completamente muertos. Vamos hacia arriba. Esas rodillas están muy duras todavía...

No sé cuánto tiempo necesité para pasar de

adagio a lento moderato, pero llegó un momento en el que Kauffman empezó a describir algo y me pidió que lo imaginara:

«Camina usted por un desierto. Hace una temperatura agradable. Sopla una brisa fresca. Quiero que se fije en un punto a lo lejos, a menos de un kilómetro. Es la punta de una pirámide, ¿puede verla? No hay nada más que eso en la planicie. Siga respirando y acérquese».

Por alguna razón mi mente eligió el color rosa para pintar la arena de aquel desierto. Era un lugar agradable, tal y como había explicado el doctor. El cielo tenía unas nubes verdosas. Caminé hasta llegar a la punta de aquella pirámide, que en mi mente parecía ser de cobalto, muy oscura, y el doctor me indicó que buscara una puerta en uno de los cuatro lados de la punta. Me dijo que la reconocería en cuanto la viese, y era

cierto, estaba allí. Una puerta elipsoidal, ligeramente cubierta de arena. Utilicé los dedos para dibujar su contorno y después limpié la arena que la cubría hasta encontrar una anilla.

«Tire de ella», ordenó la voz (del doctor), y lo hice.

«Verá una escalera pegada a la pared, abajo está todo muy oscuro. Entre, tome la escalera y comience a bajar. Respire una vez y baje un escalón. Respire de

nuevo, y baje otro...»

Era fácil. Un escalón, luego otro. Siempre había uno esperando bajo mis pies, y me pareció que transcurría una verdadera eternidad mientras descendía por allí, pero que en realidad no me importaba demasiado. «Las pirámides son gigantescas —recordé—, y parece que estas escaleras lleguen hasta muy abajo».

Pero sentaba bien bajar por allí. De hecho sentaba mejor que bien. Y la voz

siempre estaba allí, diciéndome lo que debía hacer.

«Cuando llegue abajo del todo, tome una antorcha y camine por el pasillo. Ya estamos cerca. Estamos muy cerca, Peter».

El pasillo era estrecho y seguía descendiendo. Eran largos escalones como los que una vez había visto en las calles de Venecia. Y las paredes de pequeños ladrillos me recordaban al gimnasio de mi colegio en

Dublín. «Diez vueltas de castigo, Harper». «¡Sí, señor!»

Seguí bajando en aquella oscuridad sin hacerme ninguna pregunta. ¿De qué iba a servir en cualquier caso? En esta vida te toca lo que te toca. Juega tus cartas como si no hubiera un mañana, Peter. Yo te estaré esperando, querido niño. «¿Quién está ahí contigo, Pete?»

«Lo siento, pensé que era mi madre».

«No se preocupe. Siga caminando. Respire».

Por fin llegamos. En algún momento. El sanctasanctórum era un lugar inmenso y viejo, una gran bóveda iluminada por cientos de velas esparcidas por el suelo. Me recordó la sala de exámenes del conservatorio de Ámsterdam. «Es día de audición, pero la gente no ha llegado todavía».

«Concéntrate, Harper, el miedo te ayuda. Conviértelo

en tu aliado».

La voz dijo que me fijase en una gran pantalla blanca que había en el centro de la sala. Una gran pantalla de cine. «¿Qué quieres ver, Peter? ¿Qué es lo que quieres ver en la gran pantalla?»

«¿Puedo elegir, de veras?»

La pantalla dibujó el rostro de Clem.

Era ese mismo día que recordaba, una y otra vez. El día en que el calor se

convirtió en frío. Había querido recordarlo muchas veces, pero mi memoria siempre me ofrecía una imagen distorsionada del momento.

Sentada en la cocina, vestida con un jersey de color gris oscuro, dándole vueltas a una cucharilla dentro de una taza de té que se había quedado fría. Me esperaba. «¿Dónde están los niños?» «Con mi madre, Peter. No quería que estuviesen en casa... hoy...

tengo algo que decirte...»

Y entonces, como por arte de magia, la gran bóveda, el sanctasanctórum, se difuminó en el cielo.

«¿Adónde vamos ahora, señor Harper?» La voz sonó desde algún lado.

«¡Buena pregunta! —grité—. Me gustaría saberlo a mí también».

Ahora estaba en el Diente de Bill y era de noche. El gran cumulonimbo negro flotaba sobre la colina, a punto de descargar sobre

mí. ¿O lo había hecho ya?

«¿Qué es lo que ve?»

El rastro. El rastro del rayo aún flotaba en el aire.

Era una cicatriz fosforescente, una

rasgadura, una quiebra en el

vacío. Estaba dibujado en el

mismo lugar donde cayó,

junto al viejo árbol. Y sus

ramificaciones se extendían

como los dedos

absurdamente largos de la

mano de una bruja.

Me acerqué con cuidado,

pues aquello podía darme un

chispazo y dejarme frito en el lugar. Ahora estaba a un metro de aquello. ¿Podría tocarlo? Extendí mi mano y noté algo parecido a un cristal. Una pared de cristal inmensa, quebrada. Y entonces, a través de ella, entre dos de aquellas gruesas ramas de luz, vi cómo alguien se acercaba en la noche, entre la lluvia.

Tardé un poco en reconocerlo, mientras daba un par de pasos hacia atrás, asustado. ¿Era uno de esos

gánsteres?

Tardé en reconocerle. Tenía la barba ajada, una camiseta blanca empapada en sangre, los ojos llenos de cansancio. «Estás hecho una mierda», eso es lo que solía decirme a mí mismo cuando me miraba en el espejo por las mañanas. Y eso era precisamente lo que estaba viendo. Un reflejo de Peter Harper al otro lado del cristal.

Pero el otro Harper estaba herido y asustado. Él

también me había visto y comenzó a caminar en mi dirección. Cojeaba y se agarraba de un costado. Su cara estaba hinchada y un pequeño hilo de sangre le caía por la comisura de los labios.

Se acercó al cristal, casi tan cerca como había estado yo antes de apartarme. Levantó un puño y lo dejó caer sobre aquel cristal. Todo retumbó.

Su cara. Ni siquiera se molestaba en abrir la boca.

Era como si llevara sus (mis) propias pelotas en los carrillos. Algo sangraba ahí dentro. Y sus ojos estaban fuera de sí. Algo se había roto en el viejo reloj que llevaba sobre los hombros.

«Pete, ¿sigue usted ahí?»

Otro golpe en el cristal.

Y otro. El otro Harper quería que le abriese una puerta. Una puerta inexistente.

Empecé a temblar.

«¿Qué quieres?», grité.

«Pete, es hora de empezar a subir otra vez.

¿De acuerdo?»

«¡No! Espere. Ahora no».

Pese a la repulsión y el miedo me acerqué a aquel cristal quebrado y alineé mis ojos con los de mi monstruoso reflejo. Él me miraba asustado, vi unas lágrimas de sangre recorrer sus mejillas.

«Dímelo, Peter; vamos, dímelo. ¿Qué pasa?»

«Vamos a contar hasta tres, señor Harper. Uno...»

La luz comenzó a

hacerse más y más fuerte. Sentí que me estaba yendo de aquel lugar.

«Vamos, cabrón. Suéltalo. Tengo que saberlo».

El Peter hinchado a golpes no llevaba sus pelotas en los carrillos. Al abrir la boca dejó escapar un pequeño fluido oscuro. Se acercó al cristal todo lo que pudo y yo puse mi oreja contra su boca.

«Dos...»

Y escuché una palabra,

susurrada, parida en una
garganta ronca y
desesperada.

«Es demasiado tarde.
Están todos muertos».

«Tres».

10

A última hora de aquel largo día, Judie y los niños aparecieron por la calle Archer.

Kauffman había preferido no verse con Judie antes de la sesión, quizá porque prefería evitar cualquier «familiaridad» previa a la consulta, pero en cuanto ella apareció por allí,

el hombre cambió su sombrero inmediatamente. La abrazó durante un largo minuto como quien se reencuentra con un gran amigo después de muchos años. Judie tampoco pudo evitar derramar un par de lágrimas. Esa mañana, en el desayuno del hotel, la había notado nerviosa y ella había admitido que todo aquello —visitar Belfast, saber que iría a ver a Kauffman— la estaba retrayendo a días muy duros de su vida pasada.

«Llegué aquí como un fantasma y salí de aquí como una persona, y siempre que piso esta ciudad, se me ponen los nervios a flor de piel».

Judie y el doctor intercambiaron algunas palabras mientras los niños investigaban una colección de figurillas de porcelana que descansaban a peligrosa distancia de sus manos, en la cómoda del vestíbulo. Prometieron verse muy pronto, quizás en

Clenhburrán, dijo Kauffman, que jamás había estado allí. Después, a la hora de despedirnos, el doctor me abordó en el pasillo, mientras Judie y los niños estaban ya en la calle. Dijo que sería bueno volver a vernos. «Hubo un par de cosas interesantes durante el ejercicio. Convendría volver a repetirlo». Hablamos de concertar una cita para agosto o septiembre, cuando los niños ya hubieran regresado a Ámsterdam. Me

aconsejó que, hasta ese momento, tratase de vivir relajadamente, que disfrutara de mis hijos y que me alejara de las pastillas todo lo que pudiese. «Si otra visión sucediera, trate de apuntarla. Envíeme un correo si vuelve a suceder».

Al día siguiente conducíamos en silencio bajo la lluvia. Mi mente revuelta todavía. Después de un largo e intenso día en la consulta de Kauffman no había sido capaz de pegar

ojo. Y Judie tampoco estaba bien. Regresar a Belfast la había desestabilizado totalmente. Esa noche, que habíamos pasado en habitaciones diferentes del hotel, había tenido pesadillas muy fuertes. Beatrice, que había dormido con ella en la habitación doble, me lo había contado en el desayuno.

«No ha parado de moverse, como si estuviera asustada por algo. La desperté y después nos

hemos dormido abrazadas el resto de la noche».

Hicimos una parada en la Calzada de los Gigantes. El mal tiempo no impidió que Beatrice y Jip salieran del coche listos para explorar aquel —casi irreal— laberinto de columnas basálticas, que ese día aparecían y desaparecían en la baja bruma.

Les dejamos escapar entre las montañas de pilotes y en un momento en que los niños hubieron desaparecido

tras una de las columnas, aprovechamos para darnos un cálido beso. Con los niños delante, y nuestra timidez de adultos, nos habíamos olvidado de cómo sabían nuestros labios. Cuando nos apartamos, me quedé mirando el bonito rostro de Judie, marcado por una o dos arrugas de madurez, algunas pecas junto a su nariz.

Oíamos a los niños gritar y reírse a lo lejos. Cogí a Judie de las manos y la miré

fijamente.

—Oye... me gustaría que habláramos de algo.

Sentí su cuerpo temblar ligeramente ante la frase. Había sonado exactamente como debía sonar: a conversación importante.

—No —dije, medio riéndome—, antes de que te asustes y salgas corriendo, no tengo ningún anillo guardado en el abrigo.

Ella asintió con la cabeza, sin decir una palabra.

—Estoy pensando en volver a Holanda, o a Bélgica a finales del año. Quiero estar más cerca de los niños, me he dado cuenta de que lo necesito, de que forman parte de mi vida y que no puedo escaparme de ello. Verles cada tres meses es demasiado tiempo.

Su rostro adquirió otro tono. Apretó los dientes, quizá se había colado algo de desazón en su mirada. Quizás, a fin de cuentas, hubiera preferido el anillo. Y

quizás aquello estaba sonando como un adiós.

—Es cierto... —dijo—. Estoy de acuerdo... Es lo que debes hacer. Son dos niños geniales. Se merecen tener a su padre bien cerca.

Noté que tiraba de sus manos, como si quisiera soltarse. Me aferré a ellas suavemente.

—Espera. Me preguntaba si te vendrías conmigo —dije entonces.

Después de haberlo dicho, empecé a ponerme

nervioso y me sentí igual que con catorce años, pidiéndole una cita a mi amor de instituto en la estación del tren de Tarah, en Dublín.

Judie abrió los ojos de par en par. Dejó escapar una pequeña carcajada.

—¿Qué? ¿A Holanda?

—Sí... al continente.

Alemania, Holanda, Bélgica. Podríamos elegir el sitio, con tal de que hubiera un tren de larga distancia a Ámsterdam. Mira, Judie, yo

podría ayudarte a empezar de nuevo, algo como la tienda de la señora Houllihan en otro sitio. Eres trabajadora y tienes muchísimo talento, estoy seguro de que lo harías funcionar otra vez. En cualquier lugar del mundo.

Ella se rio.

—Yo... no sé qué decir, Pete. —Me cogió la mano —. Gracias. Gracias por contar conmigo en tu vida. No me lo esperaba.

Aquello tampoco era lo

que yo me había esperado (¿qué tal un SÍ rotundo, que se lanzara sobre mis brazos y me dijera que me seguiría allí donde fuera?). La lluvia amainó un poco.

—Claro, Judie... bueno, ha pasado como ha pasado. No creo estar forzando las cosas, pero últimamente he empezado a sentir algo por ti. Algo más fuerte que una simple aventura. Y me preguntaba si tú también sientes lo mismo.

—Sí, lo siento —dijo

secándose un poco los ojos —. Pero esto es... muy inesperado.

«Inesperado», aquello sonó como un proyecto de «Lo siento, PERO...». Creí que el corazón se me deslizaba hasta los pies.

—¿Puedo pensarlo un poco? No quiero que suene a un NO, pero me has pillado completamente desprevenida. Entiéndelo, yo... yo no soy así. No puedo tomar una decisión así, de pronto. Lo siento si

no suena muy romántico.

Apreté sus dedos entre los míos.

—No te preocupes. Ni siquiera hemos hablado de esto nunca. Es una locura. Perdona. He sido idiota por ponerte entre la espada y la pared.

—No, Peter... Está bien, pero compréndelo. Es algo... grande. Un gran cambio.

—Sí... claro, Judie — respondí.

Los niños habían vuelto

a aparecer por detrás de una de las columnas. Dos figuritas envueltas en chubasqueros rojo y amarillo.

—¡Papá, Judie! —nos llamaron—. ¡Venid a ver esto! ¡Hemos encontrado un cangrejo gigante!

Sonreí como pude. Judie también actuó bien cuando encontramos el cangrejo, y después en el coche, de vuelta a Clenburrán, bajo la lluvia. Puse un CD detrás del otro hasta que llegamos

al pueblo. No me apetecía
hablar demasiado.

**TERCERA
PARTE**

1

Una furgoneta negra, serigrafiada con el título de «Blake Audiovisuales» estaba aparcada frente a la tienda de Chester con sus dos portones abiertos. Dos afanados técnicos de la compañía, enteramente vestidos de negro, entraban y salían portando cajas, altavoces y rollos de cable.

—¿Dónde van a montar la pantalla? —preguntó Donovan.

—Allí, al final del puerto, junto a la protección —respondió Chester.

—Pues no veo ningún andamio. Me pregunto cómo piensan hacerlo.

Chester, Donovan y el señor Douglas se habían tomado la mañana libre para vivir el ambiente del puerto. Apoyados junto a la tienda de sellos y tabaco, con unas latas de Bavaria en la mano,

se dedicaban a observar y comentar el trasiego de gente y artilugios.

Era el día previo a la noche de cine al aire libre, y en el pueblo se sentía un aire de fiesta. La idea, que meses atrás se habían dedicado a criticar en el *pub* y en la que no habían mostrado demasiado interés, ahora les causaba intriga. ¿Las mujeres habían organizado todo ese pastel? «¿Con qué dinero? ¡Ah! ¡Son fondos de cultura del Ayuntamiento!

No sabíamos ni que ese dinero existía. ¡El año que viene deberíamos ir y pedirlo nosotros! Podríamos poner una pantalla gigante para el Seis Naciones. ¿Qué os parece?» Todos asentían, felices, con su lata de Bavaria a medio terminar en las manos, conscientes de que probablemente aquello no ocurriría y de que las mujeres, con su discreta pero tenaz forma de avanzar por el mundo, terminarían ganándoles la partida el año

que viene también.

—¿Qué tal le va, señor Harper? —me saludaron cuando aparecí por allí—. Nos han dicho que tocará el piano esta noche. Estamos ansiosos por oírle. ¿Una cerveza?

Decliné la invitación con una sonrisa. Solo había ido a por tabaco y un periódico. ¿Habían visto a Judie? No estaba en su tienda, y algunas mujeres me habían dicho que andaría por el puerto.

—Me ha parecido verla en la lonja. A nosotros no nos dejan entrar, por eso estamos aquí. Pero a usted le dejarán. Entre y cuéntenos qué hacen las mujeres ahí dentro.

Se echaron unas buenas risotadas. Chester mostró sus seis únicos dientes con el orgullo de quien muestra una medalla. Después me acompañó dentro e hicimos la transacción de costumbre. Tabaco, el *Irish Times* y la más reciente novela de terror

que había llegado al pueblo. Cuando salimos de vuelta a la calle, Donovan le había preguntado al técnico dónde pensaban montar la pantalla y cómo. El técnico, un chico de pelo y barba rojizos, muy grueso y sudoroso, les explicó que no había «nada que montar» puesto que la pantalla sobre la que se proyectarían las películas era un gran hinchable que se anclaría por cuatro puntos al suelo, evitando que la brisa nocturna pudiera hacer

tambalear la pantalla. Aquello pilló por sorpresa a los cuatro parroquianos. «¿Un hinchable? ¿Quiere decir como esos castillos que montan para niños?» «Sí —respondió el técnico—, pero con un lado blanco, preparado para reflejar la luz del proyector».

—Caramba, eso sí que no me lo habría imaginado —comentó Donovan.

Aproveché el instante para presentarme y comentarle al técnico que yo

era el músico que abriría el evento. Se suponía que el piano debía estar al llegar. «Lo colocaremos bajo la pantalla y lo moveremos al terminar usted —explicó—, pero tráiganlo cuanto antes para probar bien el sonido».

Me despedí del pequeño batallón de «ingenieros» y me dirigí a la lonja, una gran nave de hormigón y hierro roñoso que se había convertido en el centro logístico del evento. Allí había una docena de mujeres

limpiando sillas y organizando una cantidad de comida y bebida que se iba a servir esa noche. Chocolate caliente Cadbury para los pequeños, litros de agua caliente y bolsitas de té Barry's, un barril repleto de cerveza. La gente del Andy's iba a montar una pequeña tienda de chuches en la que incluso habría una pequeña máquina de hacer palomitas. Vi a Judie y Laura O'Rourke trabajando en una mesa al fondo,

doblando mantas que la parroquia había donado por si refrescaba durante la noche.

—¿Y tus hijos? —me preguntó Judie nada más verme.

—Han hecho nuevos amigos y me han abandonado.

Esa mañana, al llegar al pueblo, los gemelos O'Rourke estaban esperando a Beatrice junto a la tienda de la señora Houllihan. «Hemos quedado por

WhatsApp», me explicó ella cuando le pregunté cómo se las había ingeniado para quedar sin utilizar el teléfono. También había un par de niñas inglesas, amigas de los O'Rourke («Oh, sí, Becky y Martha —apuntó Laura O'Rourke—, son dos niñas encantadoras»), que al parecer pasaban allí el verano, en una playa a cinco millas de la nuestra, y un chico un poco mayor que resultó ser el hijo más joven de los Douglas, los dueños

del *pub*. El chico, que se llamaba Seamus, les había invitado a dar una vuelta en su pequeño bote a motor y Beatrice vino a pedirme permiso para ir con ellos. Uno de los O'Rourke la venía acompañando, como para ayudarla a convencerme. «Iremos solo hasta la laguna. Tenemos chalecos salvavidas para todos, incluso Jip. Volveremos por la tarde, justo para la película».

En el fondo, no me venía

del todo mal dejarlos libres ya que esa mañana tenía que encargarme de mover el piano de la señora Douglas, probarlo, y prepararme para el pequeño concierto que me esperaba esa noche. Y supongo que tras una excursión de tres días con Judie y papá, los niños tenían ganas de disfrutar de un poco de su independencia, verano y nuevos amigos. Les di un poco de dinero para que compraran algo de comer en

el Andy's y después les dije que se acercaran para darles unas pocas instrucciones: «Beatrice, no te separes de Jip y asegúrate de que se pone el chaleco salvavidas, ¿vale?» «Sí, papá». «Y tú, Jip, haz caso a tu hermana y no te separes de ella. ¿De acuerdo? Y no te quites la camiseta, todavía estás un poco resfriado». «Sí, papá». «Y no hagáis el loco solo porque los demás lo hagan, ¿eh?» Esta vez a coro: «Sí, papá».

Después había entrado en la tienda de Judie, el cuartel general del evento, donde se respiraba un ambiente de acalorada actividad aquella mañana. Tres mujeres, sentadas en el mostrador, se dedicaban a arreglar a mano un fallo que se había producido en la impresión de los programas. «Doscientas cincuenta copias, todas mal —se quejaba la señora Norton sin levantar la vista del papel—. Dice las 20.30 donde debería

ser las 20.00, así que tenemos que redondear el “3” en un “0” doscientas cincuenta veces, pero usted no se preocupe, señor Harper, que su parte está correcta. El discurso de apertura, a cargo de la señora Douglas, será a las 19.30. Después le invitarán al escenario a las 19.40 y, tras unas palabras, se dará paso a su concierto. Debería terminar sobre las 19.55 y entonces comenzará la primera película».

Había preguntado por Judie, y me habían respondido que estaba en el puerto en aquellos instantes. Un camión había descargado medio centenar de sillas plegables en una de las lonjas del puerto y un pequeño grupo de mujeres había ido allí a desempolvarlas y colocarlas en filas.

—En fin, ¿cómo va todo? —pregunté—, ¿necesitáis un cable con ese ponche?

—Aquí está todo controlado —respondió

Judie—, ¿qué hay del piano?

—Se supone que debería estar al llegar, ¿no?

Judie me miró sorprendida.

—Pero... ¿no has recibido mi mensaje?

—¿Mensaje? —pregunté yo—. ¿Cuál?

Al mismo tiempo eché mano al bolsillo de mi chaqueta, donde guardaba mi teléfono móvil. Lo saqué y vi el icono de un sobre sin

abrir en lo alto de la pantalla.

«La señora Douglas no podrá traer el piano. ¿Podrías ir tú a su casa a recogerlo? Elijah Road, 13. Nada más cruzar el Andy's, a la derecha».

Había sido enviado casi dos horas atrás.

—Vaya, no lo vi. Lo siento.

—Aún hay tiempo — dijo ella—. ¿Podrías encargarte...?

Eso de saber mezclar

una orden del tipo «si no lo haces te mato» con una voz musical y deliciosa era algo que nunca dejaba de sorprenderme en Judie. Por supuesto, no iba a ponerme a explicarle que un pianista no debería cargar con su instrumento horas antes de un concierto. Que en realidad debería tener las manos metidas en los bolsillos y relajarme. Pero aquello no era el Royal Albert Hall, sino una lonja de pescado en Clenhburran,

y yo ya me había comprometido a arrimar el hombro.

—No sé si cabrá en el Volvo —dije—. Tendría que reclinar los asientos.

—La señora Douglas ha dicho que su primo Craig tiene una furgoneta, por si hace falta, pero que vive en Dungloe. ¿Puedes intentarlo primero y llamarme si no cabe? —Su voz sonaba estresada.

—De acuerdo —dije—, veré lo que se puede hacer.

Asentí con la cabeza, me despedí de las señoras y salí a buen paso de la lonja.

De camino al coche pasé otra vez junto al grupito de hombres que se apilaba improductivamente junto a la tienda de Chester. Saludaron y saludé sin detenerme a darles ningún informe. Después me apresuré calle arriba, hasta la tienda de Judie, frente a la que estaba aparcado el Volvo. Justo cuando llegaba vi a Marie salir de la tienda

y sentí que mis pies se frenaban un poco, como si quisieran darse la vuelta y salir corriendo en la dirección opuesta.

Era la primera vez que me cruzaba con ella desde mi charla con Leo, y a él tampoco había vuelto a verle. Al día siguiente de aquella catastrófica conversación en su casa había intentado llamarle, pero no le cogí en casa, y después salimos para Belfast con Judie y los niños, y

pasado tres días en la carretera tratando de olvidarme de todo, pensando que a mi vuelta debía llamarle y hablar con él. La imagen de su rostro entristecido por aquellos recuerdos que yo había removido seguía haciéndome daño.

Marie llevaba una caja de cartón en las manos, llena (como pude ver cuando me acerqué a saludarla) de aquellos programas corregidos a mano. Me

explicó que se dirigía al puerto a depositarlos en la lonja de pescado y me preguntó dónde iba yo. Le hablé acerca del malentendido con el piano, y que me dirigía a la casa de la señora Douglas a recogerlo.

—Vaya, perfecto —dijo ella, apoyando la caja sobre el techo de mi Volvo—. Entonces nos llevaras a la caja y a mí, y a cambio te ayudaré con el piano.

Asentí con la cabeza un poco sorprendido, en

realidad hubiera esperado algo de frialdad por parte de Marie, ¿o quizá Leo no le había contado nada? Abrí el coche y la ayudé a colocar la caja en el asiento de atrás. Después ella se sentó en el asiento del copiloto y di una vuelta de 180 grados para encarar la salida del pueblo.

No sabía si Leo le habría contado algo a Marie acerca de nuestra charla, así que contuve mis ganas de ponerme a hablar del tema. Ella me preguntó por el viaje

a Belfast, y antes de que empezara a contarle nuestra excursión por la Calzada de los Gigantes, me dijo que sabía —por Leo— que había acudido a ver a un especialista del sueño.

—¿Cómo estás? ¿Crees que te sirvió para algo?

Habían pasado tres días desde mi visita a la clínica Kauffman y realmente había sentido una mejoría. Dormía bien, durante horas, y mi dolor de cabeza se había amortiguado hasta

convertirse en una molestia casi ínfima, presente sobre todo a última hora del día, y que se combatía fácilmente con una aspirina. Le conté a Marie que Kauffman estaba convencido de que mi dolor de cabeza era psicossomático, y que yo también empezaba a creerlo.

—¿Psicossomático?

Quieres decir... ¿inventado?

—Algo así.

—¿Y qué hay de esos sueños, de esas pesadillas tan reales? Leo me contó

que tuviste otra.

«Así que Leo se lo ha contado», me dije.

—Sí —respondí un par de segundos después, tratando de dotar de normalidad todo aquello—, pero Kauffman tiene la teoría de que todo es una invención. Algo como estar despierto y dormido al mismo tiempo. Me levanto de la cama, camino por mi casa y mi jardín, y me voy contando una historia para entretenerme.

—¿Y tú qué crees, Pete?

—Yo solo quiero olvidarme de todo esto, Marie. Volveré donde Kauffman pasadas las vacaciones de Jip y Beatrice. Me someteré a terapia. Haré lo que sea. Solo quiero recobrar mi vida, mi normalidad.

Habíamos llegado al cruce de Main Street con la carretera regional. Hice el *stop* para dejar pasar a dos grandes autocaravanas con matrícula francesa. Después

me incorporé y giré a la derecha.

—Escucha, Pete, Leo me contó lo que había pasado —comenzó a decir Marie—. Vuestra conversación; aquello que habías encontrado en nuestra estantería. El retrato de Daniel.

Noté que se me helaba la sangre.

—También me dijo que pensabas que todo esto podría ser un aviso, una especie de premonición.

Tenía que girar la primera después del Andy's, pero me la pasé de largo. Ni siquiera me acordé de ello.

—Siento mucho haber registrado vuestra casa, Marie.

Marie puso su mano sobre la mía, en el volante, pidiéndome paso para hablar. Yo me di cuenta de que me había pasado el cruce a Elijah Road y busqué algún hueco en la carretera para dar la vuelta.

—Está bien, Pete. No te

voy a engañar: nos ha
dolido, pero somos capaces
de comprenderlo. Leo
estuvo bastante triste el
primer día, pero después
pensó en llamarte. Le dije
que esperara a que
estuvieras de vuelta.
Sabemos que eres un buen
tipo, lo hemos sabido desde
el primer día. ¿Te acuerdas?
El día que nos colamos en tu
casa, casi sin pedir permiso,
y tú nos mirabas como
preguntándote quién
demonios eran esos dos

viejitos charlatanes.

Me eché a reír y ella también lo hizo.

—Nos cuesta hacer amigos, Pete —continuó diciendo—, cada vez más. Quizás es la edad, o quizás es nuestra vida de nómadas. Pero nos hemos vuelto exigentes, cuidadosos con las personas, y abrimos nuestro corazón a muy pocos. Quiero pensar que tú eres uno de esos pocos.

—Yo también, Marie.

—Bien, pues

olvidémonos de todo esto. A Leo le costará un minuto perdonarte, será más fácil con una cerveza de por medio. Y en cuanto a tus pesadillas... bueno, ojalá ese médico esté en lo cierto y no sean más que una buena alucinación, pero si hay algo más que quieras preguntarnos, cualquier cosa que aún te quede en el tintero, hazlo.

—¿Cualquier cosa? — dije tratando de sonar gracioso, aunque en realidad

SÍ que había algo en el tintero.

—Sí, Pete. Lo que sea.

Pensé en sacar el tema del artículo de periódico, del *Fury* y de la pareja desaparecida, pero sencillamente me pareció una idea pésima. Quería arreglar mi amistad con Leo y Marie y olvidarme de todo aquello de una vez por todas.

Encontré un pequeño entrante a un lado de la carretera y lo tomé

rápidamente para girar y volver a deshacer el camino. Llegamos al *cottage* de los Douglas en silencio. Era una casa de resplandeciente color blanco y rodeada de un jardín obsesivamente recargado de enanitos, libélulas de plástico y otros elementos artificiales. Keith, el hijo mayor de la señora Douglas, había quedado encargado de esperarnos. En el salón, criando telarañas, encontramos el piano. Un piano digital Korg, de

ochenta y ocho teclas contrapesadas, pedales y un bonito armazón que gracias al cielo era desmontable. Aquello sonaría decente, pensé.

Reclinamos los asientos del Volvo y Keith me ayudó a cargar el teclado, el armazón y un taburete en la parte trasera, donde, después de tres intentos, conseguimos encajarlo en una perfecta diagonal.

Hecho esto, regresamos al pueblo, y en el camino de

vuelta ni Marie ni yo
volvimos a tocar el tema.
Hablamos del tiempo, del
cine y del sexo de los
ángeles. Era mi turno de
invitarles a cenar a casa y
prometí hacerlo antes de que
los niños se fueran de vuelta
a Ámsterdam.

Aparqué el coche lo más
cerca del puerto que fui
capaz, junto a la valla que
cortaba el acceso por
carretera («NOCHE DE
CINE AL AIRE LIBRE DE
CLENHBURRAN.

Disculpen las molestias»); después conseguí que Donovan y otro muchacho me ayudasen a cargar el mamotreto hasta la amplia moqueta que los técnicos de Blake Audiovisuales habían desplegado a los pies de la pantalla hinchable y que serviría como pequeño escenario para el evento.

Uno de los técnicos ya había comenzado a probar el proyector y el equipo de sonido y se oía un hilo musical saliendo de los

altavoces. Al ver llegar el piano se acercó hasta allí y le echó un vistazo.

—¿Ha traído los cables? Necesitaremos dos, para la salida estéreo.

—¿Cables? —dije yo, con mi mejor cara de sorpresa—. Pensaba que ustedes tendrían cables.

El muchacho suspiró y se secó el sudor de la frente. Necesitábamos un par de cables, de al menos un metro y medio de largo, para conectar la salida estéreo del

teclado con la mesa de mezclas. Miramos en el interior del piano y en el taburete (donde había un libro de partituras de Clayderman y otro de versiones de los Beatles para neófitos). La señora Douglas nunca había necesitado conectar su piano a ningún amplificador, con lo cual ella tampoco disponía de ninguno.

—Deje que vaya a mirar al camión —dijo el chico.

Pero no hubo suerte. En

el camión tenían cables de micrófono, pero estos no valían para el teclado.

—Nadie nos dijo que trajéramos cables. ¿Cree que podría conseguir alguno?

—Yo tengo cables en mi casa —dije mirando al reloj. Faltaban quince minutos para las seis y media—, si me doy prisa estaré de vuelta en menos de media hora. Todavía tendremos algo de tiempo para probar el sonido.

—Dos mejor que uno —

recordó el chico—, o de otro modo tendrá que sonar en mono.

—OK.

Fui corriendo hasta el coche. Cuando estuve dentro, con las ventanillas bajadas y a salvo de los oídos de ningún parroquiano, me sentí libre para decir lo que pensaba en voz alta.

—¿Por qué demonios te has dejado convencer para hacer esto, maldita sea?

Arranqué y salí del

pueblo a buena velocidad.

Tardé menos de quince minutos en llegar a la casa. A esas horas, el mar parecía estar en llamas. El sol, grande y naranja, solo velado por unas ligeras nubes, irradiaba su luz con fuerza. La playa estaba vacía y en el mar se veían uno o dos veleros. Me acordé de Jip, Beatrice y su expedición a la laguna. Esperaba que no se les hubiera ocurrido hacer ninguna locura e irse a mar abierto.

Maniobré el coche y lo aparqué encarando la carretera para salir más rápido después. Después entré en casa y fui directo a por la caja de bártulos que guardaba en el salón. Allí tenía cables, cargadores, un disco duro externo y otros inventos que me ayudaban a conectar mi teclado MIDI con el ordenador y así poder grabar cosas. Encontré lo que buscaba rápidamente: dos largos y gruesos cables que solucionarían el

problema (y en los que, maldita sea, podría haber pensado antes de salir de casa esa mañana).

De regreso al coche, los lancé sobre el asiento del copiloto y arranqué el motor, dispuesto a mejorar mi marca a través de las suaves colinas, ahora con el sol de mi parte. Cuanto antes llegase, más tiempo tendría para probar bien el sonido, y mucho me temía que aquel Korg se resistiría a sonar bien de buenas a primeras.

Así que, mientras con una mano me ponía el cinturón, con la otra solté el freno de mano al tiempo que aceleraba, pensando que saldría disparado hacia delante. Pero, para mi gran sorpresa, la dirección del disparo fue justo la contraria. Había dejado puesta la marcha atrás y el coche retrocedió con fuerza. Antes de que pudiera levantar mi pie del acelerador, sentí que chocaba contra algo.

¡CRACK!

Después el motor se caló y el coche se detuvo del todo.

—¡Mierda! —gruñí, mientras echaba el freno de mano—. Vísteme despacio que tengo prisa.

Solo cuando me desabrochaba el cinturón, tratando de calcular contra qué podría haber chocado, empecé a especular con una siniestra posibilidad. «Vamos, eso sería como una broma de muy mal gusto»,

dije para mis adentros.

El temor fue en aumento según abría la puerta y salía del coche y lo rodeaba en dirección a la parte trasera. Me di cuenta de que no había ningún tiesto ni cualquier otra cosa que pudiera haber sido un obstáculo para mi coche excepto «eso» que tenía en mente.

Finalmente, llegué allí y lo comprobé. Como quien valida una teoría que tenía el noventa y nueve por ciento

de posibilidades de ser cierta.

El parachoques había embestido contra la valla, a un metro y medio de la cancela, partiendo cuatro astas por la mitad. Además, la había arrancado de la tierra y arrastrado por el suelo un metro.

La valla.

Si alguien me hubiera visto en ese instante, supongo que habría pensado que estaba un poco loco. Permanecí callado, con los

brazos cruzados, asintiendo, aterrizado, frente a aquel, por otro lado pequeño y doméstico, destrozo. Por alguna razón vino a mí la imagen del doctor Kauffman, de su rostro confiado y seguro diciéndome que todo aquello era producto de mi subconsciente. «Usted ha visto eso en alguna parte, lo memorizó, y ahora su mente se lo devuelve para que juegue con él».

«¿Está usted tan seguro

de eso, doctor Kauffman?
Yo, personalmente, no recuerdo haber roto ninguna valla en mi vida».

Excepto esta.

Me agaché frente al segmento de la valla que ahora estaba arrancado de la tierra y lo observé fascinado, como alguien que observa el nacimiento de una serpiente desde el interior de un huevo. Era una copia exacta de lo que había visto en aquellas dos pesadillas, con las astas derrumbadas sobre

el césped, creando una especie de sendero, como el teclado de un piano. Sentí que era la última pieza de un rompecabezas que acababa de completarse. El último mensaje.

Tuve el impulso de volver a ponerla en pie, como si aquello fuera a arreglar alguna cosa. Me arrodillé en la hierba y cogí un par de aquellas astas tratando de enderezarlas. Pero aquel caos de madera y astillas volvió a

derrumbarse. Estaba roto, destrozado, sin remedio.

Creo que dije algo en voz alta, algo como: «Vamos, Peter, esto no es más que otra maldita casualidad». Pero realmente importó muy poco. Dentro de mí, había dejado de escuchar todos aquellos consejos «razonables». Arranqué el coche y salí de allí a toda velocidad, quizá con una idea remota: la de largarme esa misma noche del pueblo.

—¿Es posible que durmamos contigo esta noche?

Judie abrió los ojos, un tanto sorprendida por aquello.

Acababa de terminar la prueba de sonido del piano y todo estaba listo para comenzar. El medio centenar de sillas que se habían distribuido para el auditorio estaban ya ocupadas por locales y visitantes, a quienes un batallón de mujeres se

dedicaban a proveer de mantas, aunque la noche era bastante templada. Además, los aledaños de aquel improvisado auditorio se habían llenado de gente que no había conseguido silla (algunos afortunados habían tomado asiento en una terraza improvisada por Chester frente a su tienda), pero que igualmente querían disfrutar del evento. Era una noche de verano perfecta. Sin brisa y con un bonito cielo estrellado como telón

de fondo a la gran pantalla en la que ahora se proyectaban una sucesión de fotografías de actores de los años cincuenta y sesenta, sacadas del disco duro del ordenador de Judie.

—Sí, claro que podéis quedaros, Peter —respondió—. ¿Pasa algo?

—No, nada. Solo que terminaremos tarde y... — en realidad eso nunca había sido una razón para no conducir los quince minutos que nos separaban de la

playa—, bueno, será más cómodo para los niños.

—Claro —dijo Judie, frunciendo su ceño ligeramente—, por supuesto. Sabes que me encanta la idea. Además, hoy tengo la pensión vacía. Pero... ¿estás seguro de que todo va bien?

Estuve tentado, muy tentado, de contárselo: «¿Te acuerdas de la valla que siempre veía rota en mis sueños, Judie? ¿Recuerdas que me dijiste que aquello debía significar algo? Bien,

espera a oír esto: ahora está rota, tal y como yo había previsto que pasaría. Lo he soñado. He tenido una premonición, tal y como te dije. Y si la valla se ha roto, entonces todo lo demás también va a ocurrir. Marie, los hombres de la furgoneta. Todo. ¿Lo entiendes, Judie?»

Pero no lo hice, decidí callármelo todo. ¿Por qué? Quizá Judie tenía demasiadas cosas que hacer esa noche y no quería

interrumpirla —otra vez—
con mis problemas de la
cuarta dimensión. Quizá
temía que ella tratase de
racionalizar aquello: «La
valla se ha roto, ¿y qué?
Puede que incluso la
rompieras a propósito.
Puede que en el fondo de tu
mente quisieras que todo
esto encajara, que todo
tuviera una bonita
explicación». El doctor
Kauffman hubiera apoyado
esa teoría, sí, señor.

O quizás es que no

acababa de creérmelo del todo. Que la valla estuviera rota. Y esa idea fue ganando fuerza a lo largo de la noche.

A las 19.30 en punto, la señora Douglas y Judie tomaron el micrófono e hicieron un nervioso «tap, tap, ¿se me oye?» que fue respondido con chistes y comentarios por parte del público. Se hizo un pequeño silencio y los dos focos que Blake Audiovisuales habían colocado sobre sendos trípodes en los lados del

escenario irradiaron su luz blanca con fuerza. Yo estaba a un lado del escenario, con los brazos cruzados, tratando de concentrarme en lo que estaba a punto de tocar.

—Queridos vecinos y visitantes —comenzó a decir la señora Douglas—, bienvenidos todos a esta primera edición de la Noche de Cine al Aire Libre de Clenburrán.

Aplausos. Hurras. La señora Douglas sonrió.

—Hace unos meses... —

tuvo que alzar la voz—. Hace unos meses, cuando nuestra amiga Judie Gallagher propuso esta idea, las mujeres de la organización cultural del pueblo casi nos echamos a reír. Era como una ironía... montar un ciclo de cine al aire libre en Donegal ni más ni menos... —se oyeron algunas risas y murmullos—, pero al mismo tiempo tenía algo de idealismo y aventura que nos gustó, y parece que los dioses

también comparten este sentimiento, y nos han regalado una preciosa noche de verano para estrenarla. Pues bien, ¡vamos a aprovecharla antes de que se contradigan!

Más risas, algunos aplausos, y la señora Douglas ya se había metido a la gente en el bolsillo. Miré hacia el público, pero la luz de los focos no me dejaba ver más allá de las primeras filas. Había comenzado a anochecer y

me pregunté si los niños estarían ya de vuelta. El pequeño gemelo O'Rourke había dicho «por la tarde», pero ¿a qué hora se refería exactamente? Bueno, seguro que estaban bien, quizás incluso estuvieran sentados en alguna de esas sillas, esperando para ver tocar a su padre.

—Hemos elegido dos títulos para estrenar el ciclo esta noche. Un pequeño corto y una película de duración normal. Judie ha

preparado una pequeña presentación de ambas — dijo la señora Douglas pasándole el micro a Judie.

Judie se había cambiado de ropa en el último minuto y ahora lucía un vestido negro bastante ceñido. También se había recogido el pelo y tocado con una rosa roja a juego con el intenso color de su pintalabios. Recogió el micro y sonrió a la audiencia, mientras comenzaba su presentación

de las películas.

—Gracias, Martha;
buenas noches, amigos...

«No tiene ninguna garantía de que haya experimentado de verdad lo que recuerda —recordé las palabras de Kauffman, tan solo tres días atrás—. Nadie le ha grabado, ni ha sido testigo de sus movimientos. Puede que todo sean reconstrucciones, señor Harper. A menudo se confunden con sueños lúcidos o viajes astrales».

«¿Y si aquello había sido otra visión? —pensé—. ¿Y si en realidad no había roto la valla?»

Pero yo la había tocado con mis manos. Y estaba seguro de que en el guardabarros de mi Volvo habría algún rastro de pintura blanca. Lo decidí entonces: volvería aquella noche para asegurarme. Y quizá, de paso, llamaría a Leo para que lo viera con sus propios ojos. Y quizás al doctor Kauffman, a la

mañana siguiente. O mejor, por qué no, a todos mis amigos y amigas. A la Garda. Al ejército...

—¿Peter?

De pronto vi a Judie que me miraba, al igual que hacía la señora Douglas con un gesto de apuro.

Desperté de mis pensamientos, deshice el nudo que había hecho con los brazos en mi pecho, di un paso hacia delante y salí al escenario.

—¡Y ahora con todos

ustedes, nuestro ilustre vecino: el señor Peter Harper!

Y una gran ovación llenó el puerto. La primera vez que me aplaudían en mucho tiempo. Fue como volver a probar un plato delicioso que no comía en años.

Me acerqué al micro y dije algo como «Buenas noches, amigos». Nunca se me ha dado muy bien lo de hablar al público y tiendo a ser breve. Hablé de la «buena idea» que era el cine

al aire libre y de lo «feliz que estaba» de que me hubieran invitado a abrir el evento. Y después Judie me hizo un par de preguntas sobre mi carrera. Me concentré en su bonito rostro y en su sonrisa y respondí con cierta vena cómica. Y después me senté a tocar. En cuanto puse mis dedos sobre el teclado, logré apartar todos los otros pensamientos de mi cabeza y —contra todo pronóstico— toqué verdaderamente bien. Era

una pieza nada complicada, y aquella noche mis dedos vibraban con una energía especial, como si quisiera esconderme entre las teclas del piano y quedarme allí para siempre, y el público debió sentirlo también, tanto que explotó en una gigantesca ovación en cuanto di el último acorde y retiré mis manos del piano.

No recuerdo muy bien lo que dije después, cuando Judie se acercó y me pasó el micro, pero sí que recuerdo

oír a la gente pedir «otra» canción. Me di cuenta de que aquello había sido una gran idea, y mirando a Judie sonreírme, entendí que quizá también había algo de conspiración en el hecho de que yo estuviese allí tocando esa noche, reencontrándome con el público. Era aquel público, aquellas cien personas, lo que daba sentido a mi música. Ni los ejecutivos de la FOX, ni Pat Dunbar, ni las estrellas de la televisión, aquello solo era

niebla. Toda mi
autocompasión, toda mi
miseria, mi encierro en
aquella casa, me había hecho
olvidarme de cuál era mi
verdadera profesión: contar
una historia con la música.
Y una historia sin público es
como una fiesta sin
invitados.

Jip y Beatrice vinieron
corriendo, por el mismo
borde del malecón, en
cuanto se apagaron los
aplausos y tuve permiso para
sentarme en una silla

reservada en la primera fila. Jip se sentó en mi regazo y Judie le hizo un hueco a Beatrice, y cuando comenzó la película yo quería olvidarme de todo lo malo, concentrarme en aquel momento de pura felicidad. Pensaba en que debería volver a actuar. Formar una banda y salir de gira por ahí. Acababa de iluminarse una idea mucho mejor que todas las melodías que podían haberseme ocurrido. Y quizá tocando, quizá no: casi

seguro, las ideas volverían a mí.

Pero antes que todo eso, aún quedaban cosas por resolver.

2

Una última cosa. Y la ocasión era perfecta aquella noche. Los niños estarían con Judie, a salvo en la pensión. No habría peligro para nadie excepto quizá para mí. La casa me estaba llamando... me había enviado una señal clara y concisa, y debía acudir, solo, esa noche, a descubrir un

último secreto. Todo esto lo sabía, igual que supe que no debería haber salido de casa aquella noche de tormenta, unos meses atrás. Igual que mi abuela supo que el tío Vinnie no debía coger el autobús del colegio. Igual que supe que mi madre no duraría un año, la última vez que la vi vestida con ropa de calle, atravesando las puertas de aquel hospital.

Tras la película, la fiesta se había trasladado al Fagan's, donde todo el

mundo insistía en pagarme una pinta. Acepté con diplomacia, una detrás de la otra, mientras los niños bebían refrescos con sus nuevos amigos sentados en los barriles de la parte trasera del *pub*, haciendo bromas y contándose historias. Beatrice sacaba pecho con eso de tener un padre importante, y dos amigas suyas (las inglesas) vinieron tímidamente a pedirme un autógrafo. «Beatrice nos ha dicho que

no le importaría...»

Leo y Marie aparecieron por allí también. Yo estaba flanqueado por las mujeres de la organización, Donovan y su cuadrilla, e incluso Teresa Malone (bien pegada a mi derecha, toda ella), pero aun así logré hacerme un hueco y alcanzar a Leo a través del gentío. Él me lanzó una de sus sonrisas, que conseguían arrugarle casi toda la cara, y me palmeó el costado.

—Has estado soberbio,

Peter. Hiciste que nos temblaran las rodillas a todos.

—Gracias, Leo, de verdad. Oye... —bajé un poco el tono para evitar que nadie oyera aquello—, creo que te debo una disculpa.

El gran Leo Kogan me dio un suave cachete y sonrió.

—Olvídalo, Pete. Yo ya lo he hecho.

—Pero...

—Sin peros, lo digo en serio. Cometiste un pequeño

error, quizá ni siquiera eso. Sé que tienes buen fondo. Eso me vale más que un pequeño acto de indiscreción. Por mí, asunto olvidado.

—Vale. Al menos me aceptarás una cerveza.

—En eso estaba pensando, que llevamos unas cuantas semanas sin sentarnos en tu terraza a ver el atardecer con unas buenas cervezas belgas y a arreglar el mundo. Y además esa valla necesitará una segunda

mano de pintura muy pronto...

 Mi sonrisa decayó un poco al oír mencionar la valla, y estuve muy a punto de contarle a Leo lo que había ocurrido esa tarde, pero volví a negarme esa posibilidad. «No la vuelvas a joder. No saques el tema», pensé. Y después le prometí que iría a Derry esa misma semana y compraría unas cuantas Tripel Karmeliet que había visto a buen precio. Y nos las beberíamos mirando

el sol, arreglando el mundo entre amigos, como debe ser.

Cruzamos un par de palabras más y Leo y Marie se despidieron. Los niños también estaban molidos y a eso de las once le dije a Judie que ya nos queríamos ir. Ella todavía tenía que encargarse de unas cosas, así que me dio las llaves de la pensión y me dijo que nos instaláramos tranquilamente. «Dormiré en la oficina para no molestaros».

Acosté a los niños. Hablamos un poco de su viaje en bote y de cómo a Jip se le había subido un cangrejo en la rodilla. Beatrice por su parte parecía muy obnubilada con Seamus, el chico que había navegado con el bote por la laguna. Contó cómo le había enseñado a lanzarse de cabeza desde la borda de la embarcación. Traté de recordar su aspecto y me pareció algo mayor para Beatrice, pero bueno,

supongo que era bastante más atractivo que los O'Rourke, y además los chicos mayores siempre tienen más magnetismo. Supuse que estaba a punto de ver nacer un amor de verano, cien por cien *made in Donegal*.

Al cabo de un rato se quedaron profundamente dormidos y yo permanecí quieto, mirando el somier de la litera que había sobre mí, pensando en si debería dormirme y olvidarme de

todo aquello.

Judie llegó a las doce y media. Oí la puerta de la pensión abrirse y volverse a cerrar, y sus pasos a través de la tienda. Tal y como nos había dicho, se quedó a dormir en la oficina. Eso lo facilitaría todo bastante.

Mi reloj marcaba las dos y media de la madrugada cuando decidí que era hora de actuar. La pensión estaba en silencio. Los niños dormían en las literas. Su respiración tranquila y sus

pequeños cuerpos bajo las mantas me llenaron de ternura. Me despedí de ellos con un delicado beso.

Me vestí en el cuarto de baño y bajé las escaleras tratando de no hacer ruido. Desde la trastienda sería difícil que Judie me oyera abrir la puerta y salir a la calle.

El pueblo dormía en silencio después de la gran noche. La calle entera era un oscuro retrato de la medianoche. Contraventanas

echadas, gatos en los tejados y el lejano sonido del televisor de algún insomne.

El Volvo estaba aparcado cerca del puerto. Lo arranqué como se arranca una astilla. Rápidamente. Sin dudarlo. Alguien oiría el motor desde su cama. Puede que incluso algún vecino mirase por la ventana para curiosoear un poco. Conduje despacio por la calle principal hasta dejar atrás las últimas casas de Main Street. A una milla de allí

giré por el estrecho camino que se dirigía a la playa.

La noche era aún más oscura en aquella gran planicie apagada. El cielo era claro. Las estrellas brillaban como botones de plata en aquel inmenso vacío. En la tierra, la negra turba parecía una manta arrugada sobre la tierra. Las luces de mi coche alumbraban árboles secos y pájaros nocturnos. Y de vez en cuando me alertaban de una curva demasiado cerrada

e imprevista. Pero, por suerte, aquella noche iba despacio.

Lentamente fui avistando el horizonte. El brazo dorado de un faro rastreaba la vasta profundidad del océano al oeste.

Llegué al Diente de Bill poco después. Mis luces iluminaron el viejo olmo mutilado por el rayo. Giré el volante a la izquierda y comencé a descender la cuesta. La casa me recibió

dormida, a oscuras. A medida que fui acercándome, los faros fueron iluminando la valla. No sé qué hubiera sido mejor: si encontrarla entera, de una pieza, y darme cuenta de que mi cerebro seguía jugando conmigo o... rota. Tal y como estaba. Destrozada sobre la tierra.

La valla seguía rota. No había sido ninguna visión.

Aparqué el coche a un par de metros de ella, iluminándola con la luz de

los faros. En la oscuridad de la noche, aquello era exactamente igual que en mis visiones. NADA era demasiado diferente en aquel momento. Excepto quizá que no había una tormenta estallando sobre mi cabeza.

Salí del coche. Cerré la puerta tras de mí y me quedé plantado frente a la casa. Allí estaba. En el cruce de caminos a medianoche. Había dibujado el pentagrama. Había

encendido las velas y estaba listo para decir el nombre de Verónica tres veces ante del espejo. La tabla de güija bendecida. La vela de los muertos elevando su llama en el centro de la habitación.

«¡Vamos! ¡Empieza ya! ¡Apareced ahora!»

La brisa respondió al conjuro. La hierba danzaba en el jardín y se oía un grillo rasgando su guitarra en algún lugar. Pero nada aparte de eso.

Esperé allí durante al

menos treinta minutos, dando vueltas al coche y fumando antes de empezar a desesperar. Quizá debía hacer algo más que quedarme quieto. Las visiones siempre habían empezado cuando yo estaba en la casa. «De acuerdo, entonces —pensé—, entremos en la casa».

Abrí la puerta con el sigilo de un intruso. Todo estaba tal y como lo había dejado al salir esa misma tarde, con las prisas del

concierto. La caja de componentes eléctricos ocupaba el suelo en el salón, rodeada de cables y otras piezas desperdigadas por la alfombra.

Me senté en el sofá. Afuera, las olas del mar eran el único sonido. Otro cigarrillo. Miré las revistas que había sobre la mesa, estuve incluso tentado de encender la televisión. Aquello era estúpido.

Comencé a pensar que me había equivocado. Había

llegado a pensar que tenía el poder de invocar aquello, de hacerlo funcionar cuando yo quisiera. ¿De dónde había sacado semejante idea?

Me levanté. Fui a la cocina y me serví un vaso de agua. Después subí a la primera planta y entré en todas las habitaciones. El cuarto de los niños tenía las camas revueltas y ropas y libros alegremente esparcidos por el suelo. Lo recogí todo. Al menos la visita no sería

completamente en balde.

Después me dirigí a mi dormitorio. La cama también estaba deshecha. Me tumbé en el colchón y me quité los zapatos. Doblé la almohada un par de veces hasta poder recostarme sobre ella. Cogí el cenicero de la mesilla y me lo coloqué en el vientre. Un nuevo cigarrillo. Ahora solo me quedaban tres. Lo encendí y lancé una larga bocanada de humo al espacio vacío de la habitación.

«Mejor te largas de aquí, Pete Harper, y dejas de hacer el idiota. No va a venir nadie esta noche. Ninguna Marie en camisón. Ninguna furgoneta cargada de asesinos. Mejor te largas con tus hijos, y con Judie, y te olvidas de esta historia para siempre jamás. Mañana será otro día y quién sabe: quizás esas visiones ya no vuelvan nunca más».

Cerré los ojos y pensé en Judie, una noche de hacía un par de meses, mientras lo

hacíamos en aquella misma cama. Gimiendo sobre mí, sin reparos. Nadie podía oírnos en aquella casa en la playa y eso le gustaba. Le gustaba poder elevar la voz al alcanzar el clímax. Gritar a los cuatro vientos.

Otra calada al cigarrillo.

«Me gustaría que ella estuviera aquí ahora».

Entonces lo noté. El pulso. Creciendo dentro de mi cabeza. Empezó como siempre empezaba, como suaves latidos en mis sienes,

una especie de aleteo de mis venas, y fue creciendo, ocupando más espacio en mi cráneo, hacia dentro, como un par de auriculares que comenzaran a apretar más y más en mis oídos.

Abrí los ojos. Apagué la colilla en el cenicero. Estaba a punto de ocurrir.

En muy pocos segundos, el latido se convirtió en ese dolor supremo que había sentido las otras veces, ese largo clavo que entraba por mi oído y atravesaba la

blanda carne de mi cerebro de lado a lado. Me eché las manos a los oídos y aullé de dolor, como si un dentista invisible estuviera perforándome una muela negra por la caries. Me revolví en la cama hasta rodar fuera de ella y terminar en el suelo, junto con el cenicero, las colillas y un montón de ceniza. Y en el preciso instante en que abría la boca para gritar, el clavo salió de un golpe. La muela fue arrancada. El

dolor se disolvió en el aire. Y me quedé tirado en el suelo de mi habitación, jadeando.

Oí un portazo que venía del jardín. Alguien había cerrado la puerta de un coche.

Afuera había comenzado a soplar el viento. La lluvia golpeaba en el tejado.

«Abracadabra.
Funcionó».

Más silencio. Tumbado en el suelo de la habitación, con las orejas bien abiertas y

sin hacer el más mínimo ruido.

Oí el ruido de un motor. Voces. Estaban allí. Otra vez. Frente a la casa.

Era magia. Y yo la dominaba. Estuve a punto de romper a reír histéricamente por mi éxito, tuve que contenerme, apretar la boca. Ahora lo importante era el siguiente paso.

Me arrastré por la moqueta de la habitación hasta la ventana. Tenía un par de viejas cortinas

amarillentas que nunca me habían gustado mucho, pero aquella noche agradecí no haberlas tirado nunca a la basura. Lentamente, pegado a la pared como un reptil, fui incorporándome hasta asomar mi cabeza por la ventana... *et voilà!* Allí estaban mis viejos amigos. Todos reunidos de nuevo.

Abajo, frente a la valla, aparcada junto a mi Volvo, estaba esa furgoneta GMC California color cereza, con llantas cromadas, encendida

como una nave espacial. Sus cuatro faros delanteros y los dos antiniebla, iluminando el frontal de la casa como si fuera el escenario del especial de medianoche.

Y aquí, en ese escenario, ocurría un nuevo capítulo de la obra. Algo que nunca había visto antes pero que, en cierta manera, ya me había imaginado. El gordo y la copia maléfica de John Lennon arrastraban a una mujer en dirección a su furgoneta. Esta mujer estaba

desmayada o muerta, sus pies descalzos se arrastraban por el suelo torcidos hacia dentro. Los brazos eran las asas con las que los dos hombres la arrastraban. Su cabeza estaba hundida hacia abajo y vestía el mismo camisón con el que yo la había visto la primera vez. Se trataba de Marie. Los hombres la sentaron en el borde de la furgoneta y encendieron una luz interior.

Pude ver entonces que seguía viva, pero estaba

fuera de sí. Se tambaleaba como si estuviera drogada y no dejaba de decirles cosas a los hombres. Suplicaba, lloraba.

La otra mujer apareció entonces desde uno de los laterales de la casa. No podía distinguirle bien la cara, tan solo el pelo castaño recogido en una coleta. Su delgada y estilizada figura completamente cubierta de negro se dirigió con decisión hasta la furgoneta y se plantó frente a Marie. La

cogió del pelo y lo estiró cruelmente hasta hacerle levantar la cabeza. Le propinó dos bofetadas. Después le gritó algo que no pude oír, y volvió a arrearle dos fuertes golpes en la cabeza.

—Maldita hija de la gran puta —susurré.

Era el momento de dejar de mirar como un cobarde y hacer lo que había ido a hacer allí. Era el dueño de aquello, debía recordármelo una y otra vez. «Soy el

dueño de esta visión».

Pero mi cuerpo pesaba, el suelo era duro y me costaba respirar ese aire que había por todas partes. Tenía miedo. Un miedo auténtico.

Dejé la ventana. Volví a reptar al suelo y me deslicé hasta estar fuera de la habitación. Una vez allí me puse en pie. Sabía (y esa era una de las ventajas de ser un viejo amigo de esta locura) que el grupo de asaltantes se reducía a tres personas y que los tres estaban fuera. Así

que me apresuré, con cuidado, escaleras abajo, dispuesto a hacer algo; todavía no sabía muy bien el qué.

En el salón las cosas habían cambiado también. La caja de cables ya no estaba en el suelo. La puerta del mirador estaba abierta de par en par y a través de ella entraba la tormenta. Las cortinas volaban como las faldas de un fantasma y el suelo y el televisor estaban impregnados por el agua de

la lluvia. La mesa estaba tumbada y las revistas esparcidas por el suelo. En el sofá todos los cojines estaban revueltos.

En el aire flotaba un aroma familiar. Lo reconocí al instante, porque me recordó a las furiosas y pirotécnicas Nocheviejas en Ámsterdam: era el olor de la pólvora.

Oí el ruido de unas puertas cerrándose ahí fuera. No les dejaría escapar. Corrí hasta la chimenea y cogí el

atizador.

«Me van a pegar un tiro y moriré, pero esto es un sueño, ¿no? ¿Puedes morir en tus sueños?»

Salí corriendo hacia el receptor, gritando como un verdadero poseso, blandiendo el atizador como una espada artúrica: «¡HIJOS DE PUUUTAAAA!»

Estaban en ese momento subiendo a la furgoneta y cerrando las puertas. No debieron verme, ni oír mi

grito de guerra. Salté por encima de las escaleras de piedra y los farolillos del jardín, tratando de alcanzarles. La puerta lateral se cerró de un golpe y la furgoneta arrancó, maniobró violentamente hasta chocar contra el lateral de mi coche, y salió de allí creando una gran nube de polvo y arena enrojecida por sus faros traseros.

—¡PARAD! —grité con todas mis fuerzas. Pero la furgoneta siguió su camino

colina arriba.

«No, esto no acaba aquí, vamos a llegar hasta el final. Hasta las últimas consecuencias. Sabes adónde se la han llevado. A su casa. Y allí también estará Leo, vivo o muerto. Coge tu maldito coche e intenta seguirlos».

Corrí hasta el coche e intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. El coche estaba cerrado aunque yo estaba seguro de haberlo dejado abierto. Claro, pero

«eso no había ocurrido hoy», me dije. Las llaves debían estar en el *leprechaun*.

Regresé a la casa a toda velocidad. Miré en el llavero pero estaba vacío. ¿Por qué? Fui al salón, donde parecía haber ocurrido una pelea. El olor a pólvora era más intenso por allí, y aún más —me percaté— a medida que me acercaba a la puerta de la cocina. ¿Qué había pasado allí? Las luces estaban apagadas, pero el resplandor de los

electrodomésticos fue
suficiente para distinguir tres
personas sentadas a la mesa.
Quietas en la oscuridad.

Un hombre y dos niños.
De trece y ocho años
aproximadamente.

Permanecí quieto en el
vano de la puerta, incapaz de
dar un paso adelante o atrás,
congelado. El ruido del
atizador chocando contra los
azulejos del suelo sonó a
millas de distancia de mi
cabeza.

Abrí la boca para decir

algo. Para preguntar algo a esas tres figuras que reposaban quietas en la penumbra. Pero no llegué a articular palabra. Y ¿de qué hubiera servido en cualquier caso?

Jip tenía los ojos abiertos. Miraba hacia delante con gesto relajado. Tenía los brazos apoyados en la mesa, sus dos muñecas unidas con un trozo de cinta aislante. Le habían disparado en un lado de la frente, en diagonal. El

agujero resultaba gigantesco en su pequeña cabecita. Un verdadero cráter por el que apenas salía sangre. En cambio, por detrás podía verse que su cráneo se había abierto como una caja de sorpresas y que había cosas colgando y derramándose sobre la silla.

Beatrice ya no era Beatrice. Estaba apoyada hacia atrás y ya no tenía rostro. No sabría distinguir su boca de sus ojos. Era una confusión de formas

destrozadas. Sus manos también estaban unidas por esa cinta aislante. Sus piernas cruzadas de una forma absurda.

Y finalmente vi al hombre que no podía ser otro que yo mismo. Por imposible que aquello pudiera ser, estaba frente a frente con mi propio cadáver.

El cuerpo se había quedado cargado hacia delante, apoyado sobre el borde la mesa. Tenía la boca

semiabierta, como si hubiera querido decir algo justo en el instante en que le disparaban en uno de sus ojos. Como si hubiera insultado a esa bala que estaba a punto de atravesarle el cráneo.

Alguien gritaba, aullaba de dolor dentro de mi cabeza, pero mi boca estaba cerrada a cal y canto. Me acerqué a la mesa y le cerré los ojos a Jip. Sus fríos párpados cedieron a mi presión como las alas de una mariposa. La poca cordura

que me quedaba en esos momentos me hizo derramar una lágrima solitaria.

Después evité mirar otra vez a Beatrice. Su cabeza era como un barranco. Era demasiado horrible. Pensé que quizá podría ponerle una bolsa de plástico. No quería que nadie la viera así.

Me miré a mí mismo. Al ojo que todavía tenía abierto y que miraba hacia delante, como si todavía estuviese vivo. Y según lo hacía sentí que me deslizaba hacia

abajo. Que me hundía en una larga y profunda madriguera de conejo.

«¡Está aquí! Pete, Pete.

¡Dios mío!»

«¿Está...?»

«No... todavía respira.

¡Rápido, ayúdeme a subirlo al coche!»

Sirenas. Sirenas. Sirenas.

«Lo siento, Clem. Lo

siento tanto. Nuestros hijos.

¡Nuestros hijos!»

«Tranquilo, Pete».

«Delira. Pobre

muchacho».

«Es mejor que se vuelva a dormir. ¿Hace falta tanto ruido?»

Sirenas. Sirenas. Sirenas.

Eran policías. Los policías que custodiaban aquellos cadáveres en el periódico de papá. De pronto me vi rodeado de ellos. Rostros desconocidos que me observaban inexpresivamente. Me estaban llevando a alguna parte y yo solo quería ver a mis hijos, pero ellos me decían: «Sus hijos están

bien, Peter», y me cogían de un brazo, del otro. ¿Por qué me decían eso de Jip y Beatrice cuando «sabíamos» que no era cierto? En determinado momento me harté de aquellas manos, quise ir hacia atrás, volver a la casa. Quería estar con mis pequeños. Pero las manos me sujetaron con más fuerza, no querían dejarme ir. Y yo me rebelé. Moví uno de mis brazos con fuerza, hacia arriba, y noté que había tocado hueso.

Alguien gritó y entonces noté aquel enjambre estrecharse sobre mí. Y yo reaccioné otra vez, golpeé aquí, allá. «¡Malditas avispas, dejadme en paz!», y peleé con todas mis fuerzas, quería aplastarlos a todos y salir corriendo de allí. Pero entonces alguien me cogió del cuello y apretó mi garganta hasta que ni siquiera pude respirar. Y en ese instante una de las avispas se posó sobre mi brazo y clavó su aguijón en

mí. Y volví a mi oscura
madriguera.

3

Abajo. Ahí abajo, mis ojos bailaban dentro de sus párpados. Era una sensación agradable, de puro bienestar. Podía visualizar mis ojos dentro de sus cuencas, rotando como dos pequeños planetas. Era un sueño agradable, pero después comenzó a no serlo.

Alguien había levantado

el tapón de la bañera llena de agua caliente donde yo flotaba. El nivel del agua comenzó a bajar y empecé a sentir frío. Mi cuerpo se quedaba desnudo, al descubierto. Tan frío que se había helado y ya no podía mover las manos. Intenté acercarlas hacia mí pero fue imposible.

Entonces una voz surgió desde alguna parte.

—Se encuentra en el hospital de Dungloe —dijo—. ¿Me oye?

Intenté decir algo pero mi lengua se movía torpemente dentro de la boca. Sonaba como un borracho pidiendo su última copa. Suspiré mientras desistía en mi intento de comunicarme y traté de abrir los ojos, pero todo era una blancura celestial. Noté una presencia a mi lado y, casi al mismo instante, un pinchazo de dolor en mi brazo izquierdo.

—Ahora descansará.

Soñé con Clem,

disfrazada de bruja en una fiesta de Halloween. Era la madre más hermosa de todas. La miraba, embelesado, mientras charlaba con algunos amigos y me decía a mí mismo: «Eres el hombre más afortunado de la Tierra», mientras ella iba hechizando con su varita a todos los niños que la rodeaban. Yo también estaba hechizado.

Soñé con mi apartamento de estudiante en Ámsterdam. Todo el mundo

en el edificio era músico. Estábamos de fiesta, tocando y bebiendo vino caliente. Era Navidad.

Soñé con el día en que nació Beatrice.

Abrí los ojos lentamente. La luz tenía mucha intensidad al principio, pero se fue amortiguando hasta que las sombras comenzaron a convertirse en cosas.

Estudié el techo que había sobre mí, la lámpara de neón con dos tubos, los pequeños desconchones

torpemente repintados. Había una ventana a un lado de la habitación y a través de ella se veía un árbol, mecido por una suave brisa. Se oía el ruido de coches circulando por una carretera cercana.

Mis manos seguían quietas, había algo sujetándolas a los lados de la cama. Hice algo de fuerza, pero aquello era más fuerte que yo.

—Peter, tiene usted las manos atadas. Debimos

atárselas anoche. ¿Recuerda algo de eso? ¿Sabe usted por qué está aquí?

La persona que me hablaba estaba a mi izquierda. Tardé en encontrarla y finalmente ella apareció ante mis ojos, un poco borrosa, pero la reconocí. Era la médico del pelo rojo, Anita Ryan. Alcé mi cuello queriendo levantarme, pero las manos estaban atadas. Me dejé caer sobre la almohada. Todavía flotaba en aquel agradable

mareo y no tenía fuerzas para luchar. Recordaba haber gritado y haberme revuelto entre docenas de manos que trataban de sujetarme. Quería ver a mis hijos pero ellos no me habían dejado. Pensé que conspiraban contra mí. En aquel momento estaba seguro de que habían sido asesinados, pero ellos —esas voces— me decían que todo iba bien.

—Mis hijos —dije entonces, y noté que mi voz

estaba ronca y que me dolía la garganta como si hubiera pasado la noche gritando en un concierto de *black metal* —. ¿Dónde están mis hijos?

—Están en la sala de espera y se encuentran perfectamente. Muy pronto podrá verlos.

—¿Muy pronto? ¿Por qué no ahora?

—Queremos estar seguros de que usted se encuentra en perfecto estado antes de verlos. Ha sufrido usted un gran *shock*, Peter.

¿Recuerda algo de lo sucedido?

—Yo...

Cerré los ojos y regresé inmediatamente a aquella visión. Incluso las peores pesadillas se diluyen a la mañana siguiente y se convierten en vagos recuerdos de los que uno se olvida al cabo de un día o dos. Aquella, en cambio, se mantenía fresca e intacta en mi memoria. No se trataba de ninguna pesadilla.

—Sus amigos le

encontraron. Estaba usted desmayado en el suelo de su casa. Había conducido hasta allí en plena noche, por alguna razón. ¿Recuerda esa razón?

—No... no recuerdo nada.

El rostro de la doctora se fue definiendo mejor. Sus bonitos ojos verdes me observaron durante unos segundos. Después los dirigió hacia una bolsa de plástico transparente que colgaba a uno de los lados

de la cama. Entonces descubrí un fino tubo que partía desde ella y que terminaba en mi brazo izquierdo, inyectado en él.

—¿Qué es eso? — pregunté—. ¿Por qué me lo han puesto?

—Es un calmante. Tuvimos que hacerlo para que no se lesionara. Estaba usted muy agitado.

—Quiero ver a mis hijos.

—Relájese, Peter, los verá enseguida. Ahora tiene usted que descansar. Ponerse

bien.

La doctora me hablaba como si fuese un niño, pero yo tampoco debía de parecer muy adulto en aquellos instantes. Escribió algo en unos papeles y me informó que volvería en cinco minutos.

Volví a mirar al techo. A la lámpara de neón. Al árbol que había al otro lado de la ventana. Lentamente me fui dando cuenta de todo lo que había sucedido.

«Sus amigos le

encontraron...»

Alguien volvió a entrar en mi habitación. Era la doctora, acompañada de una enfermera y un celador, que hicieron entrar una camilla.

—Ahora vamos a efectuarle una resonancia — anunció Ryan—, y para eso necesitamos llevarle a otra parte del hospital. Peter, yo le conozco, confío en usted y sé que estará tranquilo cuando le soltemos las manos. ¿Lo estará?

El celador, un armario

que bien podría haberse dedicado a la lucha libre, me miraba con un gesto amenazador. La expresión de la otra enfermera no era mucho mejor. Pensé que debía de haber liado algo muy gordo la noche pasada.

—Estaré tranquilo —dije—. Lo prometo. Creo que puedo ir andando.

El celador sonrió como si aquella frase se tratase de un truco. Después palmeó la camilla y dijo.

—Nosotros le

llevaremos. Es más cómodo.

El techo cambió de color, ahora era naranja. Las lámparas eran diferentes. Cuadradas. Conté una docena de ellas a lo largo de un largo pasillo. Había gente allí, gente desconocida. Algunos en bata, otros vestidos de calle. Me miraban con lástima, preguntándose la razón por la que estaba postrado en aquella cama. «Parece muy joven, quizá sea un cáncer», «Algo del corazón», «No...

no... mírale a los ojos. Y esos pelos tan largos: deben ser las drogas».

Una nueva habitación. Personas que hablaban entre sí sin prestarme mucha atención. El donut gigante otra vez.

De nuevo, volé sujeto por cuatro brazos. Me posaron en otra camilla estrecha y fría y después esa máquina me tragó entero. Cerré los ojos, no quería ver nada. Pero el ruido era terrible. Ruidos mecánicos

por todos los lados y una voz que me dijo: «Ahora relájese, señor Harper».

Los efectos del Valium se fueron diluyendo y mi estómago comenzó a gruñir exigiendo comida; debía haberme saltado unos cuantos almuerzos. Cuando regresé a la habitación alguien había pensado en todo esto. Una enfermera apareció por allí empujando un carrito que olía a comida. Lo aparcó junto a la cama y sacó de él una bandeja que

apoyó en una mesa móvil junto a mi cama.

La doctora Ryan se acercó a hablarme en ese instante.

—Escuche, Peter, no creo que sea necesario volver a utilizar sujeciones, pero debe saber que está usted bajo estricta vigilancia. Ayer golpeó a dos celadores mientras lo atendían de urgencia. ¿Entiende la gravedad del asunto?

—Sí.

—La dirección del hospital nos ha pedido que evaluemos la posibilidad de transferirlo a un centro psiquiátrico, pero estoy al tanto de su situación personal, así que vamos a hacer lo posible por mantenerle aquí hasta que se aclare exactamente lo sucedido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ryan intercambió un par de palabras con la enfermera y ambas salieron de la habitación. Al cabo de cinco

minutos, la enfermera regresó acompañando a Judie. Tenía unas grandes ojeras en su rostro. La cara limpia, desmaquillada, y el pelo recogido en una coleta. Vestía un largo jersey de lana oscura y unos vaqueros. El aspecto que uno tiene cuando salta de su cama en plena madrugada.

—Si quiere puedo quedarme aquí con usted — dijo la enfermera.

—Me las arreglaré — respondió ella—, gracias.

La enfermera me miró con un gesto de suspicacia y después miró a Judie. «Demonios —pensé al ver aquella expresión en su rostro—, creo que me he labrado una bonita reputación en este hospital».

—Si necesita cualquier cosa utilice el botón de emergencia. El puesto de enfermeras está a veinte metros.

Judie asintió sonriendo y la enfermera salió de la habitación, dejándonos a

solas.

—Lo siento, Jud —dije.

No se me ocurría otra forma de empezar con aquello.

Ella se acercó y me puso la mano en la frente.

—¿Qué es lo que sientes, Peter? No has hecho nada malo.

—Siento haberos asustado —dije—. Siento todo esto.

—No pasa nada, Pete. Todo va bien.

Aquello sonó al «todo va

bien» que se le dice a los locos.

—¿Cómo están los niños?

—Bien... —dijo sin sonar convincente—, están preocupados. Todos estamos preocupados, Peter.

Tomó el extremo de la mesa móvil y lo empujó hasta colocar la bandeja de comida frente a mí.

—Ahora es mejor que comas algo.

—Tráeme un teléfono, Judie —respondí—. Tengo

que llamar a Clem. Esto se ha ido de madre. Tiene que venir a recoger a los niños.

«Que se los lleve de aquí, cuanto antes y muy lejos. Antes de que...»

—No te excites, Peter. No es el mejor momento para tomar decisiones.

—Me han atado las manos, Judie —dije con un agrio sarcasmo—. Me han metido Valium por la vena, ¿qué más necesitáis? No quiero que viajen solos hasta Ámsterdam. ¡Tú! ¡Tú

podrías ir con ellos!

Judie se quedó callada, con los pómulos encendidos.

—No lo harán, Peter —
respondió.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, el trabajador social del hospital se ha puesto en contacto con la embajada holandesa. Están intentando localizar a Clem.

—Oh, Dios...

Sabía lo que significaba aquello. Trabajadores sociales. Embajadas. Ya habían hecho un diagnóstico

sobre mí.

—La doctora dice que no recuerdas nada — continuó diciendo Judie—.

¿Es cierto?

—No —respondí—. Le mentí.

—¿Por qué?

—No creo que me pueda ayudar.

—Callarte las cosas no te va a ayudar tampoco. La otra noche también me ocultaste algo, ¿no es cierto? Habías roto la valla, tal y como sucedía en tus

visiones. Habías roto la valla con el coche. ¿Esa es la razón por la que volviste a la casa?

—Sí... pero ¿cómo sabes...?

—Estuve allí esta mañana, Peter —dijo, antes de que pudiera terminar mi pregunta—. Fui a recoger unas cosas y lo vi. ¿Por qué te lo callaste?

—No estaba seguro de que fuera cierto. Y, además, maldita sea, no quería arruinarle la noche a nadie.

Estoy cansado de ser Peter el *Oráculo*. ¿Cuándo me encontrasteis?

—De madrugada. Jip se despertó para ir al baño y entonces se dieron cuenta de que no estabas. Bajaron a despertarme. Pensé que estarías insomne, dando un paseo por la calle. Pero cuando vi que tu coche no estaba allí empecé a preocuparme de verdad. Te llamé a casa primero. Pensé que quizá te habías olvidado algo y habías regresado a

por ello. Pero no cogiste el teléfono. Entonces llamé a Leo. Él fue quien te encontró.

—¿En la cocina?

—Sí... estabas en el suelo. Pensó que te había dado un ataque al corazón, por eso llamó a la ambulancia. Después se dio cuenta de que no era nada de eso. Estabas delirando. Decías cosas. Hablabas sobre muertos. Decías que...

—Sé lo que decía, Judie. Es lo que vi y no es ninguna

pesadilla. No es ninguna alucinación. Es... es...

—Es el futuro, ¿verdad?

La palabra sonó perfectamente lúcida y cabal dentro de aquella conversación. Lo había pensado mil veces dentro de mi cabeza, pero jamás hubiera imaginado que sonaba tan bien dicha en voz alta.

Asentí con la cabeza.

—Sí, eso creo.

—La valla se rompe y se queda exactamente igual que

en tus visiones. Eso lo prueba todo. Tus visiones van a terminar ocurriendo. Esa es la teoría, ¿no?

Asentí. Judie sonrió. Supongo que era la reacción más sana ante la chifladura en la que estábamos metidos.

—No te preocupes — dije—. Cuento con que nadie se crea mi historia. A fin de cuentas es imposible. Nadie puede ver el futuro. Por eso he decidido callármelo y no contarle

nada a la doctora. Es como la navaja de OcKham: «En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la correcta». Y la explicación más sencilla es que estoy loco, que sufro esquizofrenia y que deliro. Ese es el diagnósticó, ¿no es cierto?

—No hay un diagnósticó, Peter, pero ayer reaccionaste muy violentamente al entrar en el hospital. Le partiste el labio a uno de los celadores y una

enfermera se cayó de culo intentando ponerte una inyección. Mezcla eso con dos niños pequeños y un divorcio reciente y te sale una ecuación muy fea. Esas son las malas noticias, Peter, se están planteando custodiarlos por su cuenta, hasta que llegue Clem.

—¿Qué?

—Leo está hablando con el director del servicio ahora mismo. Está tratando de convencerles de que Marie y él se pueden hacer cargo,

pero ya sabes cómo se ponen las cosas cuando hay niños por medio.

—¡No! Eso... es un error.

—Lo siento mucho, Peter. Lo siento de veras.

—¿Puedo verlos? Solo un minuto, por favor.

—Dentro de un rato. Vamos a esperar a la decisión del jefe de servicio. Pero están bien, tienen ganas de verte.

—¿Qué es lo que saben?

—Les hemos dicho que

fuiste a recoger algo a casa y te caíste por las escaleras. Creo que no ha colado del todo, pero harán un esfuerzo por creérselo si tú no dices nada.

—De acuerdo.

Judie se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Oye, Judie —dije antes de que llegara a la salida de la habitación—. Todo este asunto de las visiones... que quede entre nosotros, ¿vale? No quiero estropear más las cosas.

Decirles que puedo ver el futuro no creo que mejore las cosas.

Ella asintió con la cabeza.

—Y otra cosa: prefiero que los niños pasen la noche contigo. Si es posible.

—Cuenta con ello, Peter —dijo, antes de desaparecer tras la puerta—. Y ahora empieza a comer o se te enfriará el almuerzo.

La doctora Ryan llegó una hora después, acompañada de otro doctor,

un tipo joven y espigado de pelo rizado y gafas redondas, que resultó ser el adjunto de psiquiatría del hospital. No había podido atenderme de guardia, pero fue él quien ordenó pincharme aquellos calmantes (que resultaron no ser Valium sino algo llamado neurolépticos) a través del teléfono. Había hecho un análisis completo del caso, ayudándose de varios testimonios, entre ellos el de Leo y también el

de Judie, y esa misma tarde había tenido una larga conversación telefónica con el doctor Kauffman en Belfast. Me informó de que tenían ciertas dudas de si podría volver a casa tan pronto como yo esperaba.

—Escuche, señor Harper, todo esto lo hacemos por su propia seguridad y la de sus hijos.

Al oírle decir aquello se me empezó a nublar la vista y sentí náuseas.

Tendría unos diez años

menos que yo, y el rostro de haber crecido en una buena familia. De jugar al golf con su suegro y de tener una mujer bonita. Ahora yo ya no era un igual, un tipo que podía haberse cruzado en la gasolinera, y con el que habría podido tener una charla amistosa en otro momento. Ahora yo era uno de sus «casos». Había dejado de ser una persona para convertirme en un «caso».

—¿Soy esquizofrénico?

—pregunté en determinado momento.

El doctor hizo un silencio.

—La esquizofrenia es un diagnóstico evolutivo, señor Harper. Deben cumplirse unos criterios a lo largo de un tiempo determinado para estar seguros. Por ahora sabemos con seguridad que usted ha sufrido un episodio psicótico agudo. Aunque no podemos descartar nada todavía.

—He tenido más —dije

— He visto más cosas. Y llámeme Peter, por favor.

—De acuerdo, Peter. La doctora Ryan me ha puesto al corriente del accidente que tuvo usted semanas atrás. Por ahora, y conociendo su historial, vamos a tratar de ser optimistas y relacionar estos hechos con el accidente. Kauffman respalda esta teoría. Además, las alucinaciones visuales sugieren algo diferente que la esquizofrenia. En todo

caso, he recomendado que permanezca usted ingresado una o dos noches más, hasta que nos dé tiempo a realizarle una serie de pruebas. Querría saber si contamos con su consentimiento en este sentido.

—¿Qué quiere decir?

¿Es algo voluntario?

Los dos médicos se cruzaron una rápida mirada. Supe que ahora venía algo que no me iba a gustar.

—Mire, Harper,

pongámoslo así —continuó diciendo el doctor—: es mejor que usted se preste voluntariamente.

—¿Qué pasa si no quiero?

—Se complicaría todo. Créame. En este instante prima la protección de los dos menores, además de la suya propia. Y yo no puedo recomendar su alta en este momento. Tendríamos que ponernos en contacto con el juzgado, esperar un forense para analizar el caso.

También deberíamos contactar con la asistencia social y...

—Vamos, Peter — intervino la doctora Ryan—. Solo será uno o dos días más como mucho. Sabemos que usted no tiene ningún antecedente de violencia. Es pura formalidad.

—Pero mis hijos...

El joven psiquiatra carraspeó.

—El trabajador social del hospital ha accedido a que sus amigos se hagan

cargo de ellos momentáneamente, al menos hasta que se localice a la madre. Parece que está de viaje.

—Sí, están de viaje en Turquía. Le acompaña un hombre llamado Niels Verdonk, su nueva pareja. Es un arquitecto de renombre. Inténtelo con él.

La doctora Ryan apuntó el nombre en un papel.

—Por ahora nadie ha puesto objeciones a que sus niños se queden con sus

amigos. Judie, además, es una psicóloga licenciada y todo el mundo que la conoce opina que usted está en sus cabales.

Me reí.

—Mire. Le prometo que haré lo que pueda para acelerar todas estas verificaciones.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos tan fuerte como pude, deseando que todo fuera un maldito sueño. Que aquel rayo jamás hubiera caído sobre mí. Que

jamás hubiera tenido aquellas visiones. Pero cuando los abrí de nuevo seguía en aquella habitación, los dos doctores seguían esperando mi respuesta.

—De acuerdo —dije finalmente.

Jip y Beatrice entraron como entran dos niños en la habitación de un muerto. Tímidos, asustados, pero con los ojos abiertos como platos. Se impresionaron al verme, pero enseguida se hicieron con la situación, y

cuando les sonreí y les dije que vinieran a darme un abrazo, saltaron sobre mí como dos pequeños tigres.

Jip me preguntó si todavía me dolía y yo dije que «un poco», pero que la doctora me había dicho que se me pasaría pronto. Beatrice, en cambio, permanecía callada, pero en sus ojos podía leer la sospecha. «Si papá se ha caído por las escaleras... ¿dónde está la pierna enyesada? ¿El collarín? ¿Al

menos un mísero moratón que mostrar?» Pero tal y como había advertido Judie, enseguida se puso a bromear de otras cosas.

Judie, Leo y Marie entraron un minuto después que los niños. Marie traía un gran ramo de flores y una caja de bombones envuelta en un papel que decía: «¡Recupérate pronto!» Leo venía cargado de humor. Bromeó con que iba a comprarme un casco y que me obligaría a llevarlo

siempre puesto. Era un humor muy suyo, espectacular, efectivo, pero en el fondo de sus ojos era capaz de notar una carga, una nube negra en cada mirada que me dedicaba.

Pasé el resto de la visita tratando de mostrarme animado delante de mis hijos, pero notaba mi sonrisa como una burda máscara que estaba a punto de caerse al suelo en cualquier momento. Sus rostros me transportaban directamente a

la escena de la noche pasada. Miraba a Beatrice y veía aquel barranco abierto en medio de la cabeza, aquel pedazo de cráneo derruido. Y Jip, con su boquete en la frente y aquella larga cola de caballo de «cosas» cayéndole por detrás. Pero me mordía la lengua y los apretaba contra mí, los llenaba de besos y trataba de secarme las lágrimas con una mano antes de que ellos pudieran verlas. Lo mismo me ocurría con Marie, que

se pasó casi toda la visita en el otro extremo de la habitación hablando con Leo y Judie. Todavía notaba escalofríos al verla arrastrada por aquellos hombres, abofeteada, humillada, posiblemente a punto de ser ejecutada minutos después.

Pero lo oculté todo perfectamente y jugué mi papel. Los niños pasarían la noche con Judie y harían pizzas caseras con formas divertidas. Jugarían al

Monopoly y verían una película de Pixar. Y al día siguiente papá volvería a casa porque la doctora le había dicho que tenía que quedarse una noche más en el hospital. Papá estaba bien, no había por qué preocuparse. Me hubiese gustado creerlo a mí también.

Se despidieron cerca de las ocho. Judie, los niños, Leo y Marie. Leo fue el último en salir de la habitación aquella noche.

No sé si lo hizo a propósito o no.

—Leo —dije—, ¿puedes esperar un segundo?

Frenó sus pasos como si hubiera estado esperando ese momento. Después se volvió hacia mí, sonriendo pesadamente.

—Dime, Pete.

—Dos cosas. La primera, gracias por traerme hasta aquí.

—De nada, chico. Aunque me soltaste un bonito gancho. —Se rio.

—Lo siento, Leo... estaba fuera de control. La segunda cosa es... respecto a lo que vi la noche pasada.

Su gesto se ensombreció al oírme decir aquello.

—Peter, no creo que quiera oírlo.

—Lo sé. Yo tampoco querría, Leo, pero no puedo dejarlo correr. Escucha, viejo amigo. Puede que yo esté loco y que todo esto no sea más que una alucinación. Eso es algo que se sabrá con el tiempo. Si en dos meses

estoy internado en un manicomio, con los brazos atados dentro de una camisa de tela blanca, entonces olvídate de lo que estoy a punto de decirte, ¿de acuerdo? Entonces, preocúpate solo de mandarme flores de vez en cuando, y de esconder una petaca de *whisky* dentro del tiesto.

Leo esbozó una sonrisa.

—Vamos, Pete...

—No. Escucha, Leo.

Hasta que ese momento

llegue. Hasta que estos doctores decidan si estoy o no estoy loco, te pido que me hagas un favor. ¿Vale?

—De acuerdo.

—¿Tienes un arma? — pregunté.

La cara de Leo se iluminó en una gran sorpresa.

—¿Qué?

—Un revólver, un rifle, lo que sea.

—¿Para qué, Pete?

—Sea lo que sea, ponlo a punto. Llénalo de balas y

déjalo cerca de tu cama, ¿vale? En todas mis visiones... ellos tienen armas. Necesitarás un arma de fuego para defenderte si resulta que tengo razón.

—Está bien, chico — dijo Leo mirando hacia la puerta—. Lo pensaré.

—Y si ves una furgoneta llegar a tu casa, una General Motors, color cereza, con llantas cromadas y tres personas dentro, una mujer y dos hombres, no les des opción a acercarse a

vosotros. ¿De acuerdo?
Túmbalos sin hacer
preguntas, Leo. ¿Lo harás?
Dime que lo harás, maldita
sea.

—Lo haré, Pete. Te lo
prometo.

Tomé aire y suspiré.

—Ojalá todo esto sea
una auténtica locura, Leo...

En ese momento Marie
entró en busca de su marido.
Leo me dio la mano y apretó
con fuerza mientras me
clavaba una mirada extraña.

—Cuídate, Peter.

Yo asentí con la cabeza.

Marie se acercó una vez más. Me miró fijamente y yo la miré a ella. Nos quedamos en silencio.

—Cuidaos, Marie.

—Lo haremos, Pete —
respondió ella.

Y sentí que había visto un profundo temor en el fondo de sus ojos.

4

El psiquiatra de pelo rizado y gafitas se llamaba John Levey y pasamos toda la mañana del día siguiente charlando en su consulta del hospital. Él preguntaba y yo respondía, no había prisa alguna. Le hablé de mi divorcio, de las razones por las que había salido de Ámsterdam, de mi trabajo,

de mis hijos. Le hablé de todo lo que él quiso. No oculté nada, traté de ser educado, civilizado, inofensivo... No en vano, él tenía la llave de mi futuro inmediato: volver a casa... o a ese edificio blanco, rodeado de jardines donde las personas hablan con las moscas.

Hablamos sobre las visiones. Él había charlado con Kauffman el día anterior, con lo que ya estaba al tanto de los

episodios, pero quiso escuchar mi versión del asunto. Se lo conté, tratando de no resultar demasiado «emocional», como si estuviera relatando un sueño. El joven doctor, con su camisa de cuello amarillo tras un jersey Lacoste color verde, con su pantalón de pana fina y zapatos Burton Derby, hizo algunas anotaciones y se quedó mirándolas. Era un chico de universidad y máster. Un chico crecido entre hombres

importantes que jamás aceptan un error. Ahora tenía un bonito galimatías delante de él, y por nada del mundo iba a admitir que no sabía por dónde cogerlo.

Habló del delirio persecutorio, de la parafrenia y la paranoia. De personas sujetas a un gran estrés emocional (un divorcio reciente, problemas graves en su profesión, ¿le suena?) y con su autoestima rozando los suelos. En estas personas, sobre todo en las

más inteligentes, el subconsciente construye una ilusión. Algo que da un nuevo sentido a sus existencias. Algo nacido de las ganas de sobrevivir al dolor. Pero a veces esa ilusión es deteriorante, nos destruye, nos aleja de la verdadera esencia de la vida. «¿Cree que eso puede estar pasándole a usted, Peter?» «Oh, claro, John, es una posibilidad. Realmente es una posibilidad».

John Levey, el joven

psiquiatra de treinta y tres años, quería acertar en su diagnóstico, quería que todos los libros que había leído en su bonita y cara universidad tuvieran sentido, así que dejé que así fuera. Y también dejé que me metieran aquellas tres pastillas debajo de la lengua y me mandaran de vuelta a mi habitación. Quizás es así como empiezan los locos.

«Loco, Pete».

Esa tarde, mientras nadaba en los efectos del

calmante, mi mente
jugueteaba con aquella
posibilidad.

Loco. Acabar loco.
Acabar tus días loco. En un
sitio, en alguna parte. Ser
una de esas almas
descarriadas que caminan en
bata por un pasillo con olor
a desinfectante. Uno de esos
que ya no compiten en la
vida. Diez pastillas al día.
Vivir atontado, capado
químicamente, incluso a
veces con el cerebro cortado
por la mitad. Pasear entre

jardines. Sentarse en bancos y pasar el día mirando los pájaros, hablando con las flores. Una jubilación anticipada. Quizá no estuviera del todo mal. No habría que componer, no habría música, ni fracasos.

Ellos hablaban de visiones, de sueños, de sonambulismo, y yo había estado dispuesto a creer todo eso, pero en el fondo estaba seguro, completamente seguro de que había visto, oído y sentido todo aquello.

Tenía golpes en el cuerpo y cicatrices sin cerrar en mi mente. El miedo, el terror absoluto al ver a aquellos hombres asaltando mi casa, y el atroz resultado de sus crímenes. Todo era real. No había pesadillas, ni sueños lúcidos, ni viajes astrales. Lo había vivido. Y de pronto, sin otra explicación, todo se desvanecía. Era como una broma macabra. Como el dibujo animado de Michigan J. Frog, la rana que solo cantaba (ópera) cuando

estaba a solas con su dueño, pero que se callaba cuando este trataba de mostrársela al mundo.

«Loco».

Quizá ya no hubiera marcha atrás. El rayo rompió algo en mi cabeza y nadie podía verlo. Pero ¿cuántas cosas desconoce la ciencia? Y para toda esa gris confusión de alteraciones incomprensibles existía una palabra:

«Loco».

Y existían lugares que la

sociedad había creado para ellos. Y a menos que yo consiguiera resolver aquel enigma, a menos que fuera capaz de responder a la Gran Pregunta, posiblemente estuviera comenzando a estarlo.

«Loco».

Las pastillas, el almuerzo y una noche insomne me cerraron los ojos durante la tarde. Dormí una larga siesta y cuando me desperté ya estaba oscureciendo. El árbol que

se veía desde mi ventana se agitaba y desprendía pequeñas ramas. Se había levantado un fuerte viento y el cielo se había oscurecido.

Llamé a la enfermera, que tardó un par de minutos en aparecer. Era una joven de pelo rubio y grandes y aburridos ojos azules.

—Hoy hay muy poco personal —dijo, disculpándose—, ahora le traeré la cena.

Le dije que no se preocupara por la cena y le

pregunté por la hora. Me respondió que eran las seis y media de la tarde. Oí el rumor de un trueno a lo lejos.

—¿Viene tormenta?

—Oh, sí, señor — respondió ella—. Una de esas tormentas de verano. Habían anunciado buen tiempo para la noche, pero ya ve.

—Una tormenta... — repetí.

—¿Perdón?

—Nada. Disculpe...

¿sabe si está el doctor Levey? Me gustaría hablar con él.

—No, señor —respondió—. Creo que se ha marchado sobre las cinco y media. Pero hace guardia desde su casa. ¿Necesita algo?

—No, no, déjelo. No es importante. Me gustaría llamar a mis hijos. ¿Le importa alcanzarme mi teléfono? Debería estar en mi chaqueta.

La enfermera abrió el armario y rebuscó en mi

chaqueta hasta dar con el teléfono móvil. Me lo acercó y después me preguntó si prefería carne o pescado para cenar. Elegí carne.

Cuando me hube quedado a solas marqué el teléfono de la tienda de Judie. Dejé que sonaran diez tonos en total y nadie respondía. Eran cerca de las siete de la tarde y probablemente ya habría cerrado, pero se suponía que estaba con los niños en la pensión. ¿O no? Después lo

intenté con su teléfono móvil, pero tampoco me dio tono. ¿Dónde demonios se habrían metido?

Empecé a ponerme nervioso y de mal humor, sobre todo al pensar en ese maldito John Levey y su sonrisa de niño pijo, y el hecho de que se hubiera marchado dejándome allí una noche más, como si aquello fuese un parque de atracciones en el que a uno le apeteciera quedarse por siempre jamás.

Y por otro lado estaba esa maldita tormenta.

«Una tormenta de verano; son bastante normales en esta época».

Comencé a preguntarme qué pasaría si me levantaba de aquella cama, me vestía y salía por la puerta de aquel hospital. ¿Darían la voz de alarma? ¿Pondrían a la policía tras mis pasos? La doctora Ryan me había dicho que estaba «bajo estricta vigilancia» y mis hijos estaban con Judie

porque la dirección del centro había pensado que era «más humanitario» que enviarlos a un centro de acogida. Eso, en resumen, significaba que era mejor no dar un paso en falso. Estaba seguro de que a Levey le encantaría firmar mi orden de ingreso en un psiquiátrico, quizá no muy lejos de allí, y poder convertirme en su cobaya particular. Nunca había llegado a publicar un gran artículo que le hiciera

famoso en la comunidad científica, y yo sería una gran historia. Destrozar mi vida y la de mi familia y amigos era un pequeño precio a pagar a cambio.

Volví a intentarlo con el móvil de Judie, y esta vez ni siquiera me dio señal. La voz de la operadora dijo que el abonado no se encontraba disponible o estaba fuera de cobertura.

«¿Dónde demonios te has metido, Judie?»

«He ido a dar un paseo

por el pueblo con los niños. Quizás a Monaghan, porque al final nunca les llevaste, o estamos comiendo palomitas en el puerto. Relájate, Peter Harper».

Pasé otra media hora debatiéndome en la cama, mientras oía el viento y los rumores de los truenos a lo lejos, todavía lejos de la costa. «Podría ir hasta Clenburrán a echar un vistazo —pensaba—. Dar un paseo, airearme, asegurarme de que todo el mundo está

bien y volver esta misma noche. Judie podría traerme en coche. Seguramente ni se darán cuenta. A fin y al cabo la enfermera se ha quejado de que hay muy poco personal esta noche».

Entonces sentí el teléfono vibrando entre mis dedos. «Bien, Judie —pensé—. Gracias a Dios».

—¿Sí?

—¿Peter? —La voz que sonaba al otro lado del teléfono no era la de Judie. Ni la de Leo ni la de Marie.

Tardé un segundo en reconocerla.

—¿Imogen?

—En carne y hueso, querido. ¿Cómo va todo?

Todavía desconcertado por aquella llamada, sin saber a cuento de qué venía Imogen en ese momento, todo lo que acerté a responder fue un corto: «Bien, todo bien».

—Perdón por la tardanza, estuve de viaje viendo unas propiedades en Escocia y volví hace dos

días a Londres. ¿Te gustaría vivir en un castillo? He encontrado un torreón reformado a veinte millas de Edimburgo... bueno, pero no te llamaba por eso. Ya tengo lo tuyo.

—¿Lo mío? —pregunté, incapaz de recordar.

—Sí, la investigación, ¿recuerdas? Querías saber si había ocurrido algo extraño en la casa. El fantasma que tu amiga había dicho que presentía.

—¡Ah! Dios. Había

olvidado todo eso, perdona.

Un trueno retumbó a lo lejos.

—Bueno, no encontré nada sobre fantasmas, pero estuve hablando con una compañera que llevaba la propiedad antes que yo. Me contó una historia curiosa. ¿Recuerdas que te hablé de un chico alemán que había alquilado la casa antes que tú? El investigador de aves migratorias. Debía ser un tipo un poco extraño, un erudito de la universidad de

esos que no saben ni freírse un huevo cuando llegan a casa después de leer su tesis. El tipo vino contando una historia rara sobre tus vecinos, los de la casa que está más allá de la colina. Se quejó de que alguien había invadido su propiedad, y aseguró que habían sido ellos. Laurie, la otra agente, le preguntó si quería poner una denuncia, pero el tipo alemán dijo que no. Que no le faltaba nada, que solo era una intuición. Una vez,

desde uno de sus observatorios, los había visto por casualidad reuniéndose con personas «extrañas». Tampoco sabemos de dónde sacó esta historia. Pagó por seis meses pero solo estuvo cinco. Se marchó perdiendo el depósito. ¿Has tenido algún problema por el estilo?

Tardé en responder. El corazón había comenzado a brincar dentro de mi pecho y tenía la boca seca porque el aliento, rápido y ansioso, me

la había deshidratado.

—No... no lo sé —
terminé diciendo.

—Oye, ¿estás bien, Pete? Si quieres podemos hacer un cambio. No te costará nada, corre de mi cuenta. Hay otras casas libres en la zona. Bueno, no tantas porque acaba de comenzar la temporada, pero siempre podremos encontrar algo.

—No, no hace falta, Imogen. Está bien. Gracias por todo. Ahora tengo que

dejarte...

Colgué el teléfono y me di cuenta de lo estúpido que estaba siendo.

Todo iba encajando. Las últimas piezas estaban ya en su sitio. Había llegado...

... La última noche en Tremore Beach.

5

Esperé a que llegase la cena. La enfermera se llamaba Eva, y aunque tenía bastante prisa por empujar su carrito de bandejas a lo largo del pasillo logré arrancarle algo de conversación. Resultaba que otra enfermera, Winny, estaba de luna de miel y Geraldine se había puesto

enferma; y se suponía que Luva estaba de guardia remota, pero había llamado para decir que una de sus hijas estaba vomitando hasta la primera papilla debido a alguna bacteria del estómago. Con lo cual solo estaba ella para cubrir media planta. «En este lugar la organización es así. Todo el mundo desaparece y le toca a una arreglar la papeleta a media planta».

Le dije que no se preocupara por mí. ¿Cuál era

mi medicación?

—Una pastilla de olanzapina y otra de estas azules antes de acostarse. Creo que se las puedo dejar aquí, a fin de cuentas ya son las ocho...

—Por supuesto, vaya tranquila. Me las tomaré después de cenar para no olvidarlas.

En cuanto Eva cerró la puerta, salté de la cama y comencé a vestirme. Di gracias a Dios porque a nadie se le había ocurrido

llevarse mi ropa o mis zapatos. Eso hubiera sido el final de mi plan. Pero todo estaba metido en una bolsa de plástico, junto con una chaqueta y algo de ropa extra que Judie había ido a buscar a mi casa. Así que cuando estuve listo me eché el albornoz por encima y salí de la habitación.

Recorrí el pasillo despacio y con aburrimiento, tal y como lo haría un paciente, mirando al interior de las habitaciones, algunas

de ellas abiertas, donde se podía ver gente viendo la televisión, visitantes hablando con mucha energía y enfermos sentados en sus camas, mirando al vacío. Con mi barba de tres días, mi pelo largo y sin lavar y el albornoz encima parecía otra de aquellas almas atrapadas en la enfermedad. La gente me miraba con lástima y yo les devolvía una mirada llena de profundidad.

Al llegar al vestíbulo encontré el mostrador de

admisiones desierto. Supuse que Eva estaría todavía repartiendo la cena.

Afuera, en la escalinata de la entrada, vi un hombre fumando y salí a unirme a él. Era un tipo delgaducho, con la cara chupada y los ojos casi transparentes. Le pedí un cigarrillo y me lo dio refunfuñando.

—El tabaco no está barato, amigo.

Fumé en silencio, esperando a que aquel tipo malhumorado se marchara.

Mientras tanto, observé la carretera y vi que apenas había tráfico. ¿Cómo demonios llegaría hasta Clenburrán?

En el exterior el viento comenzaba a rugir. Conocía ese sonido. Ese silbido furioso. Pronto llegarían las nubes con formas espirales, cargadas de rayos. Pero todavía quedaba tiempo.

—Parece que caerá una buena esta noche —dije tratando de entablar conversación, pero el tipo

malhumorado hizo como que no me había oído. Siguió fumando su cigarro como si nada.

Al cabo de un par de minutos, como si fuera un envío del mismísimo cielo, un taxi apareció por la carretera del hospital y vino a pararse justo al pie de las escalinatas. Yo todavía llevaba la bata puesta encima y el tipo del mal humor seguía allí, apurando su maldito cigarrillo. ¿Qué debía hacer? Si trataba de

cogerlo todavía vestido con la bata levantaría sospechas.

Los pasajeros se bajaron y el taxista nos miró a través del cristal.

—¿Necesitan un taxi? — exclamó, dirigiéndose a nosotros.

Estuve a punto de decir algo, pero el tipo de la mala baba se encargó de despacharlo antes de que yo pudiera abrir la boca.

El taxi se marchó por donde había venido. Y así lo hizo el malhumorado

personaje poco después. Me quedé solo en las escalinatas y mi cigarro se terminó. Miré hacia dentro y vi que el vestíbulo del hospital seguía vacío, así que decidí actuar rápidamente. Me deshice de la bata y la escondí bajo un pequeño banco de madera. Y ya de vuelta a mi aspecto de ciudadano normal y corriente, bajé aquellas escaleras y me dirigí a la salida del hospital.

Había un poste de autobuses allí al lado. El

número 143 conectaba toda la carretera regional desde Dungloe y llegaba hasta la entrada de Clenburrán. Otra cosa muy diferente era cuándo pasaría por allí. Esperar un autobús en fin de semana en Irlanda era y sigue siendo como esperar un milagro.

Decidí quedarme junto al poste para empezar a hacer autoestop. Por aquella zona era algo muy normal encontrarse locales haciendo «dedo» para recorrer unas

cuantas millas sobre ruedas. El hospital estaba cerca de Dungloe y casi todo el tráfico que pasaba iba en esa dirección, pero supuse que no tardaría en ver algún coche saliendo en dirección opuesta.

Pasaron tres o cuatro coches pero ninguno paró, incluso con la pequeña llovizna que había comenzado a caer. Supongo que mi aspecto no ayudaba precisamente. Lo intenté sonriendo de par en par,

poniendo cara de pena. Incluso lo intenté moviendo los brazos como si fuese una emergencia, pero con eso solo conseguí que el conductor pisara más a fondo su acelerador.

Entonces, al cabo de un rato, vi un coche emergiendo del aparcamiento del hospital. Me apresuré hasta los pilotes de la salida y lo abordé según hacía el *stop*.

—¿Van hacia el este? — pregunté haciendo un gesto con mi pulgar—. El autobús

no ha aparecido en media hora.

El coche lo conducía un chico joven y a su lado iba sentada una mujer mayor.

—Sí —respondió el muchacho—. ¿Adónde va usted?

—Clenhburrán.

—Ah... lo conozco. Puedo dejarle en el cruce de la gasolinera. —Supuse que se refería al Andy's—. Desde allí solo tiene un par de millas andando.

—Ok. Gracias.

Monté en la parte de atrás de aquel cómodo y viejo Toyota lleno de botellas vacías de Gatorade y periódicos. El muchacho se llamaba Kevin y aquella señora era su abuela. Venían de ver a la madre de Kevin, que estaba ingresada por un tumor en los ovarios.

—¿Y usted?

—¿Yo?... Ah... un viejo amigo. Se rompió la espalda en un accidente. Lo han sepultado en yeso, pero por lo demás está bastante bien.

La abuela preguntó por lo que había dicho y Kevin le repitió mi respuesta en voz alta. Esa fue más o menos la tónica del resto del viaje. Kevin preguntaba algo, yo respondía y Kevin repetía mi respuesta para su abuela, que casi siempre parecía muy contenta de escuchar todo aquello. En la radio iba sonando un éxito de los Frames: *Revelate*.

«Todo lo que necesito es una revelación».

El Andy's apareció

después de una curva. A lo lejos, todavía suficientemente lejos, el frente tormentoso había adquirido la silueta de un titánico fantasma. Una larga y oscura capa que se extendía allá donde pusiera uno la vista. Pensé que todavía faltaría una hora hasta que aquello llegase a la costa.

Kevin se desvió hacia la gasolinera para apearme.

—Le llevaría a su casa, pero tenemos algo de prisa

—se disculpó el muchacho.

Le respondí que no se preocupara, que llegaría allí antes de que se pusiera a llover. En realidad solo había diez minutos de camino hasta el pueblo, y allí pensaba encontrarme con Judie y los niños en la pensión. Me despedí dándole las gracias primero a él y después, en voz alta, a su abuela. Después el Toyota volvió a la carretera y se perdió tras la primera curva.

El Andy's contaba con una cafetería de carretera, uno de esos sitios donde nunca deberías comerte un sándwich o tomarte un café si no quieres que te duela la tripa el resto del viaje. Yo me había saltado la cena y mis tripas habían empezado a crujir y pensé, por un instante, en pasar por allí para comprar una barrita de chocolate, pero decidí que sería mejor llegar donde Judie y los niños primero.

Estaba mirando hacia la

cafetería, cuando me fijé en que había un par de coches aparcados allí. Furgonetas.

«Vamos, Pete, cruza la maldita carretera y vete a buscar a los niños y Judie».

Viajeros, seguramente. Había mucha gente recorriendo el norte del país en verano. De *camping* en *camping*. A veces las distancias eran largas y había que pararse a descansar.

Uno de ellos era un monovolumen blanco, pero

el que estaba justo al lado, era...

... apenas podía ver algo más que su frontal, pero entonces distinguí algo que me hizo quedarme parado junto a la carretera...

Era el inconfundible logo de la General Motors Company.

«Una de esas que tienen una puerta corredera. Cuando tenía diecisiete años soñaba con comprarme una, meter la tabla de surf y recorrer el sur de Francia de

playa en playa».

Color cereza. Llantas cromadas.

No podía ser otra. La furgoneta de mis peores pesadillas.

6

No había un solo coche repostando en ese momento. El viento esparcía las hojas de un periódico por entre los surtidores. En los altavoces de la gasolinera sonaba la retransmisión de un partido de *hurling* entre Leinster y Munster.

Una de esas hojas de periódico fue a meterse bajo

el chasis de aquella furgoneta General Motors que, bajo la tenue luz del aparcamiento, parecía estar vacía.

«No puede ser. Solo voy a echar un vistazo para descartar esta ridícula idea. Uno no puede tener tanta suerte».

Me acerqué al edificio simulando mirar las cosas que se vendían fuera de la tienda. Leña y turba para las chimeneas, hielo en bolsas de plástico, pienso para

perros, periódicos. A veces la gente no se quiere ni bajar de sus coches para comprar el periódico. Y después se preguntan por qué el infarto es la causa número uno de muertes en Irlanda.

Llegué a la esquina. El monovolumen gris era el que estaba aparcado más cerca del edificio y a continuación estaba la furgoneta GMC.

Noté que las piernas empezaban a temblarme.

Era una brillante y nueva

GMC modelo Savana color cereza, matrícula de Belfast. Había muchas, claro, había muchas furgonetas como esa en el mundo. Una General Motors Savana color cereza, pero ¿cuántas tenían las llantas cromadas? Supongo que algunas menos.

Estaba tan jodido que cerré los ojos y me dije: «Despiértate en el hospital, ahora mismo, y cómete la cena». Pero cuando los volví a abrir, allí seguía.

El parabrisas era una

gran masacre de mosquitos, por lo que supuse que llevaría viajando unas cuantas horas. También me fijé en el ambientador que colgaba en su espejo retrovisor y que tenía dibujado el logotipo de Hertz. «De alquiler», pensé, como si aquello tuviera sentido.

Me entretuve mirando unos envases de aceite para coche mientras trataba de recordar la matrícula. Pensé que la tenía, pero la olvidé

un minuto más tarde. Mi cabeza iba a cien por hora.

Caminé hasta la entrada de la gasolinera y las puertas mecánicas se abrieron ante mí. A la izquierda, tras el mostrador, una adolescente con acné me saludó amablemente. Le devolví el saludo con la cabeza. Con mi garganta seca y estrangulada por el miedo no hubiera podido emitir una sola palabra en ese momento. A la derecha se encontraba la zona de la

cafetería y el mini supermercado. Caminé entre dos estanterías llenas de revistas, paquetes de patatas fritas y chocolatinas hasta que finalmente superé una columna que me impedía ver a los clientes que estaban sentados en las mesas de la cafetería. Cogí una revista de la estantería e hice como que la miraba. Podría haber sido una revista porno con animales y no me hubiera dado cuenta.

Había dos mesas

ocupadas en ese momento. En una de ellas cenaba una familia —supuestamente los dueños del monovolumen gris que estaba aparcado junto a la GMC—. Dos niños de la edad de Jip corrían alrededor de la mesa peleándose por la posesión de algún juguete, mientras que sus padres almorzaban en silencio, compensando con expresión avergonzada el estruendo de sus vástagos.

El otro grupo estaba junto a una de las ventanas.

Allí había cuatro personas. A tres de ellas —una mujer morena, un hombre muy grueso y otro más delgado, con gafas de sol redondas y el pelo pegado a la cabeza, y cortado a lo casco— ya las conocía. El cuarto, al que no había visto antes, era un tipo fornido y alto que se sentaba junto a la mujer y que en esos momentos estudiaba un mapa de carreteras. Los demás bebían café y comían sándwiches en silencio, ojeando sus teléfonos

móviles o atendiendo al mapa. Parecía que estaban buscando algo y que todavía no lo habían encontrado. ¿Tremore Beach?

Es difícil describir lo que me pasaba por la cabeza en esos instantes. Trataba de sujetar la revista entre mis manos y de mantener mis labios cerrados, pese a que quería ponerme a gritar. Pensé en intentar frenarles allí mismo. Matarlos. Rociarlos de gasolina y prenderles fuego.

Los observé durante un largo minuto mientras trataba de pensar qué era lo que debía hacer ahora. Cuatro personajes con cierto aire exótico, a los que uno podría confundir con hombres de negocios o quizá personas del mundo del cine. Yo era el único que sabía quiénes eran, y también el único que sabía lo que se proponían hacer. Dejé la revista en su sitio. Fui al mostrador y compré un paquete de chicles. La

adolescente con acné me ofreció un 3×2 si rellenaba una encuesta. Le dije que no tenía tiempo y le dejé un billete de diez euros en el mostrador.

—Una sola cosa, querida —le dije—. ¿Ves a esos cuatro tipos sentados allí en el fondo?

—Sí.

—No me refiero a la familia, sino a los tres hombres y la mujer. ¿Los ves?

—Sí, sí, claro.

—Han venido en esa furgoneta, ¿verdad? —dije señalando a la GMC que se podía ver a través de la ventana—, la de color cereza. La puedes ver, ¿verdad?

—Sí —respondió ella—, ¿por qué?

—Oh, por nada. Me pareció verles esta mañana en Dungloe, creo que son gente del cine. Quizás están buscando una localización para una película.

—¿En serio? —dijo la

chica, abriendo los ojos como platos—. Mi hermana Sarah quiere ser actriz.

—Entonces quizá deberías hablar con ellos cuando se marchen.

Salí de allí, caminando despacio hasta la carretera, sintiendo mi cabeza y mi estómago a punto de estallar por los nervios. Crucé con cuidado. En ese momento hubiera sido fácil que un camión me pasara por encima. Además, aquellos cuatro asesinos estaban

cerca de la ventana y no quería que vieran a nadie corriendo despavorido en dirección al pueblo.

Una vez estuve al otro lado de la carretera, saqué el teléfono móvil de mi chaqueta y marqué el número de Judie. Esta vez, la voz de una operadora me dijo que el teléfono no estaba disponible. Después lo intenté con Leo y Marie. El teléfono de su casa comunicaba y los móviles ni siquiera daban tono. Miré el

frente tormentoso,
retumbando a lo lejos.
Supuse que el mal tiempo
habría comenzado a
interferir en los teléfonos.
Por otro lado, reconozco que
no pensaba mucho en
aquellos momentos. No
tenía claridad de ideas, solo
un terrible pánico. Podría
haber suplicado ayuda a
algún conductor (¿pasó
alguno realmente?), o
incluso podría haberme
desviado hacia High Street y
pasar por el Fagan's y alertar

a todos los que estuvieran allí, pero todo cuanto hice fue correr. Quería llegar a la tienda de Judie, poner a mis hijos a salvo y entonces hacer las mil llamadas que tenía que hacer, comenzando por la casa de Leo y Marie, la policía, el ejército, lo que fuera.

Enfilé la pequeña comarcal de Clenburrán. Primero a paso normal y después, cuando vi que ya me había alejado lo suficiente de la gasolinera,

acelerando las piernas hasta que finalmente me encontré corriendo al límite de mis fuerzas.

Aguanté diez minutos a ese ritmo, corriendo como no había corrido en los últimos diez años. Después tuve que parar a tomar aire y a reprimir unas terribles náuseas. Supongo que las pastillas que había tomado en el hospital no ayudaban precisamente, ni los diez cigarrillos diarios. Odié mi cuerpo blandengue y llorón

mientras trataba de meter aire en mis pulmones y evitar un inconveniente arranque de vómito.

Miré hacia la carretera. Me imaginaba que en cualquier momento aquella furgoneta me adelantaría y entonces solo me quedaría gritar o lanzarme bajo sus ruedas. Comencé a caminar apresuradamente, una especie de marcha desesperada y agotada, mientras que mis pulmones hacían asmáticos esfuerzos

por seguir llenándose de aire.

Cuando finalmente alcancé las primeras casas de Clenburrán había comenzado a llover. El pueblo estaba desierto, todo el mundo, imaginé, estaría cobijándose en el Fagan's, con cerveza y una amplia reserva de conversación e historias que debía durar el resto de la noche.

Bajé por Main Street sin cruzarme con nadie excepto dos niños que me miraron

con una malévola sonrisa al verme caminar con aquellas prisas y falta de aliento. La tienda de Judie estaba cerrada, y a través del escaparate no podía verse luz alguna. Me dirigí directamente a la puerta de la pensión y allí descargué unos apresurados y fuertes golpes, como si fuera mi último acto antes de caerme muerto.

Tras unos segundos de silencio, en los que aproveché para recobrar algo

de aliento, oí unos pasos corriendo escaleras abajo.

«Judie —pensé—.

Gracias a Dios».

Pero la persona que me abrió no era Judie, sino un tipo grande, de abundante barba pelirroja, al que creía haber visto alguna vez, pero que no podía recordar.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

Tragué saliva antes de hablar.

—¿Dónde... está Judie?

—Mi voz sonaba ahogada y

ronca, el tipo no ocultó su sorpresa. Se plantó con los brazos en jarras ocupando todo el ancho de la puerta.

—¿Judie? —dijo el barbudo, mirándome de arriba abajo. Supongo que debía tener un aspecto terrible en esos instantes—. ¿Quién lo pregunta?

Hubiese deseado gritarle, pero no tenía fuerzas para eso.

—Está con mis hijos... por favor, dígame que soy Peter.

Estas palabras le hicieron reaccionar.

—¡Ah, claro! Usted es el padre de los niños. ¿Ya ha salido del hospital? Judie pensaba que se quedaría usted una noche más...

—Me... me dieron el alta —respondí.

—Oh, bueno, felicidades. Verá, Judie no está aquí. Se fue a la casa de unos amigos suyos, en la playa.

Al escuchar aquello sentí que el suelo se abría bajo

mis piernas.

—¿Cómo...?

—... creo que es culpa nuestra, ¿sabe? —continuó diciendo el tipo, ahora muy amigable conmigo—. Hemos aparecido de improviso esta tarde. Como la pensión suele estar vacía casi siempre ni siquiera llamamos, y Judie no quiso dejarnos en la calle.

Entonces recordé de qué conocía a aquel tipo. Era uno de los músicos que solían tocar en el Fagan's.

Por su maldita culpa mis hijos todavía estaban en peligro. ¡Judie los había llevado al lugar donde todo estaba a punto de pasar... precisamente esa noche!

—¿Tiene un coche? Necesito que me preste su coche.

—Nunca conducimos cuando venimos aquí. Ya sabe —dijo, guiñándome un ojo y haciendo el gesto de beber con una mano—. Pero si quiere le puedo prestar una bicicleta. Judie tiene

unas cuantas en el jardín de atrás.

Miré a un lado y al otro de la calle, que estaba desierta. Si entraba en el Fagan's pidiendo ayuda quizás alguien se prestara a llevarme... pero quizá tardase demasiado en convencer a alguien. La furgoneta no había aparecido en todo ese tiempo y recordé a los tipos, cómodamente sentados y bebiendo sus cafés. Quizás estuvieran haciendo tiempo hasta que

fuese realmente tarde. Pero eso era algo sobre lo que no tenía ninguna certeza.

—Sí —dije finalmente—, cogeré una de esas bicis.

El fantasma seguía creciendo en el horizonte. Negro, cada vez más negro. Una gigantesca cabeza se había formado en el centro de aquella pared de nubes, una especie de planeta a punto de estallar sobre nosotros.

Pedaleando la vieja bicicleta, sentía mis piernas

duras y atenazadas. El viento de la tormenta frenaba mis esfuerzos por avanzar. La lluvia saturaba mis ojos, y la escasa luz de esas horas no ayudaba a ver con claridad las caprichosas curvas del camino.

Nunca había recorrido el trecho entre Clenhburrán y el Diente de Bill andando, ni siquiera en los días de buen tiempo. Siempre había conducido por allí, y como casi nunca me cruzaba con nadie (excepto quizá Leo y

Marie), solía ir rápido, unas cincuenta o sesenta millas por hora, con lo que solía tardar unos quince minutos en atravesarlo. Esa noche, en cambio, el camino parecía eterno. Llevaba quince o veinte minutos pedaleando con todas mis fuerzas y todavía no atisbaba a ver el mar. Era como si los duendes hubieran retorcido el camino para que no acabara.

Alcancé una primera elevación del terreno, donde

un árbol muerto y solitario me saludó con sus ramas en forma de garra retorcida. Allí paré un segundo a tomar aire después de luchar contra aquella inclinación. Si no recordaba mal, estaba más o menos en el primer tercio de la distancia. Miré hacia atrás y vi las luces de Clenhburrán difuminadas en la lluvia como una pintura hecha a acuarela. No se veía ningún vehículo acercándose por el camino.

Volví a intentarlo con el

teléfono, pero esta vez ni siquiera llegué a escuchar a la operadora. Allí, en medio de la turbera, el icono de cobertura de red no mostraba ni una raya.

«Vamos. Sigue —me dije—. No pares ni muerto».

Comenzaba una larga cuesta abajo y me lancé por ella sin dejar de pedalear. Recordaba que había una curva no mucho después de terminar la cuesta y me preparé para girar. Pero la curva llegó antes de lo

previsto. Supongo que iba demasiado rápido, o que tomé la curva por el lado que no debía. En cualquier caso, ya era demasiado tarde cuando percibí el borde del camino bajo mis ruedas, y demasiado tarde para mis frenos, que de todos modos resbalaron antes de causar ningún efecto en las ruedas. Sentí que la bicicleta salía proyectada por el aire. Después se golpeó con tres o cuatro piedras antes de pararse en seco con algún

obstáculo mayor y hacerme perder el equilibrio. Caí de lado contra un suelo esponjoso y húmedo, y me golpeé el hombro de lleno contra algo bien duro.

Escuché un crac, pero ni siquiera tenía aliento para gemir de dolor.

«Mierda. Mierda. Mierda», le grité a aquel suelo yermo y estepario, mientras la lluvia acababa de empapar la parte de mi cuerpo que todavía no se había embadurnado de barro

y agua.

Sentí un terrible dolor en el hombro izquierdo. No estaba roto, porque podía moverlo un poco, pero seguramente se había dislocado o resquebrajado un poco. Me levanté. Encontré la bicicleta a un lado del camino. La tomé con el brazo derecho y la devolví al asfalto. Después me monté con cuidado, tratando de no apoyar mi brazo en el manillar, y puse el pie en el pedal derecho.

Tomé impulso pero entonces noté que el pedal se resistía a girar.

Me desmonté y, después de maldecir a todos los demonios y duendes de Irlanda por aquella mala suerte, tumbé la bicicleta en la carretera y la volví a levantar con las ruedas hacia arriba. Busqué la cadena negra y el eje grasiento del piñón y traté de casarlos, pero el problema parecía estar en otro sitio. La cadena se había trabado en la

catalina, en algún lugar bajo una cubierta protectora de plástico, que —para mejorar las cosas— estaba atornillada por tres puntos al cuerpo de la bicicleta.

Traté de arrancar la cubierta, pero estaba condenadamente bien sujeta, además de que los bordes de plástico estaban tan afilados que consiguieron hacerme sangrar en un par de dedos. Pensé en buscar una piedra para romperla a golpes, pero terminé desistiendo. En un

arranque de furia primitiva le solté una patada y la dejé en medio de la carretera, y continué la marcha andando a toda prisa.

«Vamos, maldita sea, rómpete las piernas si hace falta, pero corre».

No podía correr toda aquella distancia, lo sabía, pero caminé tan aprisa como era capaz. Había otra suave colina frente a mí y, si no recordaba mal, tras ella solo había una llanura que iba a terminar en el Diente de

Bill. Tardaría otros veinte minutos, pero llegaría.

Los relámpagos, que hasta el momento se habían contenido entre las nubes, comenzaron a descargar a lo lejos, quizá todavía en el mar. Su resplandor iluminaba la tierra durante unos pocos segundos en cada descarga, creando largas sombras en el suelo, en aquella vasta e inclemente estepa, barrida por el agua y el viento en la que yo era como un insecto

con el ala rota,
arrastrándome penosamente.

Hacia años que mis
labios no habían
pronunciado una oración.
Hacia años que no me
acordaba de Dios, pero en
aquel momento fue todo lo
que se me ocurrió. Pedirle
perdón por haberme
olvidado de Él y pedirle un
favor especial: que me diera
tiempo, solo un poco más de
tiempo para llegar junto a
mis hijos.

Y quizá Dios me

escuchó y entendió mal mi deseo. O quizá lo entendió perfectamente, pero decidió gastarme una pequeña broma. Lo pensé cuando vi mi propia sombra alargarse en el suelo frente a mí. Al principio imaginé que se trataría de un rayo, pero la sombra permaneció allí y lentamente la tierra se iluminó a los lados. Entonces comprendí lo que estaba pasando.

Me giré y observé los faros de un vehículo

acercándose por la carretera. Era ya demasiado tarde para lanzarse a orillas del camino, o para tratar de esconderse, por lo que me quedé quieto, en medio del camino, con la mano levantada frente a los ojos para evitar que las luces me cegaran. Fue todo lo que se me ocurrió, quedarme allí quieto e impedirles seguir.

Según llegaban a mi altura alcé la mano y sonreí. La furgoneta comenzó a frenar y pude verla con mayor claridad. Era, por

supuesto, la GMC Savana
color cereza.

7

Me acerqué despacio, con prudencia, pensando en que tartamudearía de terror si me veía obligado a decir algo. Vi descender la ventanilla del conductor. Tras ella apareció aquel tipo nuevo, el de la mandíbula fuerte que ya había visto en la gasolinera. Tenía un rostro atractivo, como el de

un galán de películas de los sesenta. A su lado viajaba la mujer y por primera vez vi su cara. Llevaba el pelo negro recogido en un moño, una cara redonda, lunar, donde los ojos eran como dos accidentes de piedra negra, brillantes, fríos.

—Gracias a Dios que han aparecido —dije, y mi voz sonó angustiada—. Mi bicicleta se ha estropeado ahí atrás y...

—La hemos visto —me interrumpió el tipo de la

gran mandíbula, con un acento claramente norteamericano—. La ha dejado usted en medio de la carretera. Casi la aplasto, ¿sabe?

—Oh, de verás lo siento —respondí—, yo...

En ese momento la mujer, que miraba hacia delante sin prestarme atención, dijo algo en francés. El conductor asintió levemente con la cabeza. Después sonrió, mostrando dos hileras de gruesos y

blancos dientes y apoyó su brazo en la ventanilla.

—¿Vive usted en la playa?

—Sí —respondí—. ¿Van hacia allí?

Era una pregunta estúpida ya que el camino solo tenía una dirección.

—Vamos a visitar a unos amigos —terminó diciendo el conductor—. Quizá los conozca. Se llaman Leo y Marie Kogan.

«Que si los conozco, matón hijo de...»

—Claro que los conozco. Son mis vecinos.

—¡Sus vecinos! Qué casualidad —celebró el tipo. Después miró por el retrovisor y se dirigió a los pasajeros que iban en la parte trasera—. Randy, Tom, hacer sitio ahí atrás. Es el vecino de Leo y Marie. Le llevaremos a casa.

Oí el sonido de la puerta corredera abriéndose y deslizándose por el raíl.

—Póngase cómodo, amigo, le ahorraremos un

largo paseo bajo la lluvia.

Allá atrás estaba Randy, el alto y larguirucho clon de Lennon, con sus gafitas redondas que le ocultaban los ojos y su pelo que parecía recubierto de alquitrán. Estaba sentado de espaldas al conductor; yo me senté frente a él, junto al gordo, que se llamaba Tom.

«Encantado de conoceros finalmente», pensé para mis adentros.

Tom me hizo hueco a su lado y comentó algo que no

entendí, pero que creo que iba sobre mi aspecto. Randy esbozó una sonrisa. La sonrisa de una serpiente a punto de merendarse un ratón.

—¿Qué le pasó a su bici, colega? —preguntó.

Tenía la voz ronca y áspera, como si alguien le hubiera cortado dos o tres cuerdas vocales y las hubiera sustituido con lija. También, como el conductor de la mandíbula de acero, su acento era inequívocamente

norteamericano. Su aliento olía a cigarrillos.

—Me resbalé y me caí con ella —respondí doliéndome del hombro—. La muy hija de puta casi hace que me mate. Volveré a por ella más tarde.

Noté que mi voz temblaba un poco y que mi garganta estaba llena de nervios y saliva. Me aclaré la voz y traté de calmarme. Tom y Randy se miraron entre ellos sonriendo.

—Claro, más tarde —

dijo Tom.

Se gastaron la broma en silencio, cómplices. Por poco no se echaron a reír allí mismo. Tenían la sonrisa de dos lobos, de dos depredadores. Pero no necesitaba su sonrisa para saberlo; había visto lo que eran capaces de hacer.

Traté de concentrarme. La furgoneta avanzaba a buena velocidad y muy pronto estaríamos en el Diente de Bill. ¿Qué debía hacer? ¿Lanzarme sobre el

conductor, meterle los dedos en los ojos, provocar un accidente? Dudaba de que funcionase. Posiblemente el gordo me rebanaría el cuello con su cuchillo (que posiblemente llevaba en alguna parte, quizás escondido bajo su gabardina negra) antes de que pudiera contar hasta tres. Registré disimuladamente la cabina. Todo estaba muy oscuro. Observé las manos de Tom y Randy. Tom las llevaba quietas, sobre los muslos.

Randy hacía chasquear los dedos, con nerviosismo. No llevaban nada a la vista, pero seguro que sus armas no estaban muy lejos. Quizá si lograba hacerme con un revólver..., pero ¿en qué momento podría hacerlo? De cualquier forma, no podía dejarles llegar a casa de Leo y Marie. Judie y los niños estaban allí. Tenía que pensar en algo... y rápido.

Entonces me di cuenta de que Randy me estaba mirando fijamente. Tenía

una boca pequeña, llena de dientes pequeños y afilados.

—¿Tiene un cigarrillo?

—No, lo siento —dije, echándome la mano a la camisa, donde aún conservaba el paquete de chicles que me había comprado en el Andy's—, pero puedo ofrecerle un chicle.

—Aguántate hasta que lleguemos, Randy —gritó el conductor.

—Que te jodan, Frank.

—Después rehusó mis

chicles con un gesto despreciativo. Y así supe cómo se llamaba el conductor—. ¿Vive aquí todo el año? —preguntó después.

—Solo por unos meses —respondí—. Alquilo una casa de veraneo.

—De veraneo —repitió con sarcasmo—, ¿has oído eso, Tom? A esto lo llaman verano en Europa.

El gordo Tom sonrió y asintió moviendo la cabeza, que reposaba en un gran

cuello casi inexistente. Aquella escoria era incapaz de ocultar su ralea. Apestaban a delincuencia, y quizá les daba igual. Quizá ya habían decidido que me matarían de todos modos.

—¿Son ustedes norteamericanos? — pregunté. Había dudado si hacerles preguntas, pero pensé que era lo natural dada la situación.

—Todos menos Manon —respondió Randy, señalando hacia atrás, a la

mujer—. Ella es francesa, ¿sabe? *La France* —dijo exagerando un acento francés—. Fuimos todos compañeros de Leo. En el hotel. Se lo contó, ¿verdad?

—Ah, sí. El hotel —dije.

—Estamos de viaje y queríamos darle una sorpresa.

—Qué bien.

—¿Ha venido con su familia? —preguntó Tom entonces—. ¿A pasar las vacaciones tal vez?

Sonreí y tosí para darme

algo de tiempo para pensar.

—Sí. Llevo viniendo muchos años y conozco a casi todo el pueblo. Por cierto, esta noche había organizado una pequeña fiesta. Están ustedes invitados. Díganse a Leo y Marie cuando les vean.

—Oh, una fiesta, ¡qué bien! ¿Has oído, Manon? — dijo girándose hacia la mujer, que permanecía en silencio, mirando hacia delante—. Quizá podamos convencer a Leo y Marie

para ir todos juntos.
¿Quedan muy lejos sus
casas?

Vi a la mujer a través del
espejo. Sonreía con frialdad.

—No... no muy lejos. Y
vendrá bastante gente —
subrayé—. Anímense.

Mentir sobre la fiesta, y
sobre el hecho de que
esperaba gente esa noche me
había parecido una buena
idea. Quizás aquellos
asesinos ralentizarían sus
movimientos si esperaban
mucha gente por la zona.

Aquella mentira me inspiró a seguir mintiendo. Cuando Randy había preguntado si nuestras casas quedaban muy lejos me hizo darme cuenta de que aquellos tipos no habían estado nunca por allí. No conocían la zona y eso jugaba a mi favor. Eso, y el hecho de que no había un solo cartel en toda la carretera.

Nos aproximábamos al Diente de Bill cuando entoné un carraspeo y dije:

—Cuándo lleguemos al

cruce pueden dejarme allí. Bajaré andando hasta mi casa.

—Ni hablar, amigo — respondió Frank desde el puesto de piloto—. Le llevaremos hasta la misma puerta de su casa. Faltaría más.

—Eso —añadió Randy —, no le dejaríamos andar con la que está cayendo. Los amigos de Leo y Marie son nuestros amigos.

Aquel último comentario suscitó las risas de los tres

hombres. Me imaginé por qué. Manon, en cambio, permanecía callada con la vista al frente. ¿Pensaba?

Lo que estaba claro es que aquellos tipos no tenían ninguna prisa. Estaban a punto de caer sobre los Kogan como un águila real cae sobre un ratón dormido y lo más inteligente era echar un vistazo alrededor. Además, pensé que quizá ya habían decidido venir a por mí después de encargarse de Leo y Marie. Tan solo para

borrar cualquier huella. O quizás estaban a punto de hacerlo.

Se me ocurrió algo bastante arriesgado, pero entonces me pareció una idea brillante: llevarles directamente a casa de Leo y Marie. «Con suerte, Leo recordará lo que le dije y si ve la furgoneta nos asará a tiros. Yo estaré preparado para lanzarme al suelo. En cualquier caso, para cuando descubran el pastel, ya habrás puesto a todo el

mundo alerta. Leo tiene una radio. Nos encerraremos en la casa y aguantaremos allí».

Era mi única oportunidad.

Los faros de la furgoneta iluminaron el viejo árbol del Diente de Bill y yo tragué saliva. Era el momento de jugarse el todo por el todo, aunque a aquellas alturas ya poco importaba fallar. Solo había dos maneras de terminar aquella noche, con una bala en la cabeza o sin ella. Y ahora lo único en lo

que pensaba era en Jip, Beatrice, Judie y mis amigos, en darles una sola oportunidad contra aquellos monstruos. Nada más. Moriría tranquilamente si al menos era capaz de salvarlos.

—Ahora, gire a la derecha, por favor —dije en cuanto noté que la furgoneta comenzaba a desacelerar en el cruce. Lo dije sin un solo temblor en la voz. Mi mentira sonó como una perfecta y confiada

indicación de tráfico.

No obstante, noté un tenso silencio entre mis acompañantes.

—Le dejaremos en su casa, amigo —repitió Frank desde el volante—. ¿Es por ahí?

—Sí —respondí tratando de sonar seguro y tranquilo—. La casa de los Kogan es a la izquierda, bajando por ese camino. Yo vivo en una un poco más grande, bajando a la derecha —dije, señalado hacia la casa de

Leo y Marie.

Después de un silencio de pocos segundos, que a mí me resultó eterno, Manon miró al conductor y asintió con la cabeza. Frank giró hacia la derecha y enfiló la casa de Leo y Marie.

Parecía que se lo habían tragado. Ahora tenía que aguantar la cara de póquer cuanto pudiera.

El temporal estaba justo encima de la playa. Los limpiaparabrisas de la furgoneta, a su máxima

velocidad, no eran capaces de retirar toda el agua que nos caía encima, como si estuviéramos dentro de un lavavajillas. La imagen me era familiar: aquella misma tormenta me había llovido encima tres veces en los últimos meses.

La furgoneta bajó despacio por la colina hasta la casa, en la que se veían luces encendidas. Recé para que Leo no nos viera llegar e hiciera algún ademán de salir a recibirnos (y si es que

lo hacía, que fuera a tiros). Además, recordé el buzón que había junto a la verja del jardín y que —aún con letra muy pequeña— allí no decía Harper, sino Kogan.

—Pueden dar la vuelta aquí mismo —dije, cuando aún no nos habíamos acercado demasiado—. Ahí delante hay bastante arena y con esta agua puede que las ruedas les patinen.

«Bravo, Peter. Hoy estás inspirado».

—¿Seguro, amigo? Se

va usted a empapar.

—No hay problema. Son solamente cien metros. Con todo lo que me han ahorrado ustedes, bien puedo correr un poco bajo la lluvia.

Frank hizo caso otra vez. Frenó a unos veinte metros de la casa y maniobró un poco para dejar la puerta corredera de cara al camino. Cuando hubo parado, muy despacio, busqué la manija, deslicé la puerta y salté a la arena.

—Muchas gracias por

todo —grité a través del viento—. Me han salvado de una buena.

Frank bajó su ventanilla y miró hacia la casa con los ojos brillantes. A su lado, la mujer se estaba encendiendo un cigarrillo y la llama iluminó sus ojos de piedra, de muñeca inánime.

—Bonita casa —dijo Randy, sonriendo entre los asientos delanteros.

Y no me gustó cómo sonreía.

—Gracias —respondí,

aguantando la mirada como pude—. Saluden a Leo y Marie de mi parte. Y díganles que se animen y vengan todos juntos. Será divertido.

La ventanilla volvió a subir y Frank hizo maniobrar la furgoneta en dirección al Diente de Bill.

Yo comencé a andar apresuradamente hacia la casa, mientras sentía que me faltaba el aire otra vez. Al llegar a la puerta miré hacia atrás y vi las luces de la

furgoneta perderse tras la primera curva. Con el corazón a punto de salirseme del pecho, golpeé la puerta con fuerza.

—¡Leo! ¡Marie! ¡Abrid!

La historia se repetía otra vez. Una noche de tormenta. Golpes en la puerta. Una visita inesperada.

8

Fue Leo quien vino a abrirme. Esta vez ni siquiera esperé a ver su reacción. Empujé la puerta e invadí su casa, llevando conmigo toda el agua y la suciedad de la playa y la tormenta sobre su alfombra.

—¡Ciérrala! —grité mientras me limpiaba los ojos con la manga de mi

chaqueta.

Frente a mí estaba Leo, vestido con unos vaqueros y una camisa de cuadros. Me miraba estupefacto y con una interrogación dibujada en los ojos.

Miré a un lado y al otro buscando a los niños, a Judie, a Marie. Había esperado encontrármelos a todos en el salón, jugando una partida de Scrabble y bebiendo chocolate caliente. Pero allí no había nadie.

—¿Dónde están mis

hijos, Leo?

Mi voz temblaba. De hecho, todo mi cuerpo era como un terremoto. La tensión que había acumulado dentro de esa furgoneta, rodeado de esos asesinos, estaba pidiendo reventar por alguna parte. Tenía ganas de llorar, de gritar, pero lo primero era tener a mis hijos. Uno en cada brazo.

—¡Pete! —exclamó Leo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué haces aquí?

Marie apareció por la

puerta de la cocina, vestida con un pijama de color púrpura. Me giré hacia Leo. Le hablé tan rápido como fui capaz aunque mis palabras trastabillaban unas con otras.

—Los niños, Leo, ¿dónde están? No hay tiempo. Ya están aquí. Tenemos que protegerlos.

—Tranquilo, Pete. Están con Judie, a salvo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te has largado del hospital?

—Sí... sí... Vino la tormenta y pensé... pensé

que era la noche. Acerté. Me los encontré en el Andy's... Leo, las personas de mis sueños han llegado. Ellos... la mujer... los hombres... la furgoneta. Están aquí. Traté de llegar a tiempo para avisaros, pero tuve un accidente... y me los encontré en el camino. He logrado engañarles. Les he dicho que esta era mi casa y me han traído hasta aquí. Pensaba encontraros juntos. ¿Dónde están Judie y los niños? No estaban en la

pensión. Me dijeron que estaban aquí con vosotros.

Leo miró a Marie con una expresión que solo podía querer decir una cosa: «Vuelve a la cocina y llama al hospital».

—Pete, escucha —dijo, tratando de sobreponerse a una evidente sorpresa o preocupación—. ¿Dices que alguien te ha traído en furgoneta? Yo no he visto ninguna luz acercándose.

—Leo, no... no estoy teniendo ninguna visión. —

Me costó decirlo, ¿era posible que Leo no hubiera visto ninguna luz? Pero la chica de la gasolinera los había visto. Era real—. Hay cuatro asesinos ahí fuera, y en cuanto se den cuenta de que les he engañado vendrán aquí y nos matarán a los tres. Dime dónde están los niños, Leo.

Leo se acercó a la ventana, miró a través de ella. Yo también lo hice. No se veía ni una luz, lo cual era raro en una noche tan

cerrada como aquella.
Deberían verse al menos los
focos de la GMC
moviéndose hacia mi casa.

—Mira, Pete —dijo Leo
—, ¿por qué no te sientas y
hablamos un segundo?

Retrocedí.

—¡Leo, maldita sea, te
estoy diciendo la verdad! —
grité—. ¿Dónde están mis
hijos?

Vi que el rostro de Leo
se desencajaba.

—Están en tu casa, Pete
—respondió Marie desde la

puerta—, están con Judie. Han subido a coger ropa para pasar la noche. Dijeron que volverían enseguida.

Oír aquello fue como si me golpearan con un martillo. Me llevé las manos a la cabeza, mis dedos palparon mis sienes como si allí hubiera localizado un botón para rebobinar aquella conversación. Me quedé en blanco durante unos segundos.

En la casa... estaban en la casa... y yo había enviado

a los asesinos directamente a por ellos... La furgoneta estaría a punto de llegar. El cuchillo. El largo cuchillo del gordo. Tal y como lo había soñado. Ahora estarían rodeando la casa. A punto de entrar. Judie habría visto llegar la furgoneta. Quizás incluso habría salido a ver de quién se trataba...

Corrí a la cocina, donde sabía que había un teléfono, pero tropecé con la alfombra y me caí antes de llegar a la puerta, dándome un bonito

golpe en el mismo hombro que antes. Quise gritar del dolor pero solo alcancé a resoplar, igual que un animal moribundo. Mi quejido sonó a muerte.

—El teléfono —le dije a Marie alzando la cabeza—. Tenemos que avisarles.

Solo podía verle los pies, enfundados en unas cómodas zapatillas de color gris perla, pero por alguna razón supe que en ese momento Leo y ella se entrecruzaban una mirada.

Seguramente Leo hacía un gesto con las manos. «Vamos a tranquilizarle primero, después llamaremos a una ambulancia».

—Marie. Créeme, por favor. Están aquí. Todo ocurrirá esta noche. Llama a mi casa... por lo que más quieras... ¡Créeme!

Me apoyé sobre un codo y alcé la vista. Su bonita cara estaba desencajada por un profundo terror. No era solo el asombro de verme

allí, completamente bañado en agua y arena, suplicando por la vida de mis hijos, era algo más. Estaba aterrorizada con la posibilidad que les estaba planteando.

—Por favor, Marie...

Asintió con la cabeza, se dio la vuelta y desapareció en la cocina. Yo me giré para hablar a Leo y pedirle las llaves de su coche, pero vi que ya estaba junto a la puerta cogiendo su chaqueta de cuero marrón de aviador.

—Iré a echar un vistazo,
maldita sea.

Y entonces ocurrió. La
puerta se abrió de un golpe
derribando el colgador y
todos los abrigos y
chaquetas que había en él. El
viento se coló en la casa
como un tentáculo largo y
hambriento. Supongo que,
durante unos segundos,
todos pensamos que se había
tratado de un golpe del
huracán. Pero entonces
apareció Randy,
completamente empapado, y

con una pistola en la mano.

Hasta ese momento había llegado a dudar de mí mismo. Pero entonces vi cómo atravesaba el umbral y apuntaba a Leo en la cabeza, quien levantó los brazos y comenzó a retroceder. Y aquello no era ninguna visión.

Todo iba muy rápido. Pensé que lo mataría allí mismo. «Ya está —me dije—. Se acabó». Pensé que sería rápido y esperé, encogido, el sonido de la

pistola. Después acabarían conmigo, y un poco más tarde con Marie. Fin de la historia. Pero en vez de eso, en cuanto Randy tuvo acorralado a Leo junto al sofá, le propinó un tremendo golpe con la pistola en la cabeza, y Leo se derrumbó sobre el sofá como un muñeco.

Yo estaba cerca de la puerta de la cocina y comencé a arrastrarme hacia atrás, hasta que mi espalda se topó con el marco de la

puerta. Entonces Randy me apuntó con la pistola.

—Quieto, listillo hijo de puta —dijo sin apenas levantar la voz, con su pelo empapado pegado a la cabeza, las gafas negras, completamente innecesarias, aún montadas sobre su nariz.

Me quedé quieto junto a la puerta de la cocina y entonces oí un ligerísimo sonido a mis espaldas: como el de otra puerta cerrándose suavemente. La cocina estaba conectada con el

garaje, que a su vez tenía una salida por el lateral de la casa, hacia la playa.

«Por supuesto —dijo una voz que sonó sorprendentemente tranquila en mi cabeza—. Ahora es cuando Marie sale corriendo por la playa, hacia tu casa. Ahora es cuando llama, en medio de la noche, a tu puerta. Pero tú no estás allí para abrirle, Peter. La historia es diferente. Ha cambiado».

Era una nueva versión de

la historia. ¿Con un nuevo final?

Detrás de Randy apareció Tom, *el Gordo*. También con el pelo y la ropa completamente empapados. Era como un tanque de carne y hueso. Cruzó el salón y se acercó a mí, y sin decir una palabra, me soltó una patada en el estómago. Me doblé sobre mí mismo y sentí que me había reventado los intestinos.

—No me gusta la puta

lluvia —dijo, poniendo uno de sus pies sobre mi cara—. Estos zapatos no son de lluvia y ahora están hechos una mierda por tu culpa.

Apretó con el pie sobre mi cabeza. En ese momento empecé a vomitar, mientras notaba todo el peso de aquella ballena humana apoyado sobre mi cráneo. Pensé que era el final. Sentía que mi cabeza estallaría como una sandía. Pero el peso cedió ligeramente.

Finalmente liberó mi

cabeza.

—Ya te llegará el turno.

Me quedé tendido en el suelo, mirando hacia delante. Leo estaba despatarrado en el sofá y sangraba de la cabeza. Quizás estaba muerto. Vi a Randy hablando a través de un teléfono móvil. Se comunicaba con alguien en el exterior.

—Vía libre, Manon — dijo—. Todo en orden.

Las luces de la furgoneta no tardaron en aparecer tras

los cristales. A través de la puerta vi que frenaba a varios metros de la casa, tras la valla del jardín. Mi jugada no había funcionado, pensé, la furgoneta no había llegado a alejarse mucho de la casa... «Al menos —me dije con alivio—, eso significa que Judie y los niños siguen a salvo». Todavía había esperanza.

La mujer apareció por la puerta. Se quedó en el umbral, contemplando la escena. Yo estaba en el

suelo, acunándome con las manos en el estómago, tratando de respirar. El golpe del gordo Tom me había dejado medio muerto. Leo se movía un poco, deliraba en el sofá. Estaba vivo. Randy se había deshecho de su gabardina y se había sentado enfrente. Nos controlaba a los dos tranquilamente. Ni siquiera tenía la pistola en la mano. La había dejado apoyada en el sofá mientras rebuscaba en sus bolsillos.

—Maldita sea... debí

dejármelos en esa gasolinera. ¿Seguro que no tienes cigarrillos, Tom? — gritó.

Pero Tom no le oyó. El gordo estaba escaleras arriba, registrando la casa. Sonaban ruidos de muebles cayendo al suelo, cristales rotos. Supuse que buscaba a Marie.

Manon miró a Randy.

—¿Y la mujer? — preguntó.

—No lo sé —respondió Randy—, Tom la está

buscando. Quizás el pequeño cabrito les puso en guardia, aunque al viejo lo cogí desprevenido, de eso estoy seguro.

Manon se giró y caminó hacia mí. Me encogí y me preparé para una nueva patada o algo peor, pero ella se agachó frente a mí. Me cogió del pelo de las sienes y tiró de él para hacerme girar la cara. Nuestros ojos quedaron frente a frente.

—Buen intento. Seguro que pensabas que nos habías

colado tu mentira, vecino.

Entonces puso algo ante mis ojos. Era uno de esos aparatos de GPS. En él se veía un mapa muy detallado del área de costa de Tremore Beach. Un punto rojo flotaba sobre la casa de Leo y Marie, a la derecha del Diente de Bill.

—Lo sabíais —dije—.

¿Para qué esperar entonces?

—No has tardado ni diez segundos en calarnos.

¿Cómo lo supiste?

Abrí la boca para decir

algo y noté que me caía un poco de vómito por la barbilla. Sonreí:

—No te lo creerías.

Ella soltó mi pelo y dejó que mi cabeza cayera otra vez sobre el suelo. Después se puso en pie otra vez y gritó llamando a Tom.

El gordo bajó por las escaleras al cabo de unos segundos.

—La planta de arriba está limpia. Nada. Miraré en el garaje.

—Joder

—murmuró

Manon. Extrajo otro aparato que llevaba acoplado en el cinturón y habló a través de él. No era un teléfono móvil, sino una especie de intercomunicador.

—Frank... La mujer no está dentro. Da una vuelta a la casa a ver si ves algo. ¡Estate atento! Por alguna razón el vecino lo sabía.

Volvió a agacharse sobre mí y vi aparecer la brillante hoja de un estilete entre sus dedos. Acercó el filo hasta uno de mis ojos.

—Dime dónde está la mujer o te saco un ojo.

—No lo sé —respondí, aunque me costó mucho trabajo resistirme con aquella navaja cerca de mi ojo derecho.

—Te voy a sacar el derecho, ¿me entiendes? Y te lo haré comer.

—Te digo que no lo sé. Leo estaba solo cuando llegué.

Sentí el filo apoyado en la cavidad de mi ojo derecho. Comenzó a apretar

y yo cerré los ojos. Por un instante pensé que un ojo era bastante prescindible mientras no me tocara los dedos. «Hay ojos de cristal. Podré seguir tocando el piano».

—¿Cómo supiste quiénes éramos? —repitió otra vez esa pregunta. Realmente había conseguido asombrarlos. Me alegré. Volví a sonreír. Entonces noté un sopapo ardiente en mis mejillas y Manon me soltó la cabeza, que rebotó

en la alfombra.

Tom *el Gordo* volvió del garaje. Dijo que no había nada, aunque alguien podría haber salido por la cocina si hubiera querido.

—La puerta no tiene el cierre echado. Me apuesto algo a que salió por ahí.

Manon se puso en pie y se dirigió al sofá:

—Despierta al abuelo.
—Después, tomando el intercomunicador, gritó—. ¡Frank! La mujer podría estar en la playa. Ve a echar

un vistazo.

Mi operación de cirugía ocular todavía iba a tardar un poco en ocurrir, lo cual fue todo un alivio. Tom *el Gordo* me cogió por debajo de los hombros, levantó mis noventa kilos de peso como si se tratase de un cartón de leche y me llevó al sofá.

Randy estaba dándole unas bofetadas a Leo en ese momento. Mi amigo tenía una herida en uno de los lados de la cara y sangraba bastante por ella. Así y todo,

terminó abriendo los ojos. Una vez cumplida su labor, Randy volvió a sentarse en su sitio, cogió su arma y nos apuntó.

—Bien, señor Blanchard —dijo entonces Manon, situada tras el sofá—. ¿Me oye?

Leo tardó unos segundos en fijar su atención en la mujer.

—Mi nombre es Leonard Kogan —dijo—. Se han equivocado de persona.

—Sabemos

perfectamente quién es usted, Leonard Blanchard. Y usted sabe perfectamente quiénes somos nosotros, y por qué estamos aquí. Así que, hechas las presentaciones, dejemos de perder el tiempo. ¿Dónde está su esposa?

—Le digo que se equivoca —insistió Leo—. No me llamo Blanchard, sino Kogan. Han cometido un terrible error. Solo soy un turista norteamericano...

Entonces Manon bajó su

mano y la posó sobre el hombro de Randy.

—La rodilla derecha.

Randy movió el cañón de su arma con precisión y antes de que pudiéramos movernos, apretó el gatillo. Sonó como un golpe fuerte y seco y Leo se movió repentinamente hacia delante. Se llevó las manos a la rodilla y se derrumbó sobre la mesilla. Me apresuré a cogerle de los hombros y tiré de él hasta sentarlo de nuevo en el sofá.

Leo tenía la boca cerrada con tanta fuerza que parecía estar a punto de romperse los dientes.

—Vamos a ver si nos entendemos, señor Blanchard —dijo Manon en voz alta—, será mejor hacerlo rápido.

Leo se había llevado las manos a su rodilla. Un chorro de sangre caía por entre sus dedos y empapaba la pernera de su pantalón.

—Maldita zorra —respondió Leo, con los

dientes apretados de dolor —. Marie está visitando a una amiga en Londres y no volverá en una semana. Habéis venido en balde.

—Es mentira —dijo Randy—. ¿Otra rodilla?

—Espera —respondió Manon—. No queremos que se desangre. Tom, ¿qué dices?

—La mujer estaba por aquí. Seguro. En la cocina hay mil pucheros y una tarta en el horno, y me apuesto mi anillo de plata a que este

viejo no sabe ni hacerse una hamburguesa. El chico debió avisarla. O quizás huyó al oírnos entrar.

Manon cogió su intercomunicador. Al otro lado se oyó el ruido del viento.

—¿Frank?

—Nada... no veo nada

—respondió Frank entre la tormenta—. Iré un poco más allá.

Noté que los ojos de la mujer se posaban sobre mí.

—Está bien, amigo. No

tenemos ninguna razón para matarte, pero lo haremos si no hablas. ¿Dónde está la mujer?

—No lo sé —respondí—. No la he visto. Lo juro. Debe ser cierto que está en Londres.

Randy apuntó la pistola hacia mi cabeza. Estaba cómodamente sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y la pistola elevada como una copa de champán. Y estaba a punto de matarme.

—¿Lo frío? —preguntó, dirigiéndose a Manon.

Manon no tenía tanta prisa como Randy en ver correr la sangre. Cogió de nuevo el intercomunicador y llamó por él. Frank había dado la vuelta a la casa y no había visto nada. Le preguntó si creía que podía haber huido por la playa. Frank respondió que era «una opción».

—Quizás ocurrió cuando Randy y Tom entraron a la casa. La mujer salió por

detrás justo en ese momento, mientras estábamos en la furgoneta.

Randy se llevó la pistola cerca de los ojos. Me estaba apuntando a la cabeza.

—¿Manon?

—No, todavía no —le respondió a Randy—. Vamos a ver quién hay en la otra casa. Quizá sea cierto que tiene una familia, incluso que organiza una fiesta. —Fijó sus preciosos y malvados ojos en los míos. No pude evitar una reacción

de mis pestañas, mis cejas,
mi rostro... Manon lo
capturó en el acto—. Sí, sí...
creo que hay algo de verdad
en todo eso. Y quizá ya no
se haga tanto el valiente
cuando vea lo que les
hacemos. Los traeremos
hasta aquí y jugaremos un
rato todos juntos, hasta que
nos digan dónde está Marie.

—¡No! —gritó Leo.

Yo estaba tan
aterrorizado, tan
desesperado, que no podía
permitirme quedarme quieto.

—Estáis perdidos —dije—. Hemos avisado a la policía por radio. Están a punto de llegar.

—No les ha dado tiempo —intervino Randy.

Pero Manon se quedó en silencio, sopesando esa posibilidad. Seguía preocupada por mi rápida reacción, lo cual era lógico. Si alguien hubiera utilizado su teléfono móvil (y eso contando con que funcionase), la policía podía estar dirigiéndose hacia allí

en esos instantes.

—Tom, busca la radio.

—Está en la habitación de la planta de arriba —dijo—, pero estaba apagada. No les ha podido dar tiempo...

—¡Deja que eso lo decida yo! —gritó ella—. Sube y registra esa planta otra vez. Quizás hay alguna ventana abierta. Y destruye la maldita radio.

Tom se lanzó corriendo escaleras arriba. Pronto se oyeron los destrozos. Mientras tanto, Manon

discutió el plan ante nosotros —posiblemente ya éramos muertos en vida para ellos—: había que moverse rápido. Randy se quedaría con nosotros mientras Frank se quedaba fuera vigilando y con el intercomunicador encendido. Tom y ella irían a la casa a echar un vistazo. Dudaban mucho que hubiera ninguna fiesta, pero habría que andarse con cuidado. Quizás a Marie le hubiera dado tiempo a llegar, si es que, como creían, había

escapado por la puerta de atrás.

En eso estaba yo pensando, y supongo que todos los demás también, en esos instantes: ¿podía una mujer de sesenta y cinco años atravesar dos millas de playa en menos de quince minutos? Lo dudaba, pero si lo había conseguido (y yo rezaba para que eso fuera cierto), Judie y los niños tendrían una oportunidad.

Salieron de la casa, Tom y Manon, dejando a Randy y

a Frank custodiándonos. Oímos el motor de la furgoneta y vimos sus luces atravesar los cristales del salón mientras maniobraba. Al cabo de un rato, el rumor de la furgoneta se diluyó en el viento. Pensé en esa furgoneta que ahora subía por el Diente de Bill y que bajaría, a toda velocidad, hacia mi casa. La historia no había cambiado tanto a fin de cuentas.

Randy estaba sentado frente a nosotros, con la

pistola en una mano, apoyada en su muslo. Leo, a mi lado, se retorció de dolor. Parecía que la sangre había dejado de manar con tanta fuerza de su herida, pero ahora había comenzado a temblar. Sus dientes castañeteaban.

—Tengo que hacerme un torniquete o me desangraré.

—¡Silencio! —exclamó Randy.

—Pero es cierto —intercedí.

—Callaos los dos —dijo,

adelantando el cañón.

—¿Qué demonios pasa ahí dentro? —se oyó decir a Frank desde la puerta.

—El viejo se desangra —respondió Randy en voz alta.

—Pues haz algo, joder.

Randy me miró aburridamente e hizo un gesto con la pistola.

—Está bien, ayúdale. Pero ni te muevas del sofá.

—Pero ¿cómo...? —empecé a decir.

—Con tu camisa, Pete

—intervino Leo, cuya voz sonaba muy apurada—. Quítatela y tréñzala. Será suficiente.

Entonces Randy se levantó y caminó hasta la puerta sin dejar de apuntarnos. Habló con Frank, que estaba en alguna parte del porche de la casa, y le pidió un cigarrillo.

—Mierda, tío —oímos decir a Frank—. ¿Es que no puedes aguantar hasta que terminemos?

Me desabroché la camisa

a toda velocidad y comencé a trenzarla. Cuando estuvo lista, me dispuse a rodear el muslo de Leo con ella, pero noté que hacía un gesto con las manos.

—Lo haré yo —dijo—.

Tú sujeta el cojín.

Aquello me resultó extraño, pero vi que Leo me miraba fijamente y entendí que había algo más. Coloqué mis manos alrededor del cojín y seguí apretando. Mientras tanto, él comenzó a rodearse la pierna con ella.

En ese momento nuestras cabezas estaban muy cerca y Randy, por el contrario, muy lejos, esperando a que Frank encontrara un cigarrillo y un mechero en su chaqueta.

—Tengo un revólver — susurró Leo mientras proseguía con el torniquete —. Lo llevo en el tobillo derecho, en una cartuchera. Cógelo. Ahora no puede verte. Es nuestra única oportunidad.

Le miré sorprendido. «Me hiciste caso, viejo

testarudo, gracias a Dios».

Randy seguía en la puerta, esperando a que Frank encontrase su tabaco y bromeando acerca del «tiempo de locos» que hacía ahí fuera. El viento y el ruido del mar le impedían oír mucho más. Por otro lado, seguramente pensaba que un viejo de sesenta años herido en una pierna y un cuarentón apaleado no entrañaban una gran amenaza para ellos dos.

Yo estaba levemente

girado hacia Leo, sujetando el cojín, y Randy estaba en un ángulo en el que no podía ver mis manos. Solté una de ellas y comencé a bajarla lentamente por la pernera derecha del pantalón de Leo, palpando en busca de algo. El sofá era bajo, con lo que apenas tenía que agacharme. Finalmente sentí un bulto justo encima de su tobillo.

—¡Date prisa! —susurró Leo—. Ya viene.

En un rápido movimiento le remangué el

pantalón y palpé en busca del revólver. Sentí las ásperas cachas de la empuñadura entre mis dedos y tiré de ella. Tenía el revólver entre los dedos en el mismo instante en el que oí los pasos de Randy regresar donde nosotros. Miré a Leo y él me miró sin poder decir una palabra. ¿Qué debía hacer? ¿Disparar en ese momento?

No lo hice. Podía sentir el cañón de la pistola de Randy apuntándonos. Sería

mil veces más rápido que yo. En vez de eso lo escondí bajo uno de los grandes cojines del sofá, entre las piernas de Leo. Me miró con frialdad. Un desliz en mis dedos y podría haberle volado las pelotas.

Mientras Randy se dejaba caer en el sofá, Leo se apresuró en agitar un poco su pierna derecha para que la manga del pantalón volviera a cubrir la cartuchera.

—¿Cómo va eso? —

preguntó Randy, dejando salir una larga flecha de humo por la boca, ahora mucho más relajado.

—Bien —respondí—.

Aguantará.

Randy se colocó el pitillo en los labios, estiró las piernas sobre la mesita que había entre ambos tresillos y cogió, con su mano libre, una de las fotos que reposaban sobre ella, junto a una pequeña lámpara.

Lanzó un silbido.

—¿Es esta la señora Blanchard? ¡Vaya! Sí que está buena —dijo mientras echaba la ceniza del cigarro en la moqueta del salón—. Aunque ahora tendrá unos cuantos años más encima, ¿verdad? En cualquier caso, una verdadera belleza. Quizá podamos tener un rato a solas...

—Ni lo sueñes, pedazo de mierda —respondió Leo.

—¡Eh! No pierda las formas, amigo. Y, sobre todo, deje a su mujer opinar.

Quizá cuando le ponga una pistola en la cabeza, no ponga muchos reparos en bajarme la bragueta y aliviarme un poquito. ¿Tiene usted hijas, vecino?

—Vas a morir esta noche, Randy —le dije—. Te lo juro.

Miré a Leo y me di cuenta de que con Randy enfrente de nosotros, apuntándonos, tenía muy pocas posibilidades de sacar aquel revólver y dispararle a menos que lo distrajéramos

de alguna manera. Tenía que haber una manera.

—No —respondió él—, eso sería bonito. Un final para una novela. Pero esta noche, los que van a morir, de una forma «lenta y atroz» según nuestras órdenes, son ustedes. Y les garantizo que me pica mucho ahí «abajo», y que voy a divertirme una por una con todas sus mujeres y niñas. Y Frank también, ¿eh, Frank? —gritó, sacándose el cigarrillo de la boca y echando una

risotada.

Frank no respondió.

—Ustedes no debieron hacer «aquello». Ahora pagarán su traición, señor Blanchard. Y la familia de su vecino también.

—¿De qué está hablando, Leo? —empecé a decir—. ¿Qué es lo que hicisteis?

Leo me miró sorprendido. Yo le devolví una mirada de hielo.

—¿No se lo contasteis a vuestro vecino? —dijo

Randy—. Sus amigos le contarían alguna mentira probablemente. Seguro que han hecho un bonito retrato de sí mismos. Pero son unos soplones y unos ladrones. Por eso van a terminar con un agujero en la cabeza.

—Cállate, maldita serpiente —gruñó Leo.

—¡Déjale hablar! —grité yo—. Quiero saber cuál es la razón de todo esto. Habéis puesto a mi familia en peligro. Están a punto de ir a por ellos y...

—No te metas donde no te llaman —respondió Leo secamente—. No es asunto tuyo, Peter.

Pensé que Leo habría comprendido mis intenciones. O quizá no, quizá lo había dicho completamente en serio. En cualquier caso aquello era justamente lo que había esperado.

—¡Qué no es asunto mío, viejo de mierda! —grité—. ¡Me has mentido todo este tiempo diciéndome

que eras un honrado guarda de seguridad en un hotel y ahora estamos todos a punto de diñarla!

Randy se reía recreándose en la escena.

—Cierra esa maldita boca o te la cerraré yo — respondió Leo.

—¿Ah, sí? —grité.

Entonces me abalancé sobre él. Supe que le iba a hacer daño, pero pasé por encima de su rodilla herida y me coloqué justo delante de él, agarrándole de la camisa

y gritando. A él le dolió realmente y soltó un aullido. Randy, detrás de mí, se reía, pero enseguida comenzó a decir que me apartara de Leo. También oímos a Frank gritar algo desde la puerta. En ese instante vi que Leo había deslizado su mano bajo el cojín y que empuñaba el revólver apuntándolo hacia mi tripa. Era el momento clave. Me aparté de un golpe, lanzándome contra el suelo, y acto seguido oí un terrible

estallido sobre mi cabeza. ¡BAM! Seguido de un grito ahogado, un gemido de dolor.

Me quedé en el suelo durante los siguientes segundos. Se oyeron otros dos disparos. Una de las balas rompió un cristal; solo después supe que era una de las ventanas que daban al jardín.

Vi los zapatos de Randy bajo la mesa, rotando mientras su cuerpo se desplomaba sobre el sofá.

Entonces su rostro apareció frente a mí, con las gafas ligeramente desencajadas, dejando ver dos ojos pequeños, sin vida, y su cigarrillo aún humeándole entre los labios.

—Eh, Peter —oí decir a mis espaldas.

Era Leo. También se había echado a tierra.

—¿Le has dado al otro?

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Me ha parecido verle caer, pero ha disparado. Quizás está vivo.

Yo no me puedo mover,
¿puedes echar un vistazo?
—dijo, pasándome el
revólver.

Lo tomé y sentí una
agradable sensación de
seguridad al sentir aquel
metal entre las manos. Si
hubiera podido elegir, me
hubiera quedado quieto,
como una estatua, entre
aquellos dos sofás. Pero mis
hijos y Judie estarían ya
recibiendo la visita de
Manon y el gordo. Quizás
incluso fuera demasiado

tarde, pero si Dios había querido darnos una sola oportunidad, tendría que aprovecharla y rápido.

Pensé que el mejor ángulo para intentarlo era a la izquierda del sofá, donde yacía el cadáver de Randy. Me arrastré hacia atrás y Leo se escurrió tras el sofá en el que estábamos sentados para dejarme pasar.

Asomé la cabeza lentamente, con el revólver delante de mi nariz, dispuesto a abrir fuego.

Frank no estaba allí, al menos no podía verle desde mi ángulo. La puerta principal estaba abierta y se podía ver una fracción del recibidor, donde la lluvia seguía cayendo con fuerza. Pero ¿dónde estaba?

Si se había agazapado junto a la puerta, debía ser en el ángulo contrario, y eso me impediría alcanzarle a menos que las balas atravesaran la pared. Me quedé unos segundos quieto, pero después lo pensé mejor:

no podía permitirme estar bloqueado porque mis hijos estaban a punto de ser masacrados. En un ataque de auténtica locura suicida me levanté y corrí hasta el vano de la puerta con la pistola hacia delante. Saqué el cañón por el marco, apuntando ciegamente hacia la izquierda, y disparé dos veces. La noche se llenó de humo y olor a pólvora. Después me asomé y allí no había nadie.

—¡Cuidado, Pete! —

gritó Leo tras de mí.

Miré hacia atrás y vi a Frank tambaleándose en la puerta de la cocina. Había debido de hacer el camino opuesto para cazarnos por detrás. Abrió fuego contra Leo, que se había elevado de su escondite, y le acertó. El cuerpo de Leo cayó tras el sofá. En el mismo momento yo apunté y apreté el gatillo tres veces, aunque solo disparé dos. Las balas se habían agotado.

Pero tuve suerte. Le di

en el cuello y vi cómo un espray de sangre oscura se imprimía junto al marco de la puerta, y en la pared rosada del salón. Frank *el Mandíbula* se mantuvo en pie dos o tres segundos y finalmente se vino abajo y cayó a los pies de la puerta de la cocina. Su arma se le escapó de las manos.

Corrí hacia allí y recogí el arma del suelo. Todavía estaba vivo. Temblaba y se contorsionaba como un muñeco con las pilas a punto

de agotarse. Un pequeño charco de sangre había comenzado a expandirse en la alfombra bajo su cuello. Noté que me estaba mirando y pensé en matarle, pero no pude hacerlo. Después miré a Leo. Le habían acertado en un brazo y se lo sujetaba con dolor.

—¡Leo!

—Vete. Las llaves de mi coche están en la cazadora. ¡Corre! Llamaré a la policía.

No me lo pensé dos veces. La cazadora de Leo

estaba junto a la puerta. Las llaves dentro. Salí fuera y me di cuenta de que el coche estaba en el garaje. También descubrí el intercomunicador de Frank tirado en las escaleras del recibidor. ¿Le habría dado tiempo a avisar a los otros?

Abrí el garaje y monté en el todoterreno de Leo. Lo arranqué y salí disparado hacia aquella oscuridad.

9

Al sentarme a conducir el coche de Leo noté un dolor en el abdomen como si alguien me clavara una navaja. Entonces no lo sabía, pero Tom *el Gordo* me había hecho trizas una de las costillas flotantes al darme aquella patada. El dolor del hombro seguía allí, y también un leve mareo

producido por aquel amago de aplastamiento de mi cabeza. Pero nada de esto era demasiado importante. Ni siquiera el hecho de que acabara de matar a un hombre. Supongo que hay personas que lo ven de otra forma, pero para mí, matar a aquel tipo de un disparo fue algo fácil y necesario. Todavía sentía el temblor en mis manos, el violento sonido en mis oídos, y ver aquel cuerpo cayendo como un saco de arena. «Ahí se

acabó para ti, Frank. Mejor tú que yo». Pero nada de esto era demasiado importante tampoco.

Lo que era importante, importante de veras, era llegar a tiempo.

La tormenta estaba en su cúspide. Si aquello era, como cuentan algunas mitologías, un acto de amor entre los dioses del cielo y de la tierra, entonces debían estar en el tercer acto de un polvo histórico. La gran madre de la guerra estaba

posada sobre la costa, un titánico cumulonimbo que debía tener millas de altura. Entre sus barrancos se deslizaban los rayos, como grandes látigos que caían sobre el océano y los acantilados. El mar se revolvía dolorido, alzando sus huestes hacia el cielo, como garras de espuma que quisieran alejar un ejército de avispas.

Y surcando este precioso momento, el Land Rover de Leo Kogan, o Leo

Blanchard, llegó hasta el Diente de Bill, saltó como un caballo enfurecido y volvió a caer pesadamente en el suelo. A esa velocidad, y teniendo en cuenta las tres toneladas del modelo Defender, hubiera causado la muerte de cualquier cosa que pudiera acercarse por el camino. Un ser humano hubiera reventado como un muñeco de agua. Un vehículo se deformaría hasta convertirse en una cáscara mortal en caso de recibir un

impacto frontal contra aquel monstruo veloz. Pero yo no pensaba en eso. Mantenía el volante recto, con las dos manos, y pisaba a fondo el acelerador. Y pensaba en cuánto me gustaría que todo aquello formara parte de una larga visión, y que ahora, al llegar a casa, todo estuviera en paz. Que fuese otro de esos malditos trucos. Que yo estuviera loco de atar.

«Se escapó del hospital, le robó el coche a su vecino y lo estampó contra la

puerta. Afortunadamente, sus hijos están a salvo. En cuanto a él, en fin, dicen que ahora vive en un sitio muy bonito, rodeado de enfermeras y jardines».

Y hablando de mi cabecita, todo volvió a empezar cuando todavía estaba ahí arriba, en la corta planicie del Diente de Bill.

Pensé que sería un achaque de los golpes del gordo en mi cabeza, pero no. Era perfectamente reconocible: mi viejo amigo

el agudo dolor, el pulso que se originaba en el centro de mi cráneo. Clap-clap-clap-clap-clap-clap-clap-clap. Crecía.

Clap-clap-clap-clap-clap-clap-clap-clap. Y esta vez — la última de todas — iba a batir todas sus marcas.

Tuve la tentación de cerrar los ojos y levantar las manos del volante para llevármelas a las sienes. Y gritar de dolor. El pulso ya no se conformaba con ser una espina en el centro de mi cerebro, una aguja

perdida en mi corteza cerebral. Ahora se expandió como nunca antes lo había hecho. Se abrió como una flor, como la boca de un tiburón que hubiera emergido en el interior de mi cabeza.

Y mordió.

Y en ese instante, aunque no pueda estar seguro de aquello, sentí otra vez aquella luz cayendo desde los acantilados de vapor y agua que se alzaban sobre mí. Creo que fue un

rayo, no pudo ser otra cosa. Todo se volvió blanco por unos instantes, mientras el dolor alcanzaba su clímax dentro de mi cabeza, como si un maligno doctor hubiera decidido llevar el dial de electrocución hasta su límite más alto, y lo mantuviera allí, esperando a ver cuánto tardaba mi cabeza en estallar como una sandía.

Yo apretaba los dientes con tal fuerza que pensaba que me los rompería, todos ellos, como una vajilla de

cristal, pero todavía sujetaba el volante, y a duras penas mantenía los ojos abiertos, y así fue como vi lo que vi.

Como una película. Tardó menos de un segundo en desfilarse por mi mente.

Judie y los niños se habían entretenido un poco. Ya tenían listas sus mochilas con pijamas, toallas y cepillos de dientes, pero ahora estaban en el salón y Beatrice quería tocar algo al piano para Judie. Les gustaba estar juntos. A pesar

de que estuvieran preocupados por papá, era todo un consuelo que Judie estuviera allí. Judie era buena, guapa y lista. Querían que Judie fuese la nueva novia de papá. Para ellos, Judie sería algo así como una hermana mayor. ¡Y molaba mucho tener una hermana mayor como ella!

Tenían que irse, Judie se lo repetía amablemente mientras Beatrice jugueteaba con las teclas del piano de papá, pero entonces oyeron

un ruido y vieron unas luces inundando el salón. Y Judie fue a asomarse por una de las ventanas y Beatrice fue corriendo hacia la puerta principal, dispuesta a abrirla porque pensaba que quizá se tratase de papá.

Pero entonces Jip, que ya tenía su mochila cargada a la espalda, gritó:

—¡No abras la puerta!
¡Hay que esconderse!

Aquello ocurrió en el mismo instante en que Judie divisó la furgoneta

maniobrando y pudo distinguir su forma, su color, sus llantas cromadas, y sintió un escalofrío recorriéndole el espinazo.

—Vamos —gritó—, por la puerta de atrás. ¡Rápido!

Los niños corrieron por la cocina, pero entonces, justo al abrir la puerta, Judie había frenado su paso. Su rostro empalidecía. ¿Por qué?

Oí un rugido sobre mi cabeza, algo que hizo temblar la tierra. Un trueno.

Aquello me hizo recobrar la conciencia. Estaba en el Defender de Leo. Volví a ver la noche a través del cristal repleto de gotas de lluvia, y vi los faros apuntando hacia la playa y me di cuenta de que viajaba a bordo de una bala de cañón. El coche estaba desbocado y a punto de salirse del camino.

Apreté el freno a fondo, imprimiendo una dolorosa fuerza con mi pierna derecha, pero el coche ya

llevaba un rato deslizándose sobre la gravilla y aquello no hizo más que acelerar las cosas. Supongo que tuve suerte de viajar a bordo de un Defender y no de mi viejo Volvo, que con toda probabilidad se hubiera volcado al salirse por el borde del camino. Pero el todoterreno de Leo se portó relativamente bien. Entró de frente en la inclinación y cayó sobre sus ruedas delanteras, provocando que yo besara el volante con mi

boca y estuviera a punto de saltarme un par de dientes. Después se deslizó por la arena en dirección a la playa y, en los pocos segundos que duró aquella caída, intenté hacerme con el control. Pensé que podría dibujar una curva y enfilar la playa en paralelo a la costa, pero los nervios me hicieron girar el volante demasiado rápido, y vi que uno de los lados del coche se elevaba en el aire. Por unos segundos el coche se quedó en un perfecto

equilibrio, pero terminó cayendo sobre el lado derecho. El impacto fue seco y tuve tiempo de prepararme para él. Mi cabeza chocó contra el cristal de la ventanilla y noté que mi costado se clavaba en la agarradera de la puerta derecha, pero no vino nada más. El coche frenó lentamente sobre la arena y quedó parado, bajo la lluvia.

Pensé que me habría dormido. Quizá solo perdí el conocimiento durante unos

segundos, pero cuando me desperté un fuerte olor a gasolina había comenzado a propagarse a mi alrededor. Aquello me asustó. Pensé que el coche iba a explotar (¿no explotan los coches en las películas?) o al menos incendiarse.

Me revolví hasta ponerme de rodillas y trepé, apoyándome en la palanca del freno de mano, hasta alcanzar la puerta del copiloto, que ahora era como una trampilla en el techo de

aquella jaula. La abrí sin problemas y con los pies firmemente apoyados en la caja de cambios, empujé con mi cabeza primero, y con mi espalda después, hasta que logré asomar medio cuerpo. Pero entonces recordé la pistola. Volví a dejarme caer y comencé a buscarla en la oscuridad. Debía haber quedado apoyada en las puertas de la izquierda, o debajo de algún asiento, pero en aquella oscuridad era incapaz de ver nada.

«Debo encontrarla. Debo encontrarla».

Incapaz de dar con aquella pistola en el interior de un coche, y con el motor emanando una especie de gas, temí que aquello fuera a estallar. Volví a trepar y salí de allí.

Salté sobre la arena y sentí que faltaban muy pocas partes de mi cuerpo que no me dolieran. Todo se repetía de una forma extraña. Volvía a estar bajo el acantilado, después de una

caída. Todos los acontecimientos que había visto en aquellas premoniciones se habían mezclado, habían mutado en virtud de mi intervención creando una nueva criatura.

Empecé a correr hacia la casa.

Tardé unos cinco minutos en arrastrarme por la playa hasta la casa. La fachada principal estaba iluminada por los faros de la furgoneta. Me acerqué por el borde de la duna, igual que

había hecho en la otra
visión, pero esta vez no oí
ninguna conversación
sucediendo en el exterior. En
vez de eso, vi luces en el
salón, iluminando la terraza,
aunque no pude distinguir a
nadie desde donde yo estaba.
Tomé las escaleras de
madera y comencé a subir
por el lado opuesto, pisando
la arena en vez de los
crujientes escalones.

Una vez en lo alto,
escondido detrás de uno de
los grandes tiestos de la

terraza, pude ver algo más.

Judie estaba sentada en el sofá, maniatada y con un reguero de sangre cayéndole por una de sus sienes. Manon estaba frente a ella. Parecía haberse cansado de pegarla. Judie tenía la cara gacha, una ceja medio reventada, y no decía nada, ni suplicaba ni lloraba.

Manon hablaba por el intercomunicador, ¿o solo lo intentaba? Se lo apartó de la cara y lo miró como si no funcionase. Supuse que

intentaba contactar con Frank, y al no conseguirlo comenzaba a ponerse nerviosa. Le gritó algo a Judie y ella negó con la cabeza. Y como respuesta, Manon descargó la mano en la que llevaba el intercomunicador sobre su rostro, y Judie cayó de lado en el sofá.

Sentí ganas de ponerme en pie y lanzarme sobre la ventana para matar a aquella zorra. Entonces recordé:

«En el cobertizo, Peter:

hay una bonita hacha».

En el salón no había rastro del gordo. Tampoco de mis hijos, ni de Marie. Volví a deslizarme por la arena, como un lagarto, y me arrastré bordeando la terraza hasta que estuve fuera del ángulo de visión del salón. No dejaba de preguntarme dónde estarían Jip y Beatrice, y esa pregunta se aderezaba de un terror especial cuando pensaba en que tampoco había visto a Tom *el Gordo*.

Llegué al cobertizo por la parte de atrás del jardín y observé la casa desde mi nuevo escondite. Había una luz encendida en la habitación de los niños. ¿Estarían ahí arriba? ¿Con Tom? ¿Estaría el gordo pasándoselo en grande con mi hija? Aquello era tan horrible que mi mente se negó a seguir pensando.

Entré en el cobertizo y me hice con el hacha, una pieza pequeña para cortar leña, pero suficientemente

pesada para abrir una cabeza adulta en dos partes. Con el hacha en las manos salí al jardín y me dirigí a la puerta de la cocina, pero en ese momento noté una sombra moviéndose rápidamente a mi lado, como una araña que corriese pegada a la pared desde la esquina de la casa.

El cuchillo de Tom *el Gordo* fue lo único que distinguí entre las sombras y la lluvia, un resplandor plateado cayendo de arriba abajo en dirección a mi

cuello. Levanté el brazo instintivamente y aquella mano se topó con el mango de mi hacha. Entonces vi su rostro. Una larga sonrisa llena de dientes, unos ojos vacíos, como un monstruo.

Su fuerza pudo con mi hacha y terminé rindiendo la defensa. Entonces su cuchillo quedó libre otra vez y yo salté hacia atrás y moví el hacha en el aire. Tom *el Gordo* podría haber gritado para avisar a Manon, pero no lo hizo. En vez de eso me

sonrió en silencio y movió su cuchillo, dibujando siluetas en el aire.

—¿Quieres pelear? — dijo suavemente, mientras se movía hacia mi derecha.

Yo me moví con él. Como la Luna y la Tierra. Como dos planetas en una órbita perfecta. Bailaba al son de sus pasos. Vino a mi mente un viejo consejo sobre peleas con cuchillo que habría oído alguna vez, o leído, o visto en la televisión: «En una pelea

con un cuchillo, la regla número uno es nunca intentar atrapar la mano que sostiene el cuchillo. La regla número dos es atacar a contragolpe. La regla número tres: no durarás mucho si solo te defiendes».

El cuchillo de Tom era como una culebra que danzaba hipnóticamente ante mis ojos. El gordo era más rápido de lo que hubiera pensado. Zigzagueaba en rápidos y cortos pasos y yo trataba de seguirle el ritmo.

—No vas a conseguirlo.

No tienes ninguna posibilidad —dijo—. Déjate llevar. Seré rápido.

—Eso también lo dijeron Frank y Randy —respondí entonces—. Y ahora están muertos.

Pensé que aquella frase lo acobardaría un poco, pero no pareció impactar lo más mínimo en él. Su sonrisa se mantuvo imperturbable.

—Mientes —dijo mientras daba cortos pasos a mi derecha. Y me di cuenta

de lo que intentaba: me estaba acorralando contra la pared.

Salí de allí de un salto, y él reaccionó intentando una mojada de arriba abajo hacia mí, que pasó a pocos centímetros de mi pecho.

Volví a apartarme y blandí mi hacha a la altura de la cabeza.

Lo de atacar a contragolpe sonaba muy fácil, pero en plena noche, bajo una furiosa tormenta y con el cuerpo molido a

golpes, sentía que más tarde o más temprano aquel agujón terminaría por encontrar mi hígado, o mi riñón, o uno de mis pulmones. Y Tom no dejaba de sonreír.

—No te resistas, amigo. Sabes lo que va a pasar. Sabes que no tienes nada que hacer contra mí. ¿A qué te dedicas? ¿Eres abogado? ¿Un ingeniero? No sabes pelear. Tienes las manitas de una colegiala.

Dio un pequeño salto en

mi dirección y yo me eché para atrás. Tom lanzó dos cuchilladas al aire y yo bajé mi hacha tan torpemente que estuve a nada de clavármela en la rodilla. Tom aprovechó para lanzar un nuevo corte y esta vez estuvo a punto de acertar. La punta del cuchillo me arañó el pómulo derecho y noté el cálido flujo de la sangre cayéndome por la mejilla.

Nos habíamos alejado de la casa y estábamos en el extremo del jardín más

alejado de la playa. Notaba que el gordo estaba llevándome contra otra pared, la de la colina en esta ocasión. Cada vez que trataba de desviarme se lanzaba con el cuchillo por delante y me hacía regresar al camino recto. Y en cuanto me tuviera allí, acorralado, sería fácil agujionearme. No habría espacio para evitar aquel cuchillo.

Entonces, según iba caminando hacia atrás, mi pie topó con algo. Era la

alcantarilla de hormigón del pozo séptico. Todavía estaba allí, sin tapar. Me lo había anotado mentalmente dos veces, cuando la segadora rompió la hoja y cuando Jip se tropezó en ella. Ahora me alegré de haberlo olvidado. De pronto lo vi claro: el «manitas de colegiala» tenía una oportunidad.

Como un gato caminando en lo alto de un muro, empecé a caminar poniendo un pie detrás del otro hasta que estuve más o

menos en la mitad de la alcantarilla. Tom estaba concentrado en mis brazos y no se había dado cuenta de la negrura que se abría bajo sus pies. Alcé mi hacha un poco más para asegurarme de que sus ojos estaban bien arriba y me giré un poco hacia la derecha, obligándole a moverse para encararme e impedir que saliera de su emboscada. Y en ese momento su pie izquierdo pisó en falso. Eran solo unos veinte centímetros

de vacío, pero fueron suficientes. El agujero lo desconcertó. Miró hacia abajo, asustado, creyendo que caía en una trampa mayor, y ese momento lo aproveché para acercarme y descargar el hacha en su cabeza. Era un poco más bajo que yo y el golpe fue casi perfecto. Escuché un crac seco al que solo siguió un gemido extraño, pillado por sorpresa. Cayó como un muñeco despojado de vida, solté el mango y dejé que el

arma se fuera al suelo. Tom *el Gordo* era historia y yo había ganado una pelea que jamás podría ganar.

De pronto todo se había sumido en un extraño silencio. Seguía lloviendo y el viento sacudía la casa desde el mar. Los rayos nacían y morían ahí arriba, a veces entre las nubes, otras veces latigueando algún punto tierra adentro. Pero por alguna razón, me pareció que el mundo se había quedado en silencio. Que

cada paso que daba se oiría desde millas de distancia.

Cuando me disponía a abrir la puerta de la cocina reparé en mis manos. Decir que temblaban sería decir poco. Se agitaban. Era prácticamente incapaz de posarlas sobre el pomo. Y lo mismo pasaba con mis piernas. Esa noche había matado a dos hombres, al último de ellos le había partido el cráneo con un hacha. Supongo que no lo estaba llevando mal del

todo.

Abrí la puerta de la cocina con cuidado, con el corazón en la garganta mientras recordaba la última visión que había tenido allí, en ese lugar. Pero cuando entré, la cocina estaba vacía. No había niños sentados en las sillas, maniatados con abrazaderas de plástico y ejecutados salvajemente. Y mi miedo cedió un poco. «Gracias, Dios», murmuré.

Me acerqué a uno de los cajones y lo abrí. Tuve que

sujetarme la muñeca derecha con la mano izquierda para extraer un cuchillo sin hacer ruido. No muy grande pero manejable y con una buena punta. El mismo que había utilizado días antes para cortar el tomate mientras besaba a Judie. Lo apreté entre mis dedos. Esa noche había matado con una pistola, con un hacha... no veía por qué no podía estrenarme con un cuchillo.

—¿Tom? —gritó Manon desde la sala—. ¿Eres tú?

La cocina y el pasillo estaban a oscuras. Me apoyé contra la nevera y esperé. Si Manon aparecía por allí la cogería del cuello y le clavaría el cuchillo en los riñones.

—¿Tom...? —repitió la voz, y entonces suspiró, casi soltando una carcajada—. Ahhh... ya veo, tú no eres Tom.

Entonces oí dos tremendas explosiones y la puerta de la nevera saltó por los aires junto a mi mejilla.

Me caí de culo en el suelo y me arrastré hasta una esquina, lo más lejos posible de la puerta. Pensé que eso sería el fin, que Manon se asomaría por la puerta y me ejecutaría en el suelo, como una rata. Pero eso no ocurrió.

—¿Quién eres?
¿Blanchard? ¿El vecino?
Madre mía, Frank y Randy,
vaya par de gilipollas.

—¡La policía está en camino! —grité—. ¡Estás acabada!

La respuesta de Manon fue un nuevo disparo que entró directamente por la puerta y salió rompiendo uno de los cristales de la ventana.

—Tengo a la mujer aquí conmigo —dijo—. Y nos vamos a ir juntas ahora mismo. Si asomáis el hocico la ejecuto.

Por algún motivo no se atrevía a venir a la cocina. Por cómo hablaba en plural debía de pensar que se enfrentaba a Leo y a mí.

Entonces me di cuenta de que lo más lógico también sería contar con que tuviéramos las armas de Randy y Frank.

Oí un grito (de Judie) y la voz de Manon ordenándole que se moviera. Sentí pasos en el suelo y oí que la ventana del mirador se deslizaba. Estaban saliendo a la terraza. Recuerdo que en ese instante pensé en salir por la puerta de atrás y tratar de emboscarla cuando estuviera

subiendo a Judie a su furgoneta, pero entonces oí un grito, seguido de otro, y alguien vociferando un insulto. Me puse en pie y me apresuré por el pasillo hasta el salón. Allí, bajo el mismo marco del ventanal, había tres mujeres enzarzadas en una pelea. Manon y Judie, a las que se había unido Marie, aparecida de la nada.

Entonces no lo entendí, pero después supe que Marie había visto llegar el coche de Tom y Manon en el mismo

instante en que alcanzaba la casa, después de correr desesperadamente por la playa. Se había escondido en la oscuridad del jardín y me había visto llegar, pero no se había movido; estaba deshecha y asustada. Al oír los disparos, se había acercado de nuevo a la casa, y se había topado con Manon, saliendo de espaldas con Judie. En ese momento aprovechó para cogerla del cuello y tratar de liberar a Judie, y en ese mismo

instante aparecí yo por la puerta del salón.

Las cosas, tal y como yo las vi (y quedaron recogidas en la posterior declaración que hice a la policía), fueron de la siguiente manera: Manon había soltado a Judie al verse sorprendida por Marie, quien se había lanzado a por la mano en la que ella sostenía el arma. La pistola apuntaba al techo de la casa y Marie luchaba por mantenerla así con sus dos manos, pero Manon liberó

un puño y comenzó a golpear a Marie en el estómago. Judie, tras caer de rodillas, había reaccionado y se giró contra Manon, abrazándola e intentando detener aquellos puñetazos sobre Marie, pero Manon se quitó a Judie de encima de una fuerte patada y en ese mismo instante logró bajar su arma y abrir fuego.

Yo estaba cruzando el salón y casi saltando ya sobre las tres mujeres, cuando vi aquella explosión

a la altura del pecho de Marie, y cómo todo el cuerpo de aquella bella mujer temblaba al recibir el impacto de la bala. Su pijama de color púrpura se tiñó de rojo oscuro, pero se mantuvo de pie todavía unos segundos, y después se derrumbó sobre la hierba de la terraza.

—¡Marieeeeeeeee! —

grité.

Caí como un bombardero sobre Manon, la derribé y sentí que su cuerpo

se clavaba contra el marco del ventanal. Aun así, logró conservar su pistola y realizó un disparo que se perdió en la oscuridad de la noche. Me lancé a sujetarle las manos y enseguida sentí la fuerza que había en su cuerpo. Era como tratar de aplastar una cobra con una escoba.

Conseguí inmovilizarle la muñeca que sujetaba la pistola, pero la otra se revolvió mientras intentaba cogerla entre mis dedos y, finalmente, en

menos de un segundo, lanzó la palma abierta contra mi cuello. Un golpe seco en mi tráquea y de pronto me ahogaba. Me llevé la mano al cuello instintivamente y entonces ella me golpeó bajo el bíceps causando otra ola de intenso dolor que me desarmó el brazo derecho, y acto seguido otro golpe en mi costado que me hizo tambalearme hacia un lado.

Antes de que pudiera darme cuenta, aquella serpiente me había

pulverizado. Se zafó de mis piernas con varios rodillazos y terminó sentada sobre mi vientre.

Nos miramos a la cara. Ella tenía un hilo de sangre cayéndole por un lado de la frente. El pelo alborotado. Los ojos negros llenos de fuego.

—Ahora despídete, hijo de puta.

A través de mis párpados heridos y entornados vi el cañón de su pistola. Estiré el cuello inútilmente, sabiendo

que a continuación sonaría una explosión y todo acabaría tal y como aparecía en mis sueños. Con Peter Harper agujereado por un ojo y sus sesos desparramados en el suelo de su bonita casa de playa irlandesa. El periódico que papá leería mañana sería esencialmente el mismo que ya había visto. Cuerpos enfundados en sábanas. Grandes larvas blancas. Y mi padre volvería a beber, a fumar, a hacer todas las

cosas que sacaban de quicio a mamá. No viviría mucho después de aquello. Quizás algún día encontrara el valor para lanzarse a las vías del tren.

Todo se había cumplido. Todas y cada una de las cartas estaban boca arriba. La noche de tormenta. Marie corriendo por la playa. La valla rota. Los cuatro asesinos y su furgoneta. El cuchillo de Tom *el Gordo*. El accidente en la colina. El cobertizo. El hacha. La

historia de mi propia muerte, acaecida de tres formas diferentes: una improbable catástrofe natural, un acuchillamiento y un disparo en la cabeza.

—Quieta, hija de la gran ramera —dijo una voz entonces.

Era Judie. Se había puesto en pie y sostenía el atizador de la chimenea con las dos manos. Acababa de terminar su *backswim* y el atizador estaba en lo alto a punto de caer sobre la bola,

en ese caso el rostro de Manon. Manon lo vio también y se quedó con la boca abierta. Trató de levantar su mano y dirigirla hacia Judie, pero Judie fue más rápida. El atizador cayó con todas sus fuerzas sobre el rostro de aquella víbora y lo aplastó. No sabría describir qué se rompió y qué se quedó en su sitio, porque la cara de Manon se llenó de sangre y rebotó contra el suelo como una bolsa de pescado muerto.

Cuando me puse en pie y abracé a Judie, noté que todo su cuerpo temblaba sin perder de vista a Manon.

—¿La he matado? — preguntó sollozando.

—Espero que sí.

Marie yacía en el suelo, con la boca y los ojos abiertos.

Judie corrió a llamar a una ambulancia aunque lejos, muy lejos de allí, entre el rugido del viento, podían oírse ya unas sirenas.

10

Después de dos días viajando por la Anatolia Central, Clem recibió dos avisos casi simultáneos cuando su teléfono por fin tuvo cobertura. En el primer mensaje, Joost Ligtvoet, un agregado de la embajada holandesa en Irlanda, requería que se pusiera en contacto con ella; este era el

mensaje que se envió la noche anterior a los hechos, cuando yo había perdido el juicio en la casa y acabado en el hospital. El segundo mensaje era mío. Decía: «Tienes que venir a Donegal cuanto antes. Ha ocurrido algo terrible».

Una conexión aérea Estambul-Londres-Derry, casi sin tiempo para respirar, y llegaron al hospital de Dungloe al día siguiente, sobre las cuatro de la tarde. Pese a mis mensajes (uno

por cada cambio de avión), y a las palabras tranquilizadoras del miembro de la embajada que fue a recibirla al aeropuerto, Clem llegó blanca como una vela.

Patrick Harper había llegado unas horas antes. Cogió el taxi más caro de su vida en Dublín (por fin, algo consiguió que saliera de su casa en Liberty Street) y se plantó en Dungloe esa misma mañana. A esas horas decenas de periodistas,

policías y curiosos se agolpaban en los pasillos y en los exteriores del edificio y mi padre tragó saliva y apretó los dientes, pensando que se encontraría algo peor. Después, cuando comprobó que su hijo y sus nietos estaban a salvo, tomó el control de la situación, como si volviese a tener su trabajo de jefe de estación. Se hizo cargo de los niños, habló con la Garda, con los periodistas, mantuvo a todo el mundo firme como una

vela, lejos de nuestras habitaciones, y cuando Clem apareció por allí, él fue el primero en explicárselo todo: «Hubo un tiroteo, unos hombres asaltaron la casa de Peter, pero los niños se escondieron en la playa, estuvieron allí, en las rocas, hasta que fueron a buscarles de madrugada. Han cogido un resfriado y tienen un par de rasguños, pero están bien».

Clem se lanzó sobre ellos. Los abrazó durante

largos cinco minutos, repasó cada centímetro de su piel, de su cabello, y los llenó de besos. Después, y solo después, abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en Irlanda.

«Jip fue el que dio la alarma, dijo que debíamos correr, y Judie lo entendió todo a la primera. Nos dijo que saliéramos por la puerta de atrás —relató Beatrice a su madre, todavía entre sollozos, ante la estupefacta mirada de Niels y mi padre

—. Pero al llegar allí, ella nos dijo que vendría en un minuto. Jip y yo nos lanzamos duna abajo. Jip tiraba de mí como loco. Me dijo que teníamos que ir a las rocas, a escondernos en unas pequeñas cuevas. Estuvimos allí un buen rato, hasta que oímos unos disparos. Yo empecé a llorar, pensaba que habían matado a Judie, pero Jip no me dejó marchar. Más tarde vimos a alguien viniendo a por nosotros. Era papá».

Clem y Niels

aparecieron por la puerta a mediodía. Tenían los rostros bronceados y cara de no haber dormido mucho. En cierta forma me alegré de verles. Me agradó que Niels no hiciera la idiotez de quedarse fuera de la habitación o algo por el estilo. Entró, me estrechó la mano y me preguntó cómo me encontraba. Le dije que bien. La última vez que le vi, acababa de partirle el labio de un puñetazo, ahora

era yo el que tenía dos costillas rotas y la boca partida. Era un chiste tan sombrío que nos hizo reír a los tres.

«Pero ¿qué ha pasado? La policía no nos cuenta mucho. Solo que hubo un tiroteo en casa de tu vecino, unos asaltantes. Un presentador de las noticias estaba contando que había habido disparos, que tus vecinos resultaron heridos...»

Todo el mundo quería la

historia, pero la historia era difícil de contar, y además yo solo estaba preocupado por otras cosas.

¿Alguien sabía algo de Leo o Marie? Lo último que recordaba era que en aquellos rápidos instantes, tras la llegada de la policía y las ambulancias, Judie le taponaba la herida a Marie y yo había salido a buscar a mis hijos a la playa. Después regresé con ellos y vi que introducían a ambas mujeres en una ambulancia. Marie

tenía mal aspecto, el rostro blanco como la Luna, cubierto con una máscara de plástico que la ayudaba a respirar. Antes de que pudiéramos decir nada, la ambulancia salió disparada de allí. Y en lo alto del Diente de Bill vi otras sirenas bajando hacia la casa de Leo. Le había dejado en el suelo de su salón, con dos balazos en el cuerpo, y ahora nadie era capaz de decirme si estaba vivo o muerto.

Papá hizo algunas

preguntas y volvió a la habitación diciendo que mis vecinos no estaban en Dungloe. «Los han llevado a otro sitio, no sé adónde, ni por qué».

Más preguntas sin resolver.

«Dicen que estabas en el hospital esa tarde, que habías tenido una crisis nerviosa y que te marchaste sin dar aviso. ¿Es cierto?»

Esa parte de la historia también le interesó mucho a los detectives de la Garda

que habían aparecido por allí bien pronto por la mañana. «Cuéntenos exactamente cómo acabó en el pueblo si se suponía que debía usted pasar la noche en el hospital».

No mentí en absoluto. Les dije que me había ido porque había tenido un mal presentimiento sobre mi familia. Les expliqué todo mi viaje desde el hospital de Dungloe a Clenhburrán, incluyendo al chico y a la anciana que me llevaron en

coche, y que venían de visitar a alguien con tumor de ovarios —se pusieron en contacto con el registro del hospital para confirmar la historia—, mi parada en el Andy's, y más tarde en la pensión de Judie, donde tomé prestada una bicicleta. Todo absolutamente demostrable, incluso mi accidente en el camino y el hecho de que los criminales me recogieron y que, desde un primer momento, me dieron un mal

presentimiento, y que gracias a Dios pude avisar a Leo y Marie con tiempo. Los *gardas* apuntaron todo, pero no dejaron de intercambiarse miradas de sospecha. «Hábleme otra vez de ese presentimiento; ¿cuándo dice que lo tuvo?»

Les vi en el pasillo, hablando con la doctora Ryan y con John Levey, el psicólogo del hospital. Ambos negaban con la cabeza, aturdididos, y yo podía hacerme una idea de

lo que pasaba por sus cabezas: no había ninguna razón para acusarme pero mi historia era difícil de encajar.

Quizá por esa razón hubo dos polis custodiando la puerta de mi habitación durante todo el día, hasta bien entrada la tarde. A esa hora por fin había podido reunirme con Judie y estábamos juntos en la habitación, junto a papá y a Niels. Clem se había ido a dar un paseo con los niños

después de que estos hubieran hecho su declaración, y Clem, papá y Niels se habían deshecho en agradecimientos por la valiente reacción de Judie, al quedarse en la casa para hacer frente a los criminales, algo que había pagado con varios golpes y una pequeña brecha en su ceja. No obstante, todo el mundo seguía preguntándose lo mismo: «¿Cómo supisteis que venían a haceros daño? ¿Cómo pudisteis anticiparos

a sus intenciones?»»

—No me gustó su aspecto —respondió Judie mientras apretaba mi mano —, y además se han oído muchas cosas últimamente. Robos en tiendas. Que desvalijaron una casa cerca de Fortown mientras sus dueños dormían dentro. Cosas así. Sencillamente vi aquella furgoneta y algo me puso en guardia.

—Pues que Dios la bendiga por su instinto, señorita Gallagher —apuntó

papá.

Los *gardas* parecieron tragarse esa historia bastante mejor, quizá Judie y su carita de ángel —adornada con un par de curas plásticas — les inspiraba más confianza.

Después supe que la doctora Ryan, Levey y Kauffman emitieron un informe conjunto sobre mis presuntas «visiones anticipatorias». Lo calificaron como una «afortunada» casualidad que

ayudó a prevenirnos de un ataque. «Algo, por supuesto, completamente desconectado de la realidad». En este informe también se mencionó mi visita a la comisaría de Dungloe, y la entrevista con la sargento Ciara Douglas, quien respaldó mi testimonio: «Estaba genuinamente preocupado por la seguridad de su casa. Me pareció un tanto paranoico. Quizás eso le ayudó a sobrevivir a fin de

cuentas».

—Son casos aislados —
opinó un vecino en las
noticias de la RTE, esa
misma tarde—, pero antes,
según dicen, no había
ocurrido jamás. Hay quien
dice que se trata de una
banda de Europa del Este.
Lo que está claro es que no
es un bulo que se hayan
inventado los vendedores de
alarmas; es real, y nuestras
pequeñas comunidades
aisladas deben estar más
protegidas, o defenderse

igual que lo hizo el señor Harper, llevándose por delante al que haga falta. Si quiere mi opinión, me alegro: hoy hay cuatro hijos de perra menos en el mundo.

Al anochecer llegaron otros detectives, diferentes, y nos contaron que Leo y Marie habían sido trasladados al hospital de Derry. Estaban vivos, aunque Marie había tenido que ser intervenida de urgencia.

«¿Hay peligro?»

«No se sabrá hasta mañana. Ahora me gustaría repasar algunas notas de la declaración de Leo, si no le importa...»

Había cuatro fiambres, cuatro muertos que explicar. No nos dejaron tranquilos hasta la medianoche.

Algo pareció cambiar al día siguiente. La policía había desaparecido. Nos dijeron que había habido «informaciones de última hora».

También

nos

comunicaron que Marie estaba fuera de peligro. «Su estado es bastante delicado, pero progresa favorablemente».

Podíamos volver a casa, pero no debíamos salir del país en los siguientes días. Todavía habría más preguntas y alguna visita al juzgado.

Clem y Niels se quedaron un día más, hasta que Judie y yo recibimos el alta en el hospital. Después les insistí que era hora de

que volvieran a Ámsterdam, con los niños. Cuanto antes se alejasen de aquel lugar, de aquella casa, antes empezarían a olvidarlo todo. Les prometí que yo no tardaría mucho en volver.

—¿Lo prometes, papá?

—Lo prometo, hija. En cuanto todo este lío se resuelva me encontraré con vosotros en Ámsterdam.

Me costó mucho separarme de ellos ese día, mientras el taxi esperaba junto a la pensión de Judie.

Había medio pueblo por allí. Algunos amigos que Beatrice y Jip habían hecho durante aquel corto pero intenso verano en Donegal aparecieron para despedirse y entregarles unas flores y regalos que habían preparado. También estaban Laura O'Rourke, la señora Douglas y media plantilla regular del Fagan's. Todo el mundo arropando, sin hacer demasiadas preguntas. A esas alturas ya había una historia oficial: «Asaltantes

encuentran la muerte al intentar un robo con violencia en Donegal», y ni Judie ni yo íbamos a contradecirla.

Decían que los vendedores de alarmas antirrobo y cursillos de autodefensa se estaban poniendo las botas con la noticia. El señor Durran había comenzado a vender sensores de movimiento para el jardín y alarmas falsas. La chica del Andy's salió en la tele y, entre risas nerviosas,

dijo que los cuatro criminales le habían dado muy mala espina. Que se tomaron cuatro cafés expresos y uno de ellos se olvidó su paquete de tabaco en la mesa. Y que diría que eran de origen caucásico, aunque no estaba segura... al menos su declaración ayudó a aclarar algunas sospechas sobre mí. Dijo que me había visto entrar en la gasolinera esa tarde, que le pregunté por aquellas personas y que después me

fui con bastante prisa.

En una pequeña columna aparecida en el editorial del *Irish Times* del domingo 21 de julio, un comisario de la Garda declaraba sus «serias» dudas de que los asaltantes pertenecieran a una «banda de ladrones común», y decía que la Interpol había comenzado a colaborar en el caso, y que muy pronto tendrían nuevas informaciones.

Esas nuevas informaciones nunca

llegaron a publicarse.

Papá se quedó una semana más, durmiendo en la pensión con Judie y conmigo. El viejo cascarrabias había vuelto a nacer. De la noche a la mañana se había convertido en otra persona. Nos preparaba el desayuno y le prohibía a Judie trabajar en la tienda. «Yo me haré cargo, maldita sea, vosotros no estáis en condiciones de hacer nada». Quizá todo lo que necesitaba en la vida era

una misión, a fin de cuentas. Me alegré mucho de verle otra vez de mal genio, aunque al cabo de una semana le convencí para que regresara a Dublín. Le aseguré que muy pronto iría por allí.

Mientras tanto, seguíamos sin tener noticias de Leo y Marie. Hice una llamada al hospital de Derry y me dijeron que ya no estaban allí. «La mujer se había recuperado del todo y habían salido en una

ambulancia con dirección a
Dublín, dos días antes».
¿Destino final?

Desconocido.

Sus teléfonos móviles
habían dejado de funcionar.
Probé con los detectives de
la Garda. Me dijeron que
Leo y Marie habían ido a
Dublín a realizar una
declaración en el juzgado, y
que se habían reunido con
miembros de la embajada
norteamericana allí. Al
parecer el caso había
«pasado a otras manos».

—¿A cuáles?

—Lo ignoro, señor Harper. Pero le puedo decir dos cosas: esos tipos que les atacaron no eran criminales al uso, tal y como cuentan las noticias. No eran ladrones. Y sus amigos tampoco eran dos personas normales y corrientes.

Pasó un mes. El pueblo volvió a una relativa calma. Yo seguía viviendo con Judie en la pensión. Mi casa y la de Leo seguían selladas por la investigación policial.

Sin noticias de Leo ni de Marie. Ni una llamada. Nada.

El 26 de agosto se levantó el sello policial de ambas casas. Imogen Fitzgerald arregló mis papeles para que pudiera rescindir el contrato de alquiler sin penalizaciones. Además, se hizo cargo de coordinar a los peritos de la agencia aseguradora y a un batallón de limpieza que devolvió la casa a su estado normal en unos días.

También se encargó de ayudarme con la agencia de mudanzas internacionales. El 15 de septiembre entregaría las llaves y diría adiós a Clenhburrán.

Judie seguía sin decir nada acerca de Ámsterdam y yo respetaba su silencio. Todavía estábamos heridos. Débiles. Muchas noches me despertaba entre gritos. Tom *el Gordo* aparecía a los pies de mi cama dispuesto a vengarse. Mi hacha todavía clavada en su cabeza, había

partido en dos su sistema nervioso y le hacía temblar la boca y girar los ojos... Judie era la que me despertaba ahora de las pesadillas. Me abrazaba, me daba un dulce beso en la mejilla y al cabo de una o dos horas, volvía a poder dormir.

El 8 de septiembre regresé allí por primera vez desde que todo ocurriera. Judie insistió en acompañarme, pero le dije que prefería ir solo.

Necesitaba ir solo.

Era una mañana lluviosa y gris cuando llegué a Tremore Beach. La visión de la valla, reconstruida y sujeta con cuerdas mientras se asentaba, me causó un leve escalofrío.

Rodeé la casa y me dirigí al jardín trasero, al punto donde habría estado el cadáver de Tom *el Gordo* si nadie lo hubiera metido en una bolsa de plástico y se lo hubieran llevado de allí. Los limpiadores de Imogen le

habían dado una mano de pintura de color rojo arcilla a la alcantarilla de la fosa séptica, quizá para disimular alguna mancha que se resistía a irse. Me quedé allí, frente a aquella extraña lápida, y no recé ninguna oración por su alma. Solo me quedé allí, mirando aquel lugar, y pensando en aquella noche. El sonido del cráneo partiéndose en dos aún resonaba en mis oídos. «Tú te lo buscaste, amigo».

Entré en la casa, que me

recibió dormida, con el sonido de las gotas de lluvia repiqueteando en el tejado. El mirador tenía un nuevo cristal. La alfombra y los muebles habían sido retirados. Imogen dijo que tardarían mil años en volver a alquilarla, pues ahora la casa tenía una mala leyenda, además de ser cara y estar en una zona demasiado solitaria. Pero era una casa bonita. Ideal para algún artista buscando refugio.

Había unas cuantas cajas

de cartón en el desván, de la primera mudanza. Fui a por ellas y las bajé al salón. No había mucho que empaquetar. Ropa y algunos libros, además de los instrumentos. Todo lo enviaría a mi estudio de Ámsterdam. Después pensaría qué hacer. Max Schiffer me había ofrecido su casa. Pat Dunbar también. El bueno de Pat no había dejado de llamarme desde que el caso saltó a la prensa. De alguna manera (y yo

tenía mis sospechas) mi nombre había terminado filtrándose a los medios: «Peter Harper, el compositor, sufre un asalto en su refugio de la costa irlandesa». La noticia era casi épica. Me describía como un héroe que había defendido a sus hijos y vecinos con un hacha, logrando tumbar a un par de asaltantes. Este tipo de noticias, ya se sabe, gustan bastante en los tabloides, y ahora Pat estaba recibiendo

diez llamadas semanales para preguntar por mis proyectos. «Publicidad gratis, Pete (bueno, solo me costó un par de costillas rotas), ya no puedes decirme que no. Se huele el dinero. Todo el mundo quiere tener tu música. Tienes que volver a trabajar».

Una hora más tarde estaba sentado en el suelo del salón, empaquetando cosas. La lluvia había amainado y la luz comenzaba a decaer en el

exterior. La casa se estaba enfriando, así que me levanté y fui a buscar algo de leña para encender la chimenea. Regresé al salón con las últimas reservas de leños y palitos que quedaban en el cobertizo. Echaría de menos aquel lugar, pensé, a pesar de todo. Levantarme por la mañana y oír los pájaros, las olas del mar. Coger leña y encender un fuego. Segar la hierba. Ver a Leo corriendo por la playa, salir, llamarle e invitarle a

una cerveza.

Comencé a formar una pira en la chimenea, mientras pensaba que quizás algunas de esas revistas que se apilaban junto al sofá podrían dar su último servicio a la casa en forma de energía calorífica. Y en el instante en que encendía un fósforo y me disponía a encender una de las bolas de papel de periódico que descansaban en el fondo de la pirámide, en ese mismo momento ocurrieron dos

cosas. La primera, que el viento sopló por la chimenea y apagó mi cerilla. La segunda, que alguien llamó a la puerta de la casa.

Tres golpes. En la madera.

El corazón se me encogió y dejé de respirar. No, no podía ser cierto.

Los golpes se repitieron.

Me levanté y caminé sin prisa. Crucé el salón, hasta el recibidor. Ni siquiera pregunté, no alcé la voz. ¿Para qué? Corrí el pestillo,

giré la manilla y abrí la puerta.

Una persona esperaba al otro lado. Una persona que conocía. Empapada de los pies a la cabeza. Con una sonrisa en el rostro.

—¡Harper! ¡Menos mal que me ha abierto pronto! —dijo Teresa Malone, la cartera del pueblo—. ¡Estaba a punto de salir corriendo!

—¿Te... Teresa? —dije casi tartamudeando—. ¿Qué hace usted aquí?

Iba forrada con su ropa de plástico, de los pies a la cabeza. Su *scooter*, cuyo motor no había oído debido al viento y la lluvia, estaba aparcado junto a mi Volvo, en el jardín.

—Judie me dijo que había venido y bueno, pensé que debía..., aunque me daba escalofríos. No sé cómo ha podido volver aquí. Verá, llegó una cosa a su nombre. A-su-nombre, nunca mejor dicho. Un paquete para Peter Harper.

Pensé que debía dárselo en persona.

Me lo entregó, envuelto en una bolsa de plástico. Un paquete pequeño, con mi nombre escrito sobre él, nada más, y una frase: «Entregar en persona».

—Venía envuelto en otra caja, con las señas de la oficina de correos. Al abrirlo, vi que ponía su nombre, solo su nombre.

Lo miré.

—¿Sabe desde dónde llegó?

—No había remite, pero el matasellos era británico. Venía en una caja más grande, con la dirección de la oficina postal del pueblo escrita fuera.

—O sea, que es alguien del pueblo. Alguien que nos conocía a los dos.

Nos quedamos mirándonos con una medio sonrisa en el rostro.

—¿Ha sabido algo de ellos en este tiempo? — preguntó Teresa.

Negué con la cabeza.

—Ayer llegaron dos camiones de mudanza —dijo ella—. Vaciaron la casa. Lo sé porque mi primo Chris conoce a un *garda* de Dungloe que tuvo que actuar como testigo. Preguntó adónde se lo llevaban todo, y le dijeron que a un depósito. Que no tenía destino. De alguna forma, todos nos lo imaginábamos, ¿me entiende? Que nunca volverían por aquí. Y no me extraña. Después de una cosa así. Pero quizá nos

hubiéramos esperado alguna despedida. Algo...

Sus ojos se desviaron hacia el paquete que tenía en las manos.

—Gracias, Teresa, gracias por venir a traérmelo.

—He oído que usted también piensa irse. ¿Es cierto? —dijo poniéndome la mano en el antebrazo—. Lamento tanto lo que les sucedió a usted y a sus niños. En el pueblo seguimos horrorizados.

Prométame que se despedirá de nosotros antes de irse.

—Se lo prometo, Teresa.

Su mano se deslizó suavemente por mi brazo, hasta mi mano, y allí se quedó.

—No me gustaría nada que usted se fuera sin dejar que yo me despidiera, ¿sabe, Harper? Quiero despedirme de usted.

—Cuando me vaya — dije, retirando la mano suavemente y llevándola a la manilla de la puerta, que

comencé a entornar—. Será usted la primera en saberlo. La primera pinta corre de mi cuenta.

Me despedí con una amplia sonrisa y dejé que la señorita Malone volviera a su *scooter*, bajo la lluvia, y que se despidiera con dos trémulos pitidos de su bocina antes de tomar rumbo al Diente de Bill.

Después cerré la puerta, encendí la chimenea y abrí aquel paquete.

Había una sola cosa en

su interior: una carta.

Me arrimé al fuego, la desdoblé y comencé a leerla.

Peter,

Me hubiese gustado tener más tiempo para escribir, pero ignoro dónde estarás dentro de unos meses, ni yo tampoco, y quería asegurarme de que al menos recibieras una explicación. No me está permitido ponerme en contacto contigo y escribo casi en secreto, pero me

siento en la obligación de hacerlo. Tengo una gran deuda contigo y tu familia y al menos creo que mereces saber la verdad.

En primer lugar, espero que tus heridas estén cerrando, así como las de Judie, y rezo para que tus hijos estén perfectamente, y para que esta pesadilla de la cual me siento responsable termine convirtiéndose en un recuerdo molesto, que algún día lograrán olvidar, o al menos narrar como una

aventura.

Lo siguiente es darte las gracias por salvar nuestras vidas. Marie recibió un disparo peligroso, casi mortal, pero respondió perfectamente a la cirugía y ahora mismo está fuera de peligro, gracias a Dios. Es una mujer fuerte. En cuanto a mi rodilla y al otro balazo en el hombro, supongo que no podré correr tan rápido nunca más, pero al menos estoy vivo para contarlo. Y todo gracias a ti.

Si no hubieras aparecido por la puerta de nuestra casa esa noche... si no hubieras insistido en que llevase un revólver conmigo, todo sería muy diferente. Esa tarde, después de visitarte en el hospital y de que me avisaras de aquella forma, traté de quitarme la idea de la cabeza, pero no pude. Subí al desván y desempolvé un viejo revólver que había comprado años atrás. Al principio decidí dejarlo a

mano, en algún lugar del salón quizás, o bajo la almohada. Pero esa noche, la noche en la que ocurrió todo, tus hijos iban a venir a pasar la noche en casa y no quería dejar un arma suelta por ahí, y además estaba esa tormenta... ¿Era posible que tuvieras razón después de todo? Fuera como fuese, el arma terminó en mi tobillo, tú terminaste entrando por la puerta... y nos salvaste la vida, Peter. Le diste a Marie la oportunidad de salir

corriendo, frenaste el ataque. Y aunque nos llevamos un par de balazos, supongo que no habríamos tenido la más mínima oportunidad de no ser por ti, por tu cabezonería, por tu locura, por tu don...

Resulta que lo tienes, Pete. No sé de dónde lo has sacado, pero cuídalo, guárdalo como el oro. Sé que has sufrido por él, pero supongo que también podrá darte cosas buenas. Quién sabe. Igual un día ves un

número de lotería y de pronto el aire comienza a oler a rosas... El caso es que nadie pudo prever esto más que tú. Tenías razón, siempre la tuviste, desde el primer día. Pero te mentimos, tuvimos que hacerlo. O mejor dicho: evitamos decirte la verdad.

Supongo que ahora debes odiarnos por haber sido tan tozudos. Has sabido desde el primer día que esto iba a ocurrir, y por gracia de nuestra resistencia a

admitirlo, hemos puesto en peligro a tu familia. Lo siento, Peter, muchísimo, pero en ningún colegio de este mundo te enseñan a creer en los fantasmas, en las visiones... sobre todo cuando están pronosticando tu peor pesadilla. Supongo que intentamos restarle importancia.

Estuve a punto de contártelo aquella tarde. Cuando hablaste de Daniel, del lienzo que habías encontrado en nuestra

estantería..., estuve a punto de salir corriendo detrás de ti, porque sentí que todo aquello era estúpido. Te he sentido como un amigo desde el día en que te conocí, Peter, el primer buen amigo que he hecho en muchos años. Tienes un alma que me gusta. Se puede ver a través de ella, y lo que se ve es bueno, por eso estuve a punto de romper el secreto. Pero las piernas no me dejaron levantarme. Mi vieja y estúpida cabeza me

convenció de que no debía hacerlo. «¿Y si te equivocas? —me dije a mí mismo—. ¿Y si el chico esconde algo raro?» Marie confiaba en ti. Ella nunca dudó de que fueras trigo limpio. Dijo que quizás habías presentido algo de manera subconsciente; que quizás habíamos dejado escapar demasiados detalles, o algo que no había encajado en tu mente; que nos habíamos confiado mucho contigo. Yo, en

cambio, dudé. Aquella primera noche después de que aparecieras en la puerta de casa me la pasé en vela, tratando de imaginarme todas las posibilidades. «¿Será todo parte de un plan? ¿Estará intentando sonsacarnos algo?» Supongo que es una deformación profesional después de tantos años siendo suspicaz, tratando de no dejarse engañar por las apariencias. Aún más cuando sabes que alguien te

busca para matarte.

Hice algunas pesquisas sobre ti. Te investigué, y lo siento muchísimo, pero creo que pedir disculpas es lo único que puedo hacer ahora. Si te sirve de consuelo, lo hice también con el tipo que alquiló la casa antes que tú, un alemán un tanto extraño que se dedicaba a observar pájaros. Aquel tipo me ponía nervioso de verdad, siempre que giraba la cabeza lo veía subido en alguna roca, con

los prismáticos apuntando a mi casa. En su caso —y esto es un secreto entre tú y yo porque Marie no sabe nada—, una tarde me colé en su casa para echar un vistazo. Él debió notarlo, pero nunca fue más allá. Se terminó largando al cabo de unos meses.

A estas alturas ya debes habértelo imaginado. Sí, Leo y Marie Blanchard somos nosotros. O al menos lo éramos. Nada de Kogan, un apellido un tanto raro por

otro lado, y que nunca me gustó. El nuevo, el que nos acaban de asignar, es mucho más normal. También, por seguridad, hemos estrenado nuevos nombres. Como comprenderás no puedo decírtelos, pero suenan bien. Nos pegan a la cara.

Esta es una de las mentiras que te hemos contado y te prometo que no hay muchas más. Casi todo lo demás es cierto: que yo trabajaba en seguridad de

hoteles, que Marie pintaba cuadros y viajaba conmigo. Y es cierto que en 2004 yo estaba ya pensando en mi jubilación. Tal y como te dije, llevaba veinticinco años viajando, había vivido en una docena de ciudades, y me sentía cansado. Cansado de mi vida de nómada, de no poder hacer más que dos o tres buenos amigos en cada lugar antes de volver a empezar de nuevo.

Marie y yo planeábamos

hacernos con una propiedad cerca de la playa de Phi Phi, en Tailandia, montar un pequeño hotel o una pensión y pasar el resto de nuestra vida allí, bronceándonos al sol y navegando. Dije adiós en el hotel donde trabajaba, dispuesto a comenzar mi nueva vida, pero ese mismo mes, sin buscarlo, recibí una buenísima oferta en un pequeño y nuevo resort «seis» estrellas de Hong Kong. Un contrato de un año como «asesor», para

poner en marcha la seguridad del hotel y formar un equipo. «Seis estrellas», ¿sabes lo que significa? El dinero era casi cuatro veces mi sueldo normal. Eso debería de haber encendido las alarmas. En unos años en los que el negocio de la seguridad se estaba volviendo cada vez más barato, ¿de dónde salía esa cantidad de dinero? Pero fue demasiado goloso. Ese dinero ayudaría a cerrar los últimos agujeros de nuestro

plan en Tailandia. Acepté y nos mudamos ese mismo verano. Fue el error más caro que he pagado en mi vida.

Comencé a trabajar un 2 de mayo y no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que algo iba mal. Después de trabajar muchos años reconoces ciertas cosas, sobre todo las que no encajan, y en aquel sitio había muchas cosas que olían mal, o mejor dicho: que apestaban. El director,

un tipo completamente inexperto, me dio un extraño discurso de bienvenida que parecía diseñado para enviar un mensaje entre líneas: «Tenemos unos clientes muy especiales y distinguidos. La discreción es la regla número uno del resort, señor Blanchard. Espero que lo comprenda. Fidelidad y discreción». Y después solo había que comparar la actividad del hotel, relativamente baja, con el dinero que veías

moverse a tu alrededor. Aquello olía a pescado muerto. Joder, tendría que haber renunciado ese primer mes, pero no lo hice. Supongo que pensé: «No enredes demasiado en lo que no te incumbe. Termina el contrato, gana en un año lo que en cuatro y lárgate de aquí».

Te podría contar muchas más cosas que me fueron convenciendo de mi error. Los clientes, que eran de todo menos «gente limpia»,

para empezar. Solo tenías que verles las caras, sus grandes limusinas aparcadas en la entrada, sus matones de trajes baratos, sus putas y las bacanales que se corrían en las suites, y en las que yo solo ponía el pie para sacar a alguna puta borracha, o a alguien con un ojo a la virulé. Día tras día me fui convenciendo de que, tras años de trabajar honradamente, había ido a poner el pie en un nido de serpientes. Aquello era lo

que en lenguaje policial se llama «una sede», y yo estaba metido hasta el fondo. Aunque solo parcialmente, pues mi trabajo era de asesor. Montaba cámaras, explicaba procedimientos, pero ellos ponían a su gente en los ordenadores, en las salas de vigilancia. En cualquier caso, yo siempre tenía la llave de toda la información. Sabía cómo hacerlo y, vistas las circunstancias, consideré

oportuno guardarme una salida de emergencia.

Por supuesto, «ellos» también me enviaban sus señales. Mucho dinero, regalos. Nos compraron un Porsche para celebrar mis seis meses de contrato y «un trabajo bien hecho, con dedicación y lealtad». Lealtad, esa es la palabra número uno en ese mundillo, Pete. A Marie la agasajaban con joyas casi todos los meses. Joyas que ella no quería aceptar, pero que yo

le obligué a no devolver. Más errores. Pero estábamos a mitad de contrato y ya me había dado cuenta de que renunciar era peligroso a esas alturas.

Y entonces, más o menos cumplidos los ocho meses, aquel director de pacotilla me llamó a su despacho para ofrecirme un contrato indefinido en «la casa». Estaban muy contentos conmigo y querían «hacerme parte de la gran familia». Tendrías que ver

cómo suena eso en labios de un criminal. Y qué cara pone cuando, después de dar las gracias, frunces el ceño y dices que en realidad tenías otros planes. «¿Jubilación? Pero si es usted muy joven, señor Blanchard. Sería decepcionante verle marchar tan pronto. Nuestros inversores se llevarían un pequeño disgusto, ¿sabe?»

Aquello hizo cambiar las cosas. Lo fui notando.

Menos trabajo. Menos entrevistas con el director. Me fueron cerrando las puertas y me contenté con ello, al principio. Había enviado el mensaje y lo habían cogido a la primera. Hasta que una noche, al volver a casa, dos coches me flanquearon en la autopista. Me indicaron que saliera por un desvío y me llevaron hasta una zona apartada del puerto. Allí me esperaba una extraña comitiva de hombres trajeados de azul oscuro,

presidida por un tipo de canas llamado Howard, que se presentó como un responsable de la Interpol en China.

—Esta misma noche, en Hong Kong, hemos detenido a un asesino a sueldo que portaba esto —dijo mostrándome una carpeta. Dentro había fotografías mías y de Marie, la dirección de nuestra casa, la matrícula de nuestro coche—. Les han dado «la carta de libertad» y se iban a

hacer cargo de ustedes a finales de año. Un accidente de carretera o una explosión doméstica, es lo que suelen hacer con los que no «se bautizan». No pueden volver a su vida, señor Blanchard. De ninguna manera, pero pueden hacer algo por ustedes mismos. La Interpol dispone de un programa de protección de testigos similar al WITSEC norteamericano, pero a nivel internacional. Pero para entrar en él, ustedes

deben colaborar con nosotros.

Dicho de otro modo, Marie y yo éramos muertos en vida y la Interpol nos ofrecía una resurrección, la única posibilidad que teníamos: darnos un par de nuevos pasaportes y algo de dinero para empezar en alguna otra parte. A cambio, teníamos que ayudarles con algo, y ese algo estaba en los ordenadores del resort. Nombres, teléfonos, fechas a los cuales yo tenía acceso.

Nos dieron muy poco tiempo para pensarlo. Tendrías que habernos visto esa noche, cuando le conté todo a Marie. Salimos de casa andando, sin coger el coche y nos metimos en un centro comercial, rodeados de gente, durante cuatro horas, hasta casi el cierre. Y esa noche dormimos en un hotel, no pasamos por casa. A las cuatro de la madrugada llamé a Howard y le dije que aceptábamos el trato. Mandaron a sus

agentes al hotel y allí planeamos lo que ocurriría al día siguiente. Uno de ellos se pasó la noche entera bebiendo café, sentado en el sofá con un revólver en las manos. El otro tomó una silla y guardó la puerta. Nos dijeron que nos alejáramos de las ventanas. Dormimos una o dos horas.

Todavía tenía acceso a ciertas cosas en el resort. Tendría que hacerlo todo en un solo día y desaparecer. Aparecí aquella mañana

hecho un manajo de nervios, pero tratando de mantener la compostura. Me había pasado media vida persiguiendo ladrones y ahora iba a ser yo uno de ellos. Elegí a uno de los muchachos menos listos para colarle la mentira. Le dije que iba a comprobar un par de cosas en el software del servidor y que necesitaba entrar a la sala de vigilancia un segundo. Allí hice la descarga: casi mil ficheros en un

dispositivo del tamaño de una uña. Me lo metí bajo la lengua para pasar el registro, el mismo que yo les había enseñado a hacer. Después salí de allí diciendo que almorzaría al otro lado de la calle. Nunca volvieron a verme.

Así empezó todo el proceso, nuestra vida como testigos protegidos. Esa misma tarde llegaron más agentes. Un total de ocho en dos coches blindados. Nos dijeron que iríamos a una

casa apartada en la bahía de Dashen, aunque eso resultó ser falso. Nuestra sangre valía oro para la Interpol, y eso incluía desconfiar incluso de nosotros mismos, de lo que pudiéramos haber contado a algún conocido. No podríamos volver a casa, nos comprarían ropa nueva, todo lo que necesitáramos, pero nada de exponerse. Dejar atrás nuestra casa, nuestros vecinos, nuestros libros, nuestra ropa, los

cuadros de Marie... fue terrible. Recuerdo que entramos en shock. Marie se puso a regar las plantas antes de marcharse. Era todo tan estúpido. ¿Ni siquiera podemos dejarle el gato a la vecina? Ni siquiera.

Vestidos con gorra y sombrero y gafas de sol llegamos a una casa en la frontera china, un antiguo cuartel con cámaras, verjas y guardias permanentes las veinticuatro horas del día.

Me sugirieron que enviara un corto mensaje al hotel. Un familiar se había puesto enfermo y debía ausentarme repentinamente. Pronto enviaríamos más noticias.

Estuvimos allí dos semanas, encerrados como delincuentes. Era terrible. Nos trataban como auténtico ganado y en dos ocasiones perdí la paciencia, cuando no nos dejaban ni asomarnos a las malditas verjas. Marie se cansó de llorar y yo también. Fue la

única vez en mi vida en la que me alegré de que nuestro hijo Daniel no hubiera vivido para ver aquello.

En la segunda semana de nuestra reclusión nos reunieron para darnos tres noticias: la primera, que la «organización» se había enterado de la jugarreta y nuestros nombres y fotos ya volaban por las redes de criminales a sueldo. Mi cabeza se cotizaba a 100.000 dólares en esos

días. No está mal, ¿eh? La segunda, que la Interpol había logrado poner fecha a un juicio, y que solo deberíamos esperar dos meses más para testificar. Entretanto, nos reuniríamos en secreto con el fiscal y el juez que llevaban el caso, una sola vez, en otra localización que no nos sería desvelada. Durante esos dos meses de espera, seríamos trasladados a otro lugar, en Laos.

Tuvimos que dar poderes

a un abogado de la Interpol para que se hiciera cargo de todo, la venta de nuestra casa, una transferencia bancaria a Suiza. Firmamos papeles en los que renunciábamos a todo, porque el plan era que íbamos a desaparecer. Tras la declaración jurada, Leo y Marie Blanchard desaparecerían para siempre.

Vivimos en las montañas del norte de Laos durante esos dos meses, junto con

cuatro agentes de la Interpol. Después llegó la fecha de la declaración. Volé en un avión privado hasta un aeropuerto de las fuerzas navales chinas en Sai Kung. Desde allí, en una furgoneta camuflada hasta los juzgados. Vestido con pasamontañas y chaleco antibalas, entré por la puerta de atrás. Me senté en una cabina de cristal blindado y juré que iba a decir la verdad. Después hablé frente a un reducido

grupo de personas sobre mi contrato en el resort y cómo había accedido a la base de datos que había puesto a disposición de la Interpol. Las preguntas duraron cerca de dos horas y después me dejaron ir. «Gracias y buena suerte», dijo el juez.

Leo y Marie Blanchard fallecieron en una noche estrellada, preciosa. El mar estaba como un plato y soplaban viento del sur. En cuanto cambiamos de barco,

en cuanto pusimos los pies en aquella lancha fuera borda y abandonamos el Fury, dejamos atrás nuestras vidas. Nuestros amigos y familiares nunca deberían sospechar nada, y los asesinos a sueldo se confundirían pensando que otro lo habría conseguido antes que ellos. Acordamos un punto, a varias millas de la costa de Macao, donde nos encontraríamos con otra lancha al anochecer. De allí, a un aeropuerto privado

en la isla de Phen-Hou. De allí a Singapur. Inglaterra. Europa. Lo más lejos que nadie podría imaginar.

Vivimos en una casa en Londres durante ocho meses, hasta que se hicieron todos los arreglos. Un nuevo apellido: Kogan. Recuerdo que incluso me entró la risa al leerlo. Un nuevo pasaporte, un certificado de nacimiento (Salt Lake City, Utah), dos tarjetas Visa y una cuenta numerada en Suiza donde habían disuelto

nuestra casa, coches, velero y los ahorros de toda una vida. Parece fácil, ¿verdad? No lo es, créeme. Pensar que todos tus amigos, todos los que te conocen, te dan por muerto. Que no podrás volver a llamarles para felicitarles la Navidad. Que nunca volverás a saber de ellos. Es como estar muerto realmente. Como ser un fantasma. El mentor del programa de protección nos repitió cien veces lo importante que era no

ponerse jamás en contacto con ningún familiar o amigo, ni siquiera a través de una carta sin remite; el mero hecho de saber que seguíamos vivos sería un aliciente para que la «organización» prosiguiera su búsqueda.

«Su coche hizo explosión ayer en Hong Kong, mientras una grúa lo retiraba del aparcamiento donde llevaba estacionado cuatro meses. El conductor resultó herido pero

afortunadamente nada más».

En Chelsea, el barrio de Londres donde vivíamos, había una tienda de periódicos internacionales y solíamos echar un vistazo diario. Nada salió a la luz, exceptuando nuestra desaparición, a bordo del Fury, en un diario local de Hong Kong.

Sin embargo, no conseguíamos adaptarnos a aquella nueva vida. Vivíamos enclaustrados, sin

*mantener demasiado
contacto con nadie.
Temíamos que cualquier
detalle se esparciera, que
llegase a la persona que no
debía llegar. Supongo que
entre nuestros vecinos de
aquel barrio nos ganamos la
reputación de ser una
simpática pero hermética
pareja de expatriados.
Hacíamos la compra,
sonreíamos a nuestros
vecinos, pero no
participábamos en nada. Si
por cualquier razón alguien*

comenzaba a arrimarse a nuestras vidas, lo evitábamos. Jamás aceptábamos una invitación a una fiesta. Siempre estábamos ocupados.

Aquello comenzó a desgastarnos. No estaba en nuestra naturaleza ser dos fantasmas sin vida. Hablamos de todo esto con el agente del programa y él nos propuso la idea de mudarnos a un lugar más aislado, a una comunidad rural. Conocía otros casos

que habían funcionado. El peligro de que nuestras identidades llegaran a los oídos inapropiados era menor en un lugar aislado. «¿Por qué no prueban Irlanda o Escocia? Hay lugares idílicos ahí arriba. Fríos, pero seguros. No hay demasiada gente».

Y así es como llegamos a Clenburrán, Peter, y desde que llegamos aquí supe que echaríamos amarras. No era mi soñada playa en Tailandia, pero era una

playa, un retiro, y de cualquier forma ya nos había llegado la edad de hacerlo. Y por primera vez desde que escapamos de Hong Kong, me sentí libre. Marie comenzó a tener amigas, y yo volví a atreverme a hablar, a contar mi vida, siempre con cuidado de no mencionar ese «pequeño episodio», pero nada de mentiras. No funciona si quieres tener amigos de verdad.

Y ese era mi plan, más o

menos: quedarme aquí, hacerme viejo junto a mi chimenea, mi esposa y una taza de té. Durar los años que tuviera que durar y después irme en paz, no sin antes escribir una última carta a toda la gente que dejé detrás, para contarles la verdad, la misma verdad que te he contado hoy a ti.

Pero nos encontraron. Y la gente del programa de protección todavía se pregunta cómo pasó. Sugirieron que habría sido

un fallo nuestro, que habíamos roto el protocolo de seguridad... pero insistí en que no era cierto. Hemos sido los dos muertos más perfectos de la historia. Jamás volvimos a llamar o a escribir a nadie. Y solo Dios sabe lo que hemos sufrido por eso. Las beatas del pueblo tienen a Marie por una devota sin par, cuando, en realidad, cada vela que enciende es en recuerdo de alguno de los amigos que dejamos atrás y con quien

nunca podremos volver a hablar.

Quizá, sencillamente, nuestra historia fue de boca en boca y terminó llegando más lejos de lo que hubiéramos deseado. O quizá los dedos de la mafia son inevitablemente largos. O quizás alguien nos reconoció en la calle y aquello encendió la mecha. Quién sabe. El caso es que nuestro amigo Peter Harper nos salvó la vida, y eso sí que nadie se lo puede

explicar.

Así que ahora estamos en camino otra vez. No sé dónde, espero que a un lugar menos frío, cerca del mar, ojalá, donde no sea demasiado caro comprarse un velero. ¿Sabes? Creo que cogeré todo mi dinero y me compraré ese maldito velero de mis sueños. Viviremos en él y puede que, como una última aventura de nuestras vidas, le proponga a Marie cruzar los océanos de este mundo. Desapareceremos,

otra vez, en el gran azul, y esta vez será para siempre. Si la vida quiere ser perra conmigo, voy a darle la vuelta. Voy a aprovechar para cumplir un sueño. Ese es el espíritu, ¿no? En fin. Te lo contaré pronto. Eres fácil de seguir. Un tipo famoso.

Y hablando de esto, hemos llegado al capítulo de los consejos. Primero los más prácticos. Ahora que sabes a quién nos hemos enfrentado, quizá te

preguntas si habrá una revancha y si debes temer a «la organización». Mis amigos de la Interpol han hecho algunos ajustes en el atestado de la Garda, limpiando tu nombre en todo lo posible. Se menciona que acabasteis con Tom y Manon en defensa propia. Yo hice lo mismo con Randy y Frank se desangró en nuestra alfombra y murió antes de que llegara la primera ambulancia. Así que acabamos con toda la

banda, lo cual me alegra. Cuatro malnacidos menos en el mundo. Eran un comando de mercenarios, me dijeron los tipos de la Interpol, y de haber sobrevivido alguno de ellos, probablemente la mafia hubiera ordenado liquidarlos por haber fallado tan estrepitosamente contra dos viejecitos y una familia con hijos. Claro que ellos no contaban con un Peter Harper en sus filas. En cualquier caso, no creo

que debas temer nada. Pero nunca estará de más que tengas un ojo abierto. O quizá ni siquiera te haga falta. Solo haz caso a tu instinto.

Siguiente consejo: sobre ti y Judie. Hoy en día se lleva mucho eso de la libertad, pero hay un malentendido con esa palabra. A veces la gente habla de libertad cuando quiere decir «miedo a avanzar en la vida»; vale, ya sé que soy un viejo chocho y

puedes coger este consejo y mearte en él, pero si tú eres capaz de ver el futuro, yo soy capaz de ver el corazón de las personas, y te digo que quizá, solo quizás, haya algo de miedo dentro de ti. Miedo a amar de nuevo, igual que el que tiene a tu padre atado a una silla ahí abajo, en Dublín (perdona que sea un metete, pero me puedo permitir el lujo ya que no volveremos a vernos), porque alguien te hizo daño y ahora te has enfadado con

el mundo y no le quieres dar ninguna oportunidad. Y eso quizá también se traslada a tu música. Crear es un acto de confianza absoluta. Es lo que me contaste una vez, ¿no? De libertad, auténtica libertad. Y tú has ido a buscarla a una playa, al borde del mar, donde se supone que los hombres son libres, pero en el fondo, sigues atrapado en ese cuarto pequeño, sin ventanas, llamado dolor. Ojalá algo de toda esta

*maldita pesadilla haya
servido para despertarte.
Rezo por ello.*

*Me hubiera gustado
poder decirte todo esto en
persona, compartir una
cerveza belga y mirar juntos
el atardecer, mientras
arreglábamos el mundo, por
última vez. Ha sido un gran
placer conocerte y ser tu
amigo, Peter. Y espero que
esta vida vuelva a juntar
nuestros caminos alguna
vez.*

Marie también os envía

un grandísimo beso y sé que os echará de menos. Muy posiblemente, algún día encenderá una vela por ti, Judie, Jip y Beatrice y pensaremos en vosotros, allá donde estemos.

Hasta siempre, Peter.

Tu amigo,

LEO

11

El 15 de septiembre, después de entregar las llaves de la casa y de decir adiós al camión de la mudanza, me vestí mi mejor chaqueta, arranqué un par de flores silvestres del camino de Tremore Beach y me presenté en la tienda de Judie.

La encontré sola,

leyendo un libro y dejándose acariciar por un fugaz rayo de sol que en ese momento atravesaba el escaparate de la tienda. Pensé que quizás estaba dispuesta a pasar el resto de su vida en aquel lugar, tranquilo, amable, que ella había elegido. Eso me hizo sentir un tanto culpable sobre lo que estaba a punto de hacer.

Judie sonrió al verme entrar.

—Qué elegante, Peter.
¿Y esas flores?

—Para usted, señorita
Gallagher —dije,
entregándoselas.

—Oh, muy amable,
señor Harper —respondió
ella llevándoselas a la nariz
—. Flores de despedida. —
Su voz sonó oscura,
melancólica.

—Verá, estimada
señorita —comencé a decir,
un poco nervioso—, en
realidad no son flores de
despedida. Precisamente eso
he venido a aclarar. Me
gustaría hacerle una

pregunta... en realidad, volver a hacérsela. Alguien dijo una vez que a las cosas buenas hay que darles dos oportunidades, o tres o cuatro. Y un viejo amigo me dijo que estas cosas requieren cierta formalidad, así que...

Rodeé el mostrador e hincó una rodilla en el suelo, frente a Judie, que sonrió y se llevó las manos al pecho, emocionada.

—Judie Gallagher: soy un corazón herido, un

corazón miedoso, pero un corazón al fin y al cabo. Y tú eres la mujer más inteligente, dulce y sensual que habría podido soñar encontrarme en este mundo. Y no se me ocurriría pedirte esto si no estuviera completamente seguro, pero lo estoy. Estoy enamorado de ti, Judie. Te quiero y quiero que vengas conmigo. Que empecemos algo juntos. Yo no puedo quedarme, necesito a mis hijos, verlos crecer y ayudarlos, por eso,

de una manera ciertamente egoísta, te pido que cruces los mares a mi lado. Sé que es una petición difícil. Que habías encontrado un lugar en el mundo y que ahora te estoy intentando arrancar de él. Pero es lo único que ahora se me ocurre. No me quiero ir sin ti. No quiero dejarte atrás. Eres algo... demasiado bueno.

Le brillaban los ojos. Una lágrima logró escapar de allí y surcó su bonita mejilla hasta la comisura de

su labio. Se sorbió la nariz, buscó un pañuelo, sin soltar las flores de las manos.

—Peter...

—Sí o no, Judie —dije—. Lo aceptaré si es un no. Te querré siempre, pero necesito saberlo ahora.

Ella se deslizó desde la silla al suelo y me cogió el rostro con sus dos manos. Nos besamos. Un beso largo y dulce, con los ojos cerrados, que nos secuestró del mundo, que nos hizo soñar juntos, que nos

elevó... hasta que oímos abrirse la puerta de la tienda y la señora Douglas nos encontró de rodillas tras el mostrador.

—¿Os encontráis bien, muchachos?

—Sí —dijo Judie—. Sí, señora Douglas. Perfectamente. —Después se levantó y me cogió de la mano para que me levantara yo también—. Oiga —dijo apretando mis dedos entre los suyos—, ¿conoce a alguien interesado en llevar

esta tienda? Creo que acabo de renunciar.

Una semana más tarde, el día antes de coger el avión para Ámsterdam, estaba en casa de papá, en Dublín. Habíamos ido a cenar al *pub* y habíamos cantado *The Irish Rover* juntos, y *Molly Malone*, y nos habíamos bebido cinco pintas cada uno. Estábamos celebrando la vida, me dijo. «La vida hay que celebrarla». Judie vendría a Holanda en un par de meses, después de

liquidar sus asuntos en Donegal, y papá vendría también. Dijo que quería viajar más. Estar cerca de los suyos.

Después del *pub* lo había tenido que arrastrar por la cuesta del Christ Church hasta Thomas Street, donde meamos juntos en una esquina, padre e hijo unidos en el crimen. Fuimos cantando por toda la calle, despertando a los vecinos. Después en casa lo subí a su dormitorio y lo dejé

roncando sobre la cama, con la ropa puesta. Le di un beso en la frente y bajé al salón por las escaleras, con cuidado de no matarme de la borrachera que llevaba.

Me eché en el sofá del salón y no tardé en dormirme. Ya no tenía dolor de cabeza, y las pesadillas se habían ido esfumando. Al principio, una noche de sueño completo era como una victoria. Ahora, lentamente, se había ido convirtiendo en mi rutina.

Eso le dije a Kauffman unos días antes, en una llamada en la que cancelé mis citas con él. Él se alegró por mí, aunque le apenaba alejarse de aquel caso tan interesante. Dijo que le hubiera gustado seguir con la hipnosis. Comprender de dónde había sacado aquella especie de premonición. Mi consejo fue que lo olvidara si no quería terminar viendo su nombre mezclado en las estanterías de ocultismo de los centros comerciales...

Pero esa noche, en Dublín, después de haber caído en el sueño de aquella feliz borrachera, ocurrió otra vez.

Abrí los ojos en medio de la noche y vi a mi madre sentada en la mesa del salón, con su bata verde, mirándome.

Esta vez no tenía ninguna muestra de la enfermedad en su piel. Su cabello estaba allí, tan sano y brillante como siempre. Sus ojos entornados, con una

sonrisa entre los labios.

Me señalaba el piano, el viejo piano de pared. Me estaba diciendo que fuera hacia él, que tocara para ella una vez más, como cuando era niño. En esas tardes de lluvia en las que ella tarareaba las piezas que yo tenía que ensayar una y otra vez.

Lo hice. Me senté en el taburete, abrí la tapa y empecé a tocar. Una melodía lenta, preciosa, que parecía haber estado allí siempre,

esperándome. Una pieza entera, revelada en el sueño.

Cuando me desperté, mi madre ya no estaba, pero la música seguía allí en mi mente.

Le di las gracias, busqué un cuaderno y me puse a escribir.

Agradecimientos

La idea de esta novela nació en un pueblo de la costa de Donegal, en Irlanda, durante el año 2008. Yo vivía en Dublín en esa época y fui a pasar unas cortas vacaciones con unos amigos a una casa aislada junto al mar. Hubo rayos, accidentes y otras aventuras, pero nada de lo que aquí se

cuenta; ni las ubicaciones ni los personajes se corresponden con la realidad.

Desde entonces, desde el primer germen de la idea al texto final, ha habido unas cuantas personas que han colaborado en la creación de *La última noche en Tremore Beach*. Quisiera, desde aquí, reconocer su importancia en la realización de esta obra.

En primer lugar, Ainhoa, mi novia, que jamás ha dejado de creer en la historia

y siempre me ha dado
buenísimos consejos para
escenas y personajes. Es
capaz de hacer eso y cocinar
la cena al mismo tiempo,
mientras yo ando con mi
lapicero de un lado para otro
hablándole de mis
problemas. Gracias por tu
infinita paciencia y por ser
tan buena compañera y
consejera literaria.

Mi madre Begoña y mi
hermano Javi, que fueron los
primeros en leer la obra, y
quienes me dieron los

primeros ánimos,
comentarios y valiosas
correcciones. Sus
impresiones han ayudado
mucho a perfilar personajes
como Judie y Peter, y
también la relación de Peter
con sus hijos. Mi hermano
Julen me dio grandes ideas
sobre la «sensibilidad» de
Peter Harper. Además, es el
creador del magnífico *book-
trailer* del libro, que se
puede visualizar en internet.

Gracias también a Pedro
Varela y Laura Gutiérrez,

doctores y amigos, que me ayudaron con los aspectos médicos de la historia. He tratado de ajustarme al máximo a los procedimientos hospitalarios y psiquiátricos que ellos me explicaron (además de los términos farmacológicos) pero, en honor al relato, he podido tomarme alguna licencia de la cual me hago absolutamente responsable.

Quiero agradecer también a mi agente, Bernat Fiol, que apostó por la

historia y también hizo algunos comentarios que han ayudado a hacerla más dinámica y fuerte.

A mi editora, Carmen Romero, de Ediciones B, que propuso el gran título que ha terminado llevando la obra y que redondeó la historia con unas sugerencias muy acertadas.

Y, para finalizar, a todos los lectores y lectoras que me habéis escrito durante estos dos años dando ánimos y preguntando por «lo

siguiente». Bueno, pues esto era lo siguiente. Espero que os haya gustado.

MIKEL SANTIAGO,
Ámsterdam, enero de 2014